



CHRISTINA
LAUREN

BEAUTIFUL

UN TOQUE
DE LOCURA

DEBOLS!LLO

CHRISTINA LAUREN

Beautiful
Un toque de locura

Traducción de
Nieves Nuño

DEBOLSILLO

Una joven con el corazón roto que busca su lugar en el mundo. Un abogado obsesionado con su carrera profesional. Y un viaje entre amigos pensado para desconectar y relajarse..., el escenario perfecto para que salte la chispa y se entreguen a la locura.

Pippa no está pasando por una buena racha: su mejor amiga, Ruby, se ha marchado, y encima ha pillado a su novio en la cama con otra mujer. Por eso viajar por unas cuantas bodegas con un grupo de amigos le parece la solución perfecta. Tal vez así se le aclaren las ideas y sepa qué hacer con su vida.

Jensen es un adicto al trabajo. Su objetivo es convertirse en socio del bufete para el que trabaja y no escatima las horas que le dedica. Lo tiene asumido. Pero no puede decir lo mismo de su familia, sobre todo de su hermana Hanna, que quiere que siga el consejo que él mismo le dio tiempo atrás.

Decidido a demostrarles a todos que sí disfruta de la vida, accede a acompañar a su hermana y a varios amigos a un viaje por carretera. ¿Quién podría haber imaginado que aquella extraña chica del avión iba a acompañarles? Pippa es demasiado para él... Quizá ha llegado la hora de dejarse llevar por la locura.

A.A.K.W.:
*por cada sonrisa paciente
y cada batalla librada*

Contents

Beautiful

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo. Jensen

Epílogo. Will

Epílogo. Max

Epílogo. George

Epílogo. Chloe

Epílogo. Bennett

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Christina Lauren

Créditos

Pippa

He tratado de no tomarme demasiado a mal la estrecha amistad entre la lucidez y la visión retrospectiva.

Como, por ejemplo, que solo cuando te dispones a realizar tus exámenes finales te des cuenta de que podrías haber estudiado un poco más.

O tal vez que, al contemplar el cañón de una pistola que te apunta a la cara, pienses: «Jolín, he sido una auténtica imbécil».

O quizá que acabes de encontrarte con las vigorosas y blancuzcas nalgas del idiota de tu novio mientras le echa un polvo a otra mujer en tu cama y reflexiones con una pizca de sarcasmo: «Vaya, por eso no arregla nunca ese peldaño que cruje. Es la alarma contra Pippa».

Le arrojé el bolso en mitad de un empujón y le di en plena espalda. El sonido fue semejante al que provocarían cien barras de labios al chocar contra una pared de ladrillo.

Para ser un infiel y mentiroso cabrón de cuarenta años, Mark estaba en muy buena forma.

—¡Gilipollas! —silabeé mientras él intentaba, con bastante poca gracia, bajarse de su amiga.

Había retirado las sábanas; era evidente que el muy vago no quería tener que llevarlas hasta la lavandería de la esquina antes de que yo volviese a casa. La polla le rebotó contra el vientre.

Se la tapó con la mano.

—¡Pippa!

Hay que reconocer que la mujer, mortificada, se cubrió la cara con las manos.

—Mark —dijo con voz ahogada—, no me dijiste que tuvieras novia.

—¡Qué curioso! —contesté por él—. A mí no me dijo que tuviera dos.

Mark emitió unos cuantos sonidos aterrados.

—Márchate —le dije, alzando la barbilla—. Coge tus cosas y vete.

—Pippa —consiguió articular—. No sabía que...

—¿Que vendría a comer? —pregunté—. Ya me lo he imaginado, cariño.

La mujer se levantó humillada y empezó a recoger su ropa. Supongo que lo más decente por mi parte habría sido volverme y dejar que se vistieran en medio de su avergonzado silencio. Sin embargo, para ser justos, tampoco era decente por parte de ella afirmar que ignoraba que Mark tuviese novia cuando todo lo que había en la puñetera habitación era de un delicado tono turquesa y las lámparas de las mesillas tenían las pantallas forradas de encaje.

¿Acaso creía estar visitando el piso de su mamá? ¡Venga ya, joder!

Mark se puso los pantalones y se me acercó levantando las manos, como si se aproximara a un león.

Me eché a reír. En ese preciso momento, era mucho más peligrosa que un león.

—Pippa, cariño mío, lo siento mucho.

Dejó que las palabras flotaran en el espacio que había entre nosotros, como si pudieran bastar para aplacar mi rabia.

En un instante mi mente elaboró todo un discurso elocuente y bien formado. Hablaba de las quince horas diarias que yo trabajaba para financiar la empresa que él acababa de montar, hablaba de que él vivía y trabajaba en mi piso pero no había fregado un solo plato en cuatro meses, hablaba de la gran concentración que parecía haber puesto en proporcionarle un poco de diversión a aquella mujer y en la poca que había dedicado a hacerme feliz a mí en los últimos seis meses. No obstante, pensé que él no merecía tanta energía por mi parte, por muy espléndido que hubiese sido ese discurso.

Además, su incomodidad, que iba en aumento con cada segundo que pasaba sin que yo dijese una palabra, resultaba demasiado agradable. No me dolía mirarle, aunque habría sido lo lógico en ese tipo de situación. Lo que sentía en cambio era que algo se incendiaba en mi interior. Supuse que debía de ser mi amor por él, prendido como papel de periódico al calor de una cerilla.

Dio un paso más hacia mí.

—No puedo imaginarme cómo te sientes ahora mismo, pero...

Ladeé la cabeza mientras sentía en mi interior el resquemor de la rabia y le interrumpí:

—¿No puedes? Pues Shannon te dejó por otro. A mí me parece que sabes muy bien lo que siento ahora mismo.

En cuanto lo dije, surgieron los recuerdos de los primeros tiempos, aquellos días en que nos encontrábamos en el bar como simples amigos y disfrutábamos de largas conversaciones sobre mis aventuras amorosas y sus relaciones fracasadas. Recordé haber pensado que debía de haber querido mucho a su mujer, porque estaba destrozado

sin ella. Intenté evitar enamorarme de su agudo sentido del humor, su pelo oscuro y rizado y sus luminosos ojos castaños, pero fracasé. Y una noche, para mi absoluta felicidad, todo cambió entre nosotros.

Tres meses más tarde se mudó a mi casa.

Seis meses después, le pedí que arreglara el escalón que crujía.

Dos meses después de eso, me rendí y lo arreglé yo misma.

Eso fue ayer.

—Saca tus cosas del armario y lárgate.

La mujer pasó apresuradamente por nuestro lado sin alzar la vista. ¿Me acordaría siquiera de su cara, o solo recordaría toda la vida el vigoroso movimiento de las nalgas de Mark encima de ella y la frenética oscilación de su polla tras volverse impulsado por el pánico?

Al cabo de unos instantes oí que la puerta de la calle se cerraba de un portazo, pero Mark seguía sin moverse.

—Pippa, no es más que una amiga. Es hermana de Arnold, ya sabes, el del fútbol. Se llama...

—No me digas cómo se llama —dije con una carcajada incrédula—. ¡No me importa una mierda!

—¿Qué...?

—¿Y si tiene un nombre bonito? —le corté—. ¿Y si algún día estoy casada con un buen tipo, tenemos un bebé y mi marido sugiere ese nombre, y yo digo: «Ah, sí, es muy bonito. Por desgracia, no podemos ponérselo a nuestra hija porque Mark le echó un polvo en mi cama, con las sábanas apartadas porque es un vago y un capullo, a una chica que se llamaba así». —Lo fulminé con la mirada—. Ya me has estropeado el día, quizá incluso la semana. —Ladeé la cabeza, reflexionando—. Desde luego, no me has estropeado el mes, porque el bolso nuevo de Prada que me compré la semana pasada es una verdadera pasada, y ni tú ni tu culo blancuzco y traidor podríais echarlo a perder.

Él sonrió, tratando de no echarse a reír.

—Incluso ahora —susurró en tono de adoración—, incluso después de haberte traicionado así, eres una chica muy divertida, Pippa.

Tensé la mandíbula.

—¡Largo de aquí, Mark!

Hizo una mueca de disculpa.

—Es que tengo una teleconferencia a las cuatro con los italianos, ¿sabes?, y esperaba poder hacerla desde...

Esta vez lo interrumpió mi mano cruzándole la mejilla.

Coco dejó una taza de té delante de mí y me pasó una mano por el pelo en un gesto reconfortante.

—Que le den por culo.

Lo dijo en un susurro, pensando en Lele.

A la buena de Lele le encantaban las motos, las mujeres, el rugby y Martin Scorsese. Pero sabíamos por experiencia que no le gustaba nada que su esposa dijera tacos en casa.

Enterré la cara entre mis brazos cruzados.

—¿Por qué son tan capullos los hombres, mamá?

La palabra «mamá» era para las dos, porque era el único nombre al que respondían ambas. Al principio resultaba confuso: llamaba a una y se volvían las dos. Por eso, en cuanto supe hablar, Colleen y Leslie me dejaron llamarlas Coco y Lele en lugar de «mamá».

—Son capullos porque... —empezó Coco, y luego se interrumpió sin saber qué decir—. Bueno, no todos son capullos, ¿verdad?

Supuse que miraba a Lele en busca de confirmación, porque su voz regresó con más fuerza cuando dijo:

—Y, por cierto, las mujeres también pueden ser capullas.

Lele acudió en su rescate.

—Lo que sí podemos decirte es que no cabe duda de que Mark es un capullo, y las dos nos hemos llevado una gran decepción.

Aquello también resultaba triste para mis madres. Mark les caía bien. Les agradaba que estuviera a medio camino entre mi edad y la de ellas. Apreciaban sus gustos sofisticados en cuestión de vinos y su interés por Bob Dylan y Sam Cooke. Cuando estaba conmigo, le gustaba aparentar que todavía no había cumplido los treinta años. Cuando estaba con ellas, se transformaba fácilmente en el mejor amigo de unas lesbianas de cincuenta y pico. Me preguntaba qué versión de sí mismo debía de exhibir con aquella fulana anónima.

—En mi caso, sí y no —reconocí, incorporándome y secándome la cara—. Si lo pienso, puede que Mark estuviese tan hecho polvo por lo de Shannon porque nunca se le había ocurrido a él engañarla.

Alcé la mirada hasta los ojos de ambas, llenos de preocupación.

—Quiero decir que ni siquiera se le pasó por la cabeza hasta que ella le engañó. Si eres infeliz, no deja de ser una salida, aunque sea terrible. —Sentí que la sangre huía

de mi rostro—. ¿Y si se convirtió en la manera más rápida y sencilla de romper conmigo?

Me miraron fijamente sin saber qué decir mientras presenciaban cómo me invadía el horror.

—¿Es eso? —pregunté, mirándolas alternativamente—. ¿Estaba intentando acabar con la relación y fui demasiado tonta para verlo? ¿Se acostó con otra en mi propia cama para deshacerse de mí? —Me pasé la mano por la boca—. ¿Acaso no es más que un tremendo cobarde con un buen pito?

Coco se tapó la boca para no echarse a reír. Lele pareció reflexionar debidamente sobre la pregunta.

—No puedo hablar de lo del pito, cariño, pero te diría sin dudar que ese hombre es un cobarde.

Lele me agarró del codo con firmeza, me ayudó a levantarme y me obligó a seguirla hasta el mullido sofá. Luego tiró de mí hasta que me acomodé junto a su cuerpo esbelto y firme. Al instante, las curvas cálidas y suaves de Coco se apretaron contra mi otro costado.

¿Cuántas veces nos habíamos sentado así? ¿Cuántas veces habíamos hecho eso mismo, sentarnos muy juntas en el sofá mientras reflexionábamos sobre el misterioso comportamiento de algún novio? Juntas nos las habíamos arreglado. No siempre conseguíamos respuestas, pero nos sentíamos mejor después de abrazarnos en el sofá.

Esta vez no se esforzaron mucho por formular hipótesis. Cuando tu hija de veintiséis años llega a casa con penas de amor y tú eres una lesbiana casada con tu primer amor, que conociste treinta años atrás, no puedes decir gran cosa aparte de «Que le den por culo».

—Trabajas demasiado —murmuró Lele, besándome el pelo.

—No soportas tu trabajo —añadió Coco mientras me daba un masaje en los dedos.

—¿Sabéis que fui a comer a casa por eso? Tenía ganas de romper en mil pedacitos mi pila de hojas de cálculo y echarle a Tony su propio café por encima de la cabeza, así que decidí que una buena cerveza y unas cuantas galletas me sentarían bien. Qué ironía.

—¿Podrías dejarlo y venirte a casa? —dijo Coco.

—Ay, mamá, no quiero —murmuré, ignorando la leve sensación de entusiasmo que despertó en mí la sugerencia de dejar mi empleo—. No podría.

Miré la ordenada sala de estar que teníamos delante: la pequeña televisión que se utilizaba más como repisa para apoyar los jarrones llenos de flores de Coco que para su función original; la nudosa alfombra azul que un día fue un campo de minas formado por zapatos de Barbie escondidos; el suelo de madera meticulosamente teñido que asomaba debajo.

Era cierto que no soportaba mi trabajo. No soportaba a mi jefe, Tony. No soportaba el hastío de los interminables cálculos numéricos. No soportaba ir y venir de la oficina, no soportaba no tener ya allí a ningún buen amigo desde que Ruby se había marchado hacía casi año y medio.

No soportaba sentir que cada día se fundía con el siguiente.

«Pero quizá tengo suerte —recordé—. Al menos tengo trabajo, ¿no? Y amigos, aunque la mayoría se pase el tiempo chismorreando en el bar. Tengo dos madres que me quieren muchísimo y un armario lleno de ropa con la que se le caería la baba a la mayoría de las mujeres. La verdad es que a veces Mark era encantador, pero, si he de ser sincera, un poco dejado. Buena polla, lengua perezosa. En forma, pero bastante aburrido, ahora que lo pienso. ¿Quién necesita a un hombre? Yo no.»

Tenía todo eso; en realidad, una buena vida. Entonces ¿por qué me sentía tan mal?

—Necesitas unas vacaciones —dijo Lele con un suspiro.

Noté que algo explotaba dentro de mí; un minúsculo estallido de alivio.

—¡Sí! ¡Unas vacaciones!

Aquel viernes por la mañana Heathrow era una auténtica locura.

«Vete el viernes —dijo Coco—. No habrá mucha gente.»

Al parecer, no debería haber seguido el consejo de una mujer que llevaba cuatro años sin subirse a un avión. Sin embargo, Coco parecía una viejecita sabia en comparación conmigo: habían pasado seis años desde mi último vuelo; nunca viajaba por trabajo. Cogía el tren en dirección noroeste, hasta Oxford, para ver a Ruby, y cogía el tren en dirección sudeste, hasta París, o lo había cogido, con Mark, cuando queríamos unas minivacaciones y atiborrarnos de comida y vino en una loca excursión sexual con la torre Eiffel de fondo.

Sexo. Madre mía, cuánto lo echaría de menos.

Sin embargo, tenía cosas más urgentes en las que pensar, como preguntarme si había más gente en Heathrow en ese momento, un viernes a las nueve, que en toda la ciudad de Londres.

«¿Es que la gente ya no trabaja? —pensé—. Está claro que no soy la única que se marcha antes de que acabe la semana laboral, en pleno mes de octubre, para hacer una especie de vacaciones y escapar del aburrimiento del trabajo y del traidor de...»

—¡Vamos! —ladró una mujer detrás de mí.

Me sobresalté; me había quedado absorta en la cola del control de seguridad.

Di tres pasos hacia delante y miré por encima del hombro.

—¿Mejor así? —pregunté en tono categórico, ahora que nos hallábamos exactamente en el mismo orden y solo unos metros más cerca del agente que comprobaba los pasaportes.

Media hora después estaba en mi puerta de embarque y necesitaba... una actividad. Los nervios me devoraban el estómago con la clase de ansiedad que me hacía dudar entre alimentarla o matarla de hambre. No era la primera vez que volaba... Simplemente, no había volado mucho. Que quede claro: en mi vida cotidiana me sentía una mujer de mundo. Tenía una tienda favorita en Mallorca a la que acudía en busca de faldas y una lista de cafés en Roma que podía ofrecer a cualquiera que viajase allí por primera vez. Por supuesto, era una experimentada viajera en metro y sobrellevaba como si nada la masa de usuarios agresivos e impacientes, pero, por algún motivo, daba por supuesto que el aeropuerto sería más acogedor: una puerta a la aventura.

Nada más lejos de la realidad. Aquello parecía enorme, y aun así la multitud era sorprendentemente densa. La empleada de nuestra puerta de embarque daba información a gritos, y lo mismo hacía la de otra puerta de embarque situada al otro lado del pasillo. Los viajeros estaban embarcando y todo parecía un caos, pero cuando miré a mi alrededor vi que nadie parecía alterarse. Observé mi billete, apretado en el puño. Mis madres me habían comprado un billete de primera clase (un regalo, dijeron), y yo sabía cuánto les había costado. No iría a despegar el avión sin mí, ¿verdad?

Un hombre se puso a mi lado. Iba bien vestido, con traje azul marino y zapatos brillantes. Parecía mucho más tranquilo que yo.

«Pégate a este —pensé—. Si no está ya en el avión, es que no ha llegado el momento.»

Recorrí con la mirada su cuello liso hasta llegar al rostro y me sentí un poquito mareada. Era evidente que observaba el mundo a través del filtro de quien se está recuperando de una decepción amorosa, pero aquel hombre era guapo de verdad, con su espesa mata de pelo claro, sus ojos de un verde intenso, concentrados en el móvil, y una preciosa mandíbula que pedía a gritos unos mordisquitos.

—Perdone —dije, apoyándole la mano en el brazo—. ¿Podría ayudarme?

Bajó la vista hasta mi mano, la alzó poco a poco hasta mi cara y sonrió.

Se le formaron unas arruguitas alrededor de los ojos, y un solo hoyuelo apareció en su mejilla izquierda. Tenía unos dientes perfectos, típicamente estadounidenses. Y yo estaba sudorosa y sin aliento.

—¿Podría decirme cómo funciona esto? —pregunté—. Hace muchos años que no viajo en avión. ¿Tengo que embarcar ya?

Siguió mi atención hasta el billete que tenía apretado en la mano y lo ladeó un poco para poder verlo.

Uñas cortas y limpias. Dedos largos.

—¡Oh! —dijo, y soltó una risita—. Su asiento está junto al mío. —Alzó la mirada hasta la puerta de embarque y añadió—: Están haciendo el preembarque, para los pasajeros que viajan con niños o que necesitan un poco más de tiempo. Luego embarcamos los de primera clase. ¿Quiere venir conmigo?

«Le seguiría más allá de las puertas del infierno, señor.»

—Eso sería genial —dije—. Gracias.

Él asintió con la cabeza y se volvió de nuevo hacia la empleada de la puerta de embarque.

—La última vez que volé fue a la India, hace seis años —le dije, y él volvió a mirarme—. Tenía veinte años y fui a visitar Bangalore con mi amiga Molly, cuya prima trabaja en un hospital de allí. Molly es un encanto, pero las dos somos bastante torpes cuando viajamos. Estuvimos a punto de equivocarnos de avión e irnos a Hong Kong.

Él soltó una risita. Yo era consciente de que los nervios me estaban traicionando e impulsando a hablar demasiado, mientras que él solo se mostraba cortés, pero de todas formas no pude evitar terminar de contarle mi insustancial anécdota.

—En la puerta de embarque, una mujer muy amable nos explicó dónde teníamos que ir y echamos a correr hasta la otra terminal, a la que habían trasladado nuestro vuelo. No habíamos oído los avisos porque habíamos ido a buscar unas cervezas al restaurante. Subimos al avión justo antes de que saliera.

—Qué suerte —murmuró. En ese momento nuestra empleada anunció que podían embarcar los viajeros de primera clase. Él levantó la barbilla en dirección a la pasarela y me dijo—: Nos toca a nosotros. Vamos.

Era alto, y cuando echó a andar su culo me llevó a recordar con nostalgia a Patrick Swayze en *Dirty Dancing*. Bajé la mirada a lo largo de su cuerpo y me pregunté cuánto tardaba un hombre en dejarse los zapatos tan brillantes. Si hubiese buscado un hilo suelto en su traje, alguna pelusilla, sin duda me habría quedado con las manos vacías. Era meticuloso, y sin embargo nada envarado.

«¿A qué se dedicará? —me pregunté cuando por fin subimos al avión—. Debe ser un hombre de negocios. Estará aquí por trabajo, tendrá una amante en algún apartamento elegante de Chelsea. La habrá dejado esta mañana haciendo pucheros en la cama, vestida con la lencería que le regaló ayer como gesto de disculpa después de que su reunión se alargara demasiado. Ella le habrá dado comida a domicilio entre sábanas de raso, y luego le habrá hecho el amor toda la noche, hasta que él se haya levantado de la cama a las cuatro de la mañana para empezar a abrillantarse los zapatos...»

—¿Señorita? —dijo el hombre, en el tono de alguien que ha tenido que repetirlo al menos una vez.

Di un bote y esbocé una mueca de disculpa.

—Lo siento, estaba...

Me indicó con un gesto que me acomodara en el asiento de la ventanilla. Me senté y guardé mi bolso bajo el asiento delantero.

—Lo siento —volví a decir—. No recordaba lo organizado que puede ser el embarque.

Hizo un suave gesto con la mano para restar importancia a mis palabras y señaló:

—Es que viajo mucho en avión. Podría decirse que funciono en piloto automático.

Vi que sacaba del maletín un iPad, unos auriculares con cancelación de ruidos y un paquete de toallitas antisépticas. Utilizó una toallita para limpiar el reposabrazos, la bandeja y el respaldo del asiento de delante y luego sacó otra para limpiarse las manos.

—Ha venido preparado —murmuré, sonriente.

Él se echó a reír con naturalidad.

—Como le he dicho...

—Viaja mucho en avión —dije, acabando la frase por él. Acto seguido, me reí sin disimulo—. ¿Siempre está tan... atento?

Me miró, divertido.

—En una palabra: sí.

—¿Le toman el pelo por eso?

Su sonrisa constituía una rara combinación de cautela y picardía, y provocó en mi pecho una minúscula reacción de entusiasmo.

—Sí.

—Pues me alegro. Sus costumbres son encantadoras, pero merecen que le tomen el pelo un poquito.

Se rio y volvió a su tarea de guardar las toallitas en una pequeña bolsa de basura.

—Tomo nota.

La azafata se nos acercó y nos dio una servilleta a cada uno.

—Me llamo Amelia y les atenderé durante el vuelo. ¿Puedo traerles algo de beber antes del despegue?

—Tónica con lima, por favor —pidió mi compañero de asiento en voz baja.

Amelia me miró.

—Pues... —empecé, haciendo una leve mueca—. ¿Qué opciones hay?

Ella se echó a reír con amabilidad.

—Lo que quiera. Café, té, zumo, refrescos, cócteles, cerveza, vino, champán...

—¡Oh, champán! —dije, dando una palmada—. ¡Parece una forma estupenda de empezar unas vacaciones!

Me incliné y metí la mano en el bolso.

—¿Cuánto es?

El hombre me detuvo tocándome el brazo y una sonrisa perpleja.

—¡Es gratis!

Al mirarle por encima del hombro, me di cuenta de que Amelia se había ido ya a buscar nuestras bebidas.

—¿Gratis? —repetí sin mucha convicción.

Él asintió con la cabeza.

—En los vuelos internacionales, el alcohol es gratis. Y en primera clase, bueno... lo es siempre.

—¡Joder! —exclamé, enderezando la espalda—. Soy una idiota. —Volví a empujar el bolso debajo del asiento con el dedo gordo del pie—. Este es mi primer viaje en primera clase.

Él se acercó un poco más y susurró:

—No se lo diré a nadie.

No supe cómo interpretar su tono y lo miré con atención. Me guiñó el ojo con gesto pícaro.

—Pero sí me lo dirá a mí si lo hago todo mal, ¿no? —pregunté con una sonrisa.

Ante la proximidad de aquel hombre y su olor masculino, a ropa limpia y betún, mis latidos eran un tambor que me retumbaba en la garganta.

—No se puede hacer mal.

«¿Qué acaba de decir?» Mi sonrisa se ensanchó.

—¿No permitirá que deje accidentalmente mis minúsculas botellas gratuitas de alcohol por todas partes? —susurré.

Él levantó tres dedos.

—Palabra de boy scout.

Enderezó la espalda, metió la pequeña bolsa de basura en su maletín y dejó este en el suelo, cerca de sus pies.

—¿Vuelve a casa o sale de viaje? —pregunté.

—Vuelvo —me dijo—. Soy de Boston. He pasado la semana en Londres por negocios. Usted ha hablado de vacaciones, ¿no es así?

—Pues sí. —Levanté los hombros en un gesto atolondrado e inspiré profundamente—. Salgo de viaje. Necesito tomarme un respiro.

—Un respiro nunca está de más —murmuró, mirándome directamente.

Su sereno interés me ponía un poco nerviosa, la verdad. Aquellos ojos tan verdes y aquellos rasgos tan bien definidos delataban sus orígenes escandinavos. Cuando centraba su atención en mí, era como si me iluminasen con un foco. Me sentía aturdida y levemente cohibida.

—¿Cómo es que se ha decidido por Boston? —preguntó.

—Para empezar, mi abuelo vive allí —contesté—. Y, al parecer, un montón de amigos. —Solté una carcajada—. Me reuniré allí con ellos para visitar las bodegas de la costa. Será la primera vez que nos veamos, pero otra amiga me ha hablado tanto de ellos en los dos últimos años que tengo la sensación de conocerlos ya.

—Parece una aventura. —Por un instante bajó la mirada hasta mis labios antes de volver a fijarla en mis ojos—. Jensen —dijo, presentándose.

Alargué el brazo, estremeciéndome de frío al notar el roce de mis pulseras metálicas, y estreché la mano que me tendía.

—Pippa.

Amelia volvió con nuestras bebidas y le dimos las gracias antes de levantar nuestros vasos de cristal en un brindis.

—Por los viajes y los regresos —dijo Jensen con una leve sonrisa. Entrechocamos los vasos y continuó—: ¿Pippa es un diminutivo o un apodo?

—Puede ser ambas cosas —dije—. A menudo significa Philippa, pero en mi caso soy simplemente Pippa. Pippa Bay Cox. Mi madre Coco es estadounidense, de Colleen Bay, y de ahí proviene mi segundo nombre. Siempre le había encantado el nombre de Pippa. Cuando mi madre Lele se quedó embarazada del hermano de Coco, esta la obligó a prometerle que, si era niña, le pondrían Pippa.

Él se echó a reír.

—Perdone. ¿Dice que su madre fue fecundada por el hermano de su otra madre?

«Vaya. Siempre me olvido de contar esta historia con delicadeza...»

—No, no, no directamente. Utilizaron una pipeta —expliqué, riéndome también. Menuda imagen mental estaba dibujando—. Entonces la gente no consideraba nada normal que dos mujeres tuviesen un bebé juntas.

—Claro —convino—, supongo que no. ¿Es hija única?

«... porque es aquí donde la historia se tuerce siempre.»

—Sí, lo soy —confirmé, asintiendo con la cabeza—. ¿Tiene usted hermanos?

Jensen sonrió.

—Tengo cuatro.

—A Lele le habría gustado mucho tener más hijos —comenté, sacudiendo la cabeza—. Sin embargo, mientras ella estaba embarazada de mí, mi tío Robert conoció a mi tía Natasha, encontró a un Dios muy severo y decidió que lo que había hecho era un pecado. Me considera una especie de aberración. —Para aligerar el ambiente, añadí—: Espero no necesitar nunca médula ósea o un riñón.

Jensen pareció levemente horrorizado.

—Claro.

Comprendí con un ligero sentimiento de culpa que apenas llevábamos cinco minutos allí sentados y ya había empezado a contarle la historia de mi vida.

—En fin —dije, cambiando de tema—. Tuvieron que conformarse solo conmigo. Por suerte, las mantuve muy ocupadas.

Su expresión se suavizó.

—Seguro que sí.

Levanté mi copa de champán y di un buen trago. Las burbujas picaban un poco.

—Ahora quieren nietos, pero, gracias al Capullo, van a tener que esperarse.

De un último trago, me acabé la copa.

Llamé la atención de Amelia y alcé mi vaso.

—¿Hay tiempo para otra antes de que despeguemos?

Con una sonrisa, se llevó mi vaso para volver a llenarlo.

—Mire lo inmensa que es la ciudad de Londres —murmuré, mirando por la ventanilla mientras ascendíamos. La ciudad osciló debajo de nosotros y fue engullida poco a poco por las nubes—. Preciosa.

Cuando miré a Jensen, se apresuró a quitarse uno de los auriculares, que sostuvo con delicadeza en la mano.

—Perdone, ¿qué dice?

—Oh, nada. —Noté que las mejillas se me ponían calientes y no supe muy bien si era por la vergüenza de ser la típica compañera de asiento charlatana o por el champán—. No me había dado cuenta de que se había puesto los auriculares. Solo decía que Londres parece enorme.

—Es que es enorme —dijo, inclinándose un poco para mirar—. ¿Ha vivido siempre allí?

—Fui a la uni en Bristol —contesté—, pero volví al encontrar trabajo en el estudio.

—¿Estudio? —preguntó, dejando a un lado los dos auriculares.

—Sí, ¿no se lo había dicho? Trabajo en un estudio de ingeniería.

Enarcó las cejas, impresionado, y me apresuré a hablar para moderar el nivel de su respeto.

—Soy una humilde colaboradora —le aseguré—. Estudié matemáticas, así que me limito a hacer cálculos numéricos y a asegurarme de que no echamos la cantidad equivocada de hormigón en ninguna parte.

—Mi hermana es ingeniera biomédica —dijo con orgullo.

—Son cosas muy distintas —dije con una sonrisa—. Ella hace cosas muy pequeñas y nosotros hacemos cosas muy grandes.

—Aun así, lo que hace usted es impresionante.

Sonreí al oír eso.

—¿Y usted?

Inspiró hondo y muy despacio, y supuse que no le apetecía nada pensar en el trabajo.

—Soy abogado y estoy especializado en derecho mercantil. Me dedico sobre todo a hacer los trámites necesarios cuando se fusionan dos empresas.

—Parece complicado.

—Se me dan bien los detalles. —Se encogió de hombros—. Hay muchos detalles en mi trabajo.

Volví a observarlo: la raya que bajaba muy recta por el centro de cada pernera del pantalón, los brillantes zapatos marrones y el pelo peinado sin un solo mechón fuera de sitio. Su piel se veía cuidada, y llevaba hecha la manicura. Sí... se notaba que era un hombre detallista.

Eché un vistazo a mi propia indumentaria: un vestido suelto de color negro, medias a rayas moradas y negras, unas rozadas botas negras hasta la rodilla y un antebrazo cargado de pulseras. Llevaba el pelo recogido de cualquier manera en una especie de moño y no me había molestado en maquillarme antes de salir corriendo hacia el metro.

Menuda pareja formábamos.

—Algunas veces me gustaría que el bufete tuviera algo más de personalidad —dijo, tras observarme a su vez. Después de un breve silencio, añadió—: Lástima que no necesitemos especialistas en matemáticas.

Disfruté de aquel cumplido mientras él volvía a su música y a su lectura con gestos rápidos y casi forzados. Solo entonces caí en la cuenta de que llevaba algún tiempo bastante apática. No era capaz de mantener la atención de mi novio. No era capaz de reunir la energía necesaria para avanzar en mi profesión. Hacía meses que no disfrutaba de unas vacaciones, y ni siquiera recordaba la última vez que salí de copas con mis amigos. Últimamente no me molestaba en teñir mi pelo rubio rojizo de algún color divertido. Estaba en un punto muerto.

Lo estaba.

Ya no.

Amelia se inclinó hacia mí con una sonrisa.

—¿Le traigo otra?

Le tendí mi copa. Corría por mis venas el atolondramiento de las vacaciones, la aventura y, sobre todo, la emoción de escapar de todo.

—Sí, por favor.

El champán y sus ácidas burbujas se abrieron paso a través de mi pecho hasta llegar a mis extremidades. Notaba cómo se relajaba mi cuerpo poquito a poco, de los dedos al brazo y después al hombro. Me miré las manos. Mierda, llevaba el esmalte estropeado. El calorcillo llegaba ya al tatuaje de un pájaro que tenía en el hombro...

Apoyé la cabeza en el respaldo y suspiré satisfecha.

—Esto es mucho mejor que tener que registrar mi piso para ver qué se dejó el Capullo al marcharse.

Jensen se sobresaltó a mi lado.

—Perdone, ¿cómo dice? —preguntó, quitándose uno de los auriculares.

—Mark —le aclaré—. El Capullo. ¿No se lo he contado?

Me observó con atención. Parecía divertido. Sin duda pensaba que estaba borracha, pero no me importaba una mierda. Luego dijo con delicadeza:

—Pues no, no lo había mencionado.

—La semana pasada llegué a casa y me encontré a mi novio echándole un polvo a una gilipollas sin nombre.

Solté un hipido.

Jensen se mordió el labio inferior para no echarse a reír.

¿Tan borracha estaba ya? Solo había tomado... Conté con los dedos. Oh, mierda. Me había tomado cuatro copas de champán y tenía el estómago vacío.

—Así que le di la patada —dije, enderezando la espalda y esforzándome por parecer más sobria—. Pero resulta que no es tan fácil. Me dijo que no se puede vivir con alguien durante ocho meses y acabar con todo en un solo día. Le contesté que probará suerte y que yo quemaría todo lo que quedase.

—Estaría muy enfadada, claro —dijo Jensen en voz baja, quitándose el otro auricular.

—Pues claro, y también me sentía dolida. ¡Joder, tengo veintiséis años y él más de cuarenta! ¿Por qué tuvo que buscarse a otra para echar un polvo? No tiene sentido, ¿no le parece? Aunque seguro que esa amante que tiene usted en Londres, la de la lencería y la comida a domicilio en la cama, es más joven, está buena y es perfecta, ¿a que sí?

Sonrió con la mitad de la boca.

—¿La amante que tengo yo en Londres?

—No es que yo sea perfecta, y, desde luego, nunca tomo comida a domicilio en la puta cama, pero lo habría hecho si él hubiera insistido o si hubiera querido que nos pasáramos todo el día allí. Pero ya tenía una amiga con la que echar un polvo a la hora de comer, así que, ¿por qué iba a querer hacerlo conmigo? Vaya, he vuelto a enfadarme.

Me froté la cara. Estaba prácticamente segura de estar diciendo tonterías sin sentido.

Jensen no dijo nada, pero, cuando lo miré, vi que parecía escucharme con atención.

Era como estar con mis madres en el sofá, aunque aquí había distancia y no tenía que tener presente la posibilidad de que se preocupasen por mí. Aquí podía fingir que mi aburrido trabajo y el capullo de mi ex eran algo que podía dejar atrás para siempre.

Me volví de cara a Jensen y se lo solté todo:

—Quizá fuese un poco pendón antes de él, ¿sabe? —Amelia me preguntó si quería otra copa de champán y asentí con aire ausente—. Pero cuando conocí a Mark pensé que era el amor de mi vida. Ya sabe cómo son las cosas al principio, ¿no?

Jensen asintió vagamente.

—Sexo sobre cada superficie plana, ¿vale? —aclaré—. Yo volvía del trabajo y me sentía como una cría que baja corriendo las escaleras la mañana de Navidad.

Él soltó una carcajada.

—Comparar el sexo con la infancia... Deme un instante para hacerme a la idea.

—Todos los días eran así —dije entre dientes—. Su mujer le había engañado y abandonado, y yo le vi pasar por todo aquello. Esperé durante mucho tiempo a que volviese a la vida. Y entonces lo hizo: volvió a la vida conmigo. Estuvimos juntos mucho tiempo, más o menos once meses, y eso para mí es una eternidad. Al principio todo era genial... hasta que dejó de serlo de repente. No limpiaba, no arreglaba nada de lo que yo le pedía que arreglase, y siempre era yo la que pagaba los comestibles, la comida a domicilio y las facturas, y cuando me di cuenta estaba corriendo con los gastos de su nueva empresa. —Miré a Jensen, y su rostro pareció oscilar ante mí—. Y no me importaba, ¡en serio! Le quería, ¿vale?, y le habría dado todo lo que me hubiera pedido. Pero supongo que darle una amante a la que tirarse en mi propia cama, con las sábanas retiradas para no tener que lavarlas antes de que yo llegara a casa, era demasiado para mí.

Jensen puso su mano sobre la mía.

—¿Se encuentra bien?

—Quisiera darle una buena patada en el culo, pero, por lo demás...

—A veces, cuando viajo en avión —me interrumpió él—, me tomo una copa, y quizá otra, y en ocasiones olvido cómo me afecta cuando aterrizamos. La altitud lo... empeora. —Se acercó un poco, supongo que para que yo pudiera enfocar su cara—. No le digo esto para juzgarla por querer champán, porque ese Mark parece un auténtico gilipollas, sino simplemente para que entienda que volar y beber son experiencias distintas...

—¿Debería tomar agua?

Solté un hipido y luego, para mi horror, eructé.

«Oh, Dios mío. Oh, joder.»

—Me cago en la puta —logré articular, y me tapé la boca con la mano.

Seguro que un hombre como Jensen no iba por ahí eructando en público como un sapo.

Ni salía con una chica que lo hiciese.

Ni decía palabrotas.

Ni se tiraba pedos.

Y ni siquiera llevaba una pelusilla en el traje.

Me disculpé entre dientes, pasé por encima de él y me dirigí al lavabo, donde pude echarme agua en la cara, respirar varias veces para tranquilizarme y soltarme un sermón a mí misma en el espejo.

Cuando regresé a mi asiento al cabo de unos minutos, Jensen se había dormido.

El aterrizaje fue muy movido, y Jensen se despertó de golpe en su asiento. Él había dormido casi cuatro horas, pero yo no había podido pegar ojo. A mis amigos el alcohol les daba sueño; a mí me espabilaba. Era una lástima, porque habría preferido dormir a pasarme el vuelo elaborando un catálogo mental de todas las señales de la infidelidad de Mark que había pasado por alto y reprochándome mi capacidad para hacer el ridículo con un extraño.

El aeropuerto internacional Logan, insulso y gris, se extendía ante nosotros. Amelia dio los avisos, supuse que habituales, recomendándonos permanecer sentados, retirar con cuidado el equipaje y volver a volar con aquella compañía.

Lancé una rápida mirada a Jensen, y aquel movimiento hizo sonar un gong metálico en mi cabeza.

—¡Oooh! —gemí, apretándome la frente—. Odio el puto champán.

Él me dedicó una sonrisa cortés.

Señor, qué guapo era. Confié en que alguien le esperara en casa, alguien a quien pudiera contarle que había conocido en el avión a una británica desquiciada y desaliñada.

Sin embargo, una vez que nos permitieron ponernos de pie, sacó su teléfono móvil del maletín y miró con el ceño fruncido la larga lista de mensajes.

—De nuevo en la brecha, ¿no? —pregunté con una sonrisa.

Él no me miró.

—Que tenga buen viaje.

—Gracias.

Me mordí los labios literalmente para no añadir una explicación inconexa sobre el motivo por el que le había bombardeado con mi incesante parloteo y le había eructado encima. En lugar de eso, seguí el avance de su culo perfecto hasta la terminal, diez pasos detrás de él.

Tras cruzar la terminal y pasar por la zona de recogida de equipajes, me encontré a mi abuelo esperando al pie de la escalera mecánica. Llevaba una camiseta de los Red Sox de Boston y unos desteñidos pantalones color caqui con tirantes.

Su abrazo me recordó el de Coco: firme, suave y cálido, sin muchas palabras de bienvenida.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó, echando a andar y pasándome un brazo por los hombros.

Notaba las piernas débiles y temblorosas. Qué no habría dado por una ducha caliente.

—He tomado demasiado champán y le he soltado un rollo tremendo a ese pobre tío que va por allí.

Levanté la barbilla, indicando al hombre de negocios alto que caminaba unos cuantos pasos por delante de nosotros, hablando ya por el móvil.

—Ah, ya —dijo mi abuelo.

Le lancé una ojeada, asombrada una vez más de pertenecer a una estirpe tan discreta y afable. Habían transcurrido dos años desde la última visita de mi abuelo a Londres, y hasta ese momento nos habíamos visto en todas las vacaciones. Él nunca hablaba con excesivo entusiasmo de nada, pero su apoyo silencioso hacia Lele y Coco era incondicional.

—Me alegro mucho de verte —le dije—. Ya echaba de menos tu cara y tus tirantes.

—¿Cuándo sales de viaje? —preguntó mi abuelo en respuesta.

—La fiesta se celebra mañana —contesté—, y el domingo a primera hora saldremos a visitar las bodegas. Pero volveré cuando acabe el viaje y pasaré unos días contigo.

—¿Tienes hambre?

—Muchísima —dije—. Pero no quiero nada de alcohol. —Me recogí a toda prisa en otro moño el pelo enredado y luego me froté la cara con las manos—. Uf, voy hecha un desastre.

Mi abuelo me miró de arriba abajo y, cuando nuestros ojos se encontraron, comprendí que solo veía lo mejor de mí.

—Estás preciosa, Pippa.

Jensen

Para ser sincero, recordaba un vuelo más embarazoso que aquel.

Era el mes de junio, tras mi primer curso en la universidad, unos diez meses después de conocer a Will Sumner. Este había aterrizado en Baltimore pavoneándose con su sonrisa, seguro de que él y yo íbamos a ser los mejores colegas. Para alguien como yo, que hasta ese momento había vivido tranquilo y muy protegido, Will Sumner suponía una especie de terremoto.

Aquel verano fuimos a las cataratas del Niágara en compañía de su clan familiar y... digamos que encontramos una cinta VHS de porno mal filmado. No había música ni caras, y todo estaba rodado con una sola cámara fija, pero aun así vimos la película una y otra vez hasta tener la vista borrosa e insensibilizarnos, recitando al unísono las palabras obscenas y atiborrándonos de Pringles.

Era la primera vez que veía a alguien echar un polvo de verdad y pensé que era una auténtica pasada... hasta que a la hermosa tía Jessica le entró el pánico en el aeropuerto al no encontrar su «vídeo doméstico» en el equipaje de mano.

Estuve sentado junto a la tía Jessica durante todo el vuelo, y puedo decir sin temor a equivocarme que no supe tomármelo con mucha calma. En absoluto. Me sudaban las manos, contestaba con monosílabos y no paraba de pensar que sabía cómo era desnuda. Sabía cómo era echando un polvo. Mi protegido cerebro apenas podía soportar esa clase de información.

Will se mostró más o menos tan comprensivo como cabía esperar, lanzándome bolitas de servilleta y cacahuetes desde el otro lado del pasillo.

—¿Por qué estás tan cortado, Jens? —me preguntaba mi amigo en voz alta—. Parece que te hayan visto desnudo.

Lo de Pippa fue embarazoso de una forma completamente distinta. Lo fue porque la belleza y el encanto se convirtieron en maquillaje corrido y en una sarta de incoherencias causadas por el milagro del alcohol. Lo fue porque fingí dormir durante más de tres horas mientras mi cerebro repasaba asustado la lista de formas más provechosas de pasar el tiempo en el avión.

Mientras caminábamos hacia la zona de recogida de equipajes, me envolvió el apagado rumor de voces del aeropuerto. Me resultaba casi tan familiar como el sonido

de la calefacción de mi casa al encenderse por la noche o el de mi propia respiración. Notaba la presencia de Pippa detrás de mí, charlando con su abuelo. Su voz era agradable y su acento sonaba al refinamiento de Londres y a las calles de Bristol. Tenía un rostro muy bonito, y unos ojos brillantes y maliciosos; fueron esos ojos los que me atrajeron desde el primer momento por su expresividad y su impactante color azul. Sin embargo, me daba miedo volverme a mirarla y reanudar la conversación. Al bajar del avión, había intuido que iba a disculparse, y estaba seguro de que, si le daba una oportunidad de hacerlo, la aprovecharía sin dudarlo.

Me froté los ojos y vi que mi maleta se deslizaba en la cinta. El mensaje que me parecía estar recibiendo poseía una intensidad casi cómica. Justo cuando empezaba a plantearme si estaría buscando mujeres en los lugares incorrectos, si me estaría equivocando de tipo y si debía arriesgarme más al elegir mis citas, el universo me atrapaba en un avión con una mujer espléndida y excéntrica que estaba completamente desquiciada.

«No vayas a adelantarte a los acontecimientos, Jens. Cíñete a lo conocido.»

Quizá Emily, la del softball, no estuviese tan mal al fin y al cabo.

Mi conductora sostenía un cartel con mi nombre. Le hice un gesto con la cabeza y, sin decir palabra, salí del aeropuerto detrás de ella. Nada más subir al coche, oscuro y fresco, saqué el móvil y dejé que mi cerebro se deslizase en ese espacio familiar en que residía el trabajo.

Telefonaría a Jacob el lunes y fijaría con él día y hora para revisar el expediente de Petersen Pharma.

Debería enviarle un correo electrónico a Eleanor, de recursos humanos, para que buscara a un sustituto de Melissa en el bufete de San Francisco.

Tendría que empezar la semana laboral muy temprano para revisar todos los mensajes pendientes en la bandeja de entrada.

El coche se detuvo junto a la acera, delante de mi casa de piedra rojiza, y sentí una especie de tirón suave que me relajó.

El otoño dibujaba una espiral entre las ramas de los árboles, que cubrían la calle como si fueran un dosel, volviendo los colores más brillantes antes de que todo se difuminara durante los larguísimos meses del invierno. El aire exterior resultaba cortante después del calor del coche. Me reuní con la conductora detrás del vehículo y le di una buena propina por llevarme allí tan rápido en plena hora punta.

El viaje a Londres solo había durado una semana, pero parecía una eternidad. Una cosa eran las fusiones, y otra muy distinta las fusiones internacionales. ¿Y las fusiones internacionales que salían mal? Brutales. Un sinfín de documentos. Un sinfín de declaraciones. Un sinfín de detalles que reunir y registrar. Un sinfín de viajes.

Mientras contemplaba mi casa, un sencillo edificio de dos plantas, dos luces encendidas en la galería acristalada y una puerta principal enmarcada por plantas en maceta, dejé que la relajación me invadiera. Por más que viajase, era, en el fondo, un

amante del hogar, y estar tan cerca de mi propia cama me producía una sensación de la hostia. Ni siquiera me daba la más mínima vergüenza sentirme emocionado al pensar en pedir por teléfono comida a domicilio y disfrutar de Netflix.

La casa se iluminó al accionar el interruptor de la entrada. Lo primero que hice fue deshacer la maleta, aunque solo fuese para olvidar que había estado viajando y que, sin duda, tendría que volver a hacerlo muy pronto. «Negación, eres mi amante favorita.»

Maleta deshecha, cena encargada, Netflix cargado y a punto, y, en ese preciso instante, mi hermana pequeña, Ziggy (Hanna para todo aquel que no fuese de la familia) abrió la puerta con su juego de llaves.

—¡Hola! —saludó.

Como si no tuviese ningún motivo para llamar.

Como si supiera que estaría allí sentado, en chándal y zapatillas de casa.

Solo.

—Hola —dije.

Observé cómo tiraba las llaves hacia el cuenco situado sobre la mesa de la entrada y fallaba al menos por medio metro.

—Menuda puntería.

Al pasar junto a mí, me dio una colleja.

—¿Acabas de llegar?

—Sí. Lo siento. Pensaba llamarte después de cenar.

Se detuvo y se volvió a mirarme, burlona.

—¿Por qué? ¿No tienes novia?

Me volvió la espalda y me quedé mirándola mientras cogía una cerveza para mí y un vaso de agua para sí misma.

—Lo que has dicho es horrible —protesté cuando regresó.

—¿Acaso no es verdad?

Ziggy se dejó caer en el sofá, a mi lado.

—¿Por qué estás aquí?

Mi hermana estaba casada con Will, el de la tía Jessica, mi mejor amigo desde hacía más de quince años, y los dos vivían a menos de cinco minutos en una casa mucho más grande y acogedora que la mía.

Se pasó el cabello por encima del hombro y me sonrió.

—Me han dicho que venga a darte la lata para evitar que hagas llamadas de trabajo por la noche. —Ziggs se encogió de hombros y dio un sorbo de agua—. Will tiene

prevista una conferencia importante con alguien de Australia, así que he pensado quedarme aquí hasta que me avise de que ha terminado.

—¿Tienes hambre? He pedido comida tailandesa.

Ella asintió con la cabeza.

—Debes de estar cansado.

Me encogí de hombros.

—Estoy un poco despistado con la hora.

—Seguro que te apetece pasar una noche tranquila. Seguro que no hay nadie a quien te mueras de ganas de ver ahora que estás en casa.

Con la cerveza inclinada hacia los labios, me quedé paralizado y la miré.

—Para de una vez.

Lo cierto era que todos los miembros de mi familia mostraban una irritante tendencia a interesarse en exceso por lo que ocurría en la vida de los demás, y no habría dudado en reconocer que en más de una ocasión había hecho el papel del típico hermano protector. Sin embargo, no me gustaba que la menor de mis hermanos se metiera en mis asuntos.

—¿Cómo está Emily? —preguntó, y simuló un bostezo.

—Ziggs.

Consciente de que se estaba portando como una cría, siguió diciendo:

—Colecciona álbumes de recortes, Jensen. Y se ha ofrecido a ayudarme a ordenar el garaje.

—Me parece un buen detalle —dije, haciendo zapping.

—Esta es la Emily soltera, Jens. Es su época de locura.

Ignoré ese comentario y evité reírme para que no se animara.

—Emily y yo no somos nada.

Por fortuna, decidió no insistir ni hacer algún chiste verde.

—¿Vendrás a casa mañana?

—¿Qué pasa mañana?

Ziggy me miró irritada.

—¿En serio? ¿Cuántas veces lo hemos hablado?

Lancé un gruñido, me puse de pie y traté de pensar en una excusa que me permitiera abandonar la habitación.

—¿Por qué la tomas conmigo? ¡Acabo de llegar a casa!

—¡Jens, mañana celebramos que Annabel cumple tres años! Sara está a punto de reventar y tener a su enésima criatura, así que Max y ella no podían organizar la fiesta en su casa. Vendrá todo el mundo desde Nueva York. ¡Lo sabías! Dijiste que volverías a tiempo.

—Vale, vale. Sí, supongo que me pasaré por tu casa.

Ella se me quedó mirando.

—Nada de «pasarte». Ven a quedarte un rato, Jensen. Que sea yo la que te diga esto resulta maravillosamente irónico. ¿Cuándo saliste por última vez con tus amigos? ¿Cuándo fue la última vez que te relacionaste con la gente o saliste con alguna mujer distinta de Emily, la del softball?

No respondí. Salía con más mujeres de las que suponía mi hermana, pero tenía razón en una cosa: no estaba demasiado interesado. Había estado casado. Con la dulce y alegre Becky Henley. Nos conocimos durante mi segundo curso en la universidad, salimos nueve años y estuvimos casados cuatro meses, hasta que llegué a casa un día y me la encontré haciendo las maletas y llorando a lágrima viva.

«Esto no funciona —dijo—. En realidad, nunca ha funcionado.»

Y esa fue toda la explicación que recibí.

Así pues, a los veintiocho años me había graduado en derecho y estaba recién divorciado, por lo que me centré en mi carrera profesional. De lleno. Durante seis años me gané las simpatías de los socios, fui ascendiendo, creé mi propio equipo y logré hacerme imprescindible para el bufete.

El resultado era que pasaba las noches de los viernes con mi hermana pequeña, recibiendo sermones acerca de la necesidad de relacionarme más.

Y tenía razón: resultaba irónico que fuese ella la que tuviese aquella conversación conmigo. Tres años atrás, yo le había dicho justo lo mismo.

Suspiré.

—Jensen —dijo, tirando de mi mano hasta obligarme a sentarme de nuevo en el sofá—. Eres lo peor.

Sí que lo era. Se me daba fatal aceptar consejos. Sabía que tenía que salir de aquel atolladero laboral. Sabía que necesitaba aportar diversión a mi vida. Y, por muy reacio que fuese a hablar de aquello con mi hermana, era consciente de que me gustaría tener una relación estable. El problema era que casi no sabía por dónde empezar. La perspectiva siempre me resultaba agobiante. Cuanto más tiempo pasaba solo, más difícil me parecía ponerme de acuerdo con alguien.

—¿A que no has salido por Londres ni una sola vez? —dijo Ziggs, volviéndose hacia mí.

Pensé en la abogada principal de la parte londinense de nuestro equipo, Vera Eatherton. Se me había acercado justo cuando poníamos punto final a la jornada.

Hablamos unos minutos y luego su expresión cambió: bajó los ojos al suelo con un aire de timidez que no le conocía y supe que iba a invitarme a salir.

—¿Te apetece ir a comer algo? —preguntó.

Le sonreí. Era muy guapa. Tenía unos cuantos años más que yo, estaba en muy buena forma y era alta y esbelta, con unas curvas fantásticas. Habría sido lógico que yo quisiera comer algo. Habría sido lógico que quisiera mucho más que eso.

Sin embargo, al margen de las complicaciones de tipo laboral, la idea de salir, e incluso de disfrutar de una simple noche de sexo, me agotaba.

—No —le dije a Ziggy—. No he salido. No del modo al que te refieres.

—¿Dónde está mi hermano Don Juan? —preguntó, dedicándome una sonrisa bobalicona.

—Creo que me has confundido con tu marido.

Ignoró ese comentario.

—Has estado una semana en Londres y te has pasado todo el tiempo libre en el hotel. Tú solito.

—Eso no es exactamente cierto.

En realidad, no había estado en mi habitación. Había estado por ahí, visitando monumentos y paseando por la ciudad, pero tenía razón en una cosa: lo había hecho solo.

Ziggy levantó una ceja, desafiándome a demostrar que se equivocaba.

—Will dijo anoche que necesitas recuperar parte del Jensen de la universidad.

La miré furioso.

—Deja de hablar con Will de cómo éramos en la universidad. Él era idiota.

—Los dos lo erais.

—Will era el idiota principal. Yo solo lo seguía.

—No es eso lo que cuenta él —replicó ella con una sonrisa.

—Eres muy rara —le dije.

—¿Que yo soy rara? Tú tienes un temporizador que enciende las luces y un robot aspirador para mantener el suelo limpio aunque estés de viaje, deshaces la maleta a los pocos minutos de entrar en casa... ¿Y resulta que soy yo la rara?

Abrí la boca para contestar y la cerré. Le levanté el dedo para evitar que me soltara otra de sus graciosas arengas.

—Te odio —dije por fin, y una risita salió de su garganta.

Sonó el timbre y fui a recoger la comida, que llevé a la cocina. Quería mucho a Ziggy. Reconocía que, desde que mi hermana había vuelto a Boston, verla varias veces

por semana había sido bueno para los dos. Pero no soportaba pensar que se preocupaba por mí.

Y no era solo Ziggy.

Mi familia entera me compraba más regalos que a nadie en Navidad porque no tenía una novia que pusiera unos paquetes debajo del árbol, y creían que no me daba cuenta. Cuando me invitaban a su casa a cenar, siempre flotaba en el ambiente la pregunta de si iba a traer a alguien. Si hubiese llevado a una extraña escogida al azar a casa de mis padres a comer el domingo y hubiese anunciado que iba a casarme con ella, toda mi familia se habría vuelto loca de alegría.

No había nada peor que ser el mayor de cinco hermanos y ser además el que centraba las preocupaciones de todo el mundo. Me agotaba tener que asegurarme siempre de que supieran que estaba «muy bien, estupendamente».

Sin embargo, no dejaba de intentarlo. Sobre todo porque, cuando había empujado a Ziggy a salir más al mundo, se había encontrado nada menos que con Will, y su historia había tenido un final feliz que no podía sino envidiarles a los dos.

—Bueno —dije. Le llevé un plato de comida y me senté de nuevo junto a ella en el sofá—. Recuérdame lo de la fiesta. ¿A qué hora es?

—A las once —dijo—. Te lo anoté en el calendario de la nevera. ¿Lo miras alguna vez, o te apresuraste a tirar a la basura el posit porque estropeaba la superficie perfectamente estoica de tu solitario frigorífico?

Me precipité a dar un trago de cerveza.

—¿Puedes poner el sermón en pausa un momento? Venga ya, cariño, estoy cansado. No quiero estar así esta noche. Dime simplemente qué tengo que llevar.

Me dedicó una sonrisa de disculpa y se metió en la boca el tenedor cargado de arroz y curry verde. Tragó y dijo:

—Nada. Solo tienes que venir. Tengo una piñata y un montón de cosas para niñas pequeñas, como diademas de princesa y... esa especie de ponis.

—¿Esa especie de ponis?

Se encogió de hombros y se echó a reír.

—¡Cosas de crías! ¡Soy una inútil! Ni siquiera sé cómo se llaman.

—¿«Cotillones»? —sugerí, haciendo el gesto de las comillas con los dedos.

Me dio una palmada en el brazo.

—Lo que sea. ¡Ah, y Will hará la comida!

—¡Sí! —exclamé, e hice un gesto de victoria. Mi mejor amigo había descubierto recientemente el amor por todo lo perteneciente al ámbito culinario, y decir que todos salíamos beneficiados habría sido como restar importancia a la hora extra que tenía que pasar en el gimnasio para compensar cada vez que iba a cenar a su casa—. ¿Qué

tal está nuestro pequeño chef? ¿Viendo programas de cocina en la tele? Hay que reconocer que llena bien el delantal.

Me miró de soslayo.

—Si no quieres que deje de invitarte a cenar, ya puedes rezar para que no le cuente lo que has dicho. Desde que le ha dado por el hojaldre, he ganado más de dos kilos, te lo juro. Aunque no me quejo...

—¿Hojaldre? Pensaba que estaba obsesionado con la cocina mediterránea.

Ella descartó mi idea con un gesto del brazo.

—Eso fue la semana pasada. Esta semana está volviéndose un experto en postres para Annabel.

Fruncí el ceño.

—¿Es muy quisquillosa con la comida?

—No, es que mi marido está loco por su ahijada.

Ziggy volvió a meterse el tenedor en la boca.

—Si todo el mundo está en la ciudad, supongo que mañana por la noche tendrás la casa llena —dije.

Entre los dos hijos de nuestra hermana Liv y nuestros amigos Max y Sara a punto de tener su cuarto hijo, el contingente de adultos no tardaría en quedar superado por el número de adorables renacuajos. A Ziggy le encantaba que los críos fueran a su casa, y yo me habría jugado cualquier cosa a que Will tendría al menos a uno pegado a la pierna durante la mayor parte del fin de semana.

—Pues no, la verdad —dijo ella con una carcajada—. Max y la familia se alojan en un hotel. Bennett y Chloe duermen en casa.

—¿Has dicho Chloe? —pregunté, sonriendo de oreja a oreja—. ¿No te da miedo?

—No, y esa es la mejor parte. —Ziggy se inclinó hacia mí con los ojos muy abiertos—. Es como si durante el embarazo Chloe y Sara se hubiesen intercambiado las personalidades. Hay que verlo para creerlo, en serio.

Como cabía esperar, cuando Ziggy me abrió la puerta el sábado por la mañana, lo único que vi detrás de ella fue un destello de color, seda y minúsculos cuerpos que corrían a toda velocidad. Un niño pequeño se abalanzó contra las piernas de mi hermana, las abrazó con fuerza y la empujó hasta mis brazos.

—Hola —dijo Ziggy, sonriendo de oreja a oreja—. Seguro que ya te alegras de haber venido.

Eché un vistazo por encima de su hombro y contemplé el recibidor. Había un variopinto montón de zapatos infantiles cerca de la puerta de la calle y, a través de una amplia entrada de estilo Craftsman, vi una montaña de regalos de cumpleaños sobre la mesa del comedor.

—Siempre estoy dispuesto a disfrutar de la cocina de Will —dije, ayudándola a recuperar la posición vertical.

Pasé junto a ella y me sumergí entre aquella turba. A lo lejos, por encima del sonido de la risa grave de Will desde la cocina, oí un coro de gritos, chillidos y una clara exclamación que solo pude atribuir a Annabel:

—¡Es mi cumpleaños! ¡Superman soy yo!

Necesitaba más café.

Tenía el sueño ligero y me había pasado gran parte de la noche despierto, sentado en el salón de mi casa intentando recordar cuántas veces me había dedicado a alguna actividad exclusivamente social, por mí mismo, en los últimos cinco años.

Aparte del gimnasio, el partido de softball del jueves y la copa o el café que me tomaba después con una de mis amigas, tenía la impresión de carecer de vida personal. Mi agenda social estaba repleta, por supuesto, pero casi siempre se trataba de cenas de trabajo, visitas de clientes o éxitos que mis socios querían celebrar con una espléndida comida. Dos años atrás había llegado a la deprimente conclusión de que el exceso de tiempo transcurrido de viaje y en el sofá me había dejado en muy baja forma. Había vuelto a correr y a hacer pesas, había perdido trece kilos y medio y había ganado algo de músculo. Redescubrí mi amor por el *fitness* y comprendí que en realidad no había hecho todo aquello para tener mejor aspecto ni llamar la atención de nadie. Lo había hecho para sentirme mejor. Al margen de eso, desde entonces no se había producido ningún cambio significativo en mi vida.

Intentaba no pensar en el fracaso de mi matrimonio, pero esa madrugada había entendido que, al abandonarme, Becky había provocado una reacción en cadena: el dolor me había empujado a lanzarme de lleno al trabajo, y tanta dedicación me había proporcionado éxito, un éxito que, a su vez, se había convertido en una especie de recompensa obsesiva. Supe que tenía que comprometerme con el trabajo o con mi vida personal. Seis años atrás, cuando la amargura alimentaba la mayoría de mis pensamientos sobre las relaciones románticas, la decisión había resultado fácil.

Ahora era feliz, ¿no? Quizá no estuviese completamente satisfecho, pero, desde luego, me sentía realizado. Sin embargo, las palabras que mi hermana había escogido para pincharme la noche anterior me habían dejado aterrado. ¿Moriría solo y viejo en mi casita limpia como los chorros del oro mientras clasificaba por colores un armario lleno de chaquetas de punto? ¿Debía dejarlo todo de inmediato y aficionarme a la jardinería?

Tras recorrer el pasillo, salí al jardín trasero. Había docenas de globos atados a la valla y a los árboles, sujetos con lazos a unas sillas plegables blancas y colocados sobre una serie de mesitas redondas. En el centro de la mesa más grande, cerca del

patio, había una tarta blanca con glaseado en forma de ondas sobre la que descansaban una jirafa, un elefante y una cebrá de plástico.

Unos cuantos niños con jerséis y bufandas corrían por el césped. Me aparté con cuidado de su camino y me dirigí al grupo de humanos adultos situado cerca de la barbacoa.

—¡Jens! —me llamó la voz familiar de Will.

Me abrí paso hasta él. Mi amigo se hallaba junto a un emparrado del que colgaban más globos y una pancarta de cumpleaños con tema de safari.

—¡Qué pasada! Yo nunca he tenido una fiesta de cumpleaños así —dije, volviendo la vista atrás para mirar la explosión de color del jardín—. Annabel ni siquiera vive aquí. ¿Quiénes son todos estos críos?

—Pues... los hijos de Liv están... en alguna parte —dijo él, echando un vistazo a nuestro alrededor—. Los demás son de Max y Sara, o de compañeros de trabajo de Hanna.

Lo miré parpadeando y volví a contemplar el jardín.

—Este es tu futuro.

Lo dije en broma, en un tono falsamente lúgubre, pero Will exhibió una amplia sonrisa.

—¡Sí!

—Vale, vale, creo que llego tarde para tomar más café. ¿Dónde está la cerveza?

Él señaló una nevera portátil situada bajo el gran roble.

—Pero dentro hay whisky escocés, por si te apetece.

Me volví en el preciso momento en que Max Stella salía al patio. El socio de Will contempló sonriente la manada de niños que corría a toda velocidad por el césped. Max y Will habían fundado años atrás una sociedad de capital riesgo en Nueva York y parecían conformar la legendaria asociación de artes y ciencias: su habilidad y agudeza para sus campos respectivos los habían convertido en unos hombres muy ricos. Aunque he de admitir que, con su metro noventa y ocho de puro músculo, Max parecía más una bestia del rugby que un fanático del arte.

—Ojalá hiciéramos todos amigos tan fácilmente —dijo Max, observando a los niños descontrolados.

Su mujer, Sara, apareció detrás de él, sujetándose el vientre abultado. La embarazada se sentó en la silla que le aguantaba Max.

Estreché la mano de este y luego me volví hacia Sara.

—No te levantes —le dije, y me incliné para darle un beso en la mejilla.

—Intento ponerme de mal humor —comentó Sara, tratando de contener una sonrisa—, pero que te portes como un caballero me quita la rabia del embarazo.

—Prometo esforzarme por ser más capullo —repliqué con solemnidad—. Por cierto, enhorabuena. Es la primera vez que nos vemos desde que esperáis a este. Es el cuarto, ¿no?

—¿El cuarto en cuánto tiempo, Max? ¿Cuatro años? —dijo Will, sonriendo detrás de su cerveza—. Podrías echar una siesta de vez en cuando. Búscate alguna afición.

La puerta volvió a abrirse y salió Bennett Ryan, seguido de Ziggy y de Chloe, embarazada de muchos meses.

—Yo diría que ya tiene una afición —dijo Bennett.

Bennett y Max se habían hecho amigos siendo estudiantes en Europa. Max era todo sonrisas amables y encanto, mientras que Bennett era la frialdad personificada. Sonreía poco y, puesto que rara vez bromeaba, cuando lo hacía te dabas cuenta: su boca se ladeaba levemente, y la línea de sus hombros se suavizaba. Algo que también le ocurría cuando miraba a su mujer.

En ese momento sonreía de oreja a oreja.

Resultaba... desconcertante.

—¡Jensen!

El sonido de mi nombre me obligó a volverme otra vez. Chloe cruzó el patio y me estrechó en un abrazo.

Parpadeé un instante y miré a Will lleno de curiosidad antes de rodearla con los brazos. Sin duda alguna, nunca había abrazado a Chloe hasta ese momento.

—¡Hola! ¿Cómo estás? —dije, apartándome un poco para mirarla.

Las dos embarazadas eran menudas. Sin embargo, mientras que Sara era esbelta y delicada, Chloe poseía una agresividad indiscutible. La Chloe que yo conocía no era exactamente la típica persona cálida que no deja de toquetearte, y me quedé sin saber qué decir.

—Pareces...

—¡Feliz! —acabó por mí, y se apoyó una mano sobre el vientre redondeado—. ¿Contentísima y... de puta madre?

Me eché a reír.

—Pues... ¿sí?

Hizo una mueca de pesar y miró a los niños sentados en el césped.

—Joder, más vale que deje de soltar tacos. —Cayendo en la cuenta de lo que acababa de decir, gimió entre risas—: ¡No tengo remedio!

En un gesto lleno de ternura, Bennett le pasó una mano por los hombros. Chloe se apoyó en él... y luego se rio tontamente.

Todos la miramos pasmados en medio de un silencio sobrecogido.

Max fue el primero en hablar:

—Llevan al menos cuatro meses sin pelearse. Nos tienen a todos hechos un lío.

—Todo el mundo se preocupa al verme tan simpática —dijo Chloe, asintiendo con la cabeza—. Entretanto, la dulce Sara no pudo abrir un frasco de mantequilla de cacahuete la semana pasada y perdió los nervios hasta el punto de arrojarlo por la ventana, sobre la acera de Madison Avenue.

Sara se echó a reír.

—Nadie resultó herido. Solo mi orgullo y mi larga racha de buen comportamiento.

—George ha amenazado a Sara con dejar de trabajar para ella y ponerse al servicio de Chloe —dijo Bennett—. Está claro que se avecina el fin del mundo.

George era el asistente de Sara y mantenía con Chloe una relación notoriamente mala, plagada de comentarios sarcásticos por ambas partes.

—Bueno, bueno, deja de acaparar a mi hermano. —Ziggy pasó junto a Chloe y me echó los brazos al cuello—. Pero ¡si sigues aquí!

Confuso, me volví a mirar a Will.

—Claro que sigo aquí. Aún no me han dado tarta.

Como si hubiese pronunciado la palabra mágica, en ese instante unos cuantos niños aparecieron de repente, saltando entusiasmados y preguntando si era ya la hora de soplar las velas. Ziggy se disculpó y los llevó junto a otro grupo que jugaba a cierta distancia.

—¿Cuándo salís de cuentas? —pregunté.

—Sara cumple a finales de diciembre —dijo Chloe—, y yo, a primeros.

Al oír sus palabras, todos fingimos tomarnos unos momentos para mirar a nuestro alrededor y observar el jardín a mediados de octubre, con los árboles que empezaban a perder sus hojas.

—No os preocupéis, estoy perfectamente —añadió, al observar la expresión de gallina clueca de todos los presentes—. Este es mi último viaje, y luego me quedaré en Nueva York hasta que llegue esta criatura.

—¿Ya sabéis si es niño o niña? —pregunté.

Bennett negó con la cabeza.

—Está claro que Chloe le ha transmitido al bebé el gen de la testarudez, porque no ha permitido que el técnico lo viera bien.

Max soltó un bufido y miró a Chloe expectante, en espera de una réplica mordaz. Sin embargo, Chloe se limitó a encogerse de hombros, sonriente.

—¡Desde luego! —exclamó, y se estiró para besar a Bennett en la mandíbula.

Dado que el estilo de flirteo propio de Bennett y Chloe recordaba en gran medida a un combate de boxeo verbal, verla hacer caso omiso de aquel intento de irritarla resultaba... asombroso. Por muy normal que fuese, en cierto modo era como contemplar un ritual de cortejo entre dos extraterrestres.

Ziggy regresó del jardín con la homenajeadá.

—Los críos se están poniendo nerviosos —dijo, y todo el mundo interpretó sus palabras como una señal de que había llegado el momento de empezar la fiesta.

Estuve charlando con Sara, Will, Bennett y Chloe mientras Max, mi hermana y algunos padres más repartían ingredientes para elaborar unos vasitos dulces con galletas Oreo, mousse de chocolate y gominolas de gusanos.

El hermano de Max, Niall, y su mujer, Ruby, fueron los últimos en llegar, pero me lo perdí en mitad del caos que organizaban los chavales atiborrados de azúcar.

Conocer a Niall Stella resultó un tanto impactante. Me había acostumbrado a la presencia de Max, cuya estatura era fácil de olvidar porque parecía sentirse muy cómodo y estar a la misma altura emocional que el resto de la gente. Sin embargo, la postura de Niall era perfecta, modélica, casi rígida y, aunque yo mismo poseía una respetable estatura de uno ochenta y ocho, Niall me sacaba varios centímetros. Me levanté para saludar a ambos.

—Jensen —dijo él—. Me alegro de conocerte por fin.

Hasta su acento era diferente. Recordé que Max me había contado que había pasado varios años en Leeds y que aquella estancia cambió su forma de hablar; ahora empleaba palabras mucho más relajadas y comunes. No obstante, como todos los demás rasgos de Niall, sus expresiones eran muy correctas.

—Es una lástima que no pudiéramos vernos mientras estábamos todos en Londres.

—En el próximo viaje —dije, e hice un gesto con la mano para restar importancia a su decepción—. Esta vez he estado muy liado. No habría sido buena compañía. Pero es estupendo que hayamos podido conocernos ahora.

Ruby se me acercó y optó por darme un abrazo. La mujer temblaba sin parar y daba saltitos; parecía un cachorrillo indefenso entre mis brazos.

—Tengo la sensación de conocerte ya —dijo, apartándose para dedicarme una amplia sonrisa—. Toda la gente que vino a nuestra boda en Londres el año pasado tenía anécdotas que contar sobre «el escurridizo Jensen». ¡Por fin nos conocemos!

«¿Anécdotas? ¿Eскурridizo?»

Asombrado, me senté junto a los demás. Últimamente no me sentía demasiado interesante. ¿Eficiente? Sí. ¿Hábil? Desde luego. Pero la palabra «escurridizo» poseía un misterio que yo no sentía. A los treinta y cuatro años, se me hacía raro sentir que mi vida empezaba a declinar y que mis mejores días habían quedado atrás, sobre todo porque, al parecer, era el único que lo creía.

—Después de la boda, Ziggy no paró de hablar de vosotros durante un mes —le dije a Ruby—. Creo que organizasteis una fiesta fantástica.

Niall le sonrió.

—En efecto.

—¿Y qué os trae a Estados Unidos? —pregunté.

Sabía que Ruby se había trasladado a Londres para hacer unas prácticas que acabaron desembocando en un programa de posgrado, y que la pareja tenía ahora su hogar en aquella ciudad.

—Estamos de viaje para celebrar nuestro primer aniversario, aunque sea con algo de retraso —explicó él—. Hemos empezado por aquí para recoger a Will y Hanna.

Ruby se puso en pie de un salto.

—¡Recorreremos las cervecerías y bodegas de la costa!

Su entusiasmo resultaba contagioso.

—¿Qué lugares visitaréis? —pregunté.

—Hanna ha alquilado un monovolumen —dijo Niall—. Empezaremos en Long Island y, a lo largo de dos semanas, visitaremos Connecticut y después Vermont. Tu hermana lo ha organizado todo.

—Yo estuve trabajando algún tiempo en unas bodegas de North Fork. Trabajé los veranos en los viñedos Laurel Lake mientras estudiaba en la universidad —les conté.

Ruby me dio una alegre palmada en el hombro.

—¡Calla! ¡Entonces serás todo un experto!

—No puedo callarme —dije, con una amplia sonrisa—. Es verdad.

—Deberías venir —dijo, asintiendo con la cabeza como si ya estuviese decidido. Miró a Niall y le dedicó una sonrisa encantadora. Él se rio en voz baja. Ruby se volvió hacia Bennett, Chloe y Will—. Decidle que debería venir.

—Yo solo pasaba por aquí —dijo Will, levantando las manos—. No me metáis en esto. —Hizo una pausa que aprovechó para dar un trago de su botella—. Aunque me parece una idea estupenda...

Lo miré inexpresivamente.

—Piénsalo, Jensen —continuó Ruby—. Vienen Will, Hanna y otra amiga, y, gracias a Dios, Hanna no bebe mucho, porque así al menos uno de nosotros podrá conducir. Formaremos un grupo fantástico.

Hube de reconocer que un viaje corto sería perfecto. Aunque tenía la sensación de haber recorrido un millón de millas aéreas, la idea de volar a donde fuese por vacaciones me parecía horrible. En cambio, un viaje por carretera...

Sin embargo, no podía. Ya llevaba lejos del bufete más de una semana, y no me imaginaba cómo podría resolverlo todo a tiempo.

—Lo pensaré —les dije.

—¿Qué pensarás? —dijo Ziggy, reuniéndose con nosotros.

—Tratamos de convencer a tu hermano para que viaje con vosotros —le explicó Bennett.

Ziggy miró a Ruby y asintió despacio con la cabeza, como si asimilara lo que acababa de oír.

—Ya. Jensen, ¿me ayudas a prepararlo todo para la tarta?

—Claro.

Seguí a mi hermana hasta la cocina y me acerqué a la alacena para coger un montón de platos.

—¿Recuerdas lo que me dijiste en aquella fiesta hace años? —preguntó.

Intenté hacerme el tonto por si funcionaba.

—Vagamente —mentí.

—Pues deja que te lo aclare. —Abrió una caja y sacó un puñado de tenedores de plástico—. Estábamos mirando un montón de cuadros repugnantes y tú decidiste soltarme un sermón sobre el equilibrio.

—Yo no te solté ningún sermón —dije con un suspiro. Su única respuesta fue una carcajada estridente—. No lo hice. Solo quería que salieras más, que vivieses más. Tenías veinticuatro años y apenas abandonabas tu laboratorio.

—Y tú tienes treinta y cuatro y apenas abandonas tu bufete o tu casa.

—Es muy distinto, Ziggs. Tú eras muy joven. No quería que la vida pasara de largo mientras tenías la nariz metida en un tubo de ensayo.

—Vale. En primer lugar, nunca llegué a meter la nariz en un tubo de ensayo...

—¡Venga ya!

—En segundo lugar —dijo, forzándose con su mirada fija a apartar la mía—, puede que yo fuese muy joven, pero eres tú el que deja que todo pase de largo. Tienes treinta y cuatro años, Jens, no ochenta. Cuando voy a tu casa, siempre espero encontrar un carnet de la tercera edad sobre la mesita baja del salón o esa especie de ligas para calcetines en el lavadero.

La miré parpadeando.

—Estoy hablando en serio.

—Y yo también. Nunca sales...

—Salgo cada semana.

—¿Con quién? ¿Con tus socios? ¿Con tu amiga del softball?

—Ziggs, sabes muy bien que se llama Emily.

—Emily no cuenta —dijo.

—¿Qué problema tienes con Emily? —pregunté, frustrado—. ¡Me cago en la puta!

Emily y yo éramos amigos... con derecho a roce. El sexo estaba bien; muy bien, la verdad. Sin embargo, nunca fue otra cosa para ninguno de los dos. Llevábamos tres años así, y la relación no iba a más.

—Es que ella no es un paso adelante para ti, es un paso hacia a un lado. O quizá incluso hacia atrás, porque, mientras tengas sexo accesible, nunca te molestarás en buscar algo más satisfactorio.

—Entonces ¿crees que estoy metido hasta el cuello?

Haciendo caso omiso de mis palabras, mi hermana siguió hablando:

—Estuviste en Londres una semana y no hiciste más que trabajar. La última vez pasaste un fin de semana en Las Vegas y ni siquiera viste el Strip. Llevas un jersey de cachemir, Jensen, cuando deberías lucir los músculos con una camiseta ajustada.

La miré inexpresivamente. No sabía si era peor que mi hermana dijese aquello o que lo dijese en la fiesta de cumpleaños de una niña de tres años.

—Vale, me he pasado, tienes razón. —Fingió que temblaba—. Borremos lo que acabo de decir.

—Ve al grano, Ziggs. Esto se está poniendo aburrido.

Ella suspiró.

—No eres un anciano. ¿Por qué insistes en comportarte como si lo fueras?

—Pues...

Mis pensamientos pisaron el freno.

—Haz algo divertido con nosotros. Relájate, emborráchate. Si puedes, búscate a una buena chica y tíratela...

—Madre mía.

—Vale, borra eso también.

—No pinto nada en su viaje de aniversario. Paso de hacer de aguantavelas. Eso no va a impulsar para nada mi vida social.

—No harías de aguantavelas. Ya lo has oído, viene otra amiga. Vamos, Jens. Es un grupo de buena gente. Podría ser muy divertido.

Me eché a reír. «Divertido.» Detestaba tener que admitirlo, pero mi hermana tenía razón. Había vuelto a casa directamente desde Londres después de trabajar sin parar

durante una semana entera, tras muchas semanas de trabajo ininterrumpido, decidido a volver al trabajo el lunes. No había previsto ningún descanso.

No me vendrían mal un par de semanas de fiesta, ¿verdad? Había dejado el bufete de Londres en buenas condiciones para el próximo juicio, y mi colega Natalie podía ocuparse de todo lo demás durante algún tiempo. Tenía más de seis semanas de vacaciones acumuladas, y el único motivo por el que no tenía más era que había cobrado diez semanas cuatro meses atrás, a sabiendas de que nunca las utilizaría.

Intenté imaginar dos semanas en compañía de Will y Ziggy, dos semanas de bodegas, cervecerías, de dormir hasta tarde... Sonaba tan bien que me entraron ganas de llorar.

—Muy bien —dije, confiando en no lamentarlo.

Ziggy abrió mucho los ojos.

—Muy bien... ¿qué?

—Iré.

Lanzó un grito ahogado, sinceramente conmocionada, y luego me echó los brazos al cuello.

—¿En serio? —vociferó.

Me aparté y me tapé la oreja con la mano.

—¡Perdona! —chilló, tan cerca de mi oreja como la vez anterior—. ¡Es que me hace mucha ilusión!

Una bolita de inquietud se abrió paso hasta mi pecho.

—¿Adónde habéis dicho que vamos? —pregunté.

Su expresión se animó todavía más.

—He preparado un itinerario fantástico. Visitaremos cervecerías y bodegas, nos alojaremos en varios hoteles impresionantes y pasaremos la última semana en una cabaña increíble de Vermont.

Exhalé y asentí con la cabeza.

—Vale, vale.

Sin embargo, Ziggy captó mi vacilación.

—No estarás pensando ya en cambiar de idea, ¿verdad? Jensen, como no vengas, te juro por...

—No —la interrumpí entre risas—. Es que ayer me senté en el avión junto a una tía chiflada y dijo que iba a visitar unas bodegas. He tenido un momento de pánico al pensar en lo que ocurriría si el universo me gastase una de sus bromas caprichosas y fuese ella la amiga que va a venir. Si te soy sincero, preferiría pillarme la mano con una puerta o comerme un ladrillo.

Ziggy soltó una carcajada.

—¿Vino contigo desde Londres?

—Al principio se portó bien, pero después se emborrachó y no paró de hablar —dije—. Habría tenido un vuelo más agradable si hubiese ocupado un asiento central en clase turista. Dios, imagínate lo que sería pasar una semana con semejante mujer.

Mi hermana hizo una mueca compasiva.

—Me pasé cuatro horas haciéndome el dormido —reconocí—. ¿Tienes idea de lo duro que resulta eso?

—Lamento interrumpir —dijo una voz delicada detrás de mí—, pero, mira, Hanna: ¡mi Pippa está aquí!

Me volví y me quedé de una pieza.

Unos pícaros ojos azules se clavaron en los míos. Su sonrisa era encantadora... y, esta vez, sobria.

Un momento.

¿Cuánto tiempo llevaban allí?

No.

Mierda.

Pippa

«Dios, imagínate lo que sería pasar una semana con semejante mujer», había dicho él.

La mujer había hecho una mueca compasiva.

«Me pasé cuatro horas haciéndome el dormido», había dicho él, y luego se había estremecido literalmente.

Yo sabía que era él, por supuesto. Incluso de espaldas, con su pelo perfectamente peinado, su impecable jersey de cachemir y sus pantalones planchados, nada menos que en la fiesta de cumpleaños de una niña, lo reconocí tan pronto como entré en la cocina. Y además, por supuesto, me ayudó el ritmo de su voz, melosa, baja, nunca alta ni tensa, mientras nos hallábamos justo detrás de él, esperando un buen momento para interrumpir. Una parte de mí quería dejar que siguiera hablando. Saber que había sido tan pesada como yo misma creía era como rascar un picor dentro de mi cerebro. Y también me hacía cierta gracia su capacidad de quejarse con aquella mezcla bien dosificada de compostura e irritación.

Jamás lo habría imaginado. Parecía tan estable...

Pero él no tenía ni idea de que yo estaba allí, y vi cómo desaparecía el color de sus mejillas en el pequeño lapso que duró su inhalación brusca y sorprendida.

Oí mi propia carcajada ocupando su silencio horrorizado. Y entonces, cuando pronuncié un sereno «Hola, Jensen», pareció que la realidad aparecía de repente ante Hanna, después Ruby y finalmente Niall, quien murmuró:

—Por el amor de Dios. Estaba hablando de Pippa, ¿a que...?

Ruby lo hizo callar con una palmada en el hombro.

Jensen asintió con la cabeza y soltó un mortificado:

—Pippa.

Si me hubiesen preguntado el día anterior qué esperaba que hiciese Jensen después de aquel vuelo, yo habría dicho que a) olvidarme enseguida, o b) contarle a alguien lo insoportable que era y olvidarme enseguida.

Mi mirada osciló entre la boca abierta de Hanna y el rostro pálido de Jensen. Al ver tan horrorizadas a todas aquellas personas, recordé que ignoraban por completo cuánta razón tenía Jensen.

Y luego estaban Ruby y Niall. Ruby se había dado una palmada en la boca para contener la risa. Niall me miraba sonriente. Ninguno de los dos estaba nada sorprendido por el relato que había hecho Jensen de mi comportamiento.

Miré a mi alrededor con una gran sonrisa.

—Que sepáis todos que no se equivoca.

Jensen dio un vacilante paso hacia delante, y yo hablé más para él que para el resto:

—Me comporté como... —busqué la palabra adecuada—. Me comporté como una auténtica loca. Él tiene razón. ¡Lo siento mucho!

—Como una auténtica loca no —dijo él, relajando un poco los hombros por el alivio. Se me acercó más y bajó la voz—: Pippa, qué mala educación la mía al...

—Solo es mala educación porque estoy aquí —dije, y cuando él, avergonzado, puso unos ojos como platos, me apresuré a añadir—: ¿Y cómo ibas a saber que me presentaría en esta fiesta? ¡Menuda coincidencia!

Él sacudió la cabeza, pero miró mis ojos risueños.

—Supongo.

—Si no hubiera aparecido y le hubieses contado a tu hermana lo de ese horrible vuelo, solo sería una anécdota divertida. Una anécdota divertida y muy cierta.

Él sonrió agradecido y, de forma instintiva, echó una ojeada a la copa de vino que yo tenía en la mano.

—Es la primera que me tomo —le aseguré, y luego añadí—: Por desgracia, no será la última que me tome hoy. Hay muchas caras nuevas. Ya sabes, el vino infunde valor. —Me encogí de hombros, sintiendo un aleteo de mariposas en el estómago al mirarle—. Pero al menos aquí puedes escapar.

Él asintió con la cabeza y apartó por fin su atención de mi cara para mirar a su alrededor. Tras levantar una mano con gesto torpe, dijo:

—Bueno, pues esta es mi hermana Hanna.

La ingeniera biomédica; Jensen la había mencionado durante el vuelo. ¿Un abogado y una ingeniera? Así que eran una de esas familias. Sonreí.

—Ruby me ha hablado mucho de ti.

—Seguramente no te habrá dicho cuánto me encanta ver a mi hermano quedar como un gilipollas.

Se adelantó y me dio un abrazo.

Jensen murmuró un seco:

—Gracias, Ziggs.

Como su hermano, Hanna era rubia y bastante alta. Además, ambos estaban en muy buena forma. Yo había sido bendecida con los genes de la delgadez, pero solo me habría puesto a correr si me persiguieran, e incluso en ese caso todo dependería de qué me estuviera persiguiendo. Para ser realistas, no tenía ninguna oportunidad contra, por ejemplo, los vampiros.

—¿Acaso estoy rodeada de fanáticos del *fitness*? —pregunté—. Gracias a Dios, Ruby no hace ejercicio a menudo...

Niall levantó una ceja con curiosidad.

—¿Cómo que no?

—¡Joder, no empieces! —intervine.

Un hombre moreno y guapísimo asomó la cabeza en la cocina y se dirigió a Hanna:

—Nena, ¿puedes sacar la segunda bandeja de galletitas? Estos críos son un pozo sin fondo de... —Se detuvo al verme y sonrió—. ¡Hola! Tú debes de ser la amiga de Ruby que viene con nosotros de viaje.

El rostro de Jensen volvió a palidecer, como si él también acabase de deducir esa información.

—Pippa, este es mi marido, Will —dijo Hanna con una sonrisa.

Alargué la mano para estrechar la suya.

—Encantada de conocerte.

—Sácala al jardín —dijo Will—. Tiene que conocer a todo el mundo.

Claramente agradecido por el cambio de escenario, Jensen colocó su copa sobre la encimera y me indicó con un gesto que siguiera a Hanna fuera de la cocina.

Ella nos condujo a una amplia terraza entarimada, donde cinco personas más observaban con vasos en la mano a una manada de niños pequeños que corrían y rodaban por el césped.

—No os vais a creer lo que... —empezó Hanna, pero Jensen la cortó:

—Ziggy, no —dijo, en tono de advertencia—. En serio. No.

Ella debió de ver en sus ojos lo mismo que vi yo, es decir, mortificación en estado puro, porque sonrió y se limitó a presentarme:

—Esta es Pippa. Ayer viajó sentada junto a Jensen en el avión. ¿No es demencial?

—Completamente demencial —dije entre risas—. Como ir por ahí haciendo de loca borracha —añadí, sonriéndole a Jensen.

Me dio la impresión de que el pobre hombre quería que el entarimado de la terraza se hundiera bajo sus pies.

—Pues entonces ya te quiero —dijo a mi derecha una morena guapa y embarazada de muchos meses.

Otra mujer, también embarazada de muchos meses (¿acaso tenía algo especial el agua de allí?), dio un paso adelante, apartándose de un hombre gigantesco, solo un poco más bajo que Niall.

Supuse que el gigante debía de ser Max y que ella era Sara, la cuñada de Ruby.

—Soy Sara —confirmó—, la madre de algunos de los críos que están en el césped. —Los buscó con la mirada y, al no encontrarlos, se volvió de nuevo hacia mí con una sonrisa irónica y cansada—. Me alegro mucho de conocerte por fin. Ruby nos lo ha contado todo sobre ti.

—¡Oh, no! —dije con una carcajada.

—Todo han sido cosas buenas, no te preocupes —intervino la mujer morena que me había hablado en primer lugar y que en ese momento se adelantaba tendiéndome la mano. Por un instante tuve la sensación de que iba a cortarme en lonchitas y a servirme como sushi, pero luego sonrió y se le iluminó todo el rostro—. Soy Chloe. Este es mi marido, Bennett. —Señaló con un gesto de la cabeza al hombre que estaba a su lado, un tipo alto y de un atractivo intimidante, aunque, francamente, muy serio. Chloe se llevó una mano al vientre—. Estamos a punto de ser padres de... este misterio.

Estreché la mano de Bennett, y a punto estuve de caerme al suelo cuando le oí decir:

—Si hubieras invitado a Jensen a seguirte al lavabo del avión, nos habrías hecho un favor a todos.

Sara lanzó un grito ahogado y Hanna le dio a Bennett un puñetazo en el brazo, pero yo solté una carcajada. Miré a Jensen.

—¿Es eso cierto? ¿Deberías haberme seguido hasta el lavabo?

Él se echó a reír, sacudiendo la cabeza.

—Intento no acostarme con mujeres que luego no van a acordarse.

El tono pícaro de sus palabras se me subió un poco a la cabeza.

—¿Demasiado agotado por esa amante del piso de Londres?

—Por desgracia, solo es producto de tu imaginación.

—¿Y la bella esposa de la casa de piedra rojiza de este mismo barrio?

—Una vez más —dijo él, conteniendo una sonrisa—, me has atribuido una vida imaginaria.

—¡En fin! —Di una palmada—. ¡Eso significa que podrás echar un polvo tras otro durante las dos semanas que nos pasaremos bebiendo por los viñedos de la costa Este!

Jensen se puso como un tomate. Chloe, Sara y Niall soltaron una carcajada sorprendida y jubilosa.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Sara mientras se llevaba una mano delicada a la garganta—. Jensen, parece que acabas de tragarte un plato. Vaya, siento mucho perderme ese viaje.

—¡Estoy deseando que empiece! —dijo Jensen con voz temblorosa.

Mi pobre compañero de asiento estaba muy sorprendido de ser el objeto de toda aquella atención.

Sin duda, aquel viaje sería divertido.

—Pippa es exactamente como yo la describí, ¿verdad? —dijo Ruby, sonriéndome con cariño.

La cogí del brazo, exhibiendo una gran sonrisa.

—Ahora preséntame a ese montón de pequeñajos. Tus amigos no pierden el tiempo.

—No sé por qué no trabajas en una guardería —dijo Ruby—. Se te dan muy bien los niños.

Le hice cosquillas a la pequeña Annabel en la barriga y chillé fingiéndome sorprendida cuando su hermana pequeña, Iris, salió de un salto de detrás de la casita, gritando para asustarme.

—Porque me pasaría trompa el día y la noche —contesté, y mi voz quedó apagada cuando Iris y Annabel se me abrazaron a la cara simultáneamente.

Ruby se echó a reír.

Me las quité de encima con suavidad y les asigné una misión:

—¡A ver si encontráis palitos de zanahoria para la tía Pippa! —Me volví hacia Ruby cuando echaron a correr hacia la mesa de la comida—. Además, gano más dinero trabajando en R-C. Es difícil marcharse.

Arrancó una brizna de hierba, replicando:

—No tan difícil.

—Para ti no, claro. Y menos teniendo a un Niall Stella en tu cama y un puesto esperándote en Oxford...

Cuando me miró, le di un golpecito en el hombro y le sonreí.

Ella se rio de mala gana.

—Dios, toda aquella época fue de locos. Ya han pasado dos años, ¿puedes creerlo? Parece que fue ayer.

No resultaba fácil olvidar la angustiada experiencia de Ruby al final de sus días en el estudio de ingeniería donde nos conocimos, Richardson-Corbett, donde Ruby se enamoró de Niall, Niall acabó fijándose en Ruby y enamorándose de ella, y luego lo estropeó todo al ser un cobarde cuando a ella le exigieron que escogiese entre su puesto de trabajo y su relación.

Lo perdoné poco después de que lo hiciese ella, pero de vez en cuando, si surge la ocasión, me gusta llamarlo «capullo» en voz baja.

Él no se lo toma a mal. Sabe que mi intención es buena.

Creo.

Hablando del rey de Roma, el bueno de Niall apareció en ese momento, se sentó entre nosotras sobre el césped y le dio a Ruby una copa de vino. Observé sonriente cómo se inclinaba hacia ella y la besaba.

—Nunca me cansaré de esto —susurré.

—¿De qué? —preguntó él, apartándose de mi amiga para volverse hacia mí.

—De ver lo cariñoso que eres en público. Antes te metías en tu despacho y cerrabas la puerta para poder atarte los zapatos en privado.

Ruby soltó una carcajada.

—Tardé algún tiempo en enseñarle.

Él se encogió de hombros sin protestar y dio un sorbo de cerveza. El cambio experimentado por Niall Stella desde que conoció a Ruby era fascinante. Siempre había sido un hombre seguro de sí mismo, pero también se movía con una actitud muy formal. Ahora se mostraba simplemente... tranquilo. Ahora era feliz de una forma absoluta y evidente. Al comprenderlo, sentí que algo crecía en mi interior, como una flor que se abriese en mi garganta.

Miré a Sara, a lo lejos. Sostenía a su hijo de un año, Ezra, en posición horizontal sobre su abultado vientre.

—Tu hermano tiene ya casi cuatro hijos. ¿Cuándo vais a buscar vosotros el primero?

Me volví y sorprendí a Niall llevándose un puño a la boca mientras tosía y se esforzaba por no desperdiciar su trago de cerveza.

Desde el otro lado de su largo tórax, Ruby protestó:

—Pippa.

—¡Venga ya! —dije, dándole un codazo en las costillas a Niall—. Hago todas las preguntas impertinentes porque soy la mejor amiga de tu mujer. Como, por ejemplo:

¿Cómo te hiciste esa cicatriz en la cara? ¿Os sentisteis muy incómodos después del primer polvo? ¿Vais a tratar de quedaros embarazados pronto?

Niall se echó a reír, me rodeó con el brazo y me atrajo hacia sí para darme un beso en la cabeza.

—No cambies, Pip. Contigo es imposible aburrirse.

—Por cierto —dije, incorporándome—, ¿qué plan tenemos para ese viaje en el que no pinto nada? ¿No salimos por la mañana? Antes, mientras acosaba sexualmente a Jensen, he caído en la cuenta de que en realidad no sé adónde vamos.

Ruby agitó la mano en el aire en dirección al jardín, y al volverme vi que llamaba a Hanna.

—Se lo preguntaremos al cerebro de la operación. Yo no he hecho nada; solo hemos firmado cheques y nos hemos presentado aquí. Hanna y Will se han ocupado de todos los detalles.

Un lío de brazos, piernas y pelo claro aterrizó sobre la hierba, a mi izquierda. Hanna quedó tapada rápidamente por dos niñas que chillaban y se agitaban como locas.

—He sido sustituida —comenté, poniendo morritos.

—La tía Pija es la favorita —dijo una voz grave.

Levanté la cabeza para averiguar de quién procedía.

Will se sentó junto a su mujer. Era alto, iba tatuado, estaba como un tren y, a juzgar por el brillo de sus ojos, debía de conocer un montón de travesuras.

Observé su cara mientras miraba a Hanna, Annabel e Iris.

—¿Hanna es la tía Pija? —pregunté.

Él asintió con la cabeza mientras alargaba los brazos hacia Iris y se sentaba a la niña sobre las rodillas.

—Cuando Hanna y yo éramos novios, Anna no sabía pronunciar su nombre y la llamaba Pija. Y ahora —dijo, y besó a la hermana pequeña de Anna en el cuello—, siempre será conocida como la tía Guay.

—Pues claro, evidentemente —dijo Hanna entre risas, abarcando con un gesto sus vaqueros y su sudadera de Harvard.

Su sencilla naturalidad me gustaba. Mostraba un desinterés por la ropa que yo nunca había podido conseguir.

—¡Evidentemente! —añadió otra voz masculina a nuestras espaldas. Era Jensen, y cerró el corro que formábamos sobre el césped sentándose justo enfrente de mí—. Por cierto —dijo, sonriente—, ¿de qué estábamos hablando?

—Decíamos que Hanna es muy pija —dije—. Aunque nadie puede competir contigo —añadí, indicando con un gesto su perfecta compostura.

—Tú tampoco estás mal —replicó, señalando mi vestido con la barbilla.

Rechacé el cumplido sacudiendo la cabeza.

—Siempre tengo la sensación de no encajar del todo. La gente lleva ropa cómoda e informal o va impecable como tú. Soy la tipa con mallas fluorescentes en el restaurante elegante. Que alguien me ayude a aclararme.

—A tu lado, me siento como una bombilla de poca potencia —dijo Ruby.

Yo no opinaba lo mismo. Ruby era una mujer imponente, esbelta y serena, con una sonrisa capaz de iluminar un edificio entero.

—Acabo de comprender que soy una empanada para la ropa —dijo Hanna, encogiéndose de hombros.

Ruby lanzó un chillido.

—¡Yo suelo decir que soy una empanada para los peinados!

Se inclinaron por delante de Niall y chocaron los cinco. Niall y yo intercambiamos miradas de complicidad. Aquellas dos se parecían mucho.

Tras inclinarse y desplegar un auténtico mapa de papel, Hanna nos mostró el itinerario señalado con un marcador desde las bodegas de Long Island hasta Connecticut, al norte, y después hasta Vermont, donde pasaríamos nuestra segunda semana juntos en una espaciosa cabaña que, a juzgar por las fotos que nos enseñó Will en su móvil, prometía ser rústica y lujosa como solo puede serlo una carísima casa de alquiler para las vacaciones.

Ruby estaba entusiasmada; se apoyó en Niall y le dio un abrazo. Will contemplaba a Hanna con una mirada de adoración. De repente sentí un inmenso agradecimiento hacia Jensen por venir de viaje y le lancé una ojeada. Estaba estudiando atentamente el mapa y discutiendo con Hanna acerca de la mejor ruta.

El pelo le caía hacia delante, sobre el suave arco de la frente, de modo que no podía verle los ojos brillantes. Sin embargo, dediqué unos momentos a catalogar sus rasgos: nariz recta, un leve y constante rubor en sus mejillas, unos labios gruesos que, como ahora sabía, se curvaban en una sonrisa amplia y natural, y una mandíbula que me entraron ganas de coger entre las manos.

Al cabo de unos minutos me miró a los ojos y, tras apartar la vista un instante, volvió a mirarme.

Pensé en desviar la mirada, pero habría sido una maniobra extraña y demasiado evidente. Quedaba muy claro que lo estaba observando.

Sentía raro el estómago, invadido por el calor, los nervios y la curiosidad. De pronto, vi muy claro que aquel viaje era el resultado de una conspiración.

Will y Hanna.

Niall y Ruby.

Jensen y... yo.

¿Quería jugar a aquello?

Quizá. Era evidente que estaba colada por él. Inmediata, ciega y, con toda probabilidad, inútilmente. No habíamos empezado con muy buen pie.

Pero la calidez que sentía en mi interior se ensombreció cuando recordé a Mark una semana atrás. Su rostro al suplicarme que no rompiera con él, al prometerme que no quería que lo nuestro acabara. Lo que no quería en realidad era perder un piso, una buena fuente de wifi y las habitaciones que tan bien le venían como oficina durante toda mi jornada laboral. Por desgracia para él, yo quería que me valorasen un poco más.

Pero ¿me valorarían si me pasaba una semana follando por diversión?

Miré de nuevo a Jensen.

Sí, merecía la pena intentarlo.

Por desgracia para mi plan, Jensen parecía decir con su actitud: «Me siento cómodo conmigo mismo, pero no entrego el corazón fácilmente».

Hanna y Will fueron a recibir a alguien que acababa de llegar. Jensen me miró y sonrió. Dio unas palmaditas en la hierba, a su lado, ladeó levemente la cabeza y articuló las palabras «Ven aquí» sin llegar a pronunciarlas.

Así que me levanté, incapaz de rehusar aquella silenciosa y agradable invitación. Me sacudí la falda para limpiarla de hierba seca, di dos pasos hacia él y me instalé a su lado sobre el césped.

—Hola —dije, golpeando su hombro con el mío.

—¿Qué hay?

—Tengo la sensación de que ya somos viejos amigos. —Señalé la mesa de los dulces con un gesto de la cabeza y pregunté—: ¿Has logrado probar algún *cupcake* del monstruo de las galletas antes de que los devorasen?

Él negó con la cabeza y se echó a reír.

—Por desgracia, no.

—Supongo que habría podido adivinarlo —dije, sonriente—. Tus labios no han adquirido todavía ese tono azul semiper...

—Pippa —me cortó, mirándome a los ojos—, lo siento mucho. No he sido muy amable que digamos.

Deseché la disculpa con un gesto. ¿Cómo sabía que aquel tema saldría a relucir de nuevo? Como si Jensen fuera transparente, era capaz de ver en él a la persona bondadosa y responsable que era.

—Créeme —le expliqué—, me siento mortificada por todo lo que ocurrió.

Empezó a negar con la cabeza y a interrumpirme, pero levanté la mano para impedirlo.

—De verdad. Nunca le he contado mi vida a nadie de ese modo. Supuse que nunca volvería a verte y que podría... —Sacudí la cabeza—. No sé, tal vez soltarlo todo con la esperanza de quitármelo de la mente.

—¿Y lo lograste?

—No mucho. —Esbocé una sonrisa—. Solo sirvió para que los dos tuviéramos un viaje muy desagradable. Lección aprendida. Lo mejor para mí habría sido también no volver a verte nunca más, pero aquí estamos.

—Aquí estamos.

—¿Empezamos de cero?

Con un gesto de la cabeza, indicó el mapa que Hanna había dejado en el suelo.

—Creo que este viaje será divertido.

—¿No te importa que te emparejen conmigo? —pregunté.

Descartó mi temor con una risita.

—Dispuesto a servirte de farola cada vez que vuelvas al monovolumen dando traspiés.

—¿Cada vez que vuelva? —contesté, asombrada—. ¿Crees que seré la única que vuelva dando traspiés? ¿Ya has olvidado el número de bodegas que hay en esa ruta?

Abrió la boca para responder mientras una sonrisa empezaba a curvar sus labios, pero en ese momento nos sobresaltamos los dos al oír que lo llamaban desde el otro lado del césped. Me sentí desanimada y decepcionada al ver que Will necesitaba la ayuda de Jensen para colgar la piñata.

—¿Por qué tiene que pedírmelo a mí, y no a Max o Niall? —protestó Jensen en broma mientras se ponía de pie.

La respuesta estaba bien clara: Max estaba ocupado lanzando al aire a una fila de críos de tres años que no paraban de chillar. Niall estaba ocupado morreándose con Ruby a la sombra del porche.

Sin embargo, cuando Jensen se marchó, Niall alzó la vista y fue tras él.

Ruby se me acercó y me hizo un placaje con uno de sus abrazos.

—¡Me alegro tanto de que estés aquí!

Caí hacia atrás sobre el codo, debajo de su esbelto torso. No podía parar de reír. Una vez que las dos volvimos a estar en posición vertical, me mostré de acuerdo con ella:

—Me alegro de estar aquí.

—Va a ser tan divertido... —susurró.

Asentí mirando a Jensen y Will, que tenían los brazos estirados por encima de la cabeza y rodeaban con la cuerda de la piñata la rama de un gran olmo. A Will se le levantó la camiseta, mostrando una estrecha franja de piel tatuada.

El jersey de Jensen también se subió, pero, lamentablemente, no me enseñó nada. Mi nuevo amigo llevaba una camisa debajo, muy bien remetida en los pantalones.

—¡Qué guapo es! —dijo Ruby sin darle importancia.

Expresé mi aprobación con un «hum».

—Y está soltero —dijo—. Y es divertido, y responsable...

—Te estoy viendo el plumero.

—Y está en forma... y es hermano de Hanna. Lo que significa que es un tío increíble.

Me volví hacia ella y pregunté:

—¿Por qué está soltero?

—Creo que trabaja mucho —dijo ella, pensativa—. O sea, mucho, mucho.

—Montones de personas trabajan mucho. Joder, Niall y tú, por ejemplo. Pero os las arregláis para echar un polvo cada día... —Levanté la mano cuando abrió la boca para mostrarse de acuerdo—. Y no quiero oír cómo me lo confirmas, solo es una frase retórica. —Cerró la boca e hizo el gesto de cerrarla con llave—. Pero no lo entiendo. ¿Es un pervertido? —Volví a lanzarle una breve ojeada, preguntándome si esa posibilidad me parecía preferible. Will y él habían terminado y se reían de la posición ligeramente torcida del poni de cartón piedra que colgaba del árbol—. ¿Crees que le van los tíos?

—Lo dudo.

—Pues yo no estoy tan segura —murmuré, mirándolo—. Viste muy bien.

Ruby me dio un puñetazo.

—Vale, te diré lo que he oído. —Ladeó el cuerpo para situarse de cara a mí y de espaldas al resto de la gente. Vi que la emoción del cotilleo iluminaba brevemente sus ojos—. Se casó con veintipocos y Hanna me dijo que la cosa solo duró unos meses.

Hice una mueca.

—Eso es... ¿interesante?

Pensé en este Jensen, con su jersey de cachemir azul y sus pantalones negros bien planchados en la fiesta de cumpleaños de una niña. Luego intenté imaginar al Jensen de antes. Tal vez conoció a una chica en la calle, un día de lluvia, cuando a ella se le rompió la bolsa y se le cayó al suelo la compra. Él se agachó para ayudarla, y al poco rato formaban una maraña de piernas y brazos sudorosos tras tirar las sábanas al suelo. Se casaron de penalti en una boda escandalosa y alocada...

—Estuvo con ella nueve años —dijo Ruby—. Desde el instituto hasta que los dos acabaron Derecho.

Mi fantasía se desvaneció.

—¡Oh!

Así que yo estaba en lo cierto: lo suyo no eran los fines de semana salvajes.

—Creo que poco después de la boda ella le dijo que no estaban hechos el uno para el otro.

—¿No podía haberlo dicho antes de casarse? —pregunté, arrancando una brizna de hierba—. Eso es una gilipollez.

—No eres la primera que pregunta eso.

Reconocí de inmediato la voz de Jensen mientras el color desaparecía del rostro de Ruby.

—¡Oh, mierda! —gemí, volviéndome a mirarlo—. Lo siento. Esta vez nos has pillado hablando de ti.

Él se rio y cogió su copa de vino, que descansaba vacía a nuestro lado.

Hice una mueca, buscando desesperada algo que decir.

—No me parece justo que tú conozcas toda mi vida y que yo solo sepa que no hay amante en Londres ni esposa en la casa de piedra rojiza.

Él sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Ni lo uno, ni lo otro.

—¿No podrías haber sido un poco menos eficiente con la piñata? —dije, intentando disimular la vergüenza que sentía con algo de humor—. La verdad, casi no me ha dado tiempo a enterarme de tus trapos sucios.

Entornó los ojos para protegerlos del sol.

—No tengo más trapos sucios que ese.

Me miró y no supe interpretar su expresión. ¿Estaba furioso? ¿Indiferente? ¿Aliviado al saber que ya estábamos empatados? ¿Por qué me parecía que, aunque acabábamos de conocernos, ya arrastrábamos una gran carga?

—¿Eso es bueno o malo?

Abrí la boca durante unos instantes de confusión antes de preguntar:

—¿Te refieres a si es bueno o malo que solo tengas una historia interesante?

Él hizo una mueca de desagrado, pero desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—Si quieres más vino, solo tienes que decírmelo.

Jensen

—He oído rumores.

Terminé la última línea del correo electrónico que estaba escribiendo antes de mirar hacia la puerta.

—¡Hola, Greg! —Me aparté de mi mesa y, con un gesto, lo invité a entrar—. ¿Qué te cuentas?

—Me han dicho que te marchas de vacaciones —dijo. Greg Schiller era otro abogado mercantil, especializado en fusiones de empresas biotecnológicas, y la persona más chismosa que había conocido en mi vida, aparte de mi tía Mette y de Max Stella—. Y ahora te encuentro aquí trabajando el sábado por la noche, así que debe de ser cierto.

—Sí —dije con una carcajada—. Vacaciones. Solo hasta el veintidós.

«Vacaciones.» Mi mente tropezó con la palabra y con lo extraña que resultaba en el contexto de «Yo, Jensen Bergstrom, me voy de vacaciones».

Yo era el tipo que se quedaba hasta tarde y trabajaba los fines de semana si hacía falta, el tío al que llamabas en caso de urgencia. No contestaba a toda prisa los emails para salir de la oficina y, desde luego, no le pedía a mi secretaria que me despejara la agenda para las dos semanas siguientes con tal de poder hacer de aguantavelas por la costa Este.

Sin embargo, un par de horas atrás había hecho precisamente eso.

Había despejado mi agenda para ir a visitar bodegas con mi hermana, mi cuñado, sus amigos y una borracha a la que había conocido en el avión.

¿Qué demonios estaba pensando?

Me asaltó la incertidumbre. Aún quedaban cabos sueltos en la parte londinense de aquella fusión entre HealthCo y FitWest. ¿Y si me quedaba sin cobertura en algún momento y...?

Como si intuyera mi vacilación, Greg se inclinó por encima de mi mesa.

—No hagas eso.

Lo miré parpadeando.

—¿Que no haga qué?

—Imaginate todas las situaciones catastróficas posibles y disuadirte a ti mismo de ir.

Lancé un gruñido; tenía razón. Era mucho más que faltar al trabajo. Era la sensación persistente de que me encontraba en una encrucijada. Una vez más. Sería mucho más fácil quedarme en casa, descansar al día siguiente en lugar de meterme en un monovolumen con mi hermana y sus amigos, y volver a sumergirme en la familiar rutina laboral el lunes.

Pero hacer eso sería quedarme exactamente donde había estado en los últimos seis años.

Sacudiendo la cabeza, le di la vuelta a la grapadora que estaba sobre mi mesa.

—Nunca pensé que sería este tipo, ¿sabes? Tienes razón, ¡es sábado! Natalie puede encargarse de todo esto.

—Desde luego.

Se sentó en la butaca situada frente a mi mesa.

—Bueno, ¿y qué haces tú aquí? —le pregunté.

—Ayer me dejé la cartera en mi despacho. —Soltó una carcajada—. Aún no soy tan trabajador como Jensen Bergstrom.

Lancé un gruñido.

—Pero todos sabemos que en este bufete hay dos caminos: sacrificarlo todo y llegar a ser socio, o seguir siendo un colaborador durante una década. Muchos de nosotros te envidiamos, ¿sabes?

Me pasé la mano por el pelo.

—Sí, pero tú tienes tres hijos y una mujer que sabe hacer cerveza. Algunos de nosotros te envidiamos a ti.

Greg se echó a reír.

—Pero seguramente yo nunca llegaré a ser socio. Tú estás a punto de conseguirlo.

Dios, qué objetivo tan raro. Y estar a punto de conseguirlo a los treinta y cuatro años. ¿Y luego qué? ¿Más de lo mismo durante dos décadas?

Se inclinó hacia mí.

—De todos modos, pasas aquí demasiado tiempo. En menos de tres años tendrás la típica crisis de los cuarenta y te comprarás un Ferrari amarillo.

Sus palabras me hicieron reír.

—No digas eso. Pareces mi hermana.

—Me da la impresión de que es muy lista. Por cierto, ¿adónde vas?

—Voy a visitar bodegas con un grupo de amigos.

Levantó las cejas sorprendido. Sin embargo, la pregunta no formulada flotó en el aire, la cuestión de si venía alguien más, de si había alguien más en mi vida. Una señal de alarma resonó en mi cerebro.

—Bueno —rectifiqué—, sobre todo son amigos de mi hermana.

Sonrió de oreja a oreja, y supe que había dado en el clavo. Era preferible que Greg supiera que me había apuntado a un viaje organizado por otras personas a que pensara que existía algún cotilleo interesante que averiguar.

—Vino y tiempo libre —dijo—. Bien hecho.

El domingo por la mañana el ambiente era húmedo y frío. Mi coche descansaba silencioso en el camino de acceso, ya bombardeado por las hojas que caían del arce sacarino del jardín delantero, y me pregunté cuánto polvo acumularía allí. Ziggy se había ofrecido a pasar a buscarme en el monovolumen, pero yo, en un acto impulsivo, había dicho que me reuniría con ellos en su casa. Mi coche no había salido del garaje en tres meses. O cogía el autobús hasta el bufete, o llamaba a un taxi para ir al aeropuerto. Mi vida parecía lo bastante pequeña para caber en un dedal.

Subí los peldaños hasta la puerta de la casa de Will y Ziggy, y de paso aparté a patadas del porche unas cuantas hojas. Los globos del cumpleaños habían desaparecido, y ahora había en su lugar dos grandes calabazas y una maceta de crisantemos.

Pensé en mi propia casa, sin calabazas ni corona de flores en la puerta, y reprimí la sensación de vacío que serpenteaba en mi pecho.

No negaba que quería algo más en mi vida.

Aun así, no me entusiasmaba demasiado que mi hermana pequeña me lo hubiera hecho notar con tanta claridad. Siempre reaccionaba a las críticas de manera visceral y tendía a encerrarme en mí mismo para reflexionar un poco. Las reflexiones de la noche anterior sobrevivían como un bostezo agotado que resonaba en mi cabeza.

Llamé al timbre y oí gritar a Will:

—¡Está abierto!

El picaporte giró con facilidad. Entré y dejé caer mi bolsa de viaje junto a las demás, al lado de la puerta. Me quité los zapatos y seguí a lo largo del pasillo el aroma de café recién hecho.

Niall estaba sentado ante la barra de desayunos con una taza en la mano, y Will se hallaba ante los fogones.

—Revueltos, por favor —dije, y en lugar de una respuesta recibí un trozo de champiñón. Saqué una taza del armario, paseé la vista por la habitación y después me asomé al jardín trasero—. ¿Dónde está todo el mundo?

—Nosotros acabamos de llegar —contestó Niall—. Pippa y Ruby han ido a ayudar a Hanna a acabar de hacer las maletas.

Asentí con la cabeza y di un sorbo de café mientras paseaba la vista por la cocina.

Yo mismo reconocía que la extrema pulcritud de mi casa le daba un aire algo frío, mientras que el hogar de Will y Ziggy parecía... acogedor. Había un pequeño tiesto de flores en el alféizar de la ventana, junto al fregadero. La puerta de la nevera aparecía cubierta por los dibujos que habían hecho los niños en la fiesta de Annabel. Aunque mi hermana y mi cuñado no tenían todavía hijos propios, cualquiera podía adivinar que solo era cuestión de tiempo.

Sabía lo que encontraría en el resto de la casa: libros y revistas científicas en cada superficie plana, con las páginas marcadas con cualquier trozo de papel que mi hermana encontrara en ese momento. Un corredor en el piso de arriba con las paredes llenas de fotos de reuniones familiares, bodas, viajes que habían hecho juntos y cómics enmarcados.

El teléfono de Will vibraba en algún punto situado a su espalda.

—¿Puedes cogerlo tú? —me pidió, indicando la encimera con un gesto de la cabeza—. Lleva toda la mañana sonando.

Alargué la mano hacia el móvil y vi destellar un nuevo mensaje de grupo en la pantalla.

—¿Estás en un grupo? Qué mono.

—Así nos mantenemos todos al día de lo que pasa, pero desde que Chloe se quedó embarazada la cosa se ha disparado. Antes de que nazca ese bebé, Bennett sufrirá un infarto o tendrá que largarse a otra parte. Léemelo, ¿quieres?

—Dice que la compañía aérea ha perdido la maleta de Chloe. «Llevaba dentro sus zapatos favoritos, un bolso que le regalé por nuestro aniversario y un regalo que le había comprado a George.» Luego Max pregunta si ha empezado a mover la cabeza en círculos o habla en lenguas desconocidas. La respuesta de Bennett es «Ojalá solo fuera eso».

Mientras se reía, Will dio la vuelta a unos trozos de panceta chisporroteantes.

—Dile que leí un artículo en el *Post* que decía que solo seis o siete sacerdotes de Estados Unidos saben practicar exorcismos. Puede que le interese empezar a hacer llamadas. —Sacudiendo la cabeza con un suspiro de nostalgia, añadió—: ¡Cómo echo de menos Nueva York!

Tecléé su mensaje y volví a dejar el móvil sobre la encimera.

—¿Puedo ayudar en algo?

Apagó el fuego y empezó a servir huevos en seis platos de colores vivos.

—¡Qué va! El monovolumen está aquí con el depósito lleno y tenemos el equipaje prácticamente hecho. Nos iremos en cuanto acabemos de desayunar.

Yo había repasado el itinerario elaborado por mi hermana y sabía que el trayecto hasta Jamesport, en Long Island, duraba más o menos cuatro horas entre el viaje por carretera y el ferry.

No sería demasiado pesado.

Sentí un impulso de rebeldía; sabía que ese viaje sería bueno para mí, pero, por algún motivo, quería demostrarles a todos que se equivocaban. Demostrarles, quizá, que no necesitaba más de lo que ya tenía para llevar una vida feliz. De lo contrario, ¿cómo podría enorgullecerme de todo lo que había logrado?

Oí la voz de Ziggy en el piso de arriba, y luego a Pippa chillando algo en tono dramático y a Ruby y Ziggy estallando en histéricas carcajadas.

Will me miró a los ojos, levantando las cejas.

No hizo falta que le preguntase lo que pensaba. Por si no nos quedaba clarísimo a todos, éramos un grupo de idiotas.

Aquel viaje era muchas cosas: unas vacaciones, un período para estrechar lazos... Sin embargo, también era el resultado de una conspiración.

Ya me imaginaba las miradas de complicidad, las insinuaciones y, sobre todo tras un par de copas de vino, la percepción descarada de que aquello era un grupo de parejas que viajaban juntas.

Pippa era sexy y guapa; no era esa la cuestión. Lo que me cuestionaba era su tipo de belleza, de sensualidad: llamativa, estridente y alegre. Sabía en mi fuero interno que no era la mujer indicada para mí. También influía mi ambivalencia acerca de las relaciones y el extraño retroceso instintivo que había desarrollado frente a ellas.

Pero solo eran unas vacaciones. No tenían por qué ser nada más.

—Algo te asusta —dijo Will, dándome un cuenco e indicándome con un gesto el cajón de los cubiertos.

Le volví la espalda y metí un puñado de tenedores en el cuenco.

—No. Solo estoy sumando dos y dos.

Sonrió de oreja a oreja.

—Te ha costado un poco.

—Se me da bien negar la evidencia.

Will se echó a reír con la soltura de un hombre a punto de pasar dos semanas de vacaciones con su mejor amigo y su esposa.

—Vamos, eso es mentira. Luego hablamos.

Proferí algún sonido ambivalente. Acto seguido me puse a untar la tostada de mantequilla, a servir el zumo y a ayudar a llevarlo todo a la mesa.

—¡El desayuno está listo! —gritó Will por encima de la barandilla.

Sonaron unas fuertes pisadas en las escaleras. Alcé la vista y vi entrar a Pippa, con el pelo rubio rojizo recogido en una trenza suelta. En previsión del largo viaje, se había puesto unas mallas de color azul eléctrico, unas zapatillas de tenis y un jersey negro de punto que se le deslizaba suavemente por un hombro.

—¿Qué hay, Jens? —dijo sonriendo alegremente de camino a la cocina.

Su trenza oscilaba a su espalda con cada paso. Aparté la vista de inmediato al verle el culo dentro de aquellos pantalones.

Joder.

Me volví hacia la mesa y me encontré con la sonrisa irónica de Will.

—¿Qué hay, Jens? —repitió, cada vez más risueño—. ¿Cómo se te da sumar dos y dos ahora?

—Se me da más o menos igual que darte un puñetazo en el pito.

Me senté y me coloqué la servilleta sobre las rodillas.

Se rio y sacó una silla para Ziggy, que acababa de llegar.

—Me encanta tener razón —dijo Will, y se inclinó para besarla.

Ella lo miró confusa.

—¿Cómo?

—Es que... —Will se volvió, pinchó con el tenedor un poco de huevo y sonrió a Pippa, que se sentó en la silla situada junto a la mía—. Tengo muchísimas ganas de hacer este viaje.

Nos apiñamos en torno al brillante monovolumen plateado que estaba aparcado junto a la acera, observando cómo Niall colocaba el equipaje de la forma más eficiente posible y decidiendo dónde se sentaría cada cual. Ziggy había pensado en todo. El monovolumen tenía ocho plazas, así que nuestro pequeño grupo de seis cabía en su interior con mucho espacio de sobra. Había cojines, mantas, aperitivos, agua, radio por satélite y hasta Yahtzee, Boggle y Scrabble de viaje.

Habíamos decidido hacer turnos al volante, pero, como allí mandaba mi hermana, decidimos quién haría el primero mediante la versión del científico rarito de Piedra, Papel, Tijera: Pipeta, Vaso, Libreta. Pipeta mancha libreta, libreta cubre vaso, vaso rompe pipeta, explicó. Tardamos más en entender la jerarquía que en acordar de una puñetera vez que Will fuese el primero en conducir, pero cuando rompí la pipeta de este con mi vaso emprendimos el viaje.

Pippa se deslizó en el asiento a mi lado y me brindó una sonrisa de complicidad.

—Hola, amiguito.

Me eché a reír.

—¿Te apetece una partida de Scrabble?

—¡Hecho!

Sacó las piezas del juego con una extraña sonrisa lobuna.

Vale, a Pippa se le daba sorprendentemente bien el Scrabble. Devolví la caja a la colección de juegos de Ziggy y la miré.

—Ha sido divertido —dije simplemente—. ¿«Pepinillos»? ¡Qué demonios!

Ella soltó una carcajada.

—Me he pasado casi toda la partida sufriendo por si no podía colocar esa «LL». — Se inclinó hacia Ruby y Niall, que ocupaban los asientos de delante, y les preguntó—: ¿A alguien le apetece jugar al Scrabble?

—Después de la próxima parada, me sentaré contigo —dijo Niall, sonriéndole por encima del hombro—. Estaré encantado de tomarme la revancha en nombre de los tíos.

—Ni lo sueñes —contestó ella, en broma. Se dejó caer de nuevo en el asiento y suspiró, mirando por la ventanilla—. Viajar por carretera es una experiencia muy distinta aquí y en Inglaterra.

—¿Y eso? —pregunté.

Se apartó el cabello de la frente y se volvió un poco hacia mí.

—Puedes ir de un extremo a otro de Inglaterra en un solo día —dijo, y luego alzó la voz en dirección a los asientos delanteros—. Hay unas catorce horas desde Cornualles hasta la frontera escocesa, ¿no es así, Niall?

Este reflexionó antes de contestar:

—Depende del tráfico y de la meteorología.

—Desde luego —dijo ella, asintiendo con la cabeza—. Pero aquí las carreteras son infinitas. Puedes empezar a conducir un lunes y seguir durante días y días; perderte literalmente. ¿No sería estupendo hacer eso? ¿Coger una moto o una de esas autocaravanas plateadas Airstream y conducir sin ningún destino concreto?

—Parar en todos los sitios bonitos, comer comida basura en cada estado... —dijo Ziggy desde el asiento del copiloto.

—Necesitar cada lavabo del trayecto —añadió Will, guiñándole el ojo. Después alzó la vista y me miró por el retrovisor—. ¿Recuerdas el viaje de dardo que hicimos en la universidad, Jens?

—¿Cómo podría olvidarlo?

—¿Viaje de dardo? —preguntó Pippa, mirándonos alternativamente.

—No sé cuánto te habrá contado Ruby —dije—, pero Will y yo fuimos juntos a la universidad. Así conoció a Zig... Hanna.

Abrió unos ojos como platos, como si acabase de comprender que había entre nosotros un océano de historias por contar y que ante los dos se extendían dos semanas que le permitirían ponerse al día.

Sonreí.

—Un viaje de dardo consiste en arrojar un dardo contra un mapa para decidir adónde vas. En nuestro caso, aterrizó cerca del parque nacional del Cañón Bryce, así que fuimos allí en el verano entre segundo y tercero.

—¿Fuisteis en coche desde Boston hasta Utah? —preguntó Ruby, incrédula.

—El tiro de Will se desvió un poco hacia la izquierda —dije—. Bueno, un poco no. Muchísimo.

Will me sonrió desde el espejo.

—¡Dios, estábamos sin blanca!

—Recuerdo que llevábamos cuatrocientos dólares, que entonces nos parecían una fortuna, y que nos tenían que llegar para cubrir la gasolina, la comida, los peajes y algún sitio donde dormir. Cuando se nos acabó el dinero, hubo que... bueno... hubo que improvisar.

Ruby tuvo que volverse del todo en su asiento para mirarme.

—Me imagino que los dos trabajasteis como estríperes en un bar de carretera de Nebraska. Por favor, no me lo estropees.

Will soltó una carcajada.

—La verdad es que no vas muy desencaminada.

—¿Cuánta distancia recorristeis? —preguntó Niall—. No soy experto en geografía estadounidense, pero debieron de ser unos cinco mil kilómetros, ¿no?

—Más o menos cuatro mil —dije—. En el viejo Lincoln de la madre de Will. Sin aire acondicionado. Asientos de vinilo.

—Sin dirección asistida —añadió Will—. Nada que ver con los asientos de cuero y el reproductor de DVD de este cacharro.

—Aun así, fue una de las mejores semanas de mi vida.

—¿Olvidas acaso nuestra pequeña excursión por el cañón? —preguntó, buscando otra vez mis ojos en el espejo.

Me eché a reír.

—Trato de olvidarla.

—No te hagas el interesante —dijo Pippa, y apoyó su mano sobre mi pierna.

Era un contacto inocente, destinado a animarme a contar mi historia, pero noté el calor de su palma, cada uno de sus dedos a través de la tela de mis pantalones.

Tuve que carraspear antes de empezar:

—Era el mes de julio y hacía un calor de muerte. Aparcamos en una de las plazas y bajamos del coche. Llevábamos agua y algo de comida, protector solar... Todo lo que esperábamos necesitar para unas pocas horas. El sol brillaba sobre nuestras cabezas y echamos a andar por un bonito sendero en pendiente con paredes altas de roca a cada lado. Al cabo de un rato llegamos a una zona llana a partir de la cual podíamos acabar el trayecto circular o dirigirnos hacia un sendero más ancho para continuar viendo el cañón. Por supuesto, como teníamos veinte años, seguimos adelante.

Ziggy miró a Will y puso los ojos en blanco con una risita.

—¡Cómo no!

—Era impresionante —dije—, con agujas y columnas de roca de formas extrañas a lo lejos. Era como contemplar una fortaleza que hubiese brotado directamente de la tierra, toda ella de roca roja. Pero también hacía un calor de cojones. A aquellas alturas, el sol se había movido al otro lado del cielo y aún nos quedaba una tremenda caminata de vuelta. Nos paramos a descansar un par de veces por el camino. Se nos había acabado el agua. Además, empezábamos a estar cansados, y sin agua nos estábamos volviendo un poco locos. Éramos jóvenes y estábamos en forma, pero ya llevábamos horas y horas caminando con un calor achicharrante. Os ahorraré los detalles, pero, creedme, fue horrible...

—Desde luego —añadió Will.

—Cuando llegamos al coche, casi había anochecido —continué—. Los dos echamos a correr hacia las fuentes y nos bebimos nuestro peso en agua. Entramos en los servicios y nos aseamos un poco. Nos parecía que habíamos logrado burlar a la muerte —dije entre risas—. Y luego nos arrastramos de nuevo hacia el coche.

—¿Por qué intuyo que viene un «pero»? —dijo Ruby.

—Pero —continuó Will—, al llegar al coche, me metí la mano en el bolsillo y no encontré las llaves por ninguna parte.

—¡Qué fuerte! —exclamó Pippa.

—Aún nos sentíamos tan aliviados por estar vivos que fuimos capaces de tomárnoslo con calma y volver mentalmente sobre nuestros pasos —dijo Will—. Habíamos parado a beber varias veces a lo largo del camino; yo había sacado el

bálsamo labial y la cámara de fotos, pero esos lugares estaban al menos a un kilómetro y medio. Sacamos una linterna de la mochila, fuimos hasta el primer punto en el que habíamos parado y, a partir de allí, no supimos por dónde seguir. Volvimos al aparcamiento...

—... y como a ninguno de los dos se nos daba bien eso de robar coches... — empecé.

—Estábamos atrapados —terminó Will—. Ninguno de los dos tenía teléfono móvil, y no había ninguna cabina en las proximidades. Teníamos que esperar a que alguien nos encontrase o a que saliera el sol. Pero cada vez hacía más frío, y además, ¿habéis visto alguna vez las arañas que viven en el desierto? Al final me rendí: rompí una de las ventanillas traseras con una piedra y abrí el coche.

—¿Dormisteis los dos allí dentro? —preguntó Pippa.

Asentí con la cabeza.

—En el asiento trasero.

—¿Quién se puso detrás? —inquirió Ruby, y Will le tiró un par de M&M's.

—A la mañana siguiente salimos y echamos un vistazo a nuestro alrededor —les conté—. Fui hasta la parte trasera del coche y, no sé por qué, bajé la vista. Allí estaban las llaves. En el suelo. Se debieron de caer cuando bajamos del coche antes de empezar la excursión.

—¿Estás de broma? —dijo Pippa, entusiasmada—. ¿Estuvieron allí todo el tiempo?

—Pues sí —confirmé—. Sencillamente, no pudimos verlas en la oscuridad.

Me miró, sacudiendo la cabeza con un brillo divertido en los ojos. Luego se volvió hacia la ventanilla.

Un agradable silencio se instaló entre nosotros, y me sorprendió lo cómodo que resultaba todo; lo cómodo que era estar sentado allí, junto a Pippa y rodeados de nuestros amigos, como si la aventura del avión les hubiese ocurrido a otras dos personas. Aquella chica era amable y divertida, aventurera y un poco alocada, pero también considerada y lúcida.

No sé qué esperaba yo, ni si ella había pensado lo mismo: que nos habían emparejado por defecto. Sin embargo, no se me echaba encima. No buscaba desesperada mi atención. No se mostraba agresiva.

Solo estaba allí, de vacaciones, alejándose de la situación chungu que tenía en su país.

Y todo aquel tiempo yo había estado tan centrado en mi propia vida, en mi propia falta de situación, que no había pensado ni un momento en cuánto podía ella necesitar ese viaje. Simplemente, había dado por sentado que sería la misma borracha que había conocido en el avión. Algo que soportar; una carga que sobrellevar.

En cambio, era una mujer discreta y segura de sí misma.

—¿Te alegras de haber venido? —le pregunté.

Ni siquiera se volvió a mirarme.

—Me alegro mucho de haber venido. Me alegro mucho de alejarme de mi casa durante algún tiempo. Necesitaba esto.

Acababa de quedarme traspuesto cuando noté que el monovolumen aminoraba la velocidad.

Pippa también se había dormido. El espacio entre nosotros había desaparecido en algún punto del último tramo de autopista, y ahora la chica dormía sobre mi hombro; su cálido aliento acariciaba mi oreja, y su cuerpo era una presencia reconfortante a mi lado. Me incorporé, me puse en su sitio las gafas de sol, que se me habían deslizado nariz abajo, y apoyé la espalda de ella contra el asiento.

Miré por la ventanilla y vi que estábamos aparcados delante de un hotel que ocupaba un edificio blanco de varias plantas de estilo victoriano, rodeado de jardines exuberantes y con una fuente que borboteaba alegremente junto a la entrada principal. Un cartel en la fachada me informó de que habíamos llegado al Jedediah Hawkins Inn.

Flanqueaban el edificio espesas arboledas, y las hojas, pintadas con los colores del otoño, llameaban contra el cielo azul.

Will y Ziggs bajaban del coche, y Niall estaba despertando a Ruby, así que solo quedaba yo para despertar a Pippa. Con el brazo libre, el que no estaba bloqueado por su suave peso, le toqué la mano.

Ella tomó aire de golpe y se puso rígida al recuperar la conciencia.

Se pasó la mano por la cara y me miró con aire de culpabilidad.

—¿Me he dormido encima de ti? ¡Oh, Jensen, lo sien...!

—No pasa nada —dije en voz baja, y era sincero—. Yo también me he dormido. Ya hemos llegado.

Bajamos del monovolumen y entramos en el edificio detrás de los demás, agitando brazos y piernas para activar la circulación. Nos registramos, cogimos las llaves y quedamos en reunirnos poco después en la entrada para explorar el terreno antes de hacer una cata de vinos en las proximidades.

Tenía las piernas rígidas y la espalda anquilosada de tanto permanecer sentado. Lancé un gemido y me desperecé en mi habitación vacía antes de ir al baño para echarme agua en la cara y relajar el cuerpo poco a poco: hombros, brazos, cuello... Sentía la necesidad de olvidarme de todo, de desconectar. Era fácil hacerlo ese día, un domingo. ¿Podría seguir así durante dos semanas enteras?

Cuando volví a la zona de recepción, Pippa hablaba con la mujer que se hallaba detrás del mostrador; se estaban echando unas risas. Pippa parecía hacer amigos allá donde iba, mientras que yo era... ¿un tipo dado a las propinas generosas?

¡Santo Dios, era un capullo estirado!

La mujer se inclinó sobre un mapa y rodeó con un círculo varias cosas, dando sugerencias para las dos noches que teníamos previsto pasar allí. Oí que Pippa pronunciaba las palabras «vacaciones», «el capullo de mi ex» y «nuevos amigos» antes de que Ziggy apareciera detrás de mí, se me subiera a la espalda de un salto y me diera un susto de muerte.

—¡Ostras, Ziggy! —rezongué—. Ya no eres una cría, ¿sabes?

—Tú podrías llevarme en brazos —comentó, apretándome el bíceps.

La miré con el ceño fruncido, fingiendo enfado.

—Podría. Pero no lo haré.

Pippa se nos acercó con una amplia sonrisa.

—Sois los hermanos más monos de la historia. —Su entusiasmo resultaba contagioso. Miró a su alrededor con los ojos muy abiertos, observándolo todo—. Rachel dice que hay un restaurante genial en esta misma calle. Podríamos desayunar allí mañana.

—Por mí, estupendo —le dije, pasando el brazo en torno al cuello de Ziggy para frotarle la cabeza con los nudillos.

Nuestra primera parada fue la sala de cata de unas bodegas llamadas Sherwood House Vineyards. El GPS nos dirigió hasta un edificio gris de estilo colonial encajado bajo unos árboles de altura imponente y rodeado de arbustos en flor. Con sus acres de cuidado césped, sus setos de boj perfectamente podados a ambos lados del camino y un par de árboles ornamentales en maceta flanqueando el porche, más parecía una residencia privada que un centro turístico. De no haber sido por el cartel de la carretera, lo habría tomado por una vivienda.

Aparcamos y bajamos del monovolumen. Por algún instinto que no sé explicar, me encontré caminando bastante cerca de Pippa, con la mano a punto de tocar la parte inferior de su espalda.

—No me costaría nada acostumbrarme a esto —comentó Pippa, empleando la mano como visera para protegerse los ojos del sol mientras contemplaba la casa—. Recuérdame que planee todas mis vacaciones con vosotros, por favor.

—También nos reunimos en Navidad —le dije—. Tendrías que aguantar a Ziggs y Will hablando entusiasmados de cualquier fricada y a nuestra madre quejándose de que ya no encuentra *rakfisk* en el mercado, pero la cena en sí siempre es fantástica.

—¿Ya estamos haciendo planes para pasar unas hipotéticas vacaciones juntos? — me preguntó sonriente, mientras la invitaba con un gesto a precederme por el camino—. Porque, bueno, a Lele le encantarías.

Hice memoria.

—Lele, la que te dio a luz. Y Coco es la estadounidense —dijo, y su rostro se iluminó con una expresión de sorpresa.

—¿Estabas escuchando?

—No fue tan malo...

—¡Fue espantoso! —me corrigió.

El color de sus mejillas se hizo más intenso. Se había cambiado en el hotel y ahora llevaba un vestido amarillo de estilo camisola y un par de medias de color azul celeste con botas marrones. Lo normal habría sido que esa combinación no quedase bien, pero a ella le quedaba de fábula. El vestido resaltaba el rubor de su rostro y las puntas doradas de su cabello. Tenía las piernas largas y tonificadas, y por un instante me pregunté qué aspecto tendrían desnudas, qué sensación me producirían en las manos.

Tropecé.

—Pero no hablemos más de eso —dijo, volviéndose a sonreírme.

—¿De qué? —pregunté.

Se rio, sin darse cuenta de que mi confusión era auténtica.

—Exacto.

El interior de Sherwood House me recordó el salón de un domicilio particular. Unas vigas blancas sostenían el techo. En un extremo de la habitación había una chimenea de ladrillo con el fuego encendido; en el otro, una larga barra de madera. De aquel salón salían unas salas más pequeñas, una de las cuales parecía una tienda de antigüedades, y un tramo de escaleras conducía a un segundo piso.

Alguien entrelazó su brazo con el mío. Ziggy me sonreía exultante.

—¿No es estupendo?

—Es precioso —confirmé—. Buena elección.

—En realidad, fue George quien nos recomendó este sitio. ¿Lo estás pasando bien? —Y antes de que yo pudiera formular siquiera una respuesta, añadió—: Pippa parece maja.

Bajé la barbilla para mirarla a los ojos.

—Vale, vale —susurró—. Solo estoy...

«No digas “preocupada”», pensé. No quería ser el tipo triste y solitario al que mimaban las mujeres de su familia. De pronto, se me antojó insoportable saber que lo era.

Comprendí que mi cara debía de expresar una parte de mi reacción, porque mi hermana apoyó su mano sobre la mía como para suavizar sus palabras y luego se paró a observarme.

—Solo quiero que te diviertas —dijo por fin.

Con un pequeño cambio de perspectiva, entendí lo que yo podía darle en ese viaje: podía darle todo mi interés. Podía hacer exactamente lo que ella quería que hiciese. Nadie se preocupaba por Liv o Ziggy, porque estaban casadas y habían sentado la cabeza. Niels tenía novia desde hacía años y Eric siempre estaba saliendo con alguna chica nueva. Yo era el hijo mayor de una familia de entrometidos; me había inmiscuido en la vida de Ziggy y la había animado a salir más, y ahora me tocaba a mí. Mi hermana quería que los acompañase en el viaje. Quería que me divirtiese. Y una parte de ella, por más que lo negara, quería que esa diversión la viviese con Pippa.

Y aunque sabía que Pippa no suponía una verdadera posibilidad para mí, había tenido otros rollos sin ataduras. No me volvían loco, pero tampoco era un monje.

Sonreí a Ziggy y le pasé el brazo por los hombros.

—Me estoy divirtiendo —dije, y le di un beso en la coronilla—. Gracias por convencerme para que viniera.

Me miró con los ojos levemente entornados, y me pregunté cuándo se habría vuelto mi hermana tan puñeteramente lista.

El primer vino era un sauvignon blanc: agradable, vagamente ácido, no demasiado intenso. Observé a Pippa mientras cogía su copa, se la llevaba a la nariz e inhalaba antes de dar el primer sorbo.

Me esforcé por efectuar la transición mental: «No luches contra esto. No pienses demasiado. Simplemente... disfrútalo».

—¿Así que trabajaste en un lugar como este? —dijo ella, sin percatarse de mi inspección.

Aparté la vista parpadeando y miré la rebanada de pan que tenía en la mano.

—Pues sí. En la universidad. Durante los veranos.

Ella me dedicó una sonrisa cargada de malicia.

—¿Conociste a muchas mujeres? Te imagino en la universidad y me derrito un poco.

Me reí.

—Entonces estaba con Becky.

Una leve quemazón se intensificó en mi pecho.

—¿Tu ex mujer? —preguntó.

La miré a los ojos y solté una breve risita, una pequeña ráfaga de aire.

—En realidad, es más ex novia que ex mujer.

Pippa se rio con amabilidad.

—¡Vaya, qué horrible!

Le eché un vistazo; disfrutaba de su copa de vino acomodada contra el brazo de un sofá, con una pierna debajo del cuerpo. El fuego crepitaba a su espalda, desprendiendo calor y solo un poco de humo.

Dio otro sorbo, tragó y preguntó:

—¿Se parecían a estas las bodegas en las que trabajabas?

—Eran menos acogedoras y más comerciales, pero sí, el ambiente general era el mismo.

—¿Te gustaban?

—No sé si yo utilizaría la palabra «gustar» —dije, sentándome en el sofá—. Pero era flipante ver el proceso desde el viñedo hasta la botella, por qué elaboraban ciertos vinos y cómo afectaba al producto final cualquier fluctuación de temperatura y humedad.

—Además de tener vino gratis —dijo, alzando la copa a modo de saludo.

Me eché a reír y levanté también la mía.

—Todavía no lo apreciaba como lo aprecio ahora, pero ese aspecto no estaba nada mal.

—No puedo imaginaros a Will y a ti juntos en la uni. Ahora los dos sois adultos normales, pero al miraros puedo ver la sombra de la locura.

—¿Como un aura? —dije, riéndome.

—Tu lado salvaje acecha ahí mismo —convino, sonriendo a su vez mientras dibujaba un círculo sobre mi cabeza.

—Y yo que pensaba que tenía a todo el mundo engañado con mis pantalones planchados y mis jerséis.

Pippa negó con la cabeza.

—A mí no me engañas.

Las conversaciones fluían a nuestro alrededor. Notaba que mi hermana, sentada al otro lado de la mesa, nos estaba observando.

Me pasé un dedo por la frente, esforzándome por no sentirme cohibido.

—Cuando me fui a vivir con Becky, nos calmamos un poco. Pero hasta ese momento no sé cómo pudimos pasar tantos fines de semana sin que nos detuviera la policía o nuestros padres nos asesinaran.

—Cuéntame más cosas del Jensen de la universidad —dijo ella, risueña.

Abrieron la siguiente botella de vino y Pippa aceptó la copa que le ofrecían, dando las gracias en voz baja. Di un sorbo de mi propia selección, un robusto zinfandel, mientras notaba ya los efectos de la primera cata. Sentía el estómago caliente y las extremidades algo más sueltas. Me incliné hacia ella un poco más, lo bastante cerca para percibir el sutil aroma cítrico de su champú.

—El Jensen de la universidad era un idiota —dije—. Y por algún motivo le parecían bien casi todas las terribles ideas de Will.

—No puedes decir algo así y pasar de explicarlo —me pinchó.

Recordé los veranos que Will pasó en mi casa, las vacaciones. Sospecho que Will era igual de alocado en el instituto, pero si añadimos que durante la universidad pasaba lejos de casa todo el curso y que sabía dónde comprar alcohol... todo era posible.

—En segundo, Will me convenció de fumarnos una pipa de agua en nuestro balcón, sin darse cuenta de que la puerta se había cerrado detrás de él. He de mencionar que estábamos en pleno mes de noviembre, que eran aproximadamente las dos de la madrugada y que los dos íbamos en calzoncillos.

—Esto puede ser mejor que el viaje de dardo —dijo ella—. Aunque no te imagino colocado. —Me observó durante unos momentos—. Los calzoncillos son más fáciles de visualizar.

Me reí ante su relajada manera de ligar.

—Por desgracia, no estaba tan bueno como quizá supongas, teniendo en cuenta que me había convertido en un fiestero y en un vago —dije, abarcando con un gesto mi camisa de vestir y mis zapatos brillantes—. Casi todo el mundo se relaja, se ríe o picotea cuando se coloca, ¿no es así? —Ella asintió—. Pues yo, cuando estoy colocado, me vuelvo neurótico. —Hice una pausa y sonreí—. Más neurótico.

—¿Y cómo entrasteis?

—En el apartamento de al lado vivía una vecina nueva y muy mona. Will encontró unas cuantas piedrecitas, una chapa de cerveza y una lata de refresco y lo tiró todo contra su ventana hasta que salió. Luego se puso a ligar con ella hasta que accedió a ayudarnos.

—¿Ayudaros cómo? —preguntó Pippa, sonriendo de oreja a oreja.

—Lógicamente no se fiaba de lo que pudieran hacer dos tipos semidesnudos en su balcón, así que se ofreció a llamar a alguien para que nos dejase entrar. Por desgracia, no queríamos explicarles a los guardias de seguridad del campus por qué estábamos encerrados en ropa interior con una pipa de agua y una bolsa de hierba. A mí me entró el pánico. Mi mente saltó dos años hacia delante: ya nos veía en la cárcel por fumarnos una pipa, y a mí mismo como protegido de un tipo llamado Albóndiga. —Sacudí la cabeza, recordando—. A lo que iba: nuestra vecina también cursaba los estudios preparatorios para la carrera de Derecho y nos obligó a defender nuestra causa antes de permitirnos pasar. Ni Will ni yo nos hemos vendido nunca tan bien, ni antes ni después.

Pippa me escuchaba encantada, apoyando un brazo contra el respaldo del sofá.

—Seguro que lo hizo usted bien, señor Jensen Bergstrom.

Levanté un hombro.

—Te daría más detalles sobre mi argumentación si recordase una sola palabra.

—Entonces, supongo que al final entrasteis, ¿no?

—Sí, aunque para trasladarnos de un balcón al otro nos pasamos un rato chillando histéricos que íbamos a matarnos hasta que por fin logramos superar el hueco de casi un metro que había entre los balcones. Ahora que lo pienso, Will llegó a salir con ella durante unas semanas... ¿Y si eso formaba parte del acuerdo? —Me rasqué el hombro mientras le sonreía—. En fin, basta de pensar en el pasado.

—Ni hablar. Estoy aquí para olvidar al Capullo. Lo estás haciendo muy bien. —Pippa me miró y luego hizo un gesto hacia Ziggy—. No me obligues a preguntarle a Hanna. Seguro que podría sonsacarle un montón de anécdotas, y no necesitaría más que un par de copas. Está muy flaca.

Alzó la vista y soltó un bufido. Seguí su mirada hasta Will, que llenaba otra vez la copa de mi hermana y, si no me equivocaba, le hablaba mirándole las tetas.

Por más veces que los hubiera sorprendido así, seguía sintiéndome incómodo. Lancé un gruñido.

—Aunque me da la impresión de que Will la tiene monopolizada en este momento —comentó Pippa, ladeando la cabeza.

—Son eternos recién casados —bromeé, impregnando mis palabras de un falso desagrado—. Pero creo que Will quiere ser el conductor sobrio esta noche e intenta emborrachar a mi hermana. Hanna es muy divertida cuando se ha tomado unas cuantas copas.

—¿No se te hace raro que tu hermana pequeña esté casada con tu mejor amigo?

—No voy a mentirte; al principio, sí. Pero cuando lo pensé y comprendí que fui yo quien les sugirió que quedasen...

—¿Los emparejaste tú? —preguntó, sonriente—. Pocos hombres animarían a su mejor amigo a salir con su hermana.

—No me di cuenta de que lo hacía —dije. Vacié mi copa, la dejé boca abajo sobre la mesa y cogí otra aceituna—. Ahora que lo pienso, sí, le dije que llamara a Will. Pero es que él era entonces un friki adicto al trabajo. No se me pasó por la cabeza que al mirar a Ziggy, el ratón de laboratorio, fuese a ver algo más que un cerebritito. —Los observé durante unos instantes más. Will dijo algo que provocó una carcajada en Ziggy, la cual se apoyó contra su pecho. Él se inclinó y le dio un beso en la coronilla—. Pero él es bueno para ella. Y ella también es buena para él —me apresuré a añadir—. Y nunca los he visto tan felices a ninguno de los dos.

Pippa asintió con la cabeza y paseó la mirada por el resto de nuestro grupo.

—Yo tuve la misma sensación con Niall y mi amiga Ruby. Ella llevaba siglos enamorada de él, y él casi ignoraba su existencia.

—Es verdad —dije—. Trabajabais juntos.

—Algunas veces era divertido verlos, pero otras resultaba insoportable. Sin embargo, ahora no podría alegrarme más por ellos. —Hizo una pausa y luego añadió— : Aunque a veces me entran ganas de mojarlos con una manguera.

Solté una carcajada irónica; sabía exactamente lo que sentía.

Se apoyó en el respaldo.

—Seguro que parezco una solterona al decir esto, pero, venga ya, dejad unos cuantos morreos para los demás.

Me incorporé, llamé al camarero con un gesto y me encontré con los ojos esperanzados y muy abiertos de Ziggy.

El camarero nos sirvió otra dosis bien cargada a cada uno.

Pippa cogió su copa y la levantó.

—¿Por las solteronas? —preguntó.

Reflexioné un poco.

—Por unos cuantos morreos para los demás —rectifiqué.

Pippa exhibió una radiante sonrisa y se llevó la copa a los labios.

—Brindo por eso.

Pippa

—Me recuerda a un chico con el que fui a la uni —murmuré, mirando a Jensen, al otro lado de la sala, mientras lamía con gesto ausente una gota de vino del borde de mi copa—. Danny. Daniel Charles Ashworth. Su nombre parecía artificial, una puta broma. —Sacudí la cabeza—. También era guapo de narices. Listo y amable, divertido y encantador... y nunca salía con nadie.

Ruby siguió la trayectoria de mi mirada.

—¿Ese Danny era tímido o algo así? —Ambas contemplamos durante unos instantes a Jensen, Niall y Will, que charlaban amistosamente con el propietario de las bodegas—. Jensen no es nada tímido.

Tras perder la cuenta de las catas que llevaba, había pedido una copa entera del delicioso petite sirah. Ruby iba por la mitad de su generosa copa de viognier, y ambas nos manteníamos sentadas con bastante dificultad en sendos taburetes situados junto a la barra mientras los hombres discutían qué (y cuántas) botellas querían comprar para llevárselas a casa.

—Tímido no —le dije, parpadeando y centrando mi atención de nuevo en mi amiga—. Simplemente, era muy selectivo. —Sacudí la cabeza para despejarme y cogí una almendra del plato—. Una noche se emborrachó con tequila y me contó que no le gustaba acostarse con muchas mujeres. ¡Que no le gustaba! —repetí—. Me dijo que le encantaba el sexo, por supuesto, pero que era algo demasiado íntimo para hacerlo con una extraña.

Ruby se metió una almendra en la boca y me miró inexpresiva.

—Ah.

—¿No te parece bonito? —pregunté, pensando en la visión de las vigorosas nalgas de Mark y en que no conocía ni conocería nunca el nombre de la mujer que se hallaba debajo de él. En cómo me sentí cuando puso fin a nuestra relación con tanta facilidad, sin ningún temor a echarla de menos—. ¿No te parece bonito que signifique tanto que, incluso a los diecinueve años, no quieras hacerlo con cualquiera? Ya no queda nadie así.

—Cierto.

—Bueno —rectifiqué, alzando la barbilla en dirección a Niall—, aparte de él, claro.

Ruby se echó a reír.

—No creas. Simplemente estaba casado a esa edad. Siempre digo que, si Niall nunca hubiese conocido a Portia, alguna mujer liberada lo habría encontrado antes y lo habría convertido en el putón más cautivador del mundo entero.

—¡Qué imagen mental tan bonita! —exclamé—. ¡Un Niall Stella sexualmente insaciable de diecinueve años!

Ella asintió con la cabeza.

—¿A que sí?

—¡Os estáis comiendo a los tíos con los ojos! —dijo Hanna, dejándose caer en el taburete de al lado—. ¡Me lo he perdido!

—¡Qué va, llegas a tiempo! —le dije, apoyándome la barbilla en la mano—. Señor, tenemos justo ahí un precioso muro de hombres.

Como si pudieran percibir el peso de nuestra atención, los tres hombres se volvieron al unísono y nos pillaron mirándolos hambrientas, con las mandíbulas apoyadas en las palmas.

Aquello fue fantástico para todo el mundo, salvo para Jensen y para mí. Ambos volvimos inmediatamente nuestra atención hacia otro lado mientras los tres se abrían paso entre la gente para llegar hasta nosotras.

—¡Estás muy guapo! —masculló Hanna cuando Will se le acercó tímidamente.

—¡Hola! —exclamó Ruby con una sonrisa cuando Niall la abrazó desde atrás.

Jensen me saludó con la mano, fingiéndose vergonzoso.

—¿Has probado los pepinos de la casa?

—¿Los...? No —tartamudeé, siguiéndole el juego—. Todavía... no.

—Son muy buenos.

—¿En serio? —pregunté entre risas mientras las otras dos parejas se besaban junto a nosotros, obligándonos a acercarnos más.

Él vaciló y asintió con la cabeza.

—Son un poco fuertes, pero a lo mejor te gustan.

Me apresuré a responder:

—Sí, me gustan fuertes.

—Pues están muy buenos —añadió, aguantándose la risa y dando un paso a la derecha mientras Will acorralaba contra la barra a Hanna con un beso apasionado.

—Tendré que probarlos.

Jensen me miró con ojos traviosos. Sacudió la cabeza, sosteniéndome la mirada.

Estaba bien admitir la hipótesis claramente y sin palabras. La posibilidad de acabar formando una pareja flotaba densa en el aire. Y aunque yo estaba dispuesta a vivir un rollo de vacaciones y él no parecía nada reacio, disimulaba sus sentimientos más profundos con una mezcla desconcertante de humor y formalidad. Quería, como mínimo, que fuésemos cómplices.

Amigos de viaje.

Colegas.

Niall, cómo no, pareció captar nuestras bromas y se liberó del abrazo achispado de Ruby.

—¿Nos cambiamos para cenar? Estoy deseando darme una ducha.

Me alegró comprobar que las tres mujeres de ese viaje éramos casi tan eficientes como los hombres en la rutina de ducharnos y cambiarnos.

Ruby y Hanna estaban en el pasillo, con el pelo húmedo y el maquillaje reducido al mínimo, cuando salí de mi propia habitación en un estado similar.

—¡Vivan las mujeres de bajo mantenimiento! —exclamó Hanna, levantando la mano y entrechocándola con la mía.

Niall y Will se hallaban a pocos pasos, conversando en voz baja.

—¿Estamos esperando a Jens? —preguntó Ruby.

Hanna asintió con la cabeza.

—Debe de estar planchando. A nadie le gusta tanto planchar como a mi hermano. Si pensara que nadie se iba a enterar, se plancharía hasta los calcetines.

—Esa es una gran cualidad —dije, y bajé la vista para contemplar mi propia indumentaria: botas altas, medias rojas, mi falda favorita, de vuelo y a rayas blancas y negras, un poco arrugada de estar en la maleta, y una camiseta de tirantes blanca bajo una chaqueta de punto ajustada de color celeste con un loro bordado sobre el pecho—. Parezco una caja de rotuladores que se haya reventado en el pasillo.

—Me encanta cómo combinas la ropa —dijo Ruby—. Eres tan valiente...

—Gracias... supongo —murmuré, alisándome la chaqueta. Francamente, me gustaban aquellos colores.

Jensen salió al pasillo y pareció sobresaltarse un poco al encontrarse con las tres mujeres prácticamente apiñadas delante de su puerta.

—Perdón —dijo, mirándonos un tanto confuso—. Yo... no sabía que me estuvierais esperando.

—No pasa nada, princesa —contestó Hanna, y le plantó un ruidoso beso en la mejilla.

—Tenía que planchar —dijo él en voz baja, y Hanna me lanzó una sonrisa de victoria.

Ruby cogió el brazo de Niall. Hanna hizo lo propio con el de Will. Y Jensen se volvió hacia mí con una sonrisa desenvuelta que contradecía la tensión presente en sus ojos y dijo:

—Estás preciosa.

De pronto me sentí incómoda. Sabía que el elemento de conspiración de ese viaje estaba escrito en letras invisibles justo encima de nuestras cabezas y nos seguía allá donde íbamos, pero esperaba que ambos fuésemos capaces de ignorarlo. Yo podía disfrutar de Jensen con seguridad, a sabiendas de que él se mostraría prudente en todos los aspectos en los que yo podía resultar impulsiva; él podía disfrutar de su merecido descanso. Y, juntos, podíamos fingir que aquellas letras no existían.

Sin embargo, en realidad, sus atenciones solo resultarían verdaderamente halagadoras si eran sinceras.

Una vez que llegamos al restaurante-enoteca y le pedimos una mesa a la recepcionista, me llevé a Hanna aparte con disimulo.

—No quiero...

Me callé. Había empezado a hablar antes de decidir con exactitud qué quería decir.

Ella sonrió y dio un pasito hacia mí.

—¿Estás bien?

—Sí —respondí, asintiendo con la cabeza—. Es que... —Eché una breve ojeada a Jensen y volví a mirarla—. No quiero que él se sienta... excesivamente presionado.

Hanna parpadeó y se rascó la nariz mientras se esforzaba por entender a qué me refería.

—¿Contigo?

—Sí.

Su confusión se convirtió en regocijo.

—¿Te preocupa que mi hermano se sienta presionado a enrollarse con una tía despampanante en vacaciones?

—Pues... sí —dije, halagada por la descripción. «Tía despampanante.» Vaya.

Ella soltó un bufido.

—¡Qué vida más dura, Jensen! ¡Deja que te haga unos mimitos!

Me eché a reír. Cada vez que aquella chica hablaba, me enamoraba un poco más de ella. Entendía la fascinación de Ruby.

—Eres un encanto, pero ya sabes a qué me refiero. Puede que la atracción no sea mutua...

—¿Así que tú...?

—... y, si no lo es —continué por encima de su voz—, no pasa nada. Estoy aquí para echar unas risas. Estoy aquí para despejarme. —Miré la pared, cubierta por centenares de botellas de vino, y noté que mis cejas se levantaban como si estuviesen allí para desafiarme personalmente—. Estoy aquí para ponerme ciega, la verdad.

—Deja que te cuente una cosita sobre mi hermano —dijo Hanna, inclinándose hacia mí—. Era un seductor legendario... en serio —añadió, probablemente porque vio mi expresión de sorpresa—. Y luego se casó con una cabrona que le rompió el corazón. En realidad, nos rompió el corazón a todos.

Fruncí el ceño. Aquella relación de nueve años debía de haber afectado no solo a Jensen, sino también a su familia.

—Ahora es un adicto al trabajo que no recuerda lo que es comportarse de forma espontánea y divertirse solo por divertirse —continuó—. Estas vacaciones son buenas para él. —Sus cejas se contrajeron cuando añadió—: Y podrían ser fantásticas.

La observé mientras volvía con Will, que le pasó el brazo por la cintura con un gesto inconsciente. Los contemplé a los cinco, que aguardaban muy juntos a que anunciaran nuestra mesa.

Como cabía esperar, me tocó sentarme junto a Jensen en la gran mesa hexagonal situada en el centro de la sala. El restaurante era precioso; del techo salía una estatua similar a un tronco de árbol invertido, con las ramas y las hojas formadas por miles de lucecitas. Los camareros, con camisas de un blanco impoluto y delantales negros bien atados a la cintura, llenaron nuestras copas de un agua con minúsculas burbujas.

El mareo de la tarde había desaparecido, y accedí a compartir con Jensen una botella del pinot noir de la casa.

Por qué puñetas no iba a hacerlo.

Me di cuenta de que trataba de relajarse. En cualquier caso, a una parte de mí le encantaba comprobar que no le resultaba fácil. Siempre tenía la sensación de estar demasiado relajada en comparación con quienes me rodeaban; alguien tenía que ser la roca firme. Yo podía intentar ser esa roca, pero, como era de esperar, ese plan se fue al traste incluso antes de empezar cuando Jensen, siempre un caballero, se puso a servirme copas más llenas que las suyas, y también con mayor frecuencia.

—¿Olvidas mi tendencia a decir tonterías cuando estoy borracha? —le pregunté, mirando cómo apuraba la botella en mi copa.

Los entremeses se extendían sobre la mesa: endibias con jamón, mozzarella fresca y reducción de vinagre balsámico; pequeñas albóndigas con romero y maíz; un cuenco de pimientos shishito bien fritos; y, mi favorito, un ceviche de gambas y calamares que me arrancó lágrimas de los ojos con su acidez perfecta.

—Al contrario de lo que dije —me contestó, depositando la botella vacía sobre la mesa—, creo que me gusta oírte hablar. Has dejado de ser la loca del avión. —Alzó su copa y la entrecrocó suavemente con la mía—. Eres Pippa.

Vaya. Eso era muy bonito.

—Creo que esta noche quiero que seas tú el que hable —dije ruborizada, acercándome un poco más.

La mirada de Jensen descendió hasta mi boca; enseguida recuperó la compostura y enderezó la espalda.

—Por desgracia —dijo—, soy la persona menos interesante de esta mesa.

Observé a nuestros amigos. Ruby y Niall tenían las cabezas juntas, Hanna se había levantado para ir al aseo, y Will, al otro lado de la mesa, leía la carta de whiskies. Dadas las dimensiones del restaurante, habría tenido que gritar para que me oyera.

—Bueno —concedí—, puede que eso sea cierto, porque no te he oído decir nada que me permita dudarlo, pero, como eres mi única opción en este momento, quiero oírte hablar.

Miró su copa parpadeando, inspiró hondo y luego me miró.

—Dame un tema.

El poder se me subió a la cabeza. Me apoyé en el respaldo de la silla y empecé a reflexionar mientras daba sorbitos de vino.

—No te pongas tan maquiavélica —dijo entre risas—. ¿De qué quieres oírme hablar?

—Desde luego, no quiero oírte hablar de trabajo —dije.

Él se mostró de acuerdo con una sonrisa:

—No.

—Y lo de la ex mujer parece un tema muy vulgar.

Él asintió con la cabeza, soltando una carcajada.

—El más vulgar de todos.

—Podría preguntarte por qué llevabas dos años sin hacer unas vacaciones como Dios manda, pero...

—Pero eso sería hablar de trabajo —me interrumpió.

—Exacto. Podría preguntarte por ese equipo de softball del que tanto habla Hanna —dije, y Jensen puso los ojos en blanco, exasperado—, o por tu capacidad de correr varios kilómetros cada mañana sin que nadie te pague y sin que te persiga un monstruo... —Me mordí el labio inferior—. Pero en realidad creo que los dos sabemos que me caes muy bien y que me resultas más que un poco atractivo, y sé que no hay amante en Londres ni esposa en Boston, así que quiero saber si tienes novia.

—¿Crees que me habría ido de viaje con mi hermana y su marido, con Ruby y Niall y... contigo... si tuviese novia?

Me encogí de hombros.

—En muchos aspectos, eres un misterio para mí.

Su sonrisa era una minúscula inclinación de su boca.

—No, no tengo novia.

Di una palmada en la mesa y se sobresaltó.

—Señor, ¿por qué no? —exclamé—. Una virilidad como la tuya no debería desperdiciarse.

Jensen se echó a reír.

—¿«Virilidad»?

—Exacto.

Se ruborizó.

—Supongo que soy selectivo.

—Ya lo he deducido —murmuré secamente.

Se removió un poco en su asiento.

—Me gusta llevar el control.

Me incliné hacia él.

—Vaya, eso sí que suena interesante.

Su sonrisa me indicó que sabía que iba a decepcionarme con lo que diría a continuación. Luego añadió:

—Me refiero a que creo que disfruto de ese aspecto de mi trabajo. Cada relación que he tenido desde lo de Becky se parece un poco al caos.

—Eso pasa a veces —reconocí.

Cuando lo dije, me di cuenta de que sabía exactamente de qué hablaba. Estando con Mark, nunca había tenido la sensación de poder predecir lo que haría a continuación, de poder tomar el pulso del amor que sentía por mí. La nuestra era una relación en constante despliegue cuyo futuro era una incógnita. Por primera vez desde la ruptura entendí por qué había estado sintiendo aquella ansiedad en mi interior. Y por qué había desaparecido por completo.

Y es que, por más que quisiera que el amor fuese una aventura, no cabía duda de que la estabilidad tenía sus ventajas.

—Aunque, sí —continué—, estoy de acuerdo en que no debería pasar.

—Salir con chicas después de pasar una década con alguien fue desconcertante —dijo—. Es un idioma nuevo que no acabo de dominar todavía.

—Seguro que Niall puede darte clases —dije.

Él asintió con la cabeza.

—Max y yo hablamos de eso una vez. Por suerte, a Niall le va bien ahora. Lo raro —continuó, y entonces me dedicó una sonrisa tímida—, y perdóname por entrar en el vulgar territorio de la ex mujer, es que las cosas con Becky siempre parecieron predecibles hasta que se marchó de buenas a primeras. Pensaba que éramos felices. Yo era feliz. Imagínate lo estúpido que me sentí por no haberme dado cuenta siquiera de que ella no lo era.

En un deprimente arrebató de lucidez comprendí lo que me estaba diciendo: desde su punto de vista, las relaciones eran «malo si lo haces, y malo si no lo haces». Aunque su primer amor parecía feliz, en realidad no lo era. Y lo que había venido después parecía ocurrir en un idioma que no hablaba.

Abrí la boca para contestar, para tranquilizarlo diciéndole que la vida es así de complicada, pero que por cada mujer como Becky hay por lo menos otra que se conoce a sí misma lo suficiente para ser sincera. Sin embargo, mis palabras fueron interrumpidas por un penetrante aullido.

El sonido era tan distinto de cualquier versión de una alarma de incendios que hubiese oído en mi vida que una parte rara y antigua de mi cerebro chilló «BUSCA REFUGIO ANTIAÉREO INMEDIATAMENTE» antes de que Jensen me cogiera de la mano, tirase de mí y abandonara conmigo el restaurante por la salida de emergencia.

Lo hizo con tanta calma y seguridad que se me ocurrió que quizá hubiera estudiado el plan de salida antes de que nos sentáramos. No solo se levantó y reaccionó como si estuviese esperando a que saltase la alarma de incendios, sino que además sabía exactamente adónde ir. Me entraron ganas de ponerle un martini en la mano y vivir una fantasía a lo James Bond por una sola noche.

La alarma de incendios dominó los sonidos de sorpresa e inquietud, y finalmente la información, facilitada a gritos por los camareros mientras guiaban a la gente hacia el exterior, de que se trataba de un pequeño incendio en la cocina y de que todo iba bien, por favor, mantengan la tranquilidad.

Resultó que la salida de emergencia daba a la parte trasera del restaurante, en la cima de una colina desde la que se divisaban los viñedos. Mucho después del ocaso, las viñas parecían un oscuro laberinto de madera y follaje. Jensen soltó mi mano, se apresuró a meterse la suya en el bolsillo y se puso a contemplar las vistas. Al otro extremo de la hilera situada ante nosotros había una pequeña estructura que parecía ser un cobertizo construido en el centro del viñado.

—¿Qué crees que es aquello de allí? —le pregunté, señalando.

Will y Hanna dejaron atrás a varios señores mayores un tanto histéricos y se situaron a nuestro lado para observar la construcción.

—Creo que ahí es donde se sientan a almorzar —conjeturó Hanna—. Yo lo haría. Las vistas son preciosas.

Nos adelantamos un poco para dejar espacio a la gente que seguía saliendo del local.

Will sacudió la cabeza.

—Pues yo digo que es el cobertizo de los polvos.

—Creo que lo más probable es que guarden ahí las herramientas de vendimia más pequeñas —dijo Niall con toda lógica, y todos lo fulminamos con la mirada mientras Will roncaba bajito.

Detrás de nosotros, los camareros y el resto del personal corrían de un lado a otro para tranquilizar a los clientes, diciendo que todo se arreglaría y que la situación no interrumpiría nuestra cena de modo indefinido.

Sin embargo, de momento estábamos desterrados allí fuera.

—Quiero ir a verlo —dije.

—Pues hazlo —me instó Will.

—Pippa... —empezó Jensen, pero me volví hacia él con una gran sonrisa.

—¡Te echo una carrera! —dije, abandonando el patio de cemento y echando a correr por la tierra blanda.

Se hizo a mi espalda un silencio asombrado. El viento, fresco y cortante sobre mis mejillas, me producía una sensación increíble, y por primera vez («gracias, pinot noir») fingí frívolamente que participaba de verdad en una carrera, subiendo y bajando los brazos, sintiendo que la tierra cedía bajo mis suelas y quedaba atrás.

Oí unas firmes pisadas a mi espalda y de pronto apareció Jensen, que aflojó el paso para no adelantarme y me miró con perplejidad antes de dejarse arrastrar por su faceta competitiva. Corrió a toda velocidad hasta llegar al cobertizo y, una vez allí, se volvió a esperarme. Alcancé la meta con la respiración entrecortada y me puse a su lado.

Tan inmóvil como el propio cobertizo, me miró sin decir nada mientras yo recuperaba el aliento.

—¿Cómo te ha dado por ahí? —preguntó por fin, mientras una sonrisita vagaba por sus labios—. Pensaba que no corrías.

Me reí y volví la cara hacia el cielo. El aire era fresco y un poco húmedo; el cielo tenía el tono añil de mi vestido favorito.

—No tengo ni la más mínima idea. Es que nos estábamos poniendo tan serios allí dentro... —Me apoyé las manos en las caderas—. Me gustaba, no creas, pero... Me parece que estoy un poco achispada.

—Pippa, yo no...

Jensen se calló cuando me di la vuelta y me acerqué a una pequeña ventana del cobertizo para atisbar el interior. Como Niall había predicho, estaba lleno de útiles de jardinería, cubos, lonas y mangueras enrolladas.

—¡Vaya! No es muy interesante que digamos —dije, volviéndome de nuevo hacia él—. ¡Qué pena, Niall tenía razón!

Jensen respiró hondo y me miró fijamente con una expresión que no supe interpretar.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Él se rio sin ganas.

—No puedes... —Se detuvo y se pasó una mano por el pelo—. No puedes echar a correr por un viñedo a oscuras.

—Entonces ¿por qué me has seguido?

Parpadeó sorprendido.

—Es que... —De pronto pareció encontrar algo ridículo en su respuesta, pero me la dio de todos modos—: No podía dejar que echaras a correr por un viñedo a oscuras tú sola.

Sus palabras me hicieron reír.

—¡Jensen! No me he alejado del restaurante ni la distancia de una manzana.

Ambos dirigimos la mirada hacia el grupo de clientes del restaurante, que seguían hablando en el patio inclinado, esperando a que les permitieran volver a entrar y del todo indiferentes a lo que hacíamos nosotros.

Me volví y contemplé su perfil a la escasa luz de la lejana enoteca. Me pregunté si se estaría acordando de nuestra conversación en la mesa acerca del difícil problema de no confiar en uno mismo y no entender a los demás.

—Siento lo de Becky —le dije; Jensen se sobresaltó levemente y me miró—. Estoy segura de que mucha gente debió de decirte lo mismo al principio, en los peores momentos. Pero apuesto a que casi nadie lo menciona ya.

Se volvió hacia mí por completo, pero se limitó a responder:

—No...

—Recuerdo cuando murió mi abuela. —Me puse a contemplar las hileras e hileras de vides—. Fue hace años; era relativamente joven. Yo tenía once años, y ella tenía... veamos... ahora tendría casi ochenta.

—Lo siento —dijo Jensen en voz baja.

Le sonreí.

—Gracias. La cuestión es que al principio todo el mundo nos apoyó, claro. Sin embargo, con el paso del tiempo su muerte se fue haciendo más difícil de soportar, sobre todo para Lele, y en especial cuando llegaban momentos grandes y pequeños que la abuela se estaba perdiendo. En realidad, su ausencia no se nos hizo más llevadera; simplemente, nuestra tristeza se volvió más discreta. Ya no hablábamos de ella, pero sé que a Lele le pesaba cada pequeño desengaño y cada pequeña victoria que no podía

compartir con su madre. —Lo miré de nuevo—. En fin, han pasado seis años desde lo de Becky, ¿no?

—Sí. Seis —confirmó.

—Han pasado seis años, y siento que ya no esté en tu vida.

Jensen asintió con la cabeza y abrió la boca, pero contuvo las palabras que iba a pronunciar. Era evidente que no le gustaba hablar de sus relaciones. En absoluto.

—Gracias —dijo en voz baja.

Sin embargo, supe que no era eso lo que tenía en la punta de la lengua.

—Dilo —lo animé, abriendo los brazos. Despacio, giré en redondo con los brazos estirados—. Descárgalo sobre mí, sobre las uvas, las viñas y las pequeñas herramientas de jardinería que hay en el cobertizo.

Jensen se echó a reír y lanzó una ojeada a nuestros amigos, que hablaban contemplándonos allí, en el centro del viñedo.

—Pippa, eres...

Se calló bruscamente. Un suave siseo se oyó a nuestra derecha, y luego a nuestra izquierda.

Di un bote hacia atrás.

—¿Qué es eso?

Lanzó un gemido y me agarró del brazo.

—¡Joder! ¡Vámonos!

Echamos a correr, pero en unos instantes el fuerte chorro de los aspersores nos inundó por todos lados. El agua caía sobre nosotros desde las delicadas tuberías colgadas del emparrado, desde los lados y desde el suelo, donde unos cabezales rociadores giraban rápidamente junto a nuestros pies.

Dimos varios pasos más entre el barro, intentando regresar, pero resbalé y a punto estuve de caer de espaldas; Jensen me sujetó justo a tiempo.

De nada servía correr. Estábamos empapados.

—¡Olvídalo! —le grité por encima del ruido ensordecedor del sistema de riego. Era como si nos hubiera sorprendido un aguacero—. ¡Jensen! —dije, agarrándolo de la manga y obligándolo a mirarme.

Me miró con los ojos desorbitados. No se trataba solo de que nos hubiésemos tomado una botella de vino después de un día bebiendo pequeñas cantidades una y otra vez. No se trataba solo de que nuestra cena se hubiese visto interrumpida o de que estuviéramos empapados, en octubre, en un viñedo de unas pequeñas bodegas de Long Island.

El feroz destello de sus ojos me hizo pensar que algo se había desatado en su interior.

—Sé que no nos conocemos —vociferé, parpadeando con fuerza para eliminar el agua de mis ojos—, y sé que parece una locura, pero creo que te hace falta chillar.

Él se rio y farfulló bajo el chorro de los aspersores:

—¿Me hace falta chillar?

—¡Chilla!

Sacudió la cabeza, sin comprender.

—¡Dilo! —grité por encima del rugido—. Di lo que tienes en la cabeza en este instante, tanto si se trata del trabajo como de la vida, de Becky o de mí. ¡Así! —Aspiré una bocanada de aire gélido y las palabras salieron de mi interior como ráfagas—: ¡Quiero odiar a Mark, pero no puedo! ¡Lo que odio es haber caído con tanta facilidad en una relación que solo era una parada técnica para él y que pensé que podía durar toda la vida! ¡Era imposible desde el principio, y me siento como una estúpida por no haberlo visto antes!

Me miró fijamente durante unos momentos mientras el agua se deslizaba por su rostro.

—¡Odio mi trabajo! —chillé, con los puños apretados—. ¡Odio mi piso y mi vida cotidiana, y saber que puedo seguir así toda la vida y quizá no tenga el valor necesario para hacer nada al respecto! ¡Odio haber trabajado tanto y que aun así, cuando miro a mi alrededor y comparo mi vida con la de los demás, todos mis esfuerzos parezcan una minúscula gota dentro de un cubo enorme!

Miró hacia otro lado. Parpadeó y vi que tenía gruesas gotas de agua pegadas a las pestañas.

—No hagas que me sienta ridícula —dije, apoyándole la mano en el pecho.

Justo cuando pensé que iba a darse la vuelta y volver al restaurante, echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y chilló por encima del rugido de los aspersores:

—¡A estas alturas podríamos tener hijos!

Oh, Dios mío.

Asentí con la cabeza, animándolo. Volvió a mirarme como si buscara una confirmación, y sus rasgos cambiaron cuando dejó entrar las emociones: su expresión se hizo más tensa; sus ojos, más angulosos; su boca, una dura línea.

—¡Ya irían al colegio! —dijo, secándose la cara con la mano momentáneamente—. ¡Jugarían al fútbol y montarían en bicicleta!

—Lo sé —dije, deslizando mi mano por su brazo y entrelazando mis dedos chorreantes con los suyos.

—A veces me da la sensación de que no tengo nada —dijo con voz entrecortada—, nada, salvo mi trabajo y mis amigos.

«Eso sigue siendo mucho», pensé, aunque no lo dije. Lo entendía perfectamente: aquella no era la vida que había imaginado para sí.

—Me da rabia que no fuera capaz de decirme antes que no era eso lo que quería.

Se secó la cara de nuevo con la mano libre y me pregunté por un instante si correría algo más que agua por sus mejillas. No podía verlo en la oscuridad.

—Me da rabia que me hiciera perder el tiempo —dijo, sacudiendo la cabeza y mirando hacia otro lado—. Y luego pienso... ¿para qué molestarme en conocer a alguien? ¿Es demasiado tarde? ¿Soy demasiado estirado, o poco interesante, o...?

—¿O llevo demasiado tiempo en dique seco?

Intentaba hacerle reír, pero mis palabras tuvieron el efecto contrario y soltó mi mano, suspirando con fuerza.

—Menuda pareja hacemos —dije. Volví a coger su mano con gesto decidido y esperé a que me mirara—. No es demasiado tarde. Ni aunque tuvieras ochenta años. Y solo tienes treinta y tres.

—Treinta y cuatro —me corrigió con un gruñido.

—Ten en cuenta que la mayoría de las mujeres sabemos lo que queremos y lo que sentimos —proseguí, ignorando aquello—. Le diste el primer bocado a una uva podrida. Hay muchas uvas buenas por ahí. —Agité un poco los hombros como si bailara, y él esbozó una leve sonrisa, echando un vistazo a las cepas nudosas de uva zinfandel que nos rodeaban—. No me refiero a mí misma, ni me refiero necesariamente a la próxima mujer que conozcas. Solo quiero decir que ella está ahí fuera. Sea quien sea.

Asintió y me miró a la cara. El agua le chorreaba por la frente y la nariz; le goteaba sobre los labios. Por un instante tuve la impresión de que iba a besarme. Sin embargo, se limitó a sacudir la cabeza y a observarme como si esperase alguna mágica orientación.

—Siento que la perdieras —dije, bajando la voz—. Y sé que ha pasado mucho tiempo, pero no me extraña que sigas supercabreado. Era un sueño que perdiste, y eso es espantoso desde cualquier punto de vista.

Asintió y me apretó la mano.

—Yo también siento lo de Mark.

Descarté la idea con una carcajada.

—Lo de Mark no era un sueño. Era un tío fantástico en la cama, y yo esperaba que se convirtiera en algo mejor. —Tras reflexionar unos momentos, añadí—: Puede que sí fuera un sueño, pero fue breve. Si he comprendido algo en este viaje hasta el momento,

es que no me hacía falta marcharme tres semanas para olvidarlo. Pero me alegro de haberlo hecho de todos modos.

Vi que volvía a alzar las barreras, pero no me preocupó demasiado. Era su proceso, y yo ya lo conocía: ceder un poco, cerrar las puertas. Protegerse. Así que le facilité las cosas y solté su mano para que pudiéramos volver al patio, donde la gente estaba entrando de nuevo. Nos reiríamos de lo loca que había sido, qué estafalaria es esta Pippa, y volveríamos a nuestras habitaciones para ponernos ropa seca y seguir cenando.

Jensen

El lunes desperté antes del amanecer.

Aún bajo las mantas, miré parpadeando el techo en penumbra mientras la niebla del sueño se desvanecía. La confesión que le había hecho a Pippa seguía resonando en mi cabeza.

«A estas alturas podríamos tener hijos.

»Ya irían al colegio. Jugarían al fútbol y montarían en bicicleta.»

Ignoraba por completo de dónde había salido todo aquello. Eran cosas que pensaba muy pocas veces, solo en momentos de debilidad o después de algún día especialmente malo, cuando al llegar a casa no encontraba un hogar, sino una vivienda vacía.

O, al parecer, después de un día dedicado a beber y a correr por un viñedo lleno de aspersores.

Desde mi divorcio había salido con muchas mujeres sin pensar demasiado en Becky. Sin embargo, cuando conocí a Emily, pasé mucho tiempo reflexionando acerca de mi matrimonio. Nuestra amistad tranquila y predecible había acabado en la cama, y me llamaba la atención comprobar que resultaba mucho más fácil mantener una relación así, sin ningún significado especial, que una en la que tuviera que poner el corazón.

Habíamos jugado un partido de softball, y, como muchas otras veces, Emily y yo quedamos después para tomar una cerveza. Pero ese jueves en concreto, después de pagar la cuenta y acompañarla hasta su coche, resulta que me preguntó si quería seguirla hasta su casa. Y lo hice. Esa noche hicimos el amor dos veces, y me marché antes de que sonara su despertador a la mañana siguiente.

Emily, una neuróloga pediátrica que trabajaba en el hospital infantil de Boston, era atractiva e inteligente. Sin embargo, ambos sabíamos que la relación no iría más allá de la que mantienen dos amigos que se acuestan juntos cuando les apetece. Hacíamos el amor un par de veces al mes. Siempre estaba bien. Nunca era increíble. Y no lo era, en parte, porque ninguno de los dos nos implicábamos emocionalmente.

Y, francamente, no era consciente de que mi propia vacilación a la hora de buscar una relación más profunda se debiese en gran medida al desconcierto en que me había

sumido lo de Becky y a la voluntad de no volver a pasar por eso. Pippa tenía razón: el dolor se hacía más discreto con el tiempo, pero no desaparecía por completo; alteraba mi forma de ver las cosas y el modo en que la gente me veía a mí. Había expirado el período de duelo aceptable por el fracaso de mi matrimonio y por la pérdida de todo aquello que significaba para mí. El resto del mundo había seguido adelante. Y se suponía que yo también debía hacerlo.

Entonces ¿por qué no lo había hecho?

«Me da rabia que no fuera capaz de decirme antes que no era eso lo que quería.

»Me da mucha rabia que me hiciera perder el tiempo. Pienso... ¿para qué molestarme en conocer a alguien? ¿Es demasiado tarde? ¿Soy demasiado estirado, o poco interesante, o...?»

No quería acabar de formular ese pensamiento.

Ignoraba por qué Pippa había logrado que reconociera cosas que nunca había dicho en voz alta, pero no me gustaba. Se suponía que las próximas dos semanas consistirían en alejarse de todo y beber demasiado, no en dedicarse a la introspección y al examen de conciencia.

Aparté las mantas de una patada, me incorporé en la cama y alargué el brazo hasta mi móvil, que se estaba cargando en la mesilla de noche. Me salté los emails, un acto muy poco propio de mí, y abrí el último mensaje que había recibido de Will, en el que me preguntaba si me apetecía salir a correr por la mañana.

«Ya me he levantado. ¿Estás listo?», envié, y arrojé mi móvil sobre la cama.

Revisé el programa que Ziggy nos había imprimido a cada uno: *brunch*, algo de tiempo libre para explorar la zona, una posible excursión a unas bodegas y cena en el hotel.

La respuesta de Will llegó mientras estaba en el baño, un simple «No» seguido de un silencio.

Marqué su número y, después de cuatro timbrazos y del ruido del teléfono cayéndose en dos ocasiones, contestó.

—Eres igual que tu hermana —dijo, y sus palabras sonaron ahogadas como si las pronunciara con la boca contra la almohada.

—Fuiste tú el que me invitó a salir a correr esta mañana, ¿te acuerdas?

—Ni siquiera son —volvió a caérsele el teléfono— las siete de la mañana.

—¿Y qué? Siempre salimos a esta hora.

—Jensen, ¿te has fijado en la habitación en la que estás?

Recorrí la habitación con la mirada: paredes revestidas de madera blanca, cama grande con colcha hecha a mano, chimenea de ladrillos.

—Sí.

—¡Estamos de vacaciones, hombre! El *brunch* no empieza hasta las diez. Podemos dormir un rato más.

—Podías habérmelo aclarado anoche —le dije, abriendo ya la carta del servicio de habitaciones.

—Ayer me puse ciego de beber y traté de convencer al camarero para que plantara un viñedo conmigo —me explicó—. No creo que nadie pueda fiarse de nada de lo que dije anoche.

—Está bien —acepté con un suspiro—. De todos modos, tengo que trabajar un poco. Llámame cuando te levantes y saldremos entonces.

—¡Ah, no! ¡Ni hablar! —Se oyó el inconfundible crujido de las sábanas y el sonido del colchón al moverse—. ¡Maldita sea! ¡De eso nada! De ningún modo vas a sentarte a trabajar en el portátil. Tu hermana me matará.

Así que Will también estaba encargado de vigilar a Jensen.

Rechiné los dientes.

—De acuerdo —dije—. Nada de trabajo. Saldré ahora, y luego me reuniré con vosotros.

—No, tienes razón. Quedamos en recepción dentro de un cuarto de hora, ¿te parece bien?

—Estupendo.

Mi habitación, en un extremo del edificio, daba al césped y al corredor techado que separaba la construcción principal de una gran estructura en forma de granero, en la parte de atrás. El cielo seguía oscuro, pero se había aclarado lo suficiente para permitirme ver a lo lejos un quiosco con tejado de cobre y un patio en el que, según el folleto que Ziggs había incluido en nuestro itinerario, servían la cena casi todas las noches junto a una hoguera.

Abajo el ambiente era mucho más ajetreado, con un fuego ardiendo en la chimenea de recepción y los sonidos y aromas propios de la preparación del desayuno deslizándose a través de las puertas cerradas de la cocina.

Will hablaba con el director del hotel junto a la puerta principal.

Al verme, me saludó alzando la mano y se despidió del director.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días. ¿Ziggs sigue dormida?

—Como un tronco —dijo, con una sonrisa divertida que no quise traducir. Empezó a ponerse un par de guantes y soltó un suave bufido—. Veo que has recuperado tu sudadera.

Bajé la vista hasta mi sudadera de la universidad Johns Hopkins, que mi hermana usaba más que yo. Estaba un poco descolorida, un poco desgastada en algunas zonas. Los puños estaban deshilachados y una de las mangas empezaba a descoserse, pero era una de mis favoritas. Ziggy se pasaba la vida entrando y saliendo de mi casa, y adquirió la costumbre de robarme la ropa el día que alcanzó la estatura suficiente para llegar a la puerta de mi armario. Si yo había podido ponérmela, debía de ser porque se habría cambiado en mi casa y la habría dejado en el suelo.

—Noto que juzgas mi sudadera, William. Pues que sepas que es un clásico. Tu mujer lo entiende; casi no se la quita.

—Es que Hanna, como tú, es sentimental de una forma extraña. Vosotros dos sois las únicas personas que conozco capaces de tirar a la basura un táper viejo porque no queréis lavarlo y, en cambio, conservar una sudadera durante dos décadas.

No le faltaba razón.

Cruzamos el vestíbulo y salimos por la puerta trasera antes de que el olor a panceta y café recién hecho nos obligara a renunciar al ejercicio.

El frío nos asaltó de inmediato. Will se caló un poco más el gorro para taparse las orejas y paseó la vista por el jardín.

—Este sitio es realmente precioso —dijo.

Seguí su mirada. A lo lejos, la neblina se aferraba a la cerca, y los árboles daban la impresión de componer un fuego de otoño contra un cielo sin color. El hotel se hallaba a nuestra espalda, con su revestimiento de blancos tablonos de madera y sus molduras azul claro; la torrecilla con tejado de cobre relucía como el sol.

Asentí con la cabeza.

Le sonó el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Lo sacó y soltó una seca carcajada.

—Bennett acaba de enviar esto por el grupo: «Chloe me ha traído el desayuno a la cama. Han pasado dos horas y aún no me ha pedido que arregle el triturador de basura. ¿Es posible que las esposas hagan esa clase de cosas por... amabilidad? Ruego aclaración».

Me eché a reír y sacudí la cabeza.

—¿Crees que se siente confuso de verdad o que lo dice en broma?

Volvió a meterse el móvil en el bolsillo y cerró la cremallera.

—Creo que es muy sincero, aunque añade un poco de humor. Chloe ha cambiado por completo. Esos dos tenían una dinámica particular, y ahora que ella está embarazada ya no siguen el mismo patrón.

—¿Te gustaría estar en Nueva York para verlos más?

—La verdad es que sí —contestó mientras se inclinaba hacia un lado para estirar la espalda—. Es muy, muy raro. Aunque hace gracia.

Realizamos estiramientos en silencio como habíamos hecho cientos de veces: cuádriceps, pantorrillas, tendones de la corva, glúteos... A nuestro alrededor resonaban los sonidos de la mañana. Unos caballos masticaban hierba en un campo cercano, y un martillo clavaba clavos en algún punto de la finca, pero, por lo demás, todo estaba tranquilo y silencioso cuando echamos a andar hacia el inicio del recorrido.

Puse en marcha el cronómetro de mi reloj y empezamos. Pasamos de la pista de tierra a la acera, y luego a la carretera. Nuestros pies aterrizaban rítmicamente sobre el pavimento. Yo respiraba con regularidad sin apartar los ojos del camino.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunté.

Will y Max eran inversores y copropietarios de Stella & Sumner, una sociedad de capital riesgo que Max gestionaba desde Nueva York y Will, ahora, desde Boston.

—Muy bien —dijo—. Hay una pequeña compañía farmacéutica australiana que investiga sobre el cáncer. El mes que viene iré a hablar con ellos. Ah, y Max convirtió mi antiguo despacho en un aula de manualidades para los días en que se lleva a Annabel al trabajo, así que pienso redecorar el suyo la próxima vez que salga del país.

—¿Redecorar? —repetí.

—Eso mismo. Colgaré una bola de discoteca, tapizaré su sofá con piel sintética de leopardo de color rosa... Puede que hasta instale una barra de estríper justo en el centro.

—A vosotros os falta un tornillo.

Se echó a reír.

—La última vez que estuve en Nueva York me pasé una semana en el mostrador de recepción, compartiendo un ordenador con su madre. Creo que eso nos dejaría empatados.

—¿Ya le han crecido a Bennett las cejas desde la última vez que trataste de «empatar»? —le pregunté—. Recuérdame que no vaya a Nueva York.

—Perdió una ceja, no las dos —me aclaró—. ¿Y tú? ¿Te alegras de haber venido?

—Sí y no —reconocí—. Me doy cuenta de cuánto lo necesitaba, pero eso no impide que me preocupe constantemente por lo que estará pasando en mi ausencia.

—Porque eres un obseso del control —dijo con una sonrisa de superioridad—. Es un rasgo de la familia Bergstrom. Estoy pensando en pedir que os hagan un análisis a todos para encontrar el locus genético.

—En realidad es porque soy bueno en mi trabajo —lo corregí, y luego añadí en voz baja—: Y puede que un poquito de lo otro.

Will se rio. Giramos a mano izquierda para entrar en la avenida South Jamesport, una carretera rural de dos carriles flanqueada por árboles y con alguna que otra casa.

Corrimos en silencio, uno junto a otro, a un ritmo uniforme. Sin embargo, la calma familiar que siempre alcanzaba corriendo parecía rehuirme. Mi mente seguía dispersa, y una sensación de ansiedad se retorció en mis tripas.

—¿Qué opinas de Niall y Ruby? —preguntó Will al cabo de unos minutos.

—Parecen muy majos —dije, contento de tener ocasión de conversar y salir así de mis propios pensamientos—. Niall me recuerda mucho a Max, aunque en algunos aspectos es muy distinto, ¿no?

—Eso es exactamente lo que pensé cuando estuve con los dos en Nueva York —dijo Will—. Ruby debe de hacerle mucho bien, porque ahora lo veo más relajado. Más feliz. Aunque he de reconocer que me hace gracia imaginar al estirado de Niall trabajando junto a Pippa y Ruby, nada menos. Esas dos son las gemelas entusiastas. Debí de ser para verlo.

—Es un milagro que hicieran algo.

—Por cierto —dijo en tono malicioso—, me alegra ver que Pippa y tú os lleváis bien.

La mención del nombre de Pippa me provocó un nudo en el estómago.

—Es que es muy simpática. Está claro que la pillé en un mal momento durante el vuelo —dije—. Aunque no sé si alguna vez podré remediar mi pifia. Todavía me parece oír el sonido de su carcajada resonando en tu cocina.

—Me sabe fatal habérmelo perdido —dijo Will.

—Espera y verás. Seguro que encuentro otra forma de hacer algo igual de horroroso.

—No eres el primero que dice alguna estupidez delante de alguien que le gusta, Jens. Las gilipolleces que decía yo delante de Hanna eran casi surrealistas.

Aminoré el ritmo mientras pasábamos junto a una extensa finca rodeada de una valla de madera. Vimos en ella varios caballos. Sentí en el pecho la necesidad de hablar de aquello y las palabras me salieron casi sin querer:

—Esta situación con Pippa...

Will aminoró también la velocidad y me lanzó una ojeada.

—¿Sí...?

Las calles estaban casi vacías a aquellas horas, pero pasó un coche y nos metimos en el arcén.

—Mira. Tienes razón. Me gusta de verdad —dije—, pero la situación me resulta incómoda. Me siento como si estuviéramos en una pecera.

—¿Qué más da? Hanna se mete mucho, sí, pero eso es típico de las hermanas. No le hagas caso. Pippa es exactamente lo que yo habría considerado tu tipo cuando íbamos a la universidad. Es divertida y una matemática de puta madre, por no hablar

de lo buena que está. Y si la cosa no cuaja, solo estará aquí unas semanas y luego vivirá al otro lado del océano. ¿Me he perdido algo?

—No lo sé —reconoció—. Está claro que pienso demasiado.

Con las manos en la cintura, mi amigo se paró y se apoyó contra una cerca para recuperar el aliento.

—Escucha, le dije a Hanna que no pensaba meterme en esto, pero en la universidad habrías visto la situación tal como es: unas vacaciones fantásticas con la familia y con amigos nuevos, entre ellos una tía que está soltera y más buena que el pan.

Volví la vista hacia la carretera, entornando los ojos.

—Sí. Supongo. De todos modos, quiero pensar que soy mucho más listo ahora que entonces.

—Eso no lo sé —dijo, antes de bajar la vista al suelo y darle una patada a una piedra—. ¿Qué es lo que te preocupa?

Me eché a reír.

—Es una pregunta muy grande para hacerla a las siete y media de la mañana.

Will me miró.

—¿En serio? Nunca te he visto tener una crisis existencial. Ni siquiera cuando Becks se marchó. Pasaste un par de fines de semana borracho y luego volviste al trabajo y ya no paraste. ¿Eso es todo? ¿Has decidido que no quieres nada más?

Oír mencionar a Becky fue como si me clavaran en el pecho un hierro candente. Últimamente aquello sucedía con demasiada frecuencia.

—Pues...

—No dejes de esperar que traigas a alguien a cenar a casa —dijo, interrumpiéndome—. Cuando vivía en Nueva York, pensaba que no conocía a tus novias por la lejanía. Pero ahora que llevamos aquí... ¿cuánto?, ¿dos años?, solo conozco a tu follamiga platónica, y voy a ser sincero, Jens: en este caso estoy de parte de Hanna: es menos interesante que una cuchara.

Oírle decir aquello me produjo una carcajada incrédula.

—Y eres tú el que me habla de follamigas.

Acogió mis palabras asintiendo con la cabeza.

—Vale, tienes razón. Lo pillo. Y si eso es lo que quieres hacer durante toda tu vida, por mí vale. Pero entonces ¿qué paranoia tienes con este viaje? No pueden ser las dos cosas. No puedes decirme que no quieres ataduras y luego ponerte neurótico por la «situación con Pippa».

—Es que soy un neurótico, Will —dijo, alzando un poco la voz entre la niebla húmeda de la mañana—. Ayer miré a Ziggs y comprendí que le encantaría que tuviese

un rollo de verano, y pensé: «Claro, por qué no, puedo hacerlo». Pero Pippa tiene algo que...

—¿Te hace sentir incómodo? —preguntó, mirándome imperturbable.

—Sí, y la verdad es que no entiendo por qué.

—¿Porque es sincera y pasa de gilipollecés? —Al ver que yo no respondía, continuó—: ¿Porque te hace preguntas de verdad sobre quién eres y qué opinas? ¿Y porque no crees poder evadir esas preguntas durante las dos semanas?

—Vale, me parece que has pensado mucho en esto.

—Por desgracia, sí. Ahora mismo podría estar en esa cama gigante durmiendo con mi preciosa mujer, pero en lugar de eso estoy aquí fuera, hablando de sentimientos contigo. Así que háblame, Jens. Dime qué tienes en esa cabezota tuya o déjame volver y...

—Vale, vale. —Me reí sin ganas y alcé la cara hacia el cielo—. Ostras, ni siquiera lo sé. Anoche se las arregló para hacerme hablar de Becks, y no es que siga enamorado de ella, al contrario, es que me jode un montón pensar en eso. ¿Por qué les interesa tanto a las mujeres? A mí no me interesa nada.

—Llevas seis años haciendo lo mismo —dijo Will—. Conoces mujeres, salís un par de veces, quizá te acuestas con ellas y luego no vuelves a llamarlas. Es más o menos así, ¿no?

Sacudí la cabeza, aunque no negaba del todo lo que decía.

—Eres un desastre, macho. —Se enderezó y se sacudió los pantalones cortos para quitarse las pocas astillas que se le habían pegado—. Seguro que hasta lo racionalizas diciéndote a ti mismo que les ahorras una relación con un hombre que no podrá prestarles atención por culpa del trabajo.

—Pues sí —dije, encogiéndome de hombros—. No he conocido a nadie con quien tenga ganas de pasar más tiempo del que dedico al trabajo.

—¿No te das cuenta de lo patético que suena eso? —preguntó, y su risa suavizó esas palabras—. Creo que en realidad te aterra comprometerte y que la relación vuelva a acabar de forma inexplicable. Es el mismo motivo por el que no soportas hablar de Becky. Simplemente, no lo entiendes. Pues tengo noticias para ti: nadie lo entiende. Nunca lo entendimos. Nos hizo daño a todos. Y ya sé que es peor para ti, mucho peor, pero todos la perdimos. Ahora tienes tanto miedo de volver a intentarlo que prefieres no molestarte.

—¡Venga ya! No dices más que gilipollecés.

Will sacudió la cabeza.

—Esto es miedo al fracaso, y eres tú el que dice gilipollecés.

Madre mía. ¿Por qué iba a tener que ver todo con Becky?

—No creo que la cosa sea tan profunda, Will.

Me volví y eché a andar, con la suficiente lentitud para que supiera que no me alejaba de él.

—No digo que sea profunda —dijo—. Digo que es evidente. Obedeces a todos los tópicos. Te aprecio mucho, tío, pero eres tan fácil de interpretar como un sueño sobre acudir a clase desnudo.

Sus palabras me hicieron reír.

—Vale. Entonces dices que soy un tío muy tópico, que me obsesiona la posibilidad de que me abandonen y que pienso demasiado.

—Eso mismo, en pocas palabras. —Me sonrió—. ¿De verdad me has sacado de la cama para hablar de esto?

Tras otro día catando vinos y una noche en la que disfrutamos de una abundante cena y, por fortuna, nos acostamos un poco antes, el martes salimos nada más desayunar. El segundo tramo de nuestro viaje nos llevaría desde Jamesport hasta Windham, Connecticut. Solo eran un par de horas de coche. Sin embargo, al hacer las maletas para irnos después de pasar las dos últimas noches en el mismo hotel, sentimos que el viaje empezaba a parecer real. A continuación vendrían cuatro días visitando cervecerías y pequeñas bodegas, y luego llegaríamos hasta Vermont para pasar una semana tranquila en una cabaña.

Sin embargo, antes de la calma vendría el desmadre. Al menos fue esa la intención con la que Ziggy montó la siguiente parada.

Formaba parte de un itinerario organizado de actividades en el que seríamos diez personas. Eso significaba que se nos añadirían otras cuatro por el camino. En broma y mirando sobre todo a Pippa, Niall nos soltó un sermón sobre lo que podíamos y no podíamos contar.

—Por ejemplo —dijo, sentado en el asiento del copiloto junto a Ruby, que iba al volante—, no podemos contar cuánto nos pica el sujetador al final del día.

—¿En serio? —preguntó Ziggy, haciendo pucheros.

—Tampoco podemos hablar de «los capullos de nuestros ex novios» ni de sus «nalgas vigorosas» —dijo, y Pippa lanzó un gemido.

—¡Papaaa! —lloriqueó.

—No olvidemos que habrá otras personas. —Se volvió de nuevo hacia delante y Ruby le echó una breve mirada, sacudiendo la cabeza—. Tratemos de portarnos bien, aunque sea borrachos.

—¿Cuál era el itinerario, Hanna? —preguntó Ruby.

—A las tres visitaremos una cervecería de Willimantic. Mañana está previsto que visitemos unas bodegas, y el jueves tenemos un maridaje de vino y chocolate, seguido de un picnic de almejas en la playa.

Will me miró por encima del hombro desde la segunda fila de asientos y supe exactamente lo que estaba pensando: «Menudas vacaciones». Sonaba genial, desde luego, pero, para un grupo de gente superambiciosa, aquello no era leer en la playa o flotar perezosamente en un río con una cerveza en un vaso de espuma. Aquello era la interpretación de mi hermana del tiempo libre.

Sin embargo, entonces dijo:

—Confiesa que te sientes aliviado. No tendrás que quedarte quieto, ¿eh?

Y me di cuenta de que... vale, esa era también mi interpretación del tiempo libre.

La Willimantic Brewing Company ocupaba un edificio de estilo colonial que no podía ser más típico de Nueva Inglaterra. Y crecí en Boston, así que sé muy bien de qué hablo. Willimantic, Connecticut, muy cerca de Windham, donde nos alojaríamos, se hallaba a poca distancia de varias ciudades importantes, pero resultaba extrañamente rural y pintoresca.

Las palabras de Pippa reflejaron mis pensamientos:

—Me parece que aún no hemos visto una sola ciudad —susurró, mirando por la ventanilla mientras aparcábamos—. ¿Por qué había dado por sentado que vuestra costa Este estaba plagada de edificios y ciudades?

En su calidad de experto en planificación urbana del mundo entero, Niall abrió la boca para contestar, pero Ruby apagó el motor y se apresuró a decir:

—No, cariño, ahora no tenemos tiempo de oír tu disertación. —Señaló la ventanilla con una sonrisa y añadió—: Creo que ahí está el representante de Tropezón del Este.

—¿«Tropezón del Este»? —repetimos Will y yo al unísono.

Mi hermana agitó su carpeta por encima de la cabeza mientras abría la puerta corredera.

—El nombre del grupo que organiza esto. Saben muy bien para qué estamos aquí: beber, comer y volver tropezando.

Alargué el brazo hacia el asiento de atrás para coger la bolsa del portátil y las gafas de sol mientras Ziggy y Will saltaban del vehículo para ir a hablar con nuestro contacto. Niall y Ruby, por su parte, bajaron a estirar las piernas. Pippa los siguió hasta la acera.

Sonó mi móvil y me lo saqué del bolsillo. Tenía un email de Natalie.

—¿Vienes? —preguntó Pippa, metiendo la cabeza por la ventanilla.

—No te chives —dije, tecleando una respuesta rápida—. Solo tengo que enviar esto en un momento.

Se marchó riendo mientras yo terminaba mi email y pulsaba «enviar». Al ir a bajar del coche, estuve a punto de tropezar con mi hermana, que me bloqueaba la salida.

—Creo que hay cambio de planes. Will quiere improvisar e ir un poco más hacia el norte.

La miré. Tenía la cara colorada y los ojos un poco desorbitados.

—¿Estáis seguros? —Traté de ver más allá—. ¿Es un sitio siniestro o algo así? Eso de beber, comer y tropezar suena fantástico.

Ella negó con la cabeza.

—Simplemente nos da mal rollo.

Me volví para mirar por la ventanilla.

—¡Jensen! —chilló Ziggy, atrayendo de nuevo mi atención.

Sobresaltado, volví a mirarla.

—¿Qué?

Sacudió la cabeza. Parecía frenética. Ruby y Niall se subieron otra vez al coche sin decir una palabra. Pippa, detrás de Ziggy, me miraba con cautela.

—En serio, creo que deberíamos irnos —dijo mi hermana.

Ignoraba por completo si estaba irritada con Will por sugerir que nos saltásemos toda una parte de sus minuciosos planes o si se moría de hambre, pero yo tenía que ir al lavabo.

—Vale, pero al menos esperadme un momento. He de entrar para...

Al pasar junto a ella, noté que su mano se aferraba a mi brazo, noté su presión en torno al bíceps. ¿Por qué parecía tan asustada?

—Jensen —dijo Pippa en voz baja.

O quizá lo gritase.

Apenas la oí.

Estaba a tres metros, pero supe que era ella sin necesidad de que se volviese.

Llevaba el pelo más corto, pero vi aquel lunar minúsculo detrás del hombro derecho. Un hombro que yo había besado incontables veces. Vi la cicatriz del brazo izquierdo, donde le había mordido un perro cuando tenía ocho años.

Di un paso hacia delante, tambaleándome. Es cierta la descripción que suele hacerse de tales momentos, como si todo te diera vueltas, como si no hubiese suficiente gravedad. Todo me daba vueltas, desde luego, y no supe con certeza cuándo había respirado por última vez.

—¿Becks? —pregunté con voz áspera.

Se volvió, y sus ojos de un castaño oscuro se abrieron como platos.

—¿Jensen?

Prácticamente pude palpar el silencio denso que se hizo a mis espaldas; todo mi grupo de amigos nos contemplaba, también sin respiración.

Apareció una sonrisa en el rostro de Becky, que se adelantó y me echó los brazos al cuello. Solo cuando levanté mis propios brazos, sin poder reaccionar, para devolverle el abrazo, me di cuenta de que Pippa me tenía cogida la mano con ternura. En ese momento me soltó, pero se quedó a mi lado como una presencia que me apoyaba.

Becky retrocedió y alargó el brazo hacia atrás.

—Jensen, te presento a mi marido, Cam.

No me había percatado de la presencia del hombre que estaba a su lado, aunque no tengo la menor idea de cómo había podido pasarla por alto. Era una torre de músculo y hueso con unos dientes blancos y brillantes que exhibió en una sonrisa. Me estrechó la mano con fuerza pero sin tensión. Ver cómo le pasaba a Becky el brazo por los hombros y ver cómo ella se volvía hacia él fue como asistir al despliegue de un recuerdo.

—Me alegro de conocerte —logré articular.

¿Cómo era posible?

Él sonrió a Becky.

—Yo también, tío. Llevo años oyendo hablar de ti.

Años.

Ella tenía a otra persona desde hacía años, y yo seguía esperando en la línea de salida.

Manoteé hacia mi lado y encontré de nuevo la mano cálida y reconfortante de Pippa. Noté que los ojos de Becky seguían el movimiento.

Las palabras salieron de mi boca sin que pudiera impedirlo:

—Esta es mi mujer, Pippa.

Noté el minúsculo tirón de su mano en la mía, el gesto asombrado de su brazo. Y vi que Becky observaba esto: el pelo de Pippa recogido de cualquier manera en un moño, su jersey naranja, los vaqueros de pitillo y los altísimos tacones azul eléctrico. Vi que observaba el collar de Pippa, una complicada cascada de cuentas verdes, rojas y amarillas, y que sonreía satisfecha.

«Joder. ¿Qué es lo que acabo de hacer?»

—Lo siento... —empecé, decidido a echar pie atrás de inmediato.

Ver a Becky, estar allí... Supe en un instante que el rostro que yo amaba y que llevaba años flotando en mis afligidos pensamientos no solo era un rostro de mi pasado. Con una claridad asombrosa, comprendí que me sentía muy poco dolido.

No había sufrimiento renovado.

No había ardientes celos hacia su nuevo marido.

Ni siquiera una pizca de nostalgia.

Sin embargo, Pippa me interrumpió, soltando mi mano para estrechar la de Becky.

—Becky —dijo con soltura—, me alegro mucho de conocerte por fin.

Después me miró con ojos relucientes, me pasó el brazo por la espalda, abrió la mano encima de mi culo y me lo apretó.

—Jensen y yo estamos de luna de miel. ¡Qué gracia que nos hayamos encontrado aquí!

Pippa

Cuando yo era niña, Coco y Lele veían una y otra vez, sollozantes, una película sobre un grupo de personas de mediana edad con camisas de volantes o pantalones cortísimos de atletismo que se reúnen después de un entierro y pasan una semana acostándose unos con otros.

Al menos, eso me parecía *Reencuentro* de pequeña.

Todos aquellos años después, recordaba una escena en particular: la escena en la que Chloe se acerca a Nick y lo coge de la mano. Ella es la más joven, la última pareja del amigo que se ha suicidado, la que nadie conocía antes del entierro, la que parece ingenua y superficial y se ríe cuando no toca, y se arriesga al pedirle a ese hombre que se vaya con ella.

Él le dice que no puede hacer el amor.

Y Chloe asiente con la cabeza, porque no le importa. Solo quiere estar con Nick, porque siente que él podría entender su pena mejor que los demás.

Todo eso pasó por mi cabeza al coger a Jensen de la mano. Pensé en Chloe, en lo valiente y noble que había sido al ofrecerle a Nick el acceso al armario de su amigo muerto para rebuscar entre su ropa y recordarlo.

Yo también había cogido a Jensen de la mano para darle mi apoyo. Nada más salir del monovolumen, Hanna tardó unos dos segundos en identificar a Becky de espaldas, más o menos lo mismo que tardó el propio Jensen, y me dijo enseguida quién era la mujer que se uniría a nosotros. Lo había cogido de la mano porque me imaginaba cómo me sentiría yo en la misma situación, es decir, si me tropezaba con Mark al cabo de varios años y me lo encontraba felizmente casado por segunda vez. Por muy duro que fuera, seguro que no me sentía tan mal como debía de sentirse Jensen en ese momento.

Soy la primera en reconocer que pocas veces pienso antes de actuar, lo cual es a la vez una suerte y una desgracia. A los seis años, cuando le pedí a Billy Ollander que se reuniera conmigo en el armario de las escobas, no esperaba que fuese corriendo a decirles a los anormales de sus amiguitos que yo besaba muy mal. Cuando accedí a ciegas a pasar unas vacaciones con Ruby y sus amigos, di por sentado que Ruby era demasiado optimista; nunca habría adivinado que resultarían ser algunas de las

personas más encantadoras que hubiese conocido jamás. Y cuando cogí la mano de Jensen, jamás esperé que me presentase a su ex mujer como... su mujer.

«Su mujer.»

Jensen y yo observamos en un silencio aturdido cómo Hanna y luego Will se acercaban con gesto vacilante para abrazar a Becky. Ambos abrazos resultaron visiblemente incómodos. Los últimos cuatro días me habían bastado para saber que, en condiciones normales, sus abrazos eran estrechos y cálidos; nada que ver con aquellos triángulos rígidos formados por dos cuerpos que se tocaban lo menos posible.

Observé cómo explicaban a trompicones que sí, que se habían casado. Exacto, eso mismo, Will y Hanna estaban casados. Pareció que la noticia conmovía a Becky, porque se le saltaron las lágrimas y atrajo a Hanna hacia sí para darle otro abrazo. Los demás nos quedamos sin saber qué hacer.

Sin embargo, me resultaba imposible ignorar la rigidez de la postura de Jensen, a mi lado. Sabía lo que estaba pensando: que estaba muy bien ver a Becky emocionada, ver cómo asimilaba hasta qué punto había dejado de formar parte de la vida de todos los demás, pero que la decisión la había tomado ella misma.

Tiré de su mano para llamar su atención.

Se volvió hacia mí, e intuí que Will y Niall se esforzaban por no mirarnos boquiabiertos.

—Gracias —susurró, mirándome a los ojos mientras Hanna y Becky hablaban—. ¿Qué puñetas acabo de hacer?

Sacudí la cabeza, sonriéndole.

—No tengo la menor idea.

—Vaya lío. Tengo que contarle la verdad.

—¿Por qué? —pregunté, encogiéndome de hombros—. Es la primera vez que la ves en más de seis años, ¿no?

Él asintió con la cabeza, pero empezó a girarse de nuevo hacia ellos.

La tristeza de su rostro me resultó casi insoportable. En lugar de dejar que se volviera otra vez hacia Becky y Hanna, que seguían hablando, tomé su barbilla entre mis manos y lo atraje hacia mí.

Su boca se encontró con la mía. Ahogó un grito de sorpresa y luego se relajó poco a poco, ladeando la cabeza y haciendo que el beso pasara de ser un simple encuentro de nuestros labios a convertirse en algo real, cálido y... dulce. Mi boca se abrió bajo la insistencia de la suya. Noté que sus brazos me rodeaban la cintura y que su pecho se apretaba contra el mío.

Se apartó un poco, y tuve que contenerme para no atraerlo de nuevo hacia mí.

—¿Has hecho eso por mí? —susurró contra mis labios.

Solté una risita tonta.

—Besarte es una penalidad que tendré que soportar.

Jensen me dio un piquito en los labios.

—Ya era todo tan raro, y ahora esto...

—No tan raro. —Lancé una ojeada a nuestros amigos, que se esforzaban por ignorarnos—. Pero esto... esto hace las cosas muy interesantes.

Si he de ser sincera, todos estábamos un poco atontados. A lo largo de todo el trayecto desde Jamesport hasta Willimantic, Hanna y Will habían estado parlotando contentos acerca de la historia de nuestro siguiente destino y todas las cosas que íbamos a hacer. Eso debió de influir en nuestra reacción cuando vimos a Becky y Cam y tuvimos que elegir entre subir al autocar y echarnos atrás, creando una situación embarazosa; funcionamos en piloto automático, avanzando en silencio.

Lo cierto es que podríamos habernos marchado. Había otras mil cosas que hacer, y no existía absolutamente ningún motivo para permanecer en una situación forzada, pero al final, tras formar un pequeño corro fuera del autocar, Jensen había insistido en que no pasaba nada.

Y, a su lado, yo había asentido con la cabeza.

—Lo tenemos controlado. No hay problema.

Así que subimos a bordo del autocar, ocupamos nuestros asientos y charlamos con educación durante el viaje.

En realidad, no tenía ni idea de lo que me esperaba. La visita a la cervecería resultó fácil: fuimos de la mano en todo momento y nos dimos unos cuantos besos; parecía lo más propio de unos recién casados. Supuse que el resto de la semana sería más de lo mismo: besuqueos, arrumacos... Quizá me sentase sobre sus rodillas en algún momento y tuviese ocasión de sentir bajo mi cuerpo esos muslos musculosos durante unos minutos.

Todo aquello era muy ingenuo y se situaba dentro del contexto de visitar cervecerías, catar vinos y pisar uva. En ningún momento se me pasó por la cabeza lo que significaba que todos nos alojásemos en el mismo hostel pequeño de Windham.

Hasta que nos hallamos ante el mostrador de recepción, registrándonos.

—Tengo apuntadas cuatro habitaciones, tres noches —dijo la recepcionista, sonriéndole a Jensen—. ¿Es correcto?

Quiso el destino que Hanna nos hubiese enviado a Jensen y a mí para registrarnos a todos mientras ella buscaba una plaza de aparcamiento para nuestro monovolumen en

la calle. Becky y Cam y la otra pareja de nuestro grupo, Ellen y Tom, hacían cola detrás de nosotros para recoger las llaves de sus propias habitaciones.

—Correcto —dijo Jensen, y enseguida se sobresaltó—. ¡Ah! —dijo, demasiado alto—. No. Solo tres. Habitaciones. Solo necesitamos tres habitaciones. ¿De acuerdo? ¿Has...?

Se volvió y me miró. De reojo, vi que Becky nos observaba.

—En el último hotel cogimos cuatro habitaciones —le expliqué a la mujer, riéndome incómoda.

—A Pippa le gusta... —explicó Jensen, buscando algo que añadir. Y luego contestó—: Cantar en voz alta.

En ese preciso momento, yo contesté:

—Practicar yoga temprano.

—Muy temprano —se apresuró a convenir él, justo cuando yo decía:

—Cantar en voz muy alta.

Se produjo un silencio incómodo.

—Cantar y yoga —dije entre risas.

Porque eso es lo que hace la gente normal.

Y yo no parecía en absoluto una maldita imbécil.

A Becky se le encendieron los ojos.

—¿Practicar yoga? —preguntó—. Yo también. ¡Me encantaría que lo hiciéramos juntas!

Cam la estrechó contra sí, sonriendo orgulloso.

—Becks se está sacando el certificado de instructora de yoga. Se lo toma muy en serio.

Me apresuré a asentir con la cabeza. «Mierda, mierda, mierda.»

—Yo practico uno... especial.

—Yoga caliente —añadió Jensen, tratando de ser útil.

—¿Bikram? —dijo Becky.

—Oh... es la versión británica... de ese —dije, con un gesto despreocupado. Sí, porque yo era tan sofisticada que practicaba una versión exclusivamente británica del yoga caliente. Mi cerebro se entregó a una actividad frenética mientras intentaba explicar cómo iba a hacer aquello en mi habitación—. Lo hago con el... vapor de... la ducha, ¿verdad? —dije, mirando a Jensen.

Él asintió con la cabeza, como si aquella fuera una explicación absolutamente normal para que él y su nueva esposa cogieran dos dormitorios en su luna de miel.

—¡Escucha! —exclamó Becky, entusiasmada—. Cam sale a correr cada mañana temprano. ¿Por qué no te ahorras el dinero y vienes a mi habitación a hacer tu yoga con vapor? O, mejor aún, ¿y si hacemos yoga fuera, en el campo? Me encantaría practicar con otra persona algunas rutinas en las que he estado trabajando.

La miré parpadeando y preguntándome por qué se mostraba tan simpática, por qué se esforzaba tanto. ¿No era mejor para todos acordar que no hacía falta relacionarse demasiado?

—No servirá de mucho con el canto en voz alta —dijo Jensen, en tono dubitativo.

La mujer de recepción se irguió y nos entregó las tres llaves.

—¡En el bar de al lado tienen karaoke cada martes, a partir de las siete!

Junto a mí, Becky aplaudió encantada.

—¡Perfecto!

Pareció emocionada, como si fuera a... ¿llorar?

Miré a Jensen.

Logró sonreír a través de una mueca.

—Perfecto.

—Creo que no te das cuenta de que esto es un desastre —dije, abriendo la maleta y sacando el neceser.

Jensen se quedó mirando con cara de desolación la cama diminuta que teníamos que compartir.

—Creo que sí me doy cuenta.

—¡No me refiero a la cama, imbécil! —exclamé entre risas—. ¡No pasa nada por compartir una cama, joder! Me refiero al yoga.

—No tienes por qué hacer lo del yoga —dijo, confuso.

—¡Claro que sí! ¿No has oído su voz esperanzada? Estaba tan contenta que casi se echa a llorar. Ahora no puedo ir y decirle: «Por cierto, ya no quiero hacer ese famoso yoga con vapor al estilo británico del que te he hablado». Pareceríamos unos locos.

Entré en el cuarto de baño y lo oí reírse detrás de mí.

—¿Es que no lo parecemos ahora?

Jensen me siguió y me observó mientras sacaba el cepillo de dientes y ponía un poco de pasta encima. No me preocupaba mucho mi próximo fracaso con el yoga, ni

haber accedido prácticamente a ofrecer un concierto en el karaoke esa noche. Tampoco me preocupaba tener que pasar los cuatro días siguientes con la ex mujer de Jensen. Ni siquiera lo difícil que resultaría fingir ser la esposa de Jensen a lo largo de aquel breve tramo del viaje.

Lo que me preocupaba era estar deseándolo.

Me conocía a mí misma y conocía mi propio corazón, que era de los que se lanzan primero y piensan después. Si teníamos que actuar así, como un equipo (un equipo que encima se besaba), estaba perdida.

—Hola.

Sus manos se deslizaron en torno a mis caderas y unieron los dedos sobre mi ombligo. Luego apoyó la barbilla sobre mi cabeza. Por muy agradable que fuese, no resultaba nada útil.

Lo miré a los ojos a través del espejo.

—Hola.

Miré cómo me miraba, y ambos contuvimos una carcajada. ¿Qué demonios estábamos haciendo? No me había permitido pensar mucho en lo que ocurriría esa noche, pero

íbamos

a

dormir

juntos.

Me metí el cepillo de dientes en la boca y empecé a cepillar vigorosamente.

Se enderezó un poco para dejarme espacio.

—No recuerdo la última vez que vi lavarse los dientes a una mujer.

—¿Es tan bueno como lo recordabas? —pregunté con la boca llena de espuma.

Me incliné para escupir, me incorporé y llené un vaso de agua para enjuagarme.

Jensen abrió la boca para decir algo, pero yo fui más rápida después de escupir de nuevo:

—¡Te he besado!

—Es verdad. —Volvió a apoyar su barbilla sobre mi cabeza—. Y luego, no sé si te acuerdas, te he besado yo a ti.

—¿Era todo falso?

Negó con la cabeza.

—Pippa.

—¿Sí?

—Gracias.

Me eché a reír.

—¿Por qué? ¿Por darte un beso? Puedo asegurarte que ha sido un placer.

Negó con la cabeza, y sus ojos se clavaron en los míos a través del espejo.

—Por facilitar las cosas.

Le sonreí y me apoyé contra él.

—Será para ti.

Entornó los ojos, sin comprender.

—Jensen, esta noche compartiremos una cama; apenas soy capaz de tocarme las puntas de los pies, y menos aún de hacer yoga; además, tengo un oído malísimo. Esto va a ser un desastre.

—Tú lo has dicho antes: lo tenemos controlado. Hanna y Will llevan semanas deseando llegar a esta parte del viaje. Tenemos que aguantar.

Miré sus ojos en el espejo.

—¿Por qué es tan simpática?

Tardó unos momentos en responder, muy serio:

—Becky siempre fue muy simpática, pero... bueno, la verdad es que no sé por qué lo es ahora.

Habíamos quedado todos abajo para cenar. Llegamos cogidos de la mano, muy cohibidos, y vimos a Will y Niall, que estaban esperando junto al mostrador de recepción.

Will se volvió y contempló nuestras manos entrelazadas con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Esto! —dijo, con los brazos abiertos—. ¡Esto es lo que he venido a ver!

—¡Hay que sacar partido de esta situación tan complicada! —exclamó Jensen en tono alegre.

Me atrajo hacia sí y me plantó un ruidoso beso en la sien.

—¡Oh, no! ¿Qué situación complicada? —preguntó Becky, saliendo de la más absoluta nada.

Todos dimos un bote. Habría que ponerle un cascabel.

Will se echó a reír.

—¡Hostia, Jensen, últimamente estás que te sales!

Jensen soltó unas cuantas incoherencias:

—No, no, nada... —Me miró, parpadeando—. Es que...

—Pippa acaba de saber que está embarazada —intervino Will, de pronto.

Jensen y yo nos volvimos hacia él, conmocionados.

—¡Will! —chillé, dándole una palmada en el pecho—. ¿Estás loco?

Él levantó las cejas. Todavía un poco achispado por la copiosa cata de cerveza de hacía un rato, se inclinó hacia mí y susurró sin sutileza:

—¿Qué? Mierda. ¿No te parece bien?

—¡Estamos visitando bodegas, gilipollas! —siseé, abriendo mucho los ojos—. No pienso fing... —Me detuve cuando Jensen me estrujó bruscamente contra su cuerpo y sonreí a la perpleja Becky con los dientes apretados—. ¡El muy payaso de Will está de broma! ¡No estoy embarazada!

—¿Lo ves? —dijo Will, balanceándose sobre los talones—. Ya te he dicho que era capaz de hacer que vieses el lado bueno. Así que no has conseguido esa casa en Beacon Hill que queríais comprar. Pero al menos tu nueva esposa no se ha quedado embarazada en la luna de miel, ¿no?

Jensen miró a Will con los ojos entornados.

Hanna bajó las escaleras y se situó junto a su marido. Enseguida adivinó lo que sucedía:

—¿Ya la estás liando?

—¿Qué? No.

Se inclinó hacia ella y le dio un beso para distraerla.

—¿Quieres comprar en Beacon Hill, nada menos? —le preguntó Becky a Jensen en voz baja, lo que me dio la impresión de que Beacon Hill debía de ser una zona muy elegante. Cam llegó junto a ella justo cuando susurraba—: ¡Uau!

—Jensen está a punto de convertirse en socio —dijo Niall—. El trabajo duro tiene su recompensa.

Will le dio la espalda a Hanna y añadió:

—Es un tío afortunado en el trabajo, y también en el amor.

Becky miró a Jensen, y sus ojos volvieron a humedecerse.

—¡Cuánto me alegro! ¡Y esto es increíble, porque Cam es agente inmobiliario! ¡Seguro que puede encontraros una casa en Beacon Hill!

Noté que el brazo de Jensen se tensaba en torno a mis hombros. Sin que tuviera que decirlo siquiera, comprendí que en ese instante habría preferido estar en cualquier otro lugar.

—Es... una... suerte —dijo, con una sonrisa acongojada.

Becky dio un paso más hacia él.

—Tuve miedo, cuando nos... —empezó Becky, con los ojos sospechosamente brillantes.

—¡Colegas, estoy muerta de hambre! —exclamé, cortándola—. Debe ser por tanto sexo de recién casados... Bueno, ¿dónde cenamos?

Por supuesto, Jensen se ruborizó cuando dije «sexo».

—Creo que me he perdido algo interesante —dijo Ruby, de camino al restaurante.

—Will ha soltado una bomba muy embarazosa —explicó Niall—, y Pippa no se ha quedado atrás.

—Ha sido horrible —convino Jensen.

Le di una palmada en el hombro.

—Fingir que soy tu mujer me está resultando tremendamente difícil.

—¿Demasiado sexo de recién casados? —preguntó, impasible. Niall se atragantó tosiendo—. ¡Ah, y al parecer Cam va a vendernos la casa de nuestros sueños en Beacon Hill. Gracias, Will.

Will nos sonrió.

—¡De nada!

Contuve una carcajada.

—¿Qué se supone que debo hacer delante de esa ex mujer tuya que se pone a llorar en cuanto está cerca de vosotros? —dije—. Solo han pasado cinco horas y ya tengo la impresión de que somos una pareja disfuncional.

—¿Por qué llora Becky? —preguntó Hanna.

Will volvió a mirarnos, esta vez con los ojos muy abiertos.

—¿Estará embarazada ella?

—Ha bebido cerveza —le recordó Ruby.

—¿Se habrá dado cuenta de que echó a perder lo mejor que le ha pasado en la vida? —preguntó Hanna, en tono protector.

—Bueno, vale, ya basta —dijo Jensen, frotándose los ojos con las manos.

Hanna señaló el otro lado de la calle y la seguimos hacia el pequeño restaurante sostenible donde teníamos reserva para cenar solos, sin Becky, Cam, Ellen ni Tom.

—¡Dios! —gemí—. ¿Qué voy a hacer en el karaoke esta noche? ¿Tenemos que ir?

—Bueno, no tendríamos que ir si no hubieras aceptado —dijo Jensen, entre risas.

—Esto es flipante —comentó Will, y soltó una risita; aún estaba achispado—. «¡Vente de viaje con nosotros, Jens! Te emparejaremos con esa compañera de vuelo tuya y luego te encontrarás con el monstruo de tu ex mujer por primera vez en una década, nada menos, y todos fingiremos que estás de puta madre, casado con una desconocida.»

—¡Eh, oye! —protesté, fingiéndome ofendida.

Jensen me miró.

—No eres una desconocida.

—Cierto, porque te conté toda mi vida.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Empezando por la pipeta.

El resto del grupo guardó silencio, confuso.

Jensen los ignoró.

—¿Sabéis qué le hace falta a esta noche?

Nos había preguntado a todos por pura retórica, pero me miraba directamente a mí.

—Tal como está yendo este viaje, no puedo imaginarme en qué estás pensando —dijo Hanna.

Él sacudió la cabeza y murmuró:

—Un montón de vino.

Puede que fuese el encuentro con Becky lo que tenía a todo el mundo un poco alegre, pero tomar un montón de vino no suponía ningún problema. En cuanto nos sentamos, Will pidió dos botellas, una de tinto y otra de blanco, y unos entremeses, y le dijo al camarero que era el cumpleaños de Jensen.

Jensen recibió un sombrero de paja y un babero de plástico para el cangrejo de un kilo que trajeron, y cuando nos acabamos las dos botellas nos pareció adecuado pedir dos más. Hanna razonó, creo que con mucha lógica, que solo había seis porciones de 125 ml en una botella de vino, lo que significaba que cada uno habíamos bebido solo dos copas.

—Una porquería de actuación si queremos animar la noche —dijo Niall, llamando al camarero con un gesto del brazo.

Al final de las otras dos botellas, Will tenía las mejillas sonrosadas, Hanna soltaba unas risotadas muy poco delicadas y Jensen apoyaba su brazo en el respaldo de mi silla con un gesto familiar e informal.

Pedimos vino de postre cuando nos sirvieron la crema catalana y el volcán de chocolate.

Pedimos cócteles cuando nos terminamos los postres.

Y entonces recordamos que nos faltaba el karaoke con Becky y Cam en un tugurio del pueblo.

Ruby agitó un dedo en el aire con gesto achispado.

—No tenemos por qué ir —dijo, mirándonos a Jensen y a mí—, si es que os resulta incómodo.

Me eché a reír.

—A mí no me resulta incómodo. No estamos casados de verdad.

—Creo que se refiere a lo del oído malísimo —dijo Jensen, y su voz sonó de pronto muy cálida y muy suave en mi oreja.

—En realidad, eso solo es problema para todos los demás —les dije a los presentes, y luego me volví hacia él; estaba tan cerca que, si me hubiera inclinado un poco, habría podido besarlo. De hecho, me costó resistir la tentación. Jensen olía a chocolate y tenía la mandíbula cubierta de una barba muy incipiente—. Y que sepas que algunas canciones me salen muy bien en el karaoke.

Su boca se ladeó en una media sonrisa.

—Podrías comer un poco de vidrio y hacer gárgaras con whisky para cantar algo de Tom Waits.

—También podríamos hacer un dueto —sugerí.

—Yo voto por el dueto —casi gritó Will, desde el otro lado de la mesa.

Algunos comensales de otras mesas nos miraron, y Hanna lo hizo callar con dulzura.

—Escúchame bien —dijo Jensen, rascándose una ceja—. Si me cantas una cancioncita aquí mismo, haré un dueto contigo.

Retrocedí un poco. Lo había dicho como una broma, pensando que yo nunca haría eso.

—¡No voy a cantar en un restaurante! —exclamé.

—Si lo haces, cantaré contigo en el bar.

Eché cuentas, intentando calcular cuánto había bebido Jensen. Se estaba portando de una forma encantadora.

—Estás loco.

Negué enérgicamente con la cabeza. Observé, de soslayo, que Ruby me estaba mirando y que se inclinaba hacia un lado para susurrarle a Niall algo al oído.

—Cualquier canción en el bar —insistió Jensen—. Tú eliges. Solo tienes que cantarme algo ahora mismo.

«Bravo.»

Le dediqué una amplia sonrisa.

—¿Elijo yo?

—Por supuesto —me confirmó, agitando una mano en un gesto despreocupado.

—Pues es una pena que no me conozcas mejor.

Me levanté de la silla y acto seguido me puse de pie sobre ella. Desde allí dominaba toda la sala.

—¡Pippa! —dijo él, riéndose—. ¿Qué haces? Solo quería decir que cantases para los que estamos sentados a esta mesa.

—Demasiado tarde —le contestó Ruby—. Señor, acaba usted de liberar a la fiera.

—¡Disculpen! —empecé, dirigiéndome al restaurante entero. Era pequeño, unas diez mesas en total, pero estaba completamente lleno. Los tenedores arañaron los platos y el hielo tintineó en los vasos mientras la gente se iba quedando en silencio. Al menos treinta y cinco pares de ojos se clavaron en mí—. Hoy es el cumpleaños de mi marido, y su mejor amigo de la universidad, que además es su cuñado, ha pedido esta noche una cantidad de alcohol escandalosa. Les agradecería mucho que cantaran con nosotros «Feliz cumpleaños» para Jensen.

Sin esperar a que accedieran, empecé a cantar la primera estrofa de la canción en voz muy alta, desentonada y probablemente demasiado aguda para que la mayoría de los hombres pudieran acompañarme. Sin embargo, quiso la suerte, o Connecticut, que todos los presentes en el restaurante me siguieran el juego, cantando a voz en cuello y con las copas en el aire. Al final, cuando me bajé de la silla y planté un beso en la boca de Jensen, todos lo celebraron ruidosamente.

—Mi cumpleaños es en marzo —susurró.

—¿No lo sabes? —dije, pasándole los dedos por el pelo simplemente porque me pareció que podía hacerlo—. Estamos jugando a aparentar lo que no es. Estamos casados. Yo soy la afortunada. Y hoy es tu cumpleaños.

Jensen me miró con una emoción indefinible en los ojos. No estaba enfadado. Ni siquiera estaba sorprendido. Pero no pude interpretar su expresión porque se parecía un poco a la adoración, y todos sabíamos que se me daba fatal entender a los hombres.

Jensen

Las distancias eran muy cortas en Windham, pero tardamos una hora en recorrer tres manzanas. Ziggy y Will se paraban en cada escaparate, tanto si pertenecía a una tienda de antigüedades como si se trataba de una agencia inmobiliaria. Para cuando llegamos a Duke's Tavern, los dos habían hecho planes para comprar un sofá, dos mesas auxiliares, una lámpara antigua y una casa en Canterbury.

Sin darme cuenta, recorrí todo el trayecto de la mano de Pippa. En rigor, no tenía por qué hacerlo: Becky no estaba, ni tampoco Cam, ni estábamos representando el espectáculo de un matrimonio. Sin embargo, resultaba agradable tocarla de ese modo. Además, recordé que solo un día antes me había planteado la posibilidad de hacerlo de todos modos, y no por una mentira impulsiva, sino porque ella era preciosa y los dos estábamos libres, ¿y por qué puñetas no?

Tras afrontar a la Becky real, en carne y hueso, nuestra historia me parecía en cierto modo como el monstruo que los niños imaginan en su armario. Yo había agrandado nuestro pasado en mi mente; habría dado por sentado que una coincidencia así sería muy dolorosa, pero debía reconocer que, sobre todo, resultaba embarazosa. Cam parecía agradable, aunque insulso. Becky parecía feliz... aunque un poco frágil al volver a verme. De forma completamente inesperada, aquel encuentro parecía ser más duro para ella que para mí.

Duke's Tavern me recordó todos y cada uno de los bares pequeños que había visitado en mi vida. Olía a cerveza derramada y también, un poco, a moho. Había una máquina de palomitas y una pila de bandejas de papel para que los clientes se sirvieran. Había un solo camarero y una solitaria máquina de karaoke en una esquina. Varios clientes se hallaban sentados ante la barra y en las mesitas repartidas por el local, pero, se mirara por donde se mirase, el establecimiento no podía considerarse concurrido.

Ver a Niall Stella tan alto, tan eternamente sereno, en un lugar como aquel nos inspiraba a todos cierta satisfacción. Se sentó con cuidado en una silla con funda de vinilo y pidió una Guinness.

—Te has... —empezó Pippa, contemplándome—. Te has suavizado.

—¿Cómo?

Ladeando la cabeza, dijo:

—Hace cinco días habría dado por sentado que vendrías vestido como un hombre de negocios. Pero ahora estás... —Dejó caer la mirada sobre mi camiseta nueva de la Willimantic Brewing Co. y el único par de vaqueros que había metido en la maleta—. Estás guapo.

—Cuando hice el equipaje, funcionaba en piloto automático —reconocí, pasando por alto el cumplido—. Casi todo lo que llevo son jerséis y camisas de vestir.

—Ya me he dado cuenta. —Se inclinó hacia mí y noté su aliento cálido en el cuello—. De todas formas, me gustas. Pero me gustas un poco más cuando puedo ver esos brazos. —La mano de Pippa ascendió suavemente por mi antebrazo y se detuvo en el bíceps—. Tienes buenos brazos.

Me estremecí y me apresuré a desviar mi atención hacia el camarero, que en ese momento colocaba una bebida delante de cada uno. Will levantó su vaso, lleno de India Pale Ale.

—Por los matrimonios: viejos, nuevos y de mentira. Que os den todo lo que siempre habéis querido.

Mirándome a los ojos, Will alargó el brazo para brindar conmigo. Levanté la pinta de cerveza negra y la entrechoqué con la suya.

—Feliz cumpleaños, mamón —dijo, con una gran sonrisa.

—¿Feliz cumpleaños? —sonó la voz de Becky a mi espalda, y vi que la sonrisa desaparecía de la cara de Will. Este enderezó la espalda y le pasó el brazo por los hombros a su mujer—. ¿De quién es el cumpleaños? —preguntó Becky.

—Hola —dijo Will—. Bueno, solo estamos haciendo el tonto.

—Es el cumpleaños de Pippa —dije, sonriéndole, y ella negó con la cabeza, divertida—. Estábamos a punto de cantarle.

Al otro lado de la mesa, Niall se inclinó hacia delante y se tapó el rostro con las manos.

—Esto es demasiado para mí —dijo entre risas, sacudiendo la cabeza.

Cam llamó al camarero con un gesto del brazo mientras Becky cogía una silla para sentarse a mi derecha.

—¿Te parece bien que me siente aquí?

Noté que Pippa, sentada a mi izquierda, se ponía un poco rígida. Murmuré:

—Claro.

Lo cierto era que no quería que Becky se sentara allí.

No quería a Becky a mi lado.

No quería tenerla cerca en ese viaje.

Ya no estaba enamorado de ella, no quería volver atrás ni cambiar nada. Ni siquiera necesitaba una explicación mejor para el final de nuestro matrimonio. Solo quería seguir adelante. Y, aunque el resto de mi existencia se había convertido en un éxito, Will tenía razón: yo mismo había hecho de mi vida amorosa un absoluto fracaso. Sencillamente, no había querido afrontarla.

Cam pidió una Bud Light y una copa del cutre merlot de la casa para Becky. Capté la risita de Will antes de que Ziggs le diera un pellizco bajo la mesa. Supuse que era eso lo que había ocurrido, porque ella se inclinó hacia él y le susurró:

—Para.

Sabía muy bien que aquello de aparentar buen rollo y fingir ser viejos amigos era un error. Yo no podía hacerlo. Ni Will. Y Ziggy, menos que nadie. Becky la había cagado. Lo estábamos pasando bien antes de que llegara ella, y disimular tres días más haciéndonos los simpáticos iba a suponer un gran desgaste para todos.

—¿Dónde habéis cenado? —preguntó Becky, con una amable sonrisa.

—En John's Table —contestó Ruby, intuyendo la ligera tensión que se había instalado en torno a la mesa—. Ha sido flipante.

—Creo que tenemos una reserva allí para mañana —dijo Becky, mirando a Cam en busca de confirmación. Este asintió con la cabeza—. Hemos cenado en el Lonely Sail. Ha estado muy bien.

Todos emitimos leves «ahhhs», como si aquello le pareciera interesante a alguno de nosotros.

Becky sonrió y dijo:

—¿Os acordáis del día que rompimos la mesa en aquel sitio de bocadillos? ¿Cómo se llamaba?

Me miró con los ojos entornados, tratando de recordar.

—Attman's —dijo Will, antes de dar un sorbo de cerveza.

Sonreí, recordando. Estábamos borrachos y Becky se montó a caballito encima de mí, impulsándonos a ambos contra la mesa, que derribamos y arrancamos de su pie. El pobre chaval que trabajaba allí chilló de pánico y nos dijo que nos marcháramos, que ya la arreglaría él.

—Tendríamos que haberla pagado —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

—¿La mesa? ¿Con qué dinero? —pregunté, riéndome un poco—. Si no recuerdo mal, aquella noche compartimos un bocadillo porque teníamos siete dólares entre los tres.

También me acordaba del resto de aquella noche: Will y yo volviendo a trompicones a nuestra habitación, cayéndonos al suelo e ideando una forma de proyectar la televisión en el techo para poder jugar borrachos a videojuegos, tumbados boca arriba.

Acabamos logrando conectar el televisor a un proyector en desuso que habíamos pillado del almacén del departamento de biología ese fin de semana. Fue alucinante.

De hecho, casi todos mis recuerdos de la universidad tenían que ver con Will.

El silencio envolvió al grupo, y creo que todos nos dimos cuenta de que ya no teníamos nada en común.

Cam golpeó la mesa suavemente con los nudillos.

—¿Alguno de vosotros es de los Mets?

Todos negamos con la cabeza, farfullando alguna versión de «no» y «no mucho». Él se llevó la cerveza a los labios, levantando la mirada hacia un televisor colgado encima de la barra, donde, supuestamente, daban un partido de los Mets.

Ziggy me miró a los ojos. Vi que estaba irritada.

La noche, llena hasta ese momento de la clase de diversión capaz de empujarme a acostarme tarde y a beber sin parar, estaba perdiendo fuelle. Echaba de menos la risa de Pippa. Echaba de menos el subidón que sentía cuando me miraba y yo no sabía muy bien lo que se disponía a hacer.

Le pasé el brazo por los hombros y la estreché contra mí.

—Creo que te debo una canción —dije.

Ella se irguió y me sonrió.

—¿Sí? ¡Genial!

—Tú eliges. —Bajé la voz—. Estoy deseando levantarme de la mesa.

La miré fijamente y me pregunté si veía que mis ojos decían: «No quiero estar con ella».

Más que oír, vi que decía:

—De acuerdo.

Acto seguido, me cogió de la mano, tiró de mí hacia el rincón del micrófono, que descansaba sobre un taburete, bajo un solo foco, y lo encendió. Todos los clientes hicieron una mueca al oír el chirrido ensordecedor que invadió el bar. Pippa se llevó el micrófono a los labios.

—¡Hola, Connecticut! —cantó, agitando los hombros con una pizca de coquetería—. Jensen, que es este de aquí, me ha prometido que cantaría conmigo, así que he pensado que estaría bien cantar algo muy, muy romántico.

En la mesa, Will se echó a reír. Mi hermana nos miraba con los ojos soñolientos por el vino. Ruby estaba sentada a medias sobre las rodillas de Niall, chupándole el cuello o durmiendo, y la única persona que nos observaba con toda su atención era Becky.

Me puse muy nervioso.

La mano de Pippa se apoyó en mi mandíbula y me volvió hacia ella.

—Esta va por ti.

Empezó a sonar «Kiss Off», de Violent Femmes, y Pippa dio un bote a mi lado, disponiéndose a cantar.

Will se metió dos dedos en la boca y emitió un penetrante silbido. Hasta Ruby se incorporó, soltando un prolongado grito de ánimo.

Pippa comenzó a cantar:

I need someone, a person to talk to

Someone who'd care to love

Al mirar su amplia sonrisa y sus ojillos traviosos, me fue imposible resistirme. Así que me uní a ella:

Could it be you?

Could it be you?

Resultó ridículo y embarazoso, y cantábamos fatal, pero también fue un momento de catarsis, el más intenso desde mi divorcio. ¿Cómo era posible? Estaba cantando a voz en cuello una canción rabiosa con una mujer a la que había conocido pocos días atrás, que, aunque al principio me cayó muy mal, de algún modo había llegado a adorar, y Becky, nada menos que Becky, nos miraba con una mezcla de alivio y tristeza en la cara.

Sin embargo, hasta ella desapareció en ese momento, porque la mujer que tenía delante atrajo toda mi atención. El pelo suelto de Pippa le cubría los hombros. Bajo el vestido de punto, su cuerpo resultaba fácil de imaginar. Alargué el brazo y deslicé una mano en torno a su cintura para atraerla hacia mí un poco más.

Me entraron ganas de besarla.

Sabía que en parte era por el vino, la cerveza y la emocionante sensación de libertad que me producía estar en una pequeña población en la que nadie me conocía, pero también sabía que esa sensación no guardaba ninguna relación con Becky.

Pippa daba botes junto a mí. Cantaba fatal, aunque, en realidad, su forma de hacerlo resultaba perfecta para la canción. Unos pendientes muy largos le colgaban de las orejas hasta rozarle los hombros. Las pulseras producían un sonido metálico en su muñeca. El pintalabios le teñía los labios de un rojo fuego muy seductor y hacía que su alegre sonrisa pareciera infinita.

La canción terminó con un rasgueo disonante de la guitarra y Pippa se me quedó mirando, sin aliento. Yo no solía actuar sin pensar, pero no me incliné para besarla porque nos estuviesen mirando. Lo hice porque, en ese momento, era incapaz de pensar en nada más.

Regresamos a la mesa, donde nos recibieron los lentos aplausos de Will, la risa bobalicona de Hanna, los ojos como platos de Ruby y Niall y la sonrisa llorosa de Becky. Cam estaba jugando con el móvil.

—Hacéis muy buena pareja —dijo Becky.

—Desde luego —convino Ziggy, y, por alguna razón, su opinión significó mucho en ese instante.

Me sentía vagamente impaciente, como me ocurría a veces en una reunión innecesaria que se alargaba o al final de una llamada telefónica interminable. Pippa entrelazó su mano con la mía y se quedó mirando a Becky y Cam, que nos sustituyeron junto a la máquina de karaoke, seleccionando una vieja melodía de Anne Murray. Una de sus canciones lentas de estilo country.

—¿No te parece una elección extraña para seguir? —preguntó Pippa, con la cabeza sobre mi hombro—. Aunque supongo que la nuestra también lo ha sido para empezar.

Me acerqué un poco más para que pudiera oírme por encima de sus voces.

—El padre de Becky murió cuando ella era una adolescente. A él le encantaba Anne Murray. Le trae recuerdos.

—¡Ah! —exclamó Pippa, inclinando la cabeza hacia mí.

«Así empieza —pensé—. No con una gran avalancha de información, sino con pequeños datos.» A aquellas alturas, Cam debía de saber todas esas pequeñas cosas sobre Becky, y muchas más.

Yo podía enterarme de que Pippa no necesitaba mirar la letra en la pantalla para cantar las canciones de Violent Femmes. Podía enterarme de que baila como un teleñeco, tiene dos madres y acostumbra a gritar bajo la lluvia.

Mi boca cubrió la suya de nuevo. Cuando me aparté, vi una pregunta en sus ojos.

—¿Qué? —pregunté, apartándole un mechón de pelo de la cara.

—¿Estás borracho? —quiso saber.

Entre risas, le dije:

—Pues... sí. ¿Es que tú no?

—Sí, claro. Pero ese beso me ha parecido de verdad.

Abrí la boca para responder. Sin embargo, en ese instante noté un movimiento de cuerpos en torno a la mesa y alcé la vista.

—Este sitio es un rollo —dijo Will, levantándose y poniéndose la cazadora—. Vamos a la enoteca del hotel.

Eché un vistazo a mi reloj y vi que solo eran las diez.

Me levanté y ayudé a Pippa con su abrigo. Pagamos en silencio y salimos de Duke's Tavern.

Hasta que no entramos en la pensión, no caí en la cuenta de que nos habíamos ido en mitad de la canción de Becky, sin despedirnos siquiera.

Se acercaba el momento de la verdad.

Bueno, casi.

Mientras entrábamos en la pequeña enoteca del hostel, noté la llamada de la habitación, en el piso de arriba. ¿Estábamos aplazando lo inevitable (un embarazoso baile en una cama minúscula), o intentábamos recuperar la diversión?

—Creo que tenemos que celebrar una conferencia de grupo —dijo mi hermana, dejándose caer en una de las butacas—. Tenemos que debatir seriamente si nos quedamos con esta gente o seguimos hasta la siguiente parada.

—Yo pensaba que lo de Becky no sería gran cosa —comentó Will, asintiendo con la cabeza—. Pensaba que sería divertido fingir que estabais casados y que todos lo pasaríamos en grande, pero a medida que la emoción se va disipando y avanza la noche, resulta un poco raro que Becky no te quite ojo de encima.

—Es verdad —dijo Pippa, mirándome—. ¿No te has dado cuenta?

Me encogí de hombros. La chimenea desprendía mucho calor y me quité el jersey.

—Supongo que a ella también se le hará raro.

—Cam es muy guapo —dijo Ruby—, pero parece un tarugo como la copa de un pino.

Cerré los ojos y me apoyé en el respaldo del sofá. Había llegado el momento de afrontar la realidad: volver a ver a Becky había sido más agotador por mis constantes expectativas de que pasaran cosas raras que por ninguna rareza que hubiese ocurrido de verdad. Así que dije:

—Francamente, a mí tanto me da que nos quedemos o nos vayamos.

—Quien mejor parece llevarlo es Jensen —opinó Ziggy—. A mí me entran ganas de ponerla a parir cada vez que la veo.

—Bueno, ha sido un día tremendo, y he bebido una barbaridad —dijo Will—. ¿Quién tenía que cuidar de mí? ¿Tú? —Se apoyó en Ziggy con una sonrisa bobalicona—. ¡Hola!

—Vale, creo que alguien está listo para irse a la cama —dijo Hanna, y sonrió cuando Will apretó su cara contra el pecho de ella—. ¿Y si lo hablamos por la mañana? Si vamos a llegar antes a la cabaña, tendré que hacer unos cambios. Quizá

deberíamos dormir allí y ver si seguimos queriendo asesinar a Beck... —Hanna se detuvo y sonrió con malicia—. ¡Ups, he metido la pata! Quiero decir que ya veremos lo que opinamos mañana.

—Un plan excelente —dijo Niall, y se levantó de la mesa.

Ruby nos dio un abrazo a cada uno y, tras una ronda de «buenas noches» y «nos vemos por la mañana», se fueron en dirección al ascensor.

Miré a Pippa y vi que me observaba. ¿Acababa de recordar también que teníamos una habitación y una sola cama que compartir entre los dos?

Se levantó y me tendió la mano.

—¿Listo? —preguntó, con una sonrisa.

—Sí, ya era hora —dije, y me arrepentí al instante de lo que acababa de decir.

«Concéntrate, Jensen.»

El corazón se me aceleró bajo el esternón mientras me levantaba y cogía su mano. La noté menuda, cálida y suave, pero también sólida. Era ella la que me tranquilizaba a mí, igual que había hecho por la mañana, y mis pies casi se detuvieron cuando mi cerebro cayó en la cuenta de que cualquiera que nos mirase daría por sentado que estábamos de luna de miel.

Eso no me ayudaba.

Cogidos de la mano, cruzamos el vestíbulo y subimos las escaleras. Nos dirigíamos a nuestra habitación, y yo no tenía la menor idea de lo que vendría a continuación.

Pippa

Jensen abrió la puerta de nuestra habitación y me invitó a entrar con un gesto. La puerta se cerró a sus espaldas con un fuerte chasquido.

Madre mía, qué momento más emocionante.

Mientras subíamos las escaleras, ninguno de los dos había dicho una palabra. Por el pasillo... más silencio. Casi a cada paso que daba, me entraban ganas de volverme hacia él, bailotear un poco y decir: «Esto no tiene por qué pasar. Podríamos limitarnos a contar historias de miedo, comernos todos los aperitivos del minibar y hacer como si fuera una fiesta de pijamas».

Sin embargo, a veces, tenía la impresión de que, con Jensen, decir las cosas en voz alta casi lo volvía todo más embarazoso.

No habíamos vuelto a estar allí desde que habíamos subido nuestro equipaje y, entonces, el subidón de fingirnos casados y la conciencia de que contábamos con toda la tarde y parte de la noche antes de tener que afrontar este momento me habían producido la sensación de que la cama era mucho más grande.

Pero no. Era minúscula.

¿Existía en Estados Unidos una categoría a medio camino entre la cama individual y la cama de matrimonio?

Él fue el primero en romper el silencio mientras los dos la mirábamos fijamente:

—No hay problema. Puedo dormir en el suelo.

Sin embargo, yo no quería eso. En realidad, quería su cuerpo alargado en torno a mí, sus brazos estrechándome con fuerza desde atrás. Quería oír su respiración al dormir y sentir su calor durante toda la noche.

No se trataba solo de que me gustara el sexo o de que me encantaran los abrazos. La cuestión era que me sentía segura con él. Me sentía importante, sobre todo ese día en que había podido hacer algo para ayudarlo y ese pequeño favor parecía impulsarlo a abrirse.

Pero allí estábamos, con sus barreras alzadas de nuevo.

—No seas tonto. —Me volví hacia mi maleta y saqué el pijama—. Voy a cambiarme.

Tosió mirando su propia maleta, abierta en una silla situada en una esquina de la habitación.

—Por supuesto.

Me cambié, me lavé la cara, me recogí el pelo, me lo solté, me lo recogí de nuevo. Me apliqué la crema hidratante. Me cepillé los dientes, hice pipí, me lavé las manos, volví a aplicarme la crema. Volví a cepillarme los dientes. Me detuve. Y luego, al salir, dejé que pasara junto a mí para seguir la misma rutina. Cuando entró en el lavabo, me percaté de que solo llevaba un par de pantalones cortos en la mano.

Dormía sin la parte de arriba.

No jodas.

Pese a todo y para mi inmensa consternación, cuando por fin salió del cuarto de baño, Jensen seguía llevando puesta la camiseta.

—Pensaba que dormías sin camiseta.

«¿Qué?

»¿Qué acabo de decir?»

Me miró con cara de sorpresa.

—Bueno, normalmente duermo sin camiseta, pero...

Mi corazón latía tan fuerte que apenas podía respirar. Lo juro.

—Creo que esperaba que lo hicieras. —Me pasé la lengua por los labios, rogándole que no apartase sus ojos de los míos—. Lo siento. Estoy hablando sin pensar.

Una leve sonrisa apareció en sus labios.

—Lo dices como si fuese la primera vez que te pasa.

Por algún motivo, esa broma, y la indulgencia incrustada en su voz, desató el resto de mis pensamientos:

—Me doy perfecta cuenta de que lo de hoy ha sido solo un juego, pero en los últimos días me he planteado muy seriamente la posibilidad de que ocurriera algo entre nosotros. La situación ya está muy cargada y eso no se puede cambiar, pero no quería que pensaras que me desagradaría compartir la cama.

Hice una pausa y abrí la boca para continuar, pero me contuve para darle la oportunidad de responder.

Al parecer, no esperaba mi silencio después de una divagación tan breve, porque se quedó allí, mirándome expectante, durante unos instantes.

—Adelante —susurré, sentándome en la cama y deslizándome hacia el cabecero—. He terminado. Por ahora.

Jensen se me acercó despacio y se sentó en una esquina del colchón, justo en el borde.

—Yo también lo estaba pensando antes de que apareciera Becky.

—¿En serio?

Asintió con la cabeza.

—Claro que sí. Eres preciosa, y solo la mitad de lo irritante que me pareciste al principio.

Solté una carcajada.

—¿Te parezco guapa?

—Me parece que estás imponente.

Me mordisqueé el labio inferior, observándolo.

Una sonrisa invadió su rostro poco a poco, y por fin preguntó:

—¿Te parezco guapo yo?

Alargué el brazo hacia atrás, cogí una almohada y se la lancé.

—Me parece que estás imponente —repetí, y el resto salió de mi boca sin pensar—
: Me gustas.

Él se echó a reír con los ojos brillantes.

—Tú también me gustas a mí.

Y la famosa boca de Pippa Cox se lanzó a toda pastilla:

—Antes de este viaje, nunca había estado en unas auténticas bodegas. Mi amiga Lucy celebró una fiesta hace unos años. Tenía que ser una velada elegante, con vino y queso, pero ¿cómo dice el refrán? ¿«Aunque la mona se vista de seda...»? No somos esa clase de gente. Recuerdo aquella noche como en una nube: manchas de vino en la alfombra y gente morreándose en los rincones. No era una fiesta lo bastante grande para morrearse con disimulo, así que fue bastante embarazoso, la verdad. Johnny Tripton acabó desnudo en el patio, agitando la bandera brasileña. Lucy se desmayó en el suelo de la cocina, y la gente... la rodeaba para rellenarse las copas. Yo me desperté con el pelo azul. Muchas veces me tiño el pelo de rojo, a veces incluso de rosa, pero nunca de azul, así que juré no volver a probar el vino en mi vida. O al menos hasta el siguiente fin de semana. —Le sonreí—. Lo que quiero decir es que este viaje es un poco más elegante que mi última ruta de vinos, por llamarla de algún modo, y que hoy me he divertido un millón de veces más de lo que esperaba.

En ese momento la versión de Jensen en dibujos animados habría sido un hombre bajando de un descapotable, con el pelo alborotado y los ojos abiertos como platos.

—Francamente, nunca he conocido a nadie como tú.

—¿Y eso es bueno o malo?

Se echó a reír.

—Bueno, creo.

—¿Crees?

—Creo.

Tragué saliva, tratando de calmar mis nervios, y pregunté:

—¿Vas a dormir en la cama conmigo?

Jensen se encogió de hombros.

—Todavía no lo sé, la verdad. Si compartimos cama...

Quedaba claro lo que quería decir.

—Crees que, si compartimos cama, puede que hagamos el amor.

Asintió con la cabeza, observándome.

—Puede.

Temblaba tan intensamente que apenas podía moverme.

—¿Quieres hacer el amor? —Me reí de mí misma al instante—. O sea, no es que... Bueno, esta noche, cuando me has besado, me ha parecido que no estábamos jugando, sin más.

—¡Joder, me encanta hacer el amor! —exclamó en voz baja—. Claro que quiero. Pero esta noche ha sido complicada, y yo no hago el amor con nadie por impulso.

—¡Dios! —Apoyé la cabeza contra el cabecero—. Eso me parece tremendamente sexy, y ni siquiera sé por qué.

—Pippa.

Le sonreí de oreja a oreja.

—Jensen.

Mi corazón se puso a latir en mi pecho con un ritmo salvaje cuando alargó un brazo, alzó la mano y me tocó el labio inferior con la punta del índice.

—¿Te gusta hacer el amor? —susurró.

«No me jodas.»

—Sí.

Jensen agitó una mano con gesto despreocupado.

—Pues me alegro de saberlo.

Se incorporó parpadeando, como si hubiéramos terminado. Vi su sonrisa maliciosa cuando empezó a levantarse.

—¡Imbécil!

Me reí y me incliné hacia delante para darle una palmada en el hombro. Me sujetó la mano y la apoyó sobre su esternón, en el punto preciso en que el corazón palpitaba con fuerza.

Desapareció de su expresión aquella sonrisa juguetona; de pronto, pareció muy vulnerable.

—Ten paciencia conmigo —dijo en voz baja.

—La tendré.

Continuó mirándome a los ojos; cuanto más tiempo pasaba, más claro quedaba lo que quería decir.

—¿Quieres que pongamos una peli? —pregunté—. En este momento me compadezco de todas las prostitutas que no saben muy bien cómo animar al cliente.

Me miró desconcertado. Luego sacudió la cabeza, riéndose.

—No creo que pueda predecir nunca las palabras que van a salir por esa boca.

—Me refiero a que no me importa lo que hagamos. Quiero que vengas aquí y te relajes.

Solo quería tenerlo a mi lado, cálido y fuerte, acurrucado muy cerca de mí. Nos quedaba una semana y media para estar juntos. Yo sabría cómo llegar al sexo.

Y con Jensen estaba en juego mucho más que eso, por muy aterradora que me resultara esa verdad.

Se inclinó para coger el mando a distancia, encendió la tele y se puso a zapear.

Nuestra franca conversación había aliviado un tanto la tensión, pero seguía allí, especialmente cuando Jensen seleccionó *Uno de los nuestros*, se volvió hacia mí y me encontró sentada con las piernas cruzadas sobre la cama.

—¿Te parece bien? —preguntó.

—No dan nada mejor —convine—, y me encanta esa película.

Asintió levemente con la cabeza y dejó el mando a distancia sobre la mesilla de noche. Tras vacilar unos momentos, se llevó los brazos a la parte posterior del cuello y se quitó la camiseta.

—Joder —susurré.

En un breve instante había memorizado toda la forma de su tórax, y, creedme, había mucho que asimilar.

Se acercó la camiseta al pecho.

—No te parece mal, ¿verdad? Tengo mucho calor y aquí no hay ventilador. Estoy acostumbrado a dormir con un ventilador.

—No pasa nada —dije, moviendo la mano sin mirarlo.

Su pecho era un mapa de músculo, con la cantidad de vello perfecta para hacerme sentir la presencia de un puto hombre en la habitación, conmigo.

Retiró las sábanas y ambos nos deslizamos debajo, colocando las piernas con cuidado para no tocarnos. Para mí fue un acto absurdo: Jensen, con solo un par de pantalones cortos, a mi lado en la cama.

Pero entonces su pierna se apretó contra la mía bajo las sábanas. La noté cálida y cubierta de un suave vello. Con una risita, me pasó el brazo por la cintura y tiró de mí hasta que le apoyé la cabeza en el pecho.

—No tenemos por qué sentirnos incómodos —susurró.

Asentí y deslicé la mano por su estómago, que se tensó bajo mi palma.

—Vale.

—Gracias de nuevo por lo que has hecho hoy.

Oía su corazón latiendo contra mi oreja, notaba su pecho subiendo y bajando con cada inhalación.

—De nada. —Tras vacilar un instante, añadí en voz baja—: Supongo que lo que intentaba decir antes es que ha sido divertido, que ha sido fácil.

Se echó a reír, y el sonido fue como un eco retumbante contra mí.

—Es verdad.

La palma de Jensen se deslizó por mi brazo, arriba y abajo, desde el hombro hasta el codo, y nos pusimos a ver juntos la película. De algún modo, supe que ninguno de los dos le prestaba mucha atención.

Me gustaba el aroma de su desodorante y el de su gel de baño. Sin embargo, todavía me agradaba más el leve olor a sudor que percibía en el fondo. El calor que desprendía Jensen resultaba irreal. Tenía las piernas largas y sólidas; la piel, suave y firme. Cerré los ojos y apreté el rostro contra su cuello. Con cuidado, deslicé una pierna sobre la suya, me arrimé más y me estreché contra él. En aquella postura, el fuego entre mis piernas quedaba apretado contra su muslo.

Contuvo el aliento, manteniendo el ritmo de su palma, que subía y bajaba por mi brazo. La habitación cayó en un silencio denso y expectante.

Por fin, exhaló de forma prolongada y controlada.

¿Tenía el miembro duro? ¿Se trataba de eso? ¿Reaccionaba ante la presencia de mi muslo cerca de su polla, de mis pechos contra sus costillas y de mi boca a escasa distancia de la piel bronceada de su pecho?

Estaba tan excitada, tan desesperada por sentir alivio, por sentir su contacto y por sentirle a él, que cerré los ojos y me concentré simplemente en respirar. Inspirar, espirar. Sin embargo, cada respiración lo introducía más hondo en mi mente. El suave movimiento de su mano sobre mí me indicaba con cuánta delicadeza me amaría, y

aquello fue demasiado. Tuve que dejarlo todo fuera, salvo la sensación del aire entrando en mis pulmones y siendo expulsado.

Acogí con los brazos abiertos ese alivio aletargado, la conciencia de que mi cuerpo se relajaba, se desconectaba. Una pequeña parte de mí temía pasarse la noche despierta, continuamente consciente de la presencia del hombre sexual y en forma que estaba a mi lado. Sin embargo, me adormecí bajo el ritmo de su mano subiendo y bajando por mi brazo.

Me desperté excitada, sonrojada por el recuerdo de una boca descendiendo por mi cuello, de unas manos cálidas deslizándose bajo el algodón de mi camiseta. Notaba en la entrepierna un anhelo que llevaba una eternidad sin sentir, un anhelo que necesitaba desahogo.

Pero no era un recuerdo.

Jensen estaba allí, acurrucado de costado y apretado contra mi espalda, moviendo la boca desde la oreja, cuello abajo.

Con un suave sonido de sorpresa, me apreté contra él y noté su polla, dura y dispuesta contra mi trasero. Al sentir el contacto, Jensen gimió y se frotó contra mí a un ritmo lento y apremiante.

—Hola —susurré.

Sentí la presión de sus dientes en mi cuello y a punto estuve de gritar.

—Hola.

La habitación estaba a oscuras; el televisor, apagado. El instinto me llevó a mirar el reloj. Eran casi las tres de la mañana.

Alargué la mano hacia atrás y enredé los dedos en su pelo para sujetarle la cara contra mi hombro, que mordisqueaba tras apartar el tirante.

—Te he despertado —dijo, y luego me chupó el cuello—. Lo siento.

Entonces hizo una pausa.

—No. No lo siento.

Me volví entre sus brazos, creyendo conocer la sensación que me produciría su beso. Al fin y al cabo, ya me había besado antes. Sin embargo, no habría podido predecir el ansia de aquel beso, la exigencia de su boca, sus manos deslizándose por mi camiseta, el modo en que se me echó encima. Su boca tiró de la mía; sus labios me provocaron hasta que me abrí para él, dejándolo entrar. Nunca había sido tan consciente de la sensación de otra lengua contra la mía, los golpecitos, el mordisqueo de sus dientes sobre mis labios, la vibración de sus gemidos contra mi beso. Mis brazos rodearon sus hombros, las manos se deslizaron entre su pelo. De pronto estaba allí, balanceándose entre mis piernas, encontrando ese punto por el que entraría en mi

interior de no ser por aquella condenada ropa. Lo notaba, duro y apremiante; notaba la punta de su miembro deslizándose por el lugar entre mis piernas que me encendía de deseo, la zona en la que estaba más caliente, en la que más lo necesitaba.

Jensen se inclinó, me subió la camiseta por encima de los pechos y agachó la cabeza para poder lamerlos y llenarse las manos con ellos antes de regresar a mí con energía renovada y sin palabras. No era muy hablador, pero había algo en el leve gruñido que emitía al respirar, en aquellas inhalaciones bruscas y exhalaciones temblorosas, que me impulsaba a escuchar con atención, a clavarle las uñas, a suplicarle en silencio que me desnudara del todo y se deslizara en mi interior.

Pero en realidad no lo necesitaba. Estaba hinchada y desesperada por él. Notaba que mi cuerpo respondía al ritmo que él imponía, a la dura presión de su miembro justo donde yo la quería, y cuando me arqueé contra él, balanceándome, adaptando el movimiento de mi cuerpo al del suyo, siseó:

—Sí. Joder. Sí.

Me quitó la camiseta. Hacía calor allí dentro, ¿no? Porque había una fina capa de sudor en mi piel, y en la suya, que lo impulsaba a resbalar sobre mí, con ese deslizamiento apremiante y delicioso, tan agradable que casi duele. Cada punto de contacto entre nosotros contenía una corriente eléctrica, una deliciosa punzada de calor. Ansiaba estar desnuda, desnuda por completo.

Pero, una vez más, no me hacía falta. Mi cuerpo, asaltado por ese anhelo que crecía en mi interior, me recordaba que solo necesitaba lo que Jensen estaba haciendo ya, y más, y más, con su boca en la mía y sus pequeños sonidos resonando en mi cabeza como un martillo sobre un tambor.

Jensen, que sabía exactamente cómo moverse contra mí, se concentraba en el punto que debía presionar de forma rítmica. Dios, la simple realidad de su presencia casi me hizo gritar. Me entusiasmaba incluso imaginarlo con otras mujeres, mujeres ajenas a las exigencias de su cuerpo, que intentarían adivinar. Tan concentrado, tan ávido de placer.

¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Cómo me había ganado su atención y su deseo? No tenía la menor idea.

Aceleró el ritmo sin aliento, ya muy cerca. Saber que estaba tan excitado como yo, que estaba a punto de estallar como si fuera una bomba, me empujó más allá de mi mente dividida en dos por la emoción y la conciencia y me impidió asimilar cualquier cosa distinta de la sensación del orgasmo inminente. Me volví un poco loca; le agarré el trasero y tiré de él más fuerte, advirtiéndole en un susurro:

—Ya falta poco. Voy a correrme...

Jensen se aplastó contra mí con renovada concentración. Noté en el cuello el calor de su aliento acelerado. Sentí que me retorció de placer, casi abrumada por la fuerza de mi orgasmo, que atravesaba todo mi ser, ruborizado y frenético.

Me siguió con un grito aliviado mientras su placer se derramaba húmedo contra mi ombligo y su boca se apretaba contra mi cuello, enseñando los dientes.

Oh, Dios. Durante unos segundos la habitación quedó sumida en un profundo silencio, salvo por el sonido de las inhalaciones jadeantes y las exhalaciones vigorosas de los dos. Jensen permaneció quieto unos instantes, apoyado sobre mí, hasta que se levantó despacio sobre los codos.

Mis ojos se habían adaptado un poco a la oscuridad. Aunque la noche en el exterior era casi negra, la habitación aparecía suavemente iluminada por el tenue resplandor del despertador y la luz del pasillo, que entraba por debajo de la puerta. Vi que me miraba, calibrándome. Pero eso fue todo. No sabía si fruncía el ceño o si su rostro mostraba una sosegada expresión de alivio.

Levantó la mano hasta un lado de mi cara y me apartó un mechón de pelo húmedo.

—Quería tomármelo con más calma.

Me encogí de hombros debajo de él, inmensamente aliviada por la dulzura de su voz.

—Al menos no nos hemos desnudado.

—Eso no es más que un detalle técnico —susurró, agachando la cabeza para besarme—. Estoy cubierto de ti. Estás cubierta de mí.

«Estoy cubierto de ti.»

Cerré los ojos. Deslicé las manos en torno a sus caderas y delante, entre nuestros cuerpos, para palpar la mancha cálida de su orgasmo sobre mi vientre. Seguí bajando hasta llegar al punto de mi entrepierna donde seguía apretándose contra mí, con el miembro aún a media erección.

—Estamos hechos un asco —comenté.

Soltó una carcajada ronca.

—¿Quieres que nos duchemos?

—Entonces sí que estaríamos desnudos. —Ya no importaba mucho. Aunque... puede que sí importase, al menos un poco. Guardarnos algo significaba que debía llegar algo más entre nosotros, algo que queríamos reservar para más adelante, y esa idea me provocó un pequeño y emocionante estallido de felicidad—. Tú primero. Después yo.

—O podríamos dormir así —dijo contra mi cuello, entre risas—. Porque ahora mismo estoy cansado de cojones.

—Sí, también podríamos dormir.

Volví la cabeza hacia él y él volvió la cara hacia mí para besarme despacio y con ternura, entrelazando su lengua con la mía en un gesto perezoso.

—Así será más fácil fingir mañana.

Tan pronto como lo dijo, se puso rígido. No se podía negar que había escogido un momento un tanto inoportuno para referirse a su ex mujer, pocos momentos después de que llegáramos al orgasmo practicando sexo seco. Sin embargo, supe lo que pretendía decir. Seguía siendo un comentario sobre nosotros, aunque más real. Ciertamente, yo era británica y él era estadounidense. Yo vivía en Londres y él vivía en Boston. Y su ex mujer estaba a dos puertas de nuestra habitación, en el mismo pasillo. Dado lo fascinada que se había mostrado con Jensen esa noche y cuánto le había costado apartar de su cara aquellos ojos teñidos de sentimiento de culpa, yo también me preguntaba si estaría despierta, escuchando por si oía pruebas de lo que acabábamos de hacer.

En la oscuridad fue más fácil preguntárselo:

—¿Cómo ha sido el día para ti? En serio.

Se retiró de encima de mí, pero me situó de lado, de cara a él, y apoyó su mano sobre mi cadera. Jensen, el amante tierno y cariñoso.

—No ha sido tan malo como pensaba —contestó, y después se inclinó para besarme—. Creo que me ha ayudado tenerte, y también que Ziggs y Will se mosquearan por mí.

Asentí con la cabeza.

—Sí, estoy de acuerdo.

—Y creo que ver que está casada con un tío aburrido también ha contribuido a facilitarme las cosas —susurró, como si le avergonzara un poco reconocerlo sin rodeos—. Parte de la culpa de nuestra ruptura es mía, por supuesto. Sin embargo, me pregunto si, al fin y al cabo, es posible que... yo no fuese el problema.

—Entonces ¿seguimos fingiendo? —pregunté.

Jensen tosió bajito y se encogió de hombros.

—Me parece que no tiene sentido decirle la verdad. No la he visto desde el día en que firmamos los papeles del divorcio. Ya no tenemos amigos en común. A estas alturas, decirle que era una broma probablemente solo serviría para herir sus sentimientos.

—Me encanta que no quieras herir sus sentimientos después de todo lo que pasó.

Guardó silencio durante unos instantes.

—Puso fin a nuestra relación de una forma lamentable, con una inmadurez asombrosa, pero no intentaba ser tan horrible.

—Simplemente lo es —dije, conteniendo una risita.

—Era joven —dijo él, a modo de explicación—. Aunque no recuerdo que fuese tan...

—¿Sosa? —pregunté.

Tosió incrédulo al oírmelo decir con tanta claridad.

—Pues... sí.

—Nadie es interesante a los diecinueve años.

—Algunas personas sí —replicó.

—Yo no lo era. Estaba obsesionada con el brillo de labios y el sexo. No tenía mucho más en la cabeza.

Sacudió la cabeza mientras deslizaba su mano desde mi cadera hasta mi cintura.

—Estudiabas matemáticas, nada menos.

—Todo el mundo puede estudiar matemáticas —respondí—. Solo es una actividad. Tener facilidad para las mates no te hace más interesante. Solo te proporciona habilidad con los números, lo cual, según mi experiencia, se acompaña muchas veces de una falta de habilidad en el trato con la gente.

—Pues a ti no se te da nada mal la gente.

Dejé que esa frase flotase entre nosotros, preguntándome si ese rasgo de mi carácter le parecería divertido, sorprendente o maravilloso, teniendo en cuenta nuestro comienzo en el avión.

Al cabo de un instante, me sonrió en la oscuridad.

—Bueno, a no ser que te dediques a ventilarte copas y copas de champán y a eructar en los aviones.

Jensen

Me desperté sobresaltado al oír un rumor a mi derecha y me incorporé sobre un codo.

Las mantas se escurrieron de mi cuerpo, deslizándose cadera abajo. Los ojos de Pippa se apartaron de mi cara, bajaron y volvieron a subir de nuevo. Se puso colorada y no me costó adivinar el motivo.

Me había quitado los pantalones cortos en algún momento después de nuestro... intercambio en la cama.

Me veía desnudo por primera vez a la luz de la mañana.

—Te has levantado —dije, con la voz todavía cargada de sueño. Cuando se despejó mi visión, observé que se había puesto unas mallas y una camiseta y que se había recogido el pelo de cualquier manera en un moño. Estaba agachada junto a la cama, atándose los cordones de un par de zapatillas de colores vivos—. ¡Y ya estás vestida!

Por primera vez en esas vacaciones, no tenía ganas de saltar de la cama. Tenía ganas de notar su calidez bajo las sábanas.

—Sí, perdona —susurró—. He intentado no despertarte.

—¿Adónde vas?

Me invadió la inquietud. ¿Iba a marcharse sin más?

Tras una leve vacilación, dijo:

—Me voy a hacer yoga con Becky.

Me incorporé del todo y la miré con los ojos entornados.

—Sabes que no tienes por qué hacerlo, ¿no?

—Lo sé —dijo, asintiendo con la cabeza—, pero quedé con ella.

Se puso a observar su zapatilla, pero yo sabía que había algo más.

—¿Y? —pregunté.

—Yyy... —dijo, alargando la palabra—. Quería tener un momento para pensar. Eres el primer hombre con el que me despierto después de Mark... en mucho tiempo.

Me senté en el borde de la cama y me cubrí con la sábana. Me incliné, me apoyé los codos sobre los muslos y la observé.

—Vale.

—Me apetecía —me aseguró en voz baja, mirándome a los ojos—. Haré algo nuevo y aprovecharé para tomarme las cosas con calma.

Alargué el brazo y cogí su mano. Estaba fría, como si se hubiera lavado las manos bajo el grifo antes de ir a ponerse las zapatillas.

Se mordisqueó el labio inferior mientras sus ojos escudriñaban mi rostro.

—En una escala de perezoso a Woody Allen, ¿cómo andas de nervios?

Entre risas, dije:

—Me encuentro en un punto intermedio entre un perezoso y un viejo perro gándul.

—¡Ah! —exclamó, sorprendida—. Vale. Puedo soportarlo.

Noté una tensión en el pecho.

—Mira, hagamos un trato.

Se puso de rodillas y se acercó un poco más.

—De acuerdo.

—Pasémoslo bien —dije, mirando fijamente nuestras manos. Las suyas resaltaban, pálidas y lisas, contra mi piel bronceada. Los tendones y venas surcaban el dorso de su mano; era muy fuerte—. Nos queda una semana y media para estar juntos —dije—. Tú vives en Londres y yo estoy en Boston. Hasta el momento, este viaje ha sido...

—Demencial —dijo, sonriéndome—. Bueno. Diferente.

—Todo eso —convine, asintiendo con la cabeza—. Así que hagamos un trato: somos socios en esto. Quiero que tus vacaciones sean perfectas.

—Yo también quiero que las tuyas sean perfectas.

Se inclinó y me dio un beso en la cara interna de la muñeca.

—Y si decides que quieres viajar como soltera... —empecé.

—Te lo diré —dijo, acabando la frase por mí—. Igualmente —se apresuró a añadir, y apoyó mi mano en su mejilla—. Me gusta el plan.

—Entonces ¿seguro que no prefieres volver a la cama? —pregunté, atrayéndola hacia mí hasta situarla entre mis piernas.

Sin embargo, ella se resistió, aunque se tomó unos segundos para mirarme el pecho, el estómago y las caderas.

—Debería... ir a hacer yoga.

Exhalé despacio.

—De acuerdo. ¿Dónde habéis quedado?

—Hemos decidido saltarnos lo del vapor y practicar en el jardín trasero.

—¿Has hecho yoga alguna vez?

Negó con la cabeza.

—Nunca en mi vida. Pero consiste en inclinarse y levantar las piernas en el aire. No puede ser muy difícil.

Me eché a reír.

—Por lo menos, Becky lo intenta —dijo ella en voz baja, poniéndose seria—. Y responder es más fácil para mí, tu esposa, que para ti.

—¿Me estás protegiendo? —pregunté, sonriéndole.

—Puede.

Solté una suave carcajada.

—¿Quién habría imaginado que eras una sabia conciliadora?

Se estiró para darme un beso en la barbilla.

—Nos vemos en el desayuno.

Me puse los vaqueros y un jersey y bajé a buscar una taza de café de la jarra que descansaba en una mesita, junto a la recepción. Acto seguido, salí al porche trasero. Una espesa capa de niebla flotaba sobre la hierba. Hacía mucho frío, pero el paisaje era precioso. Toda una gama de verdes estallaba detrás de las densas nubes, en la hierba, los árboles y las lejanas colinas. Nada más bajar los anchos peldaños posteriores, un poco a la izquierda del edificio, sobre un césped liso y suave, Becky y Pippa se estiraban en unas esterillas que debía de haber traído Becky para utilizarlas con Cam.

Di un sorbito de café y me puse a observarlas.

La buena forma física de Pippa tenía que deberse a la genética y a su constante energía y movimiento más que a una inclinación natural hacia el deporte. Incluso mientras se estiraba, parecía inquieta y poco segura de sí, sin dejar de hablar y moverse.

La puerta de tela metálica rechinó a mis espaldas y Ziggy vino a sentarse en el escalón junto a mí, rodeando con las manos una taza humeante.

—¿Qué puñetas está haciendo? —preguntó, con la voz aún áspera.

—Yoga.

—¿Eso es yoga?

—Al menos, es la versión de Pippa.

—Vaya. ¿Y con Becky? Tendría que haberla mandado a tomar por culo.

Asentí con la cabeza, sonriendo detrás de mi taza.

—Al parecer, es de las que cumplen su palabra.

Becky se enderezó y le indicó a Pippa algo que no pude oír. A continuación, Pippa se inclinó hasta tocarse las puntas de los pies y levantó rígidamente una de las piernas hacia atrás. Era muchísimo menos flexible que Becky.

Estaba ridícula.

Era espectacular.

Ziggs soltó un bufido.

—Esta Pippa es la hostia. Se parece a la pequeña Annabel haciendo yoga.

Becky repitió lo que Pippa había hecho y luego pasó a exhibir una versión complicada de la postura del perro boca abajo que estuvo a punto de mandar a Pippa de cabeza al suelo.

—Creo que Becky se está pasando mucho con ella —dije, sacudiendo la cabeza cuando Pippa se derrumbó sobre la esterilla riéndose tontamente.

—¿En qué sentido?

—Pippa dijo que practicaba realmente ese imaginario yoga con vapor al estilo británico.

Mi hermana entornó los ojos, observándolas con más seriedad, y comentó:

—Lo raro es que ni siquiera me preocupa la posibilidad de que Pippa no sea capaz de cuidarse.

—Becky no es exactamente una depredadora —comenté con sequedad—, y no están luchando con espadas. ¡Solo es yoga, por el amor de Dios!

—No —dijo ella, riéndose—. Me refiero a que, después de esa historia tan complicada que habéis montado, ahora viene un simulacro de yoga. Sin embargo, es como si... Pippa estuviera dispuesta a todo. Me gusta ese aspecto de ella.

Tumbadas ahora boca arriba, levantaron las piernas y las dejaron caer hacia atrás para formar la postura de *halasana*. Lo sabía porque había asistido a unas pocas clases de yoga.

Oí exclamar a Pippa:

—¡Uff!

Soltó una carcajada y se le subió la camiseta, dejando a la vista la mayor parte del estómago y la espalda.

—Tiene un cuerpo bonito —murmuró Ziggy.

—Es verdad.

Noté que mi hermana se volvía a mirarme.

—¿Habéis...?

—No del todo.

—Pero ¿casi? —insistió, esperanzada.

La miré a los ojos.

—No pienso comentarlo contigo.

Ella acogió mi réplica con una leve sonrisa.

—Me gusta.

El desasosiego se instaló en mis tripas. A mí también me gustaba Pippa. El problema era la imposibilidad del asunto.

Aparté de mi mente ese pensamiento y volví a centrar mi atención en el césped, donde mi falsa mujer y mi ex mujer continuaban haciendo yoga juntas. Pippa, que se había levantado, alzó una pierna, dobló la rodilla y se cogió el pie con una mano mientras estiraba el otro brazo hacia delante, en una postura que, si no recuerdo mal, se llamaba *natarajasana*. Pippa cayó de bruces y acabó aterrizando en una torpe voltereta a medias. Se tumbó de espaldas y se llevó las manos al vientre, riéndose. Becky se enderezó y miró a Pippa con una sonrisa divertida.

Resultaba más que evidente que se había descubierto el pastel: Pippa no era ninguna yogui.

—Hanna y yo lanzaremos las bolas rojas —me explicó Pippa un par de horas después—. Will y tú lanzaréis las azules. —Soltó una risita tonta y alzó una bolita amarilla; yo respondí con un suspiro paciente, aunque divertido—. Este es el bochín. —Lo puso sobre mi palma abierta y dijo—: Arrójalo más allá de la línea central, pero sin sobrepasar la línea de un metro. —Señaló la quinta línea blanca pintada en la hierba—. Esa de allí.

Estábamos jugando a las bochas, nada menos, en el ondulado césped situado junto al hostel. Después del yoga, Pippa se había reunido con los demás para disfrutar de un *brunch* acompañado de mimosas. Becky y Cam se nos habían añadido en el último momento.

Tuve la sensación de que durante la noche se había solidificado la tensión y, aunque mi decisión de evitar los dramas era firme, Becky parecía no saber adónde mirar y acabó comiéndose los huevos de mala gana, sin decir nada, durante la mayor parte de la comida.

El problema no era que la conversación resultase forzada; era que carecíamos totalmente de puntos en común, de temas de conversación con los que seguir cuando se acababa la charla trivial y educada. Tampoco ayudaba mucho mi absoluta falta de interés por saber lo que había hecho ella en los últimos seis años.

Yo observaba a Becky con disimulo, mirándola de vez en cuando. ¿De verdad había sido siempre tan callada, tan gris? Traté de descubrir si solo producía esa impresión porque la situación resultaba incómoda y estaba claro que ella era la mala de la película en muchos aspectos, así que se andaba con pies de plomo... Sin embargo, en realidad, aparte del extraño llanto del día anterior, me daba la sensación de que Becky era la de siempre.

Ahora disponíamos de dos horas antes de salir a visitar unos viñedos en grupo y, en lugar de subir a la habitación para tomar una placentera ducha, como yo había sugerido, Pippa y Ziggy nos habían desafiado a Will y a mí a un partido de bochas.

Cogí la bolita y me aproximé a la cancha.

—Sí, señora.

—Pero no la cagues —se apresuró a añadir.

A mi lado, mi hermana soltó una risita.

—Esto es muy importante —añadió Pippa en voz alta cuando alargué el brazo para lanzar—. Hombres contra mujeres; no querrás hacer mal papel.

Me detuve, me volví y la miré por encima del hombro.

—No creo haber hecho mal papel hasta el momento.

Ziggy emitió un sonido de protesta, pero Pippa me sonrió.

—Sí, pero, como quizá recuerdes, la que estaba en condiciones de jugar con las bolas era yo. Así que...

Mi hermana dio un grito y se marchó a toda prisa. En ese preciso momento, una mano gigantesca tapó la boca de Pippa. Will le pasó un brazo por la cintura y la alzó en vilo para alejarla de allí.

—Yo me ocupo de esta —dijo, con una carcajada—. Vamos, Jens, ya puedes lanzar.

Me volví otra vez hacia la cancha de bochas y tiré la bola cuidadosamente sobre la hierba. Rodó a solo unos centímetros de la línea de un metro. Un lanzamiento limpio.

Pippa pateó y se agitó hasta liberarse de los brazos de Will. A continuación, fue a coger la primera bola roja.

—Y ahora las damas os enseñaremos cómo se hace de verdad.

—Se parece mucho al *shuffleboard*, ¿no? —pregunté, pillándole el tranquilo al juego—. Aunque en este caso hay que acercarse lo más posible al bochín.

—Exacto —contestó Ziggy—. La diferencia es que a las bochas juegan los *hipsters* en bodegas, mientras que al *shuffleboard* juegan los ancianos en cruceros.

—No solo los ancianos —protestó Pippa, inclinándose para tirar—. Hay una fantástica mesa de *shuffleboard* en uno de mis pubs favoritos.

—Fascinante —le susurré al oído.

Pippa se volvió sobresaltada y fingió mirarme mal.

—Vete.

—Háblame de esa mesa de *shuffleboard* en un pub —murmuré, esforzándome por distraerla.

Se volvió y me miró. A tan poca distancia, el azul de sus ojos era impactante. Me dio un vuelco el corazón y, cuando se recuperó, se me puso a mil por hora.

Qué rollo tan extraño.

—Se te da fatal distraer a la gente —dijo.

—¿En serio?

Dio otro paso adelante y fue a lanzar la bola dibujando una parábola. En ese preciso instante, dije en voz baja:

—Aún siento tu calor por toda la polla.

La bola salió disparada y aterrizó fuera de los límites. Ella se giró bruscamente y me dio un puñetazo.

—¡No es justo!

Atrapé su mano y empecé a forcejear. Apoyé la frente en su espalda y le sujeté los brazos con suavidad.

—He sido muy malo, ¿a que sí?

Will cogió una bola azul y se puso a hacerla saltar ligeramente sobre su mano mientras se adelantaba para tirar.

—Chicos, sois un encanto.

Lo dijo con aire ausente, pero pude ver que Pippa acusaba el efecto de esas palabras. Me miró por encima del hombro, preocupada, y se apresuró a salir de entre mis brazos.

Dándome espacio instintivamente.

Qué inoportuno. Pippa se volvió de nuevo hacia mí, miró por encima de mi hombro, en dirección al hostel, y se desinfló ligeramente.

—Becky.

—¿Qué?

Ladeó la barbilla para señalar algún punto a mis espaldas y repitió:

—Becky. Viene hacia aquí.

Me di la vuelta con una sonrisa.

—¡Hola, Becks!

Becky se sobresaltó.

—Hacía una eternidad que no me llamabas así.

—Es que hacía una eternidad que no te veía.

Mi frase debió de afectarla, porque hizo una mueca.

—Venía a ver si queráis salir un poco antes. Ha llegado el monovolumen.

—No me he duchado —dijo Pippa—, aunque puedo ir deprisa.

—Vale —dijo Becky, sin dejar de observarme—. Claro.

Pippa retrocedió, mirándonos, y echó a andar hacia el hostel.

—¿Tienes que ducharte? —preguntó, repasándome de pies a cabeza hasta clavarme la mirada en la barba incipiente de la mandíbula.

—Sí, supongo. Creo que subiré con ella.

—¿Podríamos hablar un momento antes?

Miré detrás de Becky y vi que Pippa había desaparecido ya en el interior del edificio.

—Becky —dije en tono afectuoso, notando la presencia de Will y de mi hermana, que, a pocos metros de distancia, fingían no escuchar—, ahora no es buen momento.

—¿De qué quería hablar? —preguntó Pippa, abrochándose la blusa.

«Adiós, pechos perfectos.»

—¿Jensen?

Parpadeando, alcé la mirada hasta su cara.

—¿Mmm?

—Te preguntaba de qué quería hablar Becky —dijo, riéndose de mí.

—¡Ah! —Me encogí de hombros y me froté el pelo mojado con una toalla. Muy a mi pesar, nos habíamos duchado por separado—. Ni idea. Puede que fuese de la casa de nuestros sueños, esa que va a vendernos Cam.

Pippa soltó un gruñido escéptico mientras se ponía un par de pantalones negros muy ajustados y meneaba las caderas para subírselos. La blusa era prácticamente transparente.

—Beacon Hill debe de ser muy elegante. Lo digo por la ilusión que parece hacerle conseguir esta falsa comisión.

—¿Es eso lo que te vas a poner? —pregunté, levantando la barbilla.

Ella se miró.

—Pues sí. Y unos zapatos. ¿Por qué?

«Porque te veo los pechos.»

—Por nada.

Se pasó las manos por el estómago, observándome con indecisión. De pronto, apretó la mandíbula.

—Si crees que puedes opinar sobre lo que me pongo, es que no entiendes cómo funciona esto.

Me puse de pie con una carcajada.

—No, si me gusta. Te veo el sujetador.

—¿Y? —preguntó, ladeando la cabeza.

—Y me hace pensar en tus tetas.

Pippa se agachó y se puso las botas.

—Eres mucho menos maduro de lo que yo creía.

Fuimos los últimos en incorporarnos al grupo junto al monovolumen. Subimos a la primera fila de asientos y nos hicimos un lío con los cinturones de seguridad. No sé muy bien cómo nos las arreglamos: Pippa acabó con una tira alrededor del cuello y a punto estuvo de perder uno de los botones de la blusa. La hebilla se me enganchó en el bolsillo.

Mientras me esforzaba por deshacer el enredo, me miró pasmada.

—Viendo esto, no creo que me atreva nunca a dejar que me ates.

Un silencio acogió sus palabras. Le retiré el cinturón del cuello y miré a los demás pasajeros.

—No estamos solos, ¿verdad? —susurró teatralmente.

—Hay más gente —confirmé—. Te observan con curiosidad.

—Y cierta consternación —añadió Niall, secamente.

Pippa alzó la vista y le dedicó una sonrisa encantadora al chófer, que la miraba por el espejo retrovisor.

—Y estoy sobria. Ha tenido suerte.

Will se volvió desde el asiento del copiloto.

—¿Vais a dar mucho la lata hoy?

—Seguramente —reconoció—. ¿Te duele mucho la cabeza?

Se rio mientras se volvía de nuevo hacia delante.

—Cada vez menos.

—¿Hasta qué hora estuvisteis por ahí? —preguntó Becky desde el fondo del todo.

—Más o menos hasta las doce, ¿no? —conjeturó Ruby.

Cam se inclinó hacia delante en su asiento.

—¿Adónde fuisteis?

—Estuvimos en la enoteca del hostel —le contestó Niall.

Un denso silencio invadió el monovolumen durante unos segundos.

—No os vimos marcharos —dijo Becky.

Pippa se puso tensa. Le apoyó una mano en el muslo para que no se sintiera obligada a responder.

—El karaoke era muy ruidoso —dijo Ziggy, y percibí la sonrisa en su voz—. Y la cerveza me da sueño.

Ellen saltó:

—Encontramos una exposición de bordados en la misma carretera. Tienen piezas increíbles. Lo digo por si a alguien le apetece ir con nosotros después.

Siguió un desagradable silencio. Miré a Pippa y vi el esfuerzo que le estaba costando no aceptar la invitación, a sabiendas de que su propio sentido de la obligación la empujaba a hacerlo. Le apreté el muslo con más fuerza. Me miró a los ojos y sonrió débilmente.

—Suenan muy bien —dijo Niall, diplomáticamente—, pero hemos reservado para comer bastante tarde.

—Tengo otro mensaje de Bennett —anunció Will, y luego explicó en pocas palabras la situación al resto del grupo antes de leer en voz alta—: «Esta mañana Chloe ha planchado mi camisa. Ya venía planchada de la tintorería, pero ha dicho que no se habían lucido mucho. ¿Has leído eso? Ha planchado. Mi camisa».

—No parece tan malo —dijo Pippa—. Raro, pero no absurdo.

—Tendrías que haber conocido a la antigua Chloe —explicó Will—. La antigua Chloe habría quemado la camisa de Bennett antes de planchársela.

El móvil me vibró en el bolsillo. Había desactivado las notificaciones de correo electrónico y no me imaginaba quién podía llamarme o mandarme un mensaje de texto. Saqué el móvil y vi un mensaje de mi hermana.

«Esto es una mierda. Quiero oír los mensajes de Bennett en nuestro monovolumen, no con toda esta gente. Quiero recuperar nuestro grupito.»

Tecleé rápidamente una respuesta. «¿Y si los viajes organizados no son lo nuestro?»

«¿Qué le pasa a la mamarracha de Becky?»

«No lo sé», respondí.

«Ni me importa», pensé, aunque no lo añadí.

Y, por supuesto, Becky volvió a abordarme en la excursión para hablar conmigo.

Solté la mano de Pippa y, después de que mi simulacro de esposa me diera su aprobación con un leve gesto de la cabeza, me aparté hacia un lado, entre las sombras de las barricas de roble.

—Me alegro de verte —empezó Becky.

Asentí con la cabeza, pero no dije lo mismo.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Pippa me gusta mucho.

Se me hizo un nudo en el estómago. A mí también me gustaba Pippa.

—Cam parece... genial. Enhorabuena.

—Gracias.

—Gracias a ti por sacar a Pippa a hacer yoga esta mañana —dije con una sonrisa—. Tiene un sentido de la aventura muy divertido.

—No sabía que era su primera vez.

—Estoy seguro de que lo ha practicado mucho, aunque en su imaginación.

Ambos nos reímos cortés e incómodamente. Becky miró hacia un lado e inspiró hondo. Y antes de que pudiese hablar, antes de que saliera ningún sonido de su boca, yo ya quería dejar esa conversación.

—Mira —dije—, no creo que debamos hacer esto.

—¿No crees que... debemos hablar? —preguntó.

Su rostro me resultaba muy familiar, a pesar de los seis años transcurridos. Grandes ojos castaños, cabello castaño oscuro. La gente describía siempre a Becky como «mona» porque era menuda y vivaracha, y porque, salvo en ese viaje, siempre tenía una sonrisa en los labios. Pero era más que mona; era preciosa. Simplemente, no estaba hecha de algo muy sólido por dentro.

—¿Ahora mismo? No —contesté con franqueza—. Llevaba años sin salir de vacaciones.

Tras apretarle el hombro con suavidad, volví con el grupo y deslicé mi brazo en torno a la espalda de Pippa. Mi hermana me miró a los ojos y luego observó a Becky, que regresaba junto a Cam con expresión derrotada. Sacudiendo la cabeza, intenté comunicarle que todo iba bien, pero Ziggy parecía decidida.

Tras hacer un gesto con la cabeza, se apartó del grupo y volvió hacia el vestíbulo de las bodegas. Nos alcanzó unos diez minutos más tarde, con una cesta de picnic colgada del brazo y una sonrisa triunfal en los labios.

—Huyamos.

Deberíamos haber sabido que llovería.

—Nunca confíes en un cielo azul en octubre —dijo Ziggy, renunciando a tratar de envolver de nuevo su bocadillo empapado y dejándolo caer en la cesta que nos habían prestado las bodegas.

Estábamos sentados bajo un inmenso roble que nos resguardaba de la lluvia, pero de vez en cuando, de forma inesperada, caía un chorro de alguna de las ramas.

—¿Qué norma es esa? —preguntó Will, dándole unos tiernos golpecitos en la barbilla. Le caía el agua por la cara hasta gotear desde la punta de la nariz, pero no parecía importarle—. Nunca la había oído.

—Se me acaba de ocurrir ahora.

—Hace un calorcillo raro —dijo Pippa, volviendo el rostro hacia el cielo. Ante la expresión de protesta de todo el mundo, añadió—: Pues es verdad. En Londres, cuando llueve, hace tanto frío que no te sientes simplemente mojado, sino calado hasta los huesos.

—Es cierto —convino Ruby—. Al ser de San Diego, pensé que me encantaría la lluvia, pero ya no la soporto.

A pesar de ello, a ninguno parecía importarnos demasiado la lluvia; desde luego, no lo suficiente como para abandonar el prado que se extendía junto a las bodegas, enmarcado por los colores del otoño y por los árboles cargados con las últimas manzanas de la temporada.

—Solo he vivido en Londres y Bristol —dijo Pippa—. Echaría de menos a mis madres, pero no creo que echase mucho de menos Londres. Puede que necesite una aventura. Myanmar. O Singapur.

—Vente aquí —dijo mi hermana mientras se tumbaba sobre las rodillas de Will, que le envolvió los hombros con los brazos.

—Ahora mismo eso suena espectacular. De acuerdo, seguramente será por mi actual estado de ánimo: un ex infiel en Londres, un empleo deprimente, que siempre nos entren ganas de mudarnos a cualquier sitio en el que estemos de vacaciones, etcétera. De todos modos, creo que me gustaría pasar una temporada en Estados Unidos.

Ziggy se incorporó sobre un codo, seria de pronto:

—Vale, ¿y por qué no lo haces? ¡Hazlo!

—No es tan fácil —intervino Niall—. Hay que conseguir un empleo, un visado...

—Bueno —dijo Ziggy, enjugándose unas cuantas gotas de agua de la cara—, si te interesa, tengo muchos contactos en el mundo de la ingeniería.

Continuó hablando de contrataciones internacionales y de algunos conocidos que tenía en el sector, pero desconecté y me puse a observar a Pippa. Componía una mezcla sorprendente de dulzura y descaro, de concentración y ligereza. Casi me parecía ver a la niña que se enfrentaba en su interior con la mujer responsable para decidir quién se llevaría el gato al agua.

—No lo sé —dijo Pippa en voz baja—. Tengo mucho en que pensar.

La lluvia arreciaba, empezando a caer con más fuerza desde las hojas. De pronto, dejamos de sentirnos resguardados. Pronto nos rodearía el agua.

—Chicos —dijo mi hermana mientras nos levantábamos y recogíamos nuestra basura—, sé que ya saqué el tema anoche, pero creo que tenemos que poner fin a este viaje. Nos quedan dos días más en la zona, y tengo la sensación de que...

—¿De que somos más felices en nuestra burbuja? —dijo Niall, acabando la frase por ella.

Todos me miraron, casi al unísono. No quería ser el motivo por el que abandonáramos Connecticut antes de lo previsto, pero al final parecía que no era el único con ganas de escapar. Así que acabé cediendo:

—Vale, muy bien. Tenéis razón.

—Más vino —dijo Pippa—, menos extraños.

Me miró y añadió entre risas:

—Bueno, aparte de mí.

Pippa

Una vez que acordamos poner fin al viaje en Connecticut, sentí que me quitaban un peso de encima. La idea era buena; la realidad, no tanto. A cambio, nos subiríamos al monovolumen y viajaríamos hasta Vermont antes de lo previsto para pasar una semana larga de tranquilidad en la cabaña. Como decía Niall: de nuevo en nuestra burbuja.

Todo sonaba muy fácil. Relajado, ¿no?

Sin embargo, nos quedaba una noche más en el hostel, y las otras dos parejas tenían previsto encerrarse en sus respectivas habitaciones con comida a domicilio y... bueno, ya me entendéis.

Jensen y yo podíamos salir a cenar y arriesgarnos a encontrarnos con Becky y Cam en aquella población tan pequeña... o simplemente quedarnos en el hostel.

No lo hablamos. No teníamos ningún plan. Solo... caminamos hacia allí, entramos, dejamos nuestras cosas sobre la cama y nos miramos.

—Bueno —dijo.

—Bueno.

Tras inclinarse a explorar el minibar, sacó una botella de medio de chardonnay y la levantó con un interrogante en la mirada.

—¿Aún no te has hartado del vino? —pregunté, con una carcajada.

—No creo que me harte nunca del vino —dijo, alargando el brazo hacia el sacacorchos.

No hubo necesidad de charla nerviosa mientras abría la botella. Era un hombre acostumbrado a ser observado en el centro de la habitación, a que la sala permaneciera en silencio cuando él hablaba, a que lo llevaran allí con la finalidad de que otros oyeran lo que tenía que decir e hicieran lo que hacía él. Observé cómo flexionaba el antebrazo al girar el sacacorchos. El corcho salió del cuello de la botella con un suave chirrido.

—¿En qué estás pensando ahora mismo, mientras me miras? —preguntó, alzando la vista solo cuando el corcho estuvo libre y capturado en la ancha palma de su mano.

—Solo... miraba.

Asintió con la cabeza, como si le bastase esa respuesta. Sonreí levemente, porque era justo el tipo de respuesta que solía darme Mark, y yo siempre insistía para que me dijese algo más.

Me pregunté si la relación que teníamos se le haría rara a Jensen, anclada como estaba en la nada más absoluta. De ese rollo no saldría ninguna asociación empresarial; tampoco una asociación romántica. Como era un hombre acostumbrado a centrar sus esfuerzos en actividades que mereciesen su tiempo, me pregunté si tendría que preparar algún proyecto sobre eficiencia o si yo era como un texto escrito en una pizarra blanca con las instrucciones «Pendiente hasta el 28 de octubre».

Me resultaba verdaderamente fascinante.

Se me acercó despacio y me tendió una copa medio llena de vino. Sin embargo, antes de que pudiera llevármela a los labios, se me acercó y apoyó su boca cerrada sobre la mía. Presionando, abriendo, saboreándome.

En algún momento de los dos últimos días, se habían girado las tornas. Jensen parecía menos desconcertado, menos sorprendido ante mí y más seguro de sí mismo, como si ahora persiguiese algo familiar y estuviera dispuesto a restablecer el control.

Se apartó, indicó con un gesto la copa que tenía en la mano y me dejó dar un sorbo antes de regresar inmediatamente para lamer el vino de mis labios.

—Me gusta cómo se mueven tus labios —dijo en voz baja, muy cerca, con los ojos aún concentrados en mi boca—. Siempre que hablas, es imposible no mirarlos.

—Es por el acento.

Lo había oído antes. A los hombres estadounidenses les gustaba ver hablar a las mujeres británicas; no era un misterio: hacemos morritos con las palabras, coqueteamos con ellas.

Sin embargo, Jensen negó con la cabeza.

—Son tan rosados... —dijo—. Y carnosos. —Se inclinó para besarme de nuevo y luego se apartó, trasladando su mirada hasta mis ojos y más arriba, hasta mi pelo—. Me dijiste que te tiñes el pelo a menudo, ¿no?

Atrapó un mechón entre sus dedos, que deslizó hasta la punta.

—A veces.

—Me gusta así —comentó, contemplando cómo sus propios dedos repetían la acción—. Ni rojo, ni rubio.

Sospeché que el motivo por el que le gustaba así era el mismo por el que no me agradaba a mí: era un pelo bastante discreto y disciplinado. Era largo y con unas ondas muy clásicas. Vagamente rubio, vagamente rojo, quizá incluso vagamente castaño... Reacio a comprometerse. Yo quería un pelo que hiciera una declaración: HOY, SERÉ DE COLOR ROSA.

—El color natural de tu pelo te resalta el azul de los ojos —continuó diciendo, y mi mente pisó el freno—. Los labios se te ven más rosados. Te da un aspecto demasiado perfecto para ser real.

«Vaya.»

Nadie me había dicho eso jamás, y de pronto el rosa me pareció un color tremendamente inoportuno para un pelo.

—¡Menudo cumplido! —dije, sonriendo de oreja a oreja.

Sus ojos esbozaron una sonrisa, pero su boca permaneció igual, con los labios levemente separados, como si me saborease en el aire. Alzó su copa, la apuró de un trago largo y la dejó sobre el escritorio, a su espalda. Acto seguido, se volvió de nuevo hacia mí. Estaba claro que esperaba que yo hiciera lo mismo.

Así que me puse a dar lentos sorbitos.

—Pippa —dijo, riéndose.

Me dio un beso en el cuello.

—¿Sí?

—Acábate el vino.

—¿Por qué?

Cogió mi mano y la apoyó sobre la parte anterior de sus pantalones para que pudiera notar el porqué.

—Llevo todo el día mirándote, con esos pantalones ceñidos y esa blusa casi transparente.

—Supongo que estarás acostumbrado a ver mujeres con gruesos jerséis de cuello alto y elegantes faldas de lana hasta la rodilla.

Se echó a reír.

—Ven aquí.

La sonrisa desapareció de mi cara al comprender lo que estábamos a punto de hacer. Él se percató.

—No tenemos por qué hacerlo —susurró—. Todo ha ido muy deprisa, ya lo sé.

—Pero... quiero hacerlo.

Jensen me quitó el vaso de la mano, lo dejó caer de cualquier manera encima del escritorio y me levantó en vilo. Mis piernas rodearon su cintura. Al cabo de un instante estaba encima de mí, moviendo su cuerpo sobre el mío.

Se frotó contra mí impaciente, buscando un ritmo. Su boca cubrió la mía, sus labios succionaron mis labios, su lengua se deslizó en el interior. Con un gemido, subió mi pierna hasta su cintura.

—Llevo horas empalmado.

Dios, podía correrme así.

La noche anterior lo había hecho.

Su miembro justo ahí, entre mis piernas, tan bien, desplazándose más duro, más rápido; su aliento caliente en mi cuello, sus suaves gemidos desatados ahora, como si fuera un jersey, yo hubiera tirado de un hilo suelto y ahora se estuviera deshaciendo poco a poco.

—No quiero correrme así —logré articular, bajo su cuerpo—. Quiero...

Cuando me quitó la blusa, se oyó un ruido. Tendría que comprobar más tarde si la prenda se había desgarrado o si se trataba solo de una puntada descosida. Me arrancó de un tirón los pantalones y las bragas. Se despojó de la camisa alargando el brazo hacia atrás, agarrando un puñado de algodón y tirando de él hacia delante hasta meterse el pelo en los ojos.

Unas manos febriles le bajaron los pantalones. Revolvió en la maleta buscando un preservativo, y el sonido del papel de aluminio al desgarrarse pareció invadir la habitación.

El húmedo deslizamiento del condón, la sensación de él colocándose encima, sujetándose la polla para que yo la acogiera en mi interior...

Cuando lo hice, nos quedamos en silencio, oyendo nuestra respiración entrecortada. Fue un momento de conciencia plena. Jensen contemplaba mi rostro. Me sentía totalmente desnuda encima de él, como no me había sentido jamás en ninguno de mis rápidos y torpes encuentros empapados en alcohol o de mis polvos apresurados bajo las sábanas. Mi vida sexual hasta ese momento parecía muy... obvia en comparación con aquello, y, aunque Mark le llevase a Jensen bastantes años, jamás lo vi tan seguro, tan maduro, tan... experimentado.

Sus manos agarraron mis caderas para ayudarme a encontrar el ritmo. La situación me abrumaba tanto que era incapaz de concentrarme, de hallar el espacio vacío que necesitaba para soltarme. Sin embargo, él pareció darse cuenta. Se sentó debajo de mi cuerpo y rompió por fin con ese hábito suyo de guardar silencio para decirme lo que sentía, para hablarme del calor que notaba. Su mano se interpuso entre nosotros y me tocó por primera vez así, apremiante y paciente al tiempo. Me entraron ganas de disculparme en un tonto arrebató; me sentía estúpida: mi cuerpo estaba tan trastornado por aquella realidad que no podía centrarme en el placer, pero a él ni siquiera pareció importarle.

Fue excitándome muy poco a poco. Me besó, me tocó y me elogió hasta que algo hizo clic en mi interior, hasta que alguna vía se deslizó en su lugar. Mi deseo cohibido y anonadado se convirtió en placer concentrado. Y ese placer, que lo arrasó todo, era tan bueno que casi me aletargaba. El orgasmo me invadió antes de oír mis propios gritos. Le estaba clavando las uñas en la espalda, frenética, con el cuello arqueado y la cara alzada hacia el techo.

Se puso encima de mí, miró el punto en el que se unían nuestros cuerpos y volvió a deslizarse en mi interior. Sus ojos me recorrieron hasta llegar a mi rostro, y solo cuando me estuvo mirando empezó a moverse otra vez.

—¿Estás bien? —susurró.

Asentí con la cabeza, pero lo cierto era que no estaba bien. En absoluto. Estaba perdiendo poco a poco mi puñetera cabeza.

Aquello no era lo que yo entendía por un rollo. Jensen no era superficial, olvidable. No era poco serio ni displicente. Era atento, era considerado y, me cago en la puta, parecía más interesado en pasar tiempo conmigo que en dormir, comer e incluso liquidar la historia con Becky. Casi daba la sensación de que era eso lo que quería.

Pero solo temporalmente.

Para asimilar su cuerpo con las manos, pasé mis palmas por la definición de su espalda, la firme curva de su trasero y el musculoso desplazamiento de sus caderas.

Ascendí por su vientre. Por su pecho.

Mis brazos subieron para enroscarse en torno a su cuello e instar a su cuerpo a volver al mío.

Sonrió, y sus labios buscaron los míos para darme un beso breve y lleno de ternura. Apretó el rostro contra mi cuello y cedió a la necesidad que tenía su cuerpo de follar de verdad.

La piel resbaladiza de su pecho se deslizaba sobre la mía arriba y abajo, arriba y abajo. Notaba en mi cuello su aliento cálido y entrecortado.

Aceleró el ritmo, exhalando un fuerte gruñido. Bajó la mano por mi costado para levantarme más la pierna, para entrar más hondo, para moverse mejor en mi interior. Solo fui capaz de observar cómo pasaba de disfrutar con aquello a vivirlo como una necesidad vital. Noté que su cuerpo llegaba a un punto de no retorno y que empezaba a gruñir con cada respiración. Finalmente se tensó bajo mis manos, emitiendo un largo y áspero gemido.

El sonido resonó en mi oído y pareció instalarse tiernamente a nuestro alrededor.

Sexo.

Habíamos practicado sexo.

Buen sexo. Y no solo bueno, sino también... real.

Y no se apartó de mí, no se retiró inmediatamente.

Su boca ascendió por mi cuello dejando un reguero de besitos cálidos. Al llegar a mis labios, nos besamos con la boca abierta para recuperar el aliento, sin palabras.

No sé qué habría podido hacer con un hombre como Jensen en mi vida cotidiana.

¿Habría podido siquiera dejarlo entrar, o habría seguido centrada en hablar, beber, contar chistes y vivir inmersa en el caos? ¿Me habría mirado siquiera, con mi pelo multicolor, mi dinámico tatuaje de un pájaro y mis faldas chillonas?

«No —pensé—. En ninguna otra circunstancia miraría dos veces un hombre como Jensen a una mujer como yo. Y aunque lo hubiera hecho, yo no habría tenido ni la más mínima idea de qué hacer con su atención.»

Me incorporé al despertar de repente.

La habitación estaba a oscuras y supuse que seguía siendo de noche, aunque no tenía verdadera percepción de la hora; en algún momento, Jensen debía de haberse levantado para cerrar todas las cortinas y construir una fortaleza oscura y cálida.

Esperaba haber permanecido acurrucada de lado con finura, respirando por la nariz como una dama. Por desgracia, no era la durmiente más delicada del mundo.

Lo cierto es que seguramente desperté a Jensen con mi sobresalto, porque se incorporó junto a mí y me frotó la espalda con una mano cálida.

—¿Estás bien? —preguntó.

Asentí, secándome la cara.

—He tenido un sueño raro.

Posó los labios sobre mi hombro desnudo.

—¿Una pesadilla?

—No exactamente. —Volví a tumbarme y tiré de él para que se acostara junto a mí; luego me acurrugué de lado para situarme frente a él—. Es algo que sueño muy a menudo. Al principio, salgo de mi piso. Llevo un vestido nuevo y elegante, y me siento estupenda. Sin embargo, a medida que transcurre el día, me doy cuenta de que la falda es más corta de lo que yo creía y me pongo a tirar de ella, nerviosa, preguntándome si es apropiada para el trabajo. Al final estoy en una reunión importante, o entro en una clase nueva, o... Bueno, ya me entiendes.

—Sí.

—Y veo que lo que yo creía un vestido es en realidad una simple blusa y que voy desnuda de la cintura para abajo.

Jensen se echó a reír y se inclinó hacia delante para besarme la nariz.

—Te has despertado gritando.

—Es terrible darte cuenta de que has ido a trabajar medio desnuda.

—Me lo imagino.

—¿Cuál es tu sueño recurrente?

Cerró los ojos, reflexionando. Emitió un sonido de placer cuando le pasó la mano por el pelo. Tenía un pelo muy suave, muy corto por los lados y un poco más largo en la parte superior. Lo suficiente para cogerlo con el puño cerrado. Me pareció que le gustaba.

—Lo que sueño con más frecuencia es que estoy matriculado en un curso y me doy cuenta al final del semestre de que tengo el último examen y todavía no he estudiado ni he ido a clase.

—¿Qué crees que dicen de nosotros esos sueños? —pregunté, dándole un masaje en el cuero cabelludo.

—Nada —murmuró, con voz ronca y relajada—. Creo que todo el mundo sueña las mismas cosas.

—La verdad es que este rollo no se te da nada bien —dije en voz baja, mirándolo a la cara mientras bajaba por su cuello y empezaba a frotarle los hombros—. Me tranquilizas en plena noche después de un mal sueño. Me abrazas. Me besas así después de que hagamos el amor por primera vez.

Encogió los hombros, pero no dijo nada.

Nos callamos los dos, y pensé que se había dormido hasta que su voz se alzó desde el silencio:

—Supongo que no se me dan muy bien los rollos sin ataduras. Lo intento.

—Pues, a juzgar por mi sensación de haber follado con un martillo neumático, creo que hay aspectos que se te dan muy, pero que muy bien.

Lanzó un gruñido tan grave que le resonó en el pecho. Noté el sonido como una corriente de electricidad sobre la piel. Me acurruqué contra él. Su brazo me rodeó y me estrechó contra su cuerpo.

—¿Así está bien? —preguntó, apretando los labios contra mi cuello.

—Creo que ya sabes que lo he pasado bien.

—No esperaba que te mostraras tan tímida al principio —reconoció.

—Yo tampoco. —Hice un sonido de placer cuando ascendió con la boca hasta situarla bajo mi mandíbula—. Eres un amante perfecto.

—¿Yo? —Se echó a reír suavemente—. Cuando me he corrido, he estado a punto de desmayarme.

Alcé la barbilla con orgullo.

—¿Tan increíble he estado?

—Sí. —Se dio la vuelta hasta colocarse encima de mí y me miró fijamente—. ¿Qué es lo que tienes?

—Como mucho queso.

Jensen ignoró mis palabras.

—Eres tonta, y preciosa, y...

—¿Un poco torpe?

Negó con la cabeza, todo sinceridad.

—Simplemente, eres inesperada.

—¿Quizá porque no buscas nada esperado aquí?

Me miró sin comprender, con una pregunta en la mirada.

—Quiero decir que ahora mismo estás haciendo lo que toca y que lo estás disfrutando —aclaré.

Jensen se inclinó para besarme. Apoyó sus labios en los míos, atrapó despacio el inferior y lo mordió con suavidad.

—Eres la chica perfecta para las vacaciones.

Hubo algo en su frase que me produjo un pequeño retortijón, que clavó una minúscula astilla en la carne tierna de mis sentimientos. No se trataba de que yo no quisiera ser la chica perfecta para sus vacaciones, sino de que él era mucho mejor que eso. Jensen era un hombre ideal en muchos aspectos y saldría renovado de ese viaje para buscar a una mujer que resultase adecuada para él. Una mujer que no fuese tonta, ni torpe, ni inesperada. Ni adicta al queso. Yo volvería a casa y me pasaría el resto de la vida comparando al siguiente tío, y al que vendría después, con el hombre que en ese momento estaba encima de mí.

De todos modos, allí estaba yo, en ese viaje, con un grupo de personas a las que admiraba sinceramente. Para ser franca, había tenido mucha suerte de conocer a aquella gente. No sabía si estaba a la altura.

Como si él lo supiera o viese esa inseguridad en mi rostro, dijo:

—Tengo la impresión de que serías una amiga muy divertida.

Lo miré parpadeando mientras trataba de alejar la vaga desazón que invadía mi pecho.

—¿Significa eso que no te gusto desnuda?

Me moví un poco y lo noté duro de nuevo entre mis piernas.

—Créeme, me gustas desnuda.

No supe traducir el tono de su voz en mi cabeza. Un «amigo muy divertido» y alguien bueno en la cama eran esencialmente todo lo que yo quería de un amante. Pero el tono de Jensen seguía sonando a aquello de la «chica para las vacaciones».

—¿No sales con amigas? —pregunté.

—Bueno... todas mis amigas están casadas o... la relación es estrictamente platónica.

—Qué triste.

Se echó a reír y me dio un beso en el cuello.

—Si quiero a una chica, quiero estar con ella, no ser su colega.

—¿Es que Becky y tú no erais colegas?

Encima de mí, Jensen se quedó inmóvil. Después se apartó despacio y se echó a un lado.

—No te sientas incómodo —dije, acercándome y acurrucándome contra su pecho—. Solo estamos hablando.

—Lo cierto es que no —dijo en voz baja, con la vista clavada en el techo—. Durante nuestro segundo curso en la universidad, una noche nos emborrachamos y nos enrollamos. A partir de ese momento, dimos por sentado que estábamos juntos.

—Pero supongo que te gustaba estar con ella.

Se encogió de hombros y dijo:

—Era Becky. Era mi novia.

—¿Una novia divertida?

Se volvió a mirarme.

—Sí, era divertida.

Practicaba una compartimentación muy rara.

—Por eso no tienes aventuras, ¿sabes? —dije—. Porque metes a la gente en categorías. Posible novia quizá esposa algún día, o amiga.

—A ti no te meto en ninguna categoría —replicó, volviendo a sonreír un poco por fin.

—Y por eso creo que te resulto inesperada.

Se echó hacia atrás y me miró a la cara.

—¿Qué edad tienes? Debería saberlo.

—Veintiséis.

—Pareces sensata.

Eso me provocó una sonrisa.

—Casi siempre me siento como una idiota, así que cogeré ese cumplido y me lo guardaré aquí.

Hice el gesto de metérmelo en un bolsillo del pecho.

Se inclinó hacia delante para darme un beso en la mano y dijo:

—Háblame de tu último novio.

—¿Quieres volver a oírlo todo sobre Mark? —pregunté, incrédula.

Él negó con la cabeza, riéndose.

—No, perdona, el que vino antes.

—Supongo que te referirás a algún hombre con el que haya pasado del primer polvo, ¿no?

Jensen se rio aún más y asintió con la cabeza, así que dije:

—En ese caso se llamaba Alexander, ¿no Alex, por Dios!, y quería casarse al cabo de tres citas.

—¿Te gustaba?

Reflexioné. Parecía que hubiese pasado mucho tiempo.

—Sí, creo que me gustaba mucho. Pero yo solo tenía veinticuatro años.

—¿Y?

—Yyy... —refunfuñé en tono de broma—. Incluso ahora, tengo la sensación de que apenas me conozco a mí misma. ¿Cómo podría prometer serle fiel a alguien durante toda la vida cuando todavía no estoy segura del todo de si le estoy siendo fiel a esta versión mía?

Se me quedó mirando y me pregunté si mis palabras le hacían pensar en su matrimonio con Becky.

—¿No quieres casarte? —dijo despacio, como si le costara entenderlo.

—Sí. Quizá. Algún día. Pero no es mi objetivo en la vida. No voy por el mundo preguntándome si el hombre que me acaba de sonreír en la calle puede aparecer más tarde en el bar del hotel, si nos pondremos a hablar y, pumba, de pronto me verá llevando un vestido blanco con cola.

Asintió con la cabeza, comprendiendo. Después se echó un poco hacia atrás, seguramente dándole vueltas a algo, así que tiré de él y le pregunté:

—¿Tú enfocas todas las citas pensando en el matrimonio?

—No —dijo con aire precavido—, pero no me molesto en salir con una chica más de una vez si no me imagino con ella.

—¿Ni siquiera para echar un polvo?

Sonrió y me besó la nariz.

—Bueno, mi amiga Emily sería la excepción, pero, por norma general, no me acuesto con mujeres con las que no salgo.

—¿Solo «chicas para las vacaciones»?

Jensen se permitió esbozar una leve sonrisa.

—Solo chicas para las vacaciones.

—De todas formas está bien, ¿no? —dije en voz baja.

Me besó. Su lengua se deslizó sobre la mía, cálida y resbaladiza, provocándome un anhelo en el pecho y más abajo, entre las piernas.

—Está bien no tener presión, saber que ninguno de nosotros quiere más.

—Creo que disfrutas con esta clase de sexo —susurré—. Creo que te gusta soltarte y ponerte guarrete en la cama.

—Es cierto que suelo esperar unas cuantas citas antes de acostarme con una chica. Y hace algún tiempo que no tengo una novia propiamente dicha.

—¿Cuál fue la última mujer con la que estuviste? ¿Emily?

Negó con la cabeza y se mordisqueó el labio inferior, pensando, mientras su mano subía y bajaba por mi espalda desnuda.

—Veamos. Se llamaba Patricia...

—¡Patricia! —dije con una risotada—. ¿Jugaste con ella a los banqueros desobedientes?

Se me acercó un poco más y me hizo unas cosquillas en el costado.

—¿Cómo lo sabes? Lo cierto es que trabaja como ejecutiva en Citibank.

—Entonces ¿pasasteis un rato divertidísimo en la cama?

Jensen se echó un poco hacia atrás y me dedicó una mirada de advertencia antes de replicar:

—Las relaciones no se basan solo en lo que ocurre en la cama.

Cuando pronunció esas palabras, noté la irónica presión de su miembro contra mi vientre y bajé la mano para rodearlo.

—Pero lo que ocurre en la cama es vital para una relación. Al menos al principio.

Se movió hacia atrás y hacia delante. No lo solté.

—Cierto...

Compartimos unos momentos de contacto visual. Sus caderas se movieron despacio hacia delante y hacia atrás mientras arrastraba la polla por la palma de mi mano. Me entraron ganas de tocar todo su cuerpo, no solo porque me gustaban sus contornos y su tensión, sino también porque intuía que nadie se había impuesto nunca como misión conocer de memoria cada fragmento de él.

—Es una lástima... —empezó, y dejó la frase sin acabar al empezar a moverse más deprisa, con la respiración entrecortada.

—Sí que lo es —susurré.

«Es una lástima que sea demasiado excéntrica para ti.

»Es una lástima que estés demasiado ocupado para mí.

»Es una lástima que solo esté conociendo mi propio corazón y tú tengas el tuyo envuelto en plástico de burbujas.»

Su boca cubrió la mía. Sus labios cálidos y un poquito húmedos descendieron por mi cuello. Tiró de mis pechos, chupando. Sus dientes bajaron más aún, por encima de mi ombligo, hasta que estuvo allí, cálido y jadeante, pasando la lengua por el espacio anhelante entre mis piernas.

—Más fuerte —pedí, ahogando un grito, al ver que me lamía con demasiado cuidado—. No seas delicado.

Hizo lo que le pedía. Deslizó sus dedos en mi interior mientras chupaba y lamía. Fue perfecto, frenético. Mi cuerpo perseguía y perseguía la sensación hasta que supe lo que quería, y...

—Aquí arriba... por favor.

En cuestión de segundos estaba allí, necesítándolo tanto como yo. Se puso un condón. Sentí un gran alivio al notar que me penetraba. Pesado, ávido, metiendo los brazos bajo mis hombros para sujetarse.

Me entraron ganas de verlo desde arriba, lo necesitaba,
con una extraña desesperación,

porque, de pronto, estaba pensando en Mark, en sus vigorosas nalgas y en la sensación que me produjo, incluso en aquel dramático momento en que el corazón se me estaba rompiendo en mil pedazos dentro de la garganta; la sensación de que sus movimientos encima de la mujer sin nombre eran remotos y distantes, como los de una máquina oscilante.

Sin embargo, aquí, daba la impresión de que Jensen intentaba deslizarse a través de cada centímetro de mí.

Su pecho sobre el mío, nuestros muslos unidos, su polla en mi interior. Empujaba a fondo, arqueándose contra mí, como si tratara de penetrarme por completo.

Era como si cada fragmento de él necesitase contacto. ¿Cómo podía no ver un hombre tan refrenado por sus propias normas cuánta pasión anhelaba?

Me agarré a su trasero, tirando de él para que entrase aún más hondo, estimulándolo con mi voz y mis movimientos desde abajo. Encajábamos. Suena absurdo, y siempre había detestado esa idea, pero era cierto: su cuerpo encajaba con el mío como si fuéramos piezas torneadas complementarias. Me costó contenerme y no morderle el hombro, que acuchillaba el aire sobre mí.

No quería que aquello terminara, no podía imaginarme despertando sin aquella sensación y pasando el día sin su piel contra mi piel, su boca en mi cuello y sus sonidos guturales, tan poco refinados, casi salvajes, resonando en mi oído. Ver aquella parte de él me producía euforia. Era como ver soltarse la melena al primer ministro, a un zar o a un rey.

Mi orgasmo fue como una auténtica revelación, una espiral que me invadió desde el centro, ascendiendo y descendiendo al mismo tiempo. Me arqueé y flexioné debajo de él, rogándole que no parara, *«no pares, por favor, Jensen, no pares nunca»*.

Sin embargo, tuvimos que parar, porque su cuerpo, cada vez más tenso, hizo lo mismo encima de mí: sus brazos me agarraron y su rostro se apretó contra mi cuello en una postura de alivio que dio la impresión de ceder y soltar a la vez.

Ambas cosas parecen lo mismo, pero no lo son. Lo percibí con toda claridad.

El aire a nuestro alrededor era cálido y sereno. Despacio, aunque no lo suficiente, se mezcló con el aire acondicionado de la habitación, y todo pareció enfriarse. Jensen salió de mi interior en un movimiento que nos llevó a los dos a gemir en voz baja. Se arrodilló entre mis piernas para quitarse el condón y luego se quedó allí sentado, con la barbilla contra el pecho, respirando profundamente.

Yo había tenido otras aventuras. Había tenido rollos de una noche con unos cuantos hombres. Hombres que me caían bien, hombres distraídos, hombres hambrientos; olvidables en muchos aspectos.

Lo de esa noche era muy distinto.

Sabía que recordaría a Jensen cuando fuese una anciana y pensara en mi vida. Me acordaría del amante que tuve en Boston, durante mis vacaciones. Me acordaría de ese momento de ternura en que se sintió abrumado por el amor que acabábamos de tener. Puede que hubiese sido una chispa, un fósforo frotado contra el pavimento y apagado, pero estaba allí.

Lo miré fijamente mientras alargaba el brazo a través de la cama para tirar el preservativo en la papelera que descansaba junto a la mesilla de noche. Volvió conmigo, cálido, cansado y deseoso de la lánguida clase de besos que constituyen el más dulce prelude del sueño.

No me asusté, pero tampoco me sentí entusiasmada.

Porque Jensen estaba en lo cierto: todo aquello resultaba muy inesperado.

Pippa

Nuestro último trayecto nos llevaría en dirección al norte, hasta la cabaña de Waitsfield, Vermont, al sudeste de Burlington. Todos estábamos atontados después de permanecer despiertos hasta muy tarde en nuestras respectivas habitaciones la noche anterior. Aunque quizá, más que nada, se nos hubieran acabado los temas de conversación.

Jensen y yo habíamos dejado de fingir, pero algo distinto se había instalado entre nosotros: el permiso para besarnos y tocarnos, no para que otros nos vieran o como una especie de juego, sino porque queríamos hacerlo.

En la última hilera de asientos, eché una cabezadita sobre su hombro, vagamente consciente de nuestra postura: su brazo derecho rodeándome; su mano izquierda sobre mi muslo, justo debajo del borde de la falda; su cuerpo inclinado hacia el mío, curvándose para convertirse en una almohada más cómoda. Era consciente de que hablaba en susurros cada vez que Hanna le preguntaba algo desde el asiento del copiloto. Era consciente del peso de su beso cuando, de vez en cuando, sus labios me rozaban el pelo.

Pero hasta que no me despertó suavemente con el codo no fui consciente del hecho verdaderamente mágico que estaba sucediendo: los paisajes urbanos habían dado paso a una exuberante naturaleza. En sus últimos momentos de vida antes del invierno, los arcos flanqueaban densos las carreteras de doble sentido. Naranjas y amarillos cubrían el suelo, agitados por el viento a nuestro paso. Aunque todavía se distinguía algo de verde aquí y allá, la tierra componía una gama de tonos ocres y fuego menguante con el cielo azul brillante como telón de fondo.

—Madre mía —susurré.

Noté la atención de Jensen junto a mi rostro, pero apenas pude apartar los ojos de aquello.

—¿Quién... quién...? —empecé, incapaz de imaginar quién era capaz de vivir allí y marcharse alguna vez.

—Nunca te he visto sin palabras —dijo, asombrado.

—Solo hace siete días que me conoces —le recordé con una carcajada, recuperando la capacidad para volverme y mirarlo.

Qué cerca. Sus ojos eran lo más brillante dentro de aquel coche, concentrados como estaban solo en mí.

—Pareces muy pensativo —susurré.

—Eres preciosa —dijo también en voz baja, acompañando sus palabras con un leve gesto de los hombros.

«No te enamores, Pippa.»

—Faltan diez minutos para llegar —anunció Will desde el asiento del conductor.

Noté que el interior del coche recuperaba la energía. Ruby, que se echaba una siestecita sobre las rodillas de Niall, se levantó y estiró sus largos brazos en el asiento de delante.

Dejamos atrás un pueblecito. Las casas aparecían cada vez más espaciadas. Pensé en Londres, una ciudad donde la gente vivía amontonada, e intenté imaginar una existencia aquí.

La sencillez de tener solo lo que necesitas, de llevar una vida agradable y serena de verdad, de poder ver todas y cada una de las estrellas.

Y la dificultad, también, de no poder ir caminando al mercado, de no poder regresar a casa con una bolsa de comida para llevar ni viajar en metro de un lugar a otro, de no poder alejarse de los mismos amigos de siempre sin conducir largo rato.

Sin embargo, tendrías eso en la puerta de casa cada minuto, y no dejaría de evolucionar, del invierno a la primavera, al verano y al otoño. Atrás quedaría el gris inglés que ocupaba el cielo con mucha más frecuencia que el sol.

Los dedos de Jensen ascendieron por mi cuello y se introdujeron entre el vello de la nuca para darme un suave masaje, como si hiciese aquello cada día.

¿No podía imaginarme abandonando ese estado, o simplemente no quería que terminara ese viaje?

—Puede que mi teléfono móvil se sienta así cuando se queda sin batería y lo dejo en paz durante unas horas —murmuré.

A mi lado, Jensen se echó a reír.

—Tus extrañas metáforas empiezan a tener sentido para mí.

—Estoy ensuciando tu intelecto poco a poco.

—¿Es eso lo que haces cuando me follas hasta dejarme idiota?

Aunque Jensen pretendía hablar en voz baja, vi de reojo que Ruby se enderezaba más en su asiento, fingiendo no escuchar, y se inclinaba hacia la ventanilla. Le apoyé un dedo sobre los labios, sacudiendo la cabeza mientras contenía una carcajada.

Abrió unos ojos como platos al comprender que los demás habían oído sus palabras, pero, en lugar de sentirse incómodo y sacar su móvil en busca de una inmediata retirada emocional, se inclinó hacia delante y apoyó su boca sobre la mía,

atrapando mis dedos a la vez. Aquel permiso para tocarnos cuando quisiéramos y dónde quisiéramos iba a acabar conmigo.

«No te enamores, Pippa.

»No te enamores.»

—¡La hostia, chicos! —exclamó Will desde delante, y todos nos asomamos por nuestras respectivas ventanillas.

Un camino privado salía de la carretera principal. El vehículo enfiló el camino, y las ruedas produjeron un suave chirrido al pisar la mezcla de gravilla y corteza de árboles. El aire era más fresco y húmedo bajo la sombra de las gruesas ramas, que no dejaban pasar el sol. Olía a mantillo, a pino y a tierra en descomposición. Un camino de acceso dibujaba una curva delante de nosotros, y Will fue aminorando la velocidad hasta detener el monovolumen y apagar el motor.

Casi daba miedo perturbar el silencio que siguió, mover las hojas o ahuyentar algún pájaro al abrir la puerta del coche. La casa que se alzaba ante nosotros parecía salir de una película de mi infancia. Era una inmensa cabaña de troncos con tejado a dos aguas, hecha con tablas de arce y teñida de un marrón cálido y meloso. Unos arbolitos flacuchos punteaban el perímetro y se fundían con el matiz más oscuro del bosque que rodeaba la construcción.

—¡Es aún más flipante que en las fotos! —exclamó Ruby, con la nariz pegada al cristal para poder verlo todo.

—¡Desde luego! —chilló Hanna.

Al final bajamos del monovolumen, estiramos brazos y piernas y nos quedamos mirando la casa, maravillados.

—Hanna —dijo Will en voz baja—, nena, con esto te has superado a ti misma.

Ella se puso a dar saltitos sobre las puntas de los pies, mirándolo con orgullo.

—¿Tú crees?

Él sonrió, y un silencio lleno de sobreentendidos se instaló entre ellos. Aparté la mirada para darles intimidad.

Ruby cogió a Niall de la mano y ambos echaron a andar por el sendero que conducía a la cabaña. Todos los seguimos, contemplando los árboles, el cielo y el entramado de senderos para caminar que salían del punto en el que estábamos y penetraban en el bosque.

El sendero más cercano iba desde el aparcamiento hasta uno de los lados de la casa, pero la majestuosa entrada principal dejaba pequeño al mismísimo Niall. La cabaña tenía dos plantas, con balcones en cada extremo. Un par de mecedoras flanqueaban el porche delantero, y a un lado se veía un poco de leña cortada y apilada con pulcritud. En previsión de nuestra llegada, el guarda había encendido un cálido

fuego en la chimenea, y a través de la ventana distinguí una botella de vino tinto, abierta para que respirase, sobre la mesa situada nada más entrar.

Todo lo que no era madera era cristal; ventanas y más ventanas cubrían la parte lateral de la casa, iluminando el exterior de la cabaña con la misma luz cálida que bañaba el interior.

Hanna sacó una llave de un sobre que llevaba en la carpeta y abrió la puerta.

—Esto es absurdo de cojones —me oí decir a mí misma.

Jensen se rio a mi lado, y Will se volvió y asintió con una sonrisa.

—Sí, claro.

—Quiero decir que cómo narices voy a volver a la vida real después de esto. Vivo en una choza.

Hanna se echó a reír, encantada.

—Creía que éramos amigas, Hanna —intervino Ruby, con una carcajada—, pero después de esto el resto de mi vida parecerá deprimente. Y la culpa es tuya.

Hanna estrechó a Ruby entre sus brazos y me sonrió por encima de su hombro.

—Es que somos amigas —dijo, y su sonrisa se ensanchó cuando Will se le acercó por detrás y la abrazó a su vez—. Somos las mejores amigas del mundo, y estas son las mejores vacaciones de mi vida.

«Nueve días más —pensé, mirando a Jensen mientras Niall y él se reían de lo absurdo de nuestra buena suerte—. Solo me queda algo más de una semana para estar con ellos.»

Esa noche, mientras el sol se ponía al otro lado del ventanal de la cocina, bebimos vino sentados alrededor de la barra de desayunos mientras Will cocinaba para nosotros. Sin que la propia Hanna lo supiera, había encargado comestibles después de planear las comidas de la semana.

Mientras nos servíamos el vino y nos reíamos al oír de labios de Niall la serie completa de los mensajes que Bennett había enviado en la última semana al móvil de Will, Jensen permanecía apartado a un lado, escuchando sin intervenir.

—«No sé si mantenerla embarazada los próximos diez años —leyó Niall—, o hacerme una vasectomía sin decirle nada y rezar para recuperar a mi mujer.» —Bajó un poco en la lista de mensajes, murmurando—: Ese fue de hace dos días. Este, de anoche: «Chloe ha preparado un pastel». Y Max respondió: «¿Y no fue para tirártelo a ti?».

Will se rio mientras echaba unos ajos en una sartén con aceite caliente.

—Les dije que no tendríamos cobertura en toda la semana y que si necesitaban algo tendrían que llamar al fijo.

Me pregunté si Hanna miraría de vez en cuando a Jensen igual que hacía yo, observando cómo se sacaba el móvil del bolsillo y contemplaba la pantalla.

No tuve que preguntar para saber lo que veía en ella: nada. Ni barras, ni 4G, ni LTE, ni cobertura. Después de meter el equipaje en la casa, había revisado el registro de huéspedes, sintiendo más curiosidad por el lugar de procedencia de los visitantes anteriores que por el sitio donde encontrar los mandos a distancia y la leña. Allí había leído que tampoco había wifi.

Al menos, con tanta visita a las bodegas casi no habíamos parado. Si además teníamos en cuenta el drama de Becky y la presencia a su lado de la chica para las vacaciones, Jensen no había podido preocuparse demasiado por el trabajo. Sin embargo, ahora sabía que se extendían ante él nueve días vacíos, salvo por aquello con que decidiera llenarlos él. Vi cómo reaccionaba ante el aislamiento de la cabaña y los días de ocio que tendría que soportar allí: con gesto tenso, se deslizó el móvil de nuevo en el bolsillo y se giró para mirar por la ventana.

Y luego se volvió hacia mí para mirarme a los ojos como si hubiese intuido que lo estaba observando. Estoy segura de que mi expresión era bastante vehemente y agresiva; tenía la mandíbula apretada y los ojos clavados en él, comunicándole muy a las claras lo que estaba pensando: «Deja el puñetero móvil, Jens, y pásatelo bien». Así que sonreí y, guiñando un ojo, levanté mi copa elocuentemente hasta mis labios y di un largo trago.

La tensión de sus hombros se disolvió poco a poco. No sé ni me interesa saber si fue consecuencia de un esfuerzo por su parte o de algún mecanismo subconsciente. El caso es que cruzó la habitación para situarse de pie junto a mí.

—Nada de trabajo, ¿vale? —dije con una sonrisa—. Siento ser yo quien te lo diga, pero aquí no está permitido ejercer la abogacía. Qué lástima.

Sacudió la cabeza con una risa breve y tensa. Acto seguido, se inclinó para darme un beso en el pelo. Sin embargo, no se retiró enseguida, así que me aproveché y me recosté contra su peso sólido y tranquilizador, conteniendo una sonrisa más amplia mientras sus brazos me rodeaban.

La excusa de Becky estaba a cientos de kilómetros de distancia, y aun así nadie reaccionó como si ese abrazo resultase raro.

La primera mañana, después de dormir hasta una hora indecente, desayunamos bizcochitos de suero de leche cubiertos de confitura. Después salimos a coger moras y a nadar en el ancho arroyo. Por la tarde ganduleamos junto al fuego en la cabaña, leyendo todos los fabulosos y terribles misterios que pudimos encontrar en los estantes de la casa.

Y los días fueron pasando de ese modo: paseos por el bosque, siestas después de comer e interminables horas de risas en la cocina, bebiendo vino mientras Will cocinaba.

En mi opinión, lo único que faltaba era cortar un poco de leña, aunque fuese innecesario.

El tercer día supe que no podía dejar de mencionarlo. Sospechaba que, cuando volviésemos la vista atrás, esa podía ser mi auténtica aportación al viaje.

—El fuego parece un poco mortecino —les dije a los hombres, que jugaban al póquer en el comedor.

Ruby alzó la vista de su libro y luego paseó la mirada elocuentemente entre la inmensa butaca de cuero junto al fuego en la que yo leía hecha un ovillo y la pesada pila de leña amontonada delante de la chimenea.

—Pues hay un montón de leña —dijo, confusa.

—Ruby Stella —dije en voz baja—. No voy a decirte que cierres esa boca, pero tampoco voy a dejar de decírtelo.

Se dio una palmada sobre la boca en el preciso momento en que Will entraba corriendo en la habitación, preocupado. Se detuvo en seco al ver el fuego, que ardía con fuerza en la chimenea, y la gigantesca pila de leña que descansaba junto a él, nada insuficiente.

—Claro, puedo poner más leña encima —dijo, sin que el tono de su voz dejara traslucir si estaría pensando que menuda vaga estaba hecha.

Will era todo un príncipe.

—La cuestión es que la leña recién cortada es un lujo —dije, apoyándome sobre un codo—. El olor, el chisporroteo...

Ladeó la cabeza y me observó. A continuación miró a Hanna, que se reía tontamente detrás de su libro.

—«¿Recién cortada?» —repitió.

—Me parece que he visto un hacha detrás de la leñera —añadí amablemente—. Un hacha grande y pesada. Y hay varios troncos más grandes dentro...

En ese momento vi a Jensen en la puerta. Tenía un hombro apoyado contra el marco.

—Pippa.

Lo miré y sonreí.

—¿Qué?

Él se limitó a contemplarme.

Hice una mueca compasiva.

—A no ser que no sepáis manejar un hacha. O al menos una tan grande.

Oí la risa de Niall procedente del comedor.

—Puedo manejar un hacha perfectamente —dijo Will, retrocediendo un poco—. Utilizar un hacha suena como dar un paseo por el parque.

—No —dije, apaciguándolo—, sois chicos de ciudad. No quiero que os hagáis daño. No debería haberlo propuesto. Lo siento.

Desde el sofá, Ruby murmuró:

—Jooodeer.

Niall apareció detrás de Jensen y me sonrió.

—Pippa, eres malísima.

—Puede que los malísimos seáis vosotros cortando leña.

Jensen y Will cambiaron una mirada y luego Jensen se agarró el borde del jersey, tiró hacia arriba y se lo pasó por encima de la cabeza hasta quedarse en camiseta y vaqueros.

—Me parece que nos han desafiado.

Nos levantamos prácticamente de un salto y seguimos a los hombres al jardín trasero.

A un lado del cobertizo había un tajo para cortar leña y, a solo unos metros de distancia, apoyada contra la estructura, se hallaba una impresionante hacha.

Un hacha tremendamente impresionante. Yo solo intentaba que se picaran, pero aquello parecía... muy pesado.

Tuve mi primer momento de vacilación.

—Chicos, puede que...

Will la cogió con una mano y la hizo oscilar por encima de su hombro. Junto a mí, Hanna forzó una exhalación temblorosa.

—¿Qué ibas a decir, Pippa? —preguntó Will, frunciendo el ceño con una expresión entre burlona y seria.

—Mmm... nada.

Niall salió del cobertizo con un tronco más grande que él, lo juro, y lo dejó en el suelo para que Will lo cortara en trozos más pequeños a fin de poder partirlo luego sobre el tajo.

Sin embargo, en lugar de empezar a cortar, Will le pasó el hacha a Jensen y luego me miró con una sonrisa maliciosa que decía algo así como «De nada» y «Así te callarás».

Sin mirarme siquiera y con un aire muy sexy y decidido, Jensen levantó el hacha por encima del hombro derecho y la bajó con fuerza hasta clavarla en el tronco. El sonido resonó a nuestro alrededor, ahuyentando a una bandada de pájaros que descansaba con toda comodidad en un árbol cercano.

—¡Hostia, me siento como un hombre! —exclamó sorprendido, y se echó a reír mientras liberaba la hoja antes de tomar impulso de nuevo.

Su camiseta era blanca, y debajo pude ver los músculos de su espalda tensándose cuando clavó el hacha en la leña fresca. Hanna daba saltitos a mi lado, animando a su hermano, pero mi atención se concentraba en Jensen. Y en su espalda.

La misma espalda que había notado mis uñas mientras me follaba contra el tronco de un árbol el día anterior.

La misma espalda que yo había enjabonado hasta formar espuma esa misma noche en el cuarto de baño.

La misma espalda que había sudado bajo las palmas de mis manos mientras movía su cuerpo sobre el mío en la cama esa mañana.

—Santa María, madre de Dios —murmuré.

Era una lumbrera.

—Temo por la salud de Pippa —dijo Niall entre risas—. ¿Alguien entiende de reanimación cardiopulmonar?

Al oír esas palabras, Jensen se echó hacia atrás y me miró por encima del hombro con la frente húmeda de sudor. Cuando vio mi expresión, sonrió con ferocidad y se le formaron unas arruguitas en el raballo de los ojos.

Era justo la expresión que había mostrado dos noches atrás, cuando me había arrojado literalmente sobre la cama y se había echado encima de mí.

—¡Tu turno! —le dijo Ruby a su marido, y Jensen, sofocado y despeinado, le pasó a Niall el hacha.

Con los ojos brillantes de emoción y envidia, Will cogió un trozo de medio metro del tronco que Jensen había partido y lo colocó sobre el tajo para Niall.

Jensen se puso a mi lado, sospechosamente cerca. Entonces me llegó su olor, una mezcla de sudor limpio y loción para después del afeitado. Menudo cabroncete estaba hecho. A fin de cuentas, le había dicho pocos días atrás, durante un paseo, lo mucho que me encantaba su olor cuando sudaba.

—Eres peligroso —susurré.

—¿Yo? —preguntó sin mirarme, haciéndose el inocente—. Eres tú la que ha manipulado a todo este grupo para que saliéramos aquí a cortar leña.

Crucé los brazos sobre el pecho, complacida.

—Soy muy lista.

—Ha acudido a mi mente la expresión «genio del mal».

—Desde luego, qué bien manejas el hacha...

Se volvió y me tapó la boca con una mano mientras se reía. Se me acercó un poco más y susurró:

—Eres una guarrilla.

—Y a ti te gusta —murmuré contra su palma.

No pudo discutirme. En lugar de eso, me besó en la frente antes de dedicarme una mirada de advertencia y retirar la mano.

Niall alzó el hacha. De soslayo, vi que, al presenciar cómo su marido cortaba el tronco exactamente por la mitad, Ruby experimentaba la misma reacción que yo había tenido ante Jensen.

—Esto tiene que ser algo instintivo —dijo Will, asintiendo en señal de aprobación—. Después tendríamos que ir a practicar la lucha libre, o a cazar unos... — Se interrumpió y miró a Hanna, que se reía de él mientras le rodeaba la cintura con los brazos—. Bueno, da igual, ya compré salmón para esta noche.

Will realizó unos cuantos turnos, sin dejar de proclamar que debía de llevar en la sangre la habilidad para cortar leña y que nunca se cansaría de hacerlo.

—Ha sido una forma genial de aprovechar la tarde. Creo que deberíamos dedicarle a Pippa nuestro primer hijo —dijo Hanna, un poco jadeante.

Will dejó caer el hacha y se volvió a mirarla.

—¿Quieres que nos pongamos manos a la obra ahora mismo?

Se cargó a su mujer al hombro y la llevó adentro. Hanna chilló feliz.

La salida de Niall y Ruby fue más sutil. Él se limitó a cogerla de la mano, a dedicarme una leve sonrisa y a decir en voz baja:

—Si nos disculpáis...

Seguidamente entraron en la casa.

Sonriente, Jensen se volvió hacia mí y empezó a aplaudir despacio.

—Tu plan malvado ha salido a pedir de boca.

—¿Malvado? —repetí, mirando a nuestro alrededor con intención—. No solo hemos cortado leña para la chimenea, sino que, además, ¡todo el mundo está haciendo el amor por la tarde!

—¿Todo el mundo? —preguntó, acercándose.

El sudor del pecho le pegaba la camiseta a la piel. Levanté una mano y la apoyé allí.

—Bueno... puede que todo el mundo no.

Se inclinó y me rozó los labios con los suyos. Y, por si el ingenio discreto e irónico de Jensen no me llevaba a adorarlo, sin duda lo lograban esos momentos tiernos que tanta tranquilidad me infundían.

—¿En tu habitación o en la mía?

Me eché a reír.

—Llevamos aquí tres días. ¿Por qué vamos a molestarnos en utilizar otra cama a estas alturas?

Había cuatro dormitorios en la casa: dos habitaciones dobles y dos individuales. Aunque Jensen había dejado su maleta en la más pequeña, al fondo del pasillo, no había llegado a utilizarla. No sé cómo explicarlo, pero allí, en compañía de sus mejores amigos y de mi querida Ruby, habíamos establecido sin esfuerzo una rutina de amantes. Ya no jugábamos a estar casados ni nos hacíamos ilusiones pensando que podríamos continuar cuando nos marchásemos de allí, pero tampoco abordábamos aquello como si se tratase de unos simples polvos sin ataduras en los rincones oscuros de un pasillo. Es cierto que habíamos acabado emparejados porque no había nadie más, pero la situación ya no resultaba forzada.

Me besaba delante de todos y nadie pestañeaba.

En las excursiones, me cogía de la mano como si llevara años haciéndolo.

Y, aunque no hubiera ninguna Becky por allí ni ningún otro motivo que nos obligara a fingir, dejaba muy claro que dormiríamos en la misma cama durante toda la semana. Así eran las cosas: ni preguntas, ni explicaciones.

Sucedió la última noche que pasamos en la cabaña. Jensen me sentó sobre sus rodillas en la gran butaca de cuero del salón. Al pensar en hacer el equipaje y regresar a Boston para pasar allí la última semana de mis vacaciones, empecé a sentir un dolor sordo y palpitante en el pecho. Permanecimos allí sentados, yo acurrucada sobre sus rodillas y mirando por la ventana, con el fuego crepitando a menos de tres metros de distancia, y él leyendo.

—Estás muy callada —dijo, rompiendo el silencio.

Dejó el libro sobre la mesita y cogió su copa de whisky para dar un sorbo.

Me estiré para darle un beso y noté el sabor del licor en sus labios.

—Estoy pensando.

—¿En qué piensas? —preguntó, devolviendo la copa a la mesa y mirándome a los ojos.

Me apoyé en su hombro y noté que me cogía por debajo de las piernas para estrecharme aún más contra su cuerpo. Tenía ganas de decirle que había estado pensando en él, en mí, en lo agradable que era aquello y en lo poco que me entusiasmaba la idea de volver a casa. Sin embargo, no era eso exactamente.

Sabía que Jensen y yo habíamos vivido en una burbuja y que las cosas no serían así en nuestra vida cotidiana. No podían serlo. Me habría gustado que nuestra existencia no se basara tanto en la profesión y en los logros. Deseaba cosas que no eran realistas, como, por ejemplo, un Jensen que no viviera obsesionado por el trabajo y que estuviera dispuesto a escaparse conmigo a una cabaña del bosque seis meses al año para regresar al mundo real solo cuando estuviésemos absolutamente hartos de panecillos con moras y de sexo sin límites. Para empezar, deseaba una Pippa que pudiera permitirse escapar durante seis meses al año.

—Estoy soñando con cosas imposibles —dije.

Se puso un poco tenso.

—Las tortitas de Will para siempre —aclaré—. Y el arce gigantesco que está detrás de la casa. Seguro que da la mejor sombra en verano. Me gustaría que pudiéramos quedarnos en esta cabaña.

Jensen se movió y me sentó a horcajadas sobre su cuerpo.

—A mí también.

Cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás, contra el suave cuero.

—Tengo miedo de mirar mi bandeja de entrada.

Me miró casi perdido. Parecía asustado. Su móvil llevaba una semana abandonado sobre la silla del dormitorio. Creo que ni siquiera le había echado un vistazo, y menos aún lo había cogido para comprobar si había cobertura.

Le apoyé una mano en el pecho y sacudí la cabeza.

—No, por favor. Si quieres que el último día aquí sea tan bueno como los ocho anteriores, ahora no puedes hacer nada. Me quedan dieciocho horas en este sitio y pienso aprovecharlas al máximo.

Jensen asintió, tomó mi mano y me depositó un beso en la palma. Contemplé sus manos, mucho más grandes que la mía. Mi piel resultaba muy clara en comparación con la suya. Mis brazos estaban libres de pulseras; mis uñas, libres de esmalte. Llevaba más de una semana sin maquillarme. Ostras, algunos días ni siquiera me había molestado en ponerme sujetador.

—Han sido dos semanas muy raras —murmuré.

Asintió con la cabeza.

—Ex esposas y matrimonios de mentira —dije—. Recorrer la costa Este bebiendo y ver cortar leña a los machos.

—Yoga matinal y canciones desafinadas —añadió él—. Las canciones desafinadas me gustaron.

—Mi parte favorita.

—¿Has dicho que fueron tu parte favorita? —preguntó con una sonrisa desvergonzada.

—Está bien, puede que haya habido un par de momentos mejores.

—Lo cierto es que yo he disfrutado cada momento —dijo, y luego se paró a reflexionar—. O casi.

Sospeché que se refería a Becky.

Alcé la vista y esperé a que me mirase a los ojos.

—¿Volveré a verte alguna vez?

—Estoy seguro.

—¿Echarás esto de menos? —pregunté en voz baja.

Entornó los ojos.

—¿Me lo preguntas en serio?

No supe muy bien cómo responder a eso.

—Pues... sí. Al fin y al cabo, solo soy una chica para las vacaciones.

Apretó los músculos de la mandíbula y miró hacia un lado, parpadeando con aire reflexivo. Finalmente, al cabo de casi un minuto de tormento para mí, me miró otra vez e inspiró hondo.

—Echaré esto de menos.

No supe con certeza si se refería a mí o al sexo, a la cabaña o al simple hecho de estar alejado de todo. Sin embargo, exclamé, casi sin aliento:

—¡Bien!

—Estoy seguro de que la primera noche que vuelva a pasar en mi cama me sentiré muy solo —añadió, y noté que mi cerebro fruncía el ceño, esforzándose por comprender aquello—. Pero no podemos hacernos ilusiones y pensar que esto pueda llegar a alguna parte.

—Yo no me hago ilusiones —dije un poco ofendida, echándome hacia atrás—. Sencillamente digo que me gustas.

Tras deslizar otra vez su mano bajo mis rodillas, se puso de pie, levantándose sin esfuerzo. Los peldaños de madera parecieron moverse bajo sus pasos seguros; la puerta del dormitorio se abrió con un simple golpecito de su hombro.

Y de pronto tenía la espalda sobre el colchón. Jensen, encima de mí, me observaba con sus ojos verdes.

—Tú también me gustas a mí.

Quise grabar a fuego el resto de la noche en mi memoria permanente: su forma perezosa de desnudarme, a sabiendas de lo que había bajo la ropa; cómo se levantó y se tomó su tiempo para colocar su jersey sobre el respaldo de la butaca del rincón; cómo regresó conmigo, mirándome a los ojos mientras se arrastraba hacia mí sobre la cama.

¿Eso era hacer el amor?

Mientras miraba fijamente a Jensen, encima de mí, atento al modo en que sus manos se deslizaban por mis pechos desnudos, me sentí de pronto muy ingenua. Creía haber hecho el amor con Mark y con otros tíos con los que me había encariñado. Le había dicho a Mark que lo quería, y pensaba que así era. Sin embargo, desde el principio, el sexo requería alcohol o era un acto apresurado, y yo había dado por sentado que aquella clase de pasión impaciente significaba amor.

Pero al mirar a Jensen en ese momento, mientras descendía por mi cuerpo con los ojos abiertos y las manos sinceras y anhelantes, tenía la sensación de que hasta entonces nunca me había tocado un hombre de verdad. Chicos, muchos. Nunca un hombre que se molestara en tomarse su tiempo y explorar. Y lo que lo hacía distinto no era solo su forma de tocarme, sino cómo me sentía yo cuando me tocaba: como si él pudiera exigirlo todo y yo fuera a dárselo sin lugar a dudas; como si, cuando estábamos solos así, no tuviese motivo alguno para esconder un solo centímetro de mi piel.

Apenas había oscurecido. Oímos los sonidos que hacían nuestros amigos al preparar la cena y sus risas mientras disfrutaban de una copa de vino, pero en el piso de arriba Jensen y yo nos tomamos tiempo para tocar, saborear y jugar. Se corrió en mi boca con un gemido indefenso. Me corrí contra su lengua con un grito sofocado por el dorso de mi propia mano, y nos besamos, besamos y besamos durante otra hora más hasta que quise tenerlo debajo de mí, excitado, con el cuerpo frenético de deseo. Le até las manos al cabecero con mi blusa y disfruté de su mirada encendida, de la tensión de sus músculos inmovilizados mientras contemplaba cómo me lo follaba.

Seguía sin ser muy hablador. Sus ruidos parecían actos realizados bajo coacción; los gruñidos y gemidos en voz baja, el «joder» sorprendido que se le escapó cuando me corrí y lo notó, el jadeo. Quise embotellar sus sonidos para comérmelos después. Quise embotellar su aroma para revolcarme en él.

Después de desatarlo para dejarle jugar con mi cuerpo como yo sabía que le gustaba, deslicé las palmas de mis manos por el sudor de su piel, pecho arriba y a lo largo del cuello. Estaba cansada; él estaba a punto, y sus manos me levantaron mientras sus caderas me follaban rápido, con fuerza. La cama protestó, gimiendo y dando golpecitos contra la pared. Me ardían los muslos, y la vena que Jensen tenía en la frente se hizo más prominente a medida que se acercaba al orgasmo. Sus dientes rechinaron en el camino hacia el placer, sus manos se clavaron en la carne de mis caderas.

Fue un polvo como Dios manda y fue, sin duda, el mejor de mi vida.

Cuando se corrió, jadeando y boqueando bajo mi cuerpo, contemplé su cara para grabarla en mi memoria. Jensen no estaba pensando en su bandeja de entrada, en su equipo ni en la fusión y los contratiempos de última hora que pudieran estar esperándolo el lunes. Solo pensaba en el deslizamiento de mi cuerpo alrededor del suyo, en su necesidad de correrse, en mí.

Se dejó caer contra la cama con los brazos extendidos a los costados y el pecho palpitante.

—Madre mía.

Me incliné para besarlo y le lamí el cuello y la mandíbula, saboreando la sal de su piel.

—Madre mía —repitió, esta vez más bajito—. Ha sido una pasada. Ven aquí.

Encontró mi boca con la suya y me chupó con ternura el labio inferior. Yo tenía doloridas las articulaciones, la entepierna. Jensen me colocó de lado y me apoyó la mano en el culo para que no me apartase demasiado. Me besó despacio y con dulzura, como un amante que tiene todo el tiempo del mundo, tiempo para relajarse, para ponerse tierno y para volver a excitarse.

Nos saltamos la cena.

Una verdadera lástima, porque, a juzgar por el olor que llegaba hasta la parte superior de las escaleras, era de las buenas.

—Espero que os hayáis divertido ahí arriba —nos dijo Ruby más tarde, con una sonrisa, cuando bajamos a la cocina—. Porque Will ha hecho paella, y os aseguro que puedo pasarme el resto de mi vida comiendo solo eso.

—¿Volverá Will a casa con nosotros? —le preguntó Niall.

—Hemos jugado una partida de ajedrez a muerte —dije—. Ni Jensen ni yo estábamos dispuestos a rendirnos hasta el final.

La sonrisa de Will fue ladina.

—Ya. ¿Ajedrez? Pues sonaba como si estuvierais colgando cuadros.

Niall asintió con la cabeza.

—Desde luego, no cabe duda de que estaban clavando algo ahí arriba.

Bajé la mirada al suelo, emitiendo un sonido a medio camino entre la risa y la tos.

—Bueno, Pippa no tiene mucho espíritu deportivo. Ha perdido y se ha puesto violenta —bromeó Jensen, inclinándose sobre los fogones y echando un vistazo a la amplia sartén aún llena a medias de paella—. Excelente. Nos habéis guardado un poco.

Will se echó a reír.

—Creo que he preparado cantidad suficiente para setenta personas. Todos hemos comido hasta reventar.

Cogió la cuchara mientras Niall sacaba dos cuencos del escurrerplatos. Muy pronto, Jensen y yo estábamos inclinados sobre la barra de desayunos, metiéndonos comida en la boca como si lleváramos semanas sin comer.

—¿Estáis listos para volver a casa, chicos? —preguntó Hanna al grupo, apoyándose contra la encimera que estaba junto al fregadero.

Todos mascullamos alguna forma de negativa. Nadie quería pensar en el final del viaje. Era como si nos dispusiéramos a abandonar un campamento de verano. Todos habíamos hecho las habituales promesas internas silenciosas y las acostumbradas declaraciones externas de ser amigos para siempre, de no perder nunca el contacto, de hacer aquello juntos al menos una vez al año... pero la verdad era que solo nos habíamos apartado brevemente de la vida real. Sobre todo para Jensen, que llevaba años sin disfrutar de unas auténticas vacaciones, ese viaje era una anomalía que no se repetiría en mucho tiempo. Saldría de allí y volvería a ser el hombre estructurado y adicto al trabajo que siempre había sido. Regresaría a su sitio cada fragmento de aquella capa exterior que había conseguido quitarse de encima, revelando al hombre apasionado y alegre que estaba debajo.

Lo miré en el momento exacto en que me miraba. Nuestros ojos se encontraron, y en los suyos vi el reconocimiento tácito de lo agradable que había sido.

Había sido... inesperado.

Jensen

Mi costumbre de despertarme temprano casi siempre me había resultado muy útil.

Siempre era de los primeros en levantarme, y a menudo me preguntaba si sería de nacimiento o una consecuencia directa de haber crecido en una casa con seis personas más. Salir de la cama antes que los demás significaba una ducha caliente, toallas secas y un nivel de intimidad en el baño, o en cualquier otro sitio, que resultaba desconocida a partir de las siete. En la universidad me servía para poder salir de fiesta hasta las primeras horas de la mañana, arrastrarme hasta la residencia y, aun así, levantarme lo bastante temprano para hacer unos deberes o estudiar para un examen antes de ir a clase.

En estas vacaciones había aprendido a quedarme durmiendo y a no despertar hasta que el cuerpo cálido de Pippa empezaba a removerse junto al mío y el olor de mantequilla y moras ascendía flotando desde el piso de abajo. Casi todas las mañanas dormíamos hasta las diez. Una mañana, tras una noche especialmente memorable en la cama, no nos despertamos hasta después de las once.

Era inaudito para mí... pero estaba de puta madre.

Así que, cuando abrí los ojos el domingo por la mañana temprano y vi que el cielo aún estaba oscuro, intenté volver a dormirme. En solo cuestión de horas abandonaríamos el santuario de la cabaña y la burbuja que mantenía al mundo bien encerrado en el exterior. Quería quedarme ahí, mentalmente, tanto tiempo como pudiese. No quería que volviera la vida todavía. A mi lado se hallaba el cuerpo cálido y desnudo de Pippa. Su cabello formaba una maraña sobre mi cuello, mi almohada y su almohada; dormía con los labios entreabiertos. Sin embargo, sentí en mi mente el zumbido revelador: la elaboración de listas, el recuento mental, el ajuste de nuestro plan para regresar a Boston.

Sin duda, lo agradecería al día siguiente, pero maldije mi reloj interno y su regreso inmediato justo cuando acababan mis vacaciones.

Totalmente despierto contra mi propia voluntad, levanté la cabeza con cuidado para no mover a Pippa, que dormía sobre mi pecho, y traté de ver la hora que era en el reloj de la mesilla de noche.

Poco más tarde de las cinco. Joder.

Me había acostumbrado de nuevo a compartir una cama con alguien, y aunque sabía que debía quedarme y saborear cada momento disponible, pues ignoraba cuándo volvería a suceder, mi cerebro estaba conectado. En mi casa me habría levantado y me habría puesto a trabajar o habría salido a correr, quizá hasta habría visto un poco la tele. Pero aquella no era mi casa. Era demasiado temprano para ir haciendo ruido por la cabaña y arriesgarme a despertar a todo el mundo la última mañana que tenían para dormir hasta tarde. Sin embargo, mientras esperaba escuchando los sonidos suaves de la respiración de Pippa contra mi cuello, supe que tampoco podía quedarme allí tumbado, pensando.

Me moví con cuidado para salir de la cama sin empujarla. Mi maleta estaba en la otra habitación y fui hasta allí. Me vestí y me puse las zapatillas de correr. Luego abandoné la casa sin hacer ruido.

Al volver de correr, me encontré a Pippa sentada en la cama, leyendo.

—¡Hombre, tú por aquí! —dijo, abandonando el libro con una sonrisa.

Me sentí un tanto culpable por haberme escabullido en nuestra última mañana juntos, pero logré apartar el sentimiento. Me quité la camiseta y la utilicé para secarme el pecho y la nuca. Cuando me volví, me la encontré mirándome.

—He salido a correr —dije—. He tratado de no despertarte.

Apartó las mantas de una patada y se tumbó de espaldas, con los brazos doblados detrás de la cabeza. Tenía las piernas cruzadas y meneó hacia mí los dedos de los pies.

—Mmm, ojalá me hubieras despertado.

Estaba desnuda, y su piel color crema resaltaba contra las sábanas de franela oscura. Mis ojos recorrieron su cuerpo y, a pesar de saber que volvíamos a casa ese mismo día y que probablemente deberíamos tener alguna clase de conversación, algo que había estado evitando hasta ese momento, no pude apartar la vista.

—Antes tengo que ducharme, pero... —dije, tratando de organizar mis pensamientos pero incapaz de dejar de mirarle los pechos.

Sus pezones rosados aparecían erizados por el frío de la mañana. Vi que tenía la carne de gallina. Se estiró, arqueando la espalda.

—Una ducha. —Pippa se sentó en el borde de la cama y empezó a balancear las piernas—. Me parece una idea genial.

La miré a los ojos, parpadeando, y distinguí en ellos un destello malicioso.

Quizá no fuese yo el único que evitaba esa conversación.

Se puso de pie y se acercó hasta detenerse justo delante de mí. Con un puchero de falsa preocupación, levantó la mano y pasó un dedo por las líneas de expresión de mi frente.

—¿Recuerdas nuestro trato? —Se puso de puntillas y me dio un ruidoso beso en los labios—. ¡Diversión!

Su cuerpo desnudo estaba a solo dos centímetros de mi piel parcialmente vestida, y noté que el miembro se me endurecía dentro del pantalón de chándal. Desprendía un aroma cálido, como de miel y vainilla, y algo tan propio de Pippa que me entraron ganas de volver a saborearlo, de recordarme a mí mismo la sensación que me producía contra la lengua.

Con un último beso, Pippa se dirigió al cuarto de baño. Mi mirada resbaló por la curva de su espina dorsal, hasta la redondez de su culo y más abajo, a lo largo de sus piernas. Desapareció de mi vista y oí correr el agua. Acto seguido, escuché cómo se cerraba la mampara de la ducha.

Miré hacia la ventana. La parte lógica de mi cerebro se esforzó al máximo para racionalizar por qué no debía despojarme del resto de mi ropa, seguirla hasta allí dentro, olvidando todo lo demás, y follármela contra la pared de la ducha. Nos marcharíamos en pocas horas; volveríamos a Boston y al embrollo inevitable que me estaría esperando. Pippa se dirigiría a casa de su abuelo y, al cabo de unos días más, volvería a Londres. ¿No significaba eso que tenía que dejar de jugar a las casitas y empezar a pensar en la vida real?

Desperté bruscamente de mi ensoñación al oírla canturrear en la ducha. Me acerqué y distinguí su silueta desnuda al otro lado de la mampara de cristal esmerilado. No pensaba renunciar a ducharme con ella.

Como teníamos que vaciar el frigorífico antes de marcharnos, nuestro último desayuno habría bastado para alimentar a un regimiento. Will echaba tortitas sobre una rejilla mientras Niall cocinaba las salchichas y la panceta que quedaban. Ruby y Pippa cortaban melón, fresas, plátanos y toda la fruta sobrante para preparar una macedonia; yo debí exprimir naranjas suficientes para elaborar al menos cuatro litros de zumo.

Nos atiborramos de comida mientras un disco de Tom Petty daba vueltas sobre el plato del tocadiscos del salón. Si existía un modo más perfecto de poner fin a todo aquel viaje, a mí no se me ocurría.

Fregamos los cacharros y cargamos las bolsas en el coche. Pippa y yo sonreíamos cada vez que nos cruzábamos en el pasillo. Solo un día antes, habría alargado los brazos hacia ella sin dudarle un instante, la habría estrechado contra la pared y le habría sugerido que nos escapáramos al bosque o nos encerrásemos en el dormitorio.

Sin embargo, era como si hubiese saltado una alarma en alguna parte y ya no tuviéramos tiempo para eso. Había llegado nuestra fecha de caducidad. Las manos permanecían quietas y las bocas se curvaban en alegres sonrisas, pero no hubo

contacto, ni besos tentadores, ni toqueteos de última hora en el vestíbulo. Volvíamos a ser amigos, quizá íntimos. Y eso tendría que ser suficiente.

Con todo el equipaje en el maletero y tras despedirnos por última vez de nuestra preciosa cabaña, emprendimos el camino de regreso. Will se había ocupado del grueso de la conducción hasta ese momento. Por eso, cuando vi que ahogaba un bostezo justo antes de subir, me ofrecí a hacer el primer tramo. Intenté convencerme a mí mismo de que lo hacía porque me apetecía un cambio y no porque fuese la salida más fácil; en el asiento del conductor podría concentrarme en la carretera y no en la conversación, o en la ausencia de esta, a mi alrededor.

Pippa se sentó en una de las filas de atrás, junto a Will, que, después del gigantesco desayuno de tortitas, por no hablar de las dos semanas de vacaciones, probablemente llenas de sexo, se durmió enseguida. Al principio todo el mundo charlaba, pero luego la conversación se fue apagando de forma gradual mientras unos echaban una cabezadita y otros se ponían los auriculares. Pippa guardaba silencio, y la ausencia de su voz parecía resonar en mis oídos. Estuvo pensativa durante gran parte del trayecto. De vez en cuando, la miraba en el espejo retrovisor. Más sonrisas desenvueltas, más saludos amistosos con la cabeza.

Después de parar a llenar el depósito, Will ocupó mi lugar y yo me trasladé al asiento vacío, junto a Pippa. El bosque dio paso a los prados, que, a su vez, dieron paso a una carretera rural y luego a la autopista. Tras la autopista vinieron las calles, cargadas de edificios altos, coches y gente por todas partes. Pippa seguía callada. Atrás había quedado la serena quietud que había encontrado con ella toda la semana, y en su lugar había una especie de silencio palpable que se acrecentó con cada kilómetro hasta dar la impresión de ser otra persona sentada entre nosotros.

Observé sin ver mientras pasábamos de una calle a la siguiente. Una multitud de pensamientos desordenados daba vueltas por mi cabeza. Me pregunté si a Pippa le haría ilusión volver a casa. Sería lógico. Su vida estaba en Inglaterra: sus madres, su apartamento y su trabajo. Sin embargo, todas las cosas de las que quería escapar estaban también allí. Entre ellas, el «capullo» de Mark.

Lo cual me hizo pensar en el motivo por el que había venido Pippa. Debió de ser duro para ella, tan duro como para echarlo a patadas del piso que habían compartido y atravesar medio mundo para poner tierra de por medio. Yo podía haber sido un novio mediocre en el mejor de los casos, y, al parecer, un marido aún peor, pero nunca podría ser infiel. Pippa era viva e inteligente, divertida y preciosa, y me producía cierta satisfacción personal, un tanto presuntuosa, saber lo poco que tardó en darse cuenta de que Mark no era digno de ella y de que la había perdido para siempre.

No obstante, sabía sin lugar a dudas que habría otros. Me llevé la mano al pecho y me lo froté suavemente, intentando deshacer la tensión inesperada que había surgido allí. Me irritó observar que, si bien no me molestaba pensar en la posibilidad de que Becky saliera con otros hombres ni tampoco saber que se había vuelto a casar, la idea de que Pippa saliera con otros en Londres me producía una extraña amargura.

Eso no significa que perder a Becky no hubiese sido duro de cojones, pero el dolor inmediato no había durado. Lo que persistía era su manera de marcharse y mi absoluta perplejidad, no su ausencia propiamente dicha.

Pippa era distinta. Era una carga eléctrica, un destello de luz. Enamorarse de Pippa y asistir a su marcha sería como ver a alguien apagar el sol.

Por primera vez llegué a compadecerme de Mark.

El coche se detuvo y miré a mi alrededor, parpadeando. Me percaté de que habíamos aparcado delante del hotel de Niall y Ruby. Bajamos y me dirigí a la parte trasera del monovolumen, donde me dediqué a sacar su equipaje y reorganizar el resto.

Estreché la mano de Niall y abracé a Ruby, sonriendo sobre su hombro; a Ruby le encantaba dar abrazos. Pippa y ella se despidieron con promesas de quedar tan pronto como Pippa volviese al Reino Unido.

Y regresó de nuevo la presión contra mi esternón.

Cuando volvimos a subir al monovolumen, todo el mundo estaba despierto y mucho más alerta, pero la ausencia de Niall y Ruby se hacía notar. Vi que Ziggs comprobaba el móvil de Will y soltaba unas risitas al leer los mensajes cada vez más inquietos de Bennett. Sabía que el mío estaba en mi mochila, a mis pies, y que seguramente ya tendría cobertura, pero lo dejé allí, a sabiendas de que, una vez que empezara a repasar los correos y los recordatorios de la agenda, ya no habría vuelta atrás.

—¿Qué tal les va a los futuros padres? —pregunté, deseoso de pensar en cualquier cosa que no fuera el trabajo o la tensión que sentía irradiar de Pippa—. ¿Ha salido ya Bennett corriendo y chillando en plena noche?

—Casi —contestó Ziggy, retrocediendo en la lista de mensajes antes de empezar a leer—: «Chloe quiere hablar de partos en el agua, confiando en traer al bebé a un mundo sereno, sin sonidos ni voces irritantes». Y luego Max respondió: «¿Sin sonidos ni voces irritantes? ¿Ya se da cuenta Chloe de que ese bebé volverá a casa con vosotros dos?».

A Ziggs le entró la risa tonta, y Will recuperó su móvil.

—Intento imaginar a Bennett y Chloe como padres —dijo—. Bennett, con sus trajes impecables y ese sofá blanco que tiene en su despacho. ¿Os lo imagináis llevando una mochilita para bebés y ayudando a alguien a sonarse la nariz?

—Me muero de ganas de verlo —dijo mi hermana—. Ahora me da un poco de pena habernos mudado, porque solo podremos vivirlo a través de mensajes y FaceTime.

—¿No dijiste que iríais a verlos en Navidad, o al menos después de que nazca el bebé? —pregunté.

Will giró a mano derecha y aminó la velocidad hasta detener el coche cuando un grupo de niños en bicicleta cruzó la calle por delante de nosotros.

—Ese es el plan. Con un poco de suerte, Sara y ella se pondrán de parto por las mismas fechas. Así podremos conocer a los dos bebés en un mismo viaje. ¿Es aquí, Pippa? —preguntó Will, echándole un vistazo por encima del hombro.

Pippa asintió con la cabeza, de pronto más alerta.

Resultó que el abuelo de Pippa vivía a solo veinte minutos de mi casa. Nos habíamos detenido delante de una modesta vivienda de ladrillo, en una calle bordeada de árboles. Pippa bajó precipitadamente del monovolumen y se acercó al lado del conductor para abrazar a Will antes de dar la vuelta al vehículo y reunirse con Ziggy, que bajaba del asiento del copiloto, para darle un abrazo estrecho y prolongado.

De mala gana, me deslicé por el asiento para bajar y vi que mi hermana me observaba.

Por supuesto.

Le dediqué una mirada de advertencia y fui hasta la parte trasera del monovolumen para sacar la bolsa de Pippa. No tenía la menor idea de cómo actuar dadas las circunstancias.

Sin decir una palabra, Pippa echó a andar delante de mí por el sendero limpio y cuidado que iba desde la acera hasta los peldaños de entrada de la casa. Subió hasta el amplio porche, se agachó y sacó una llave de un ladrillo suelto, junto a la puerta.

—¿Está tu abuelo en casa? —quise saber.

—Seguramente habrá ido a jugar al bingo —dijo, abriendo la contrapuerta antes de encajar la llave en la cerradura.

—¿Quieres que lo esperemos contigo? —pregunté.

Desestimó mi ofrecimiento con un gesto del brazo. Se oyó el chasquido del pestillo y la puerta se abrió delante de ella. Un perro ladró alegremente desde el interior.

—No, no hace falta. Volverá pronto. Le gusta ligar con las señoras del guardarropa.

Cogió su bolso y lo dejó en algún sitio que no pude ver.

El viento sacudió la contrapuerta y la sujeté con la mano.

Pippa lanzó una ojeada a la calle, detrás de mí. El silencio era una novedad para nosotros.

No me gustó.

Me miró por fin.

—Me he divertido —dijo—. Me he divertido mucho.

Asentí con la cabeza y me incliné para besar su dulce sonrisa, libre de la incómoda tensión que nos había acompañado a lo largo de todo el trayecto.

Debía haber sido un beso suave, apenas un roce, simple y cálido. Sin embargo, me aparté solo para volver; su labio inferior quedó atrapado entre los míos, una minúscula succión, un movimiento de los dientes, y luego otra vez, y otra, las cabezas ladeadas y las bocas abiertas, las lenguas deslizándose una contra otra. Me sentí borracho, arrastrado por la resaca de la familiaridad, aturdido por el calor que ascendía por mi columna vertebral, necesitando más.

Pippa se apartó bruscamente, con los ojos cerrados. Se pasó un dedo por los labios y tragó saliva.

—Bueno... —susurró, muy pálida.

Se me cayó el alma a los pies. Allí estábamos, con la temida despedida.

—Tengo que irme. —Hice un gesto por encima del hombro y añadí débilmente—: Lo he pasado genial.

Ella asintió con la cabeza.

—Yo también. Hemos formado una pareja fantástica. Llámame otra vez cuando necesites una esposa de mentira o una chica para las vacaciones. Parece que se me da muy bien.

—Te quedas muy corta. —Di un paso atrás y volví a pasarme las manos por el pelo—. Conocerte ha sido estupendo.

Y... eso fue bastante penoso.

Retrocedí otro paso.

—Buen viaje de regreso.

Arrugó la frente y luego me dedicó una sonrisa insegura.

—Eso espero.

—Adiós.

—Adiós, Jensen.

Con un nudo en la garganta, me volví y eché a correr hacia el monovolumen.

Hanna seguía mirándome.

—Eso ha sido...

La fulminé con la mirada, a la defensiva, y me abroché el cinturón de seguridad.

—¿Eso ha sido qué?

—Nada, no sé.

No soportaba que Ziggy viera la situación con tanta claridad. Me sentí irritado, impaciente.

—La hemos dejado en casa, ¿no? —pregunté mientras me instalaba en el asiento—. ¿No se suponía que debía darle un beso de despedida?

—Me refiero a lo que ha ocurrido después del beso. Anoche te perdiste la cena por ella. Ahora os acabáis de besar, y luego me ha dado la impresión de que le dabas las gracias por hacerte la declaración de la renta. Se os notaba incómodos desde aquí.

—Anoche estábamos de vacaciones —contesté—. ¿Qué esperabais?

Will y Ziggs guardaron silencio.

—No vamos a casarnos —les recordé secamente—. No hemos pasado dos semanas juntos y hemos decidido de pronto que estábamos enamorados.

Me arrepentí enseguida de mi tono. Ziggy no intentaba decirme cómo vivir mi vida; solo me decía que viviera. Solo quería que fuese feliz.

Y lo era.

Me despedí con el brazo de Will y Ziggs desde la ventanilla de mi coche antes de dar marcha atrás para salir del camino de acceso a su casa. Cuatro minutos después, aparcaba delante de la mía.

El hogar. Maldita sea, era agradable estar de vuelta, solo en mi espacio y rodeado de mis cosas, con wifi y cobertura de móvil, como Dios manda.

Ya estábamos en pleno otoño, con más hojas en el suelo que en los árboles. Mientras subía los peldaños, me dije a mí mismo que debía llamar al jardinero y pedirle que hiciera unas horas extras para limpiarlo todo ese fin de semana.

Dejé las llaves en el platito de la mesa del recibidor y mi bolsa junto a la puerta. Me tomé unos instantes para disfrutar del silencio. El reloj de mis abuelos hacía tictac en el comedor y un aspersor funcionaba en las proximidades, pero, aparte de eso, todo estaba en calma.

Quizá, y no podía creer lo que estaba diciendo, demasiado en calma.

Joder.

Estaba en casa, descalzo, y no tardaría en ponerme un pantalón de pijama, pedir comida a domicilio y abrir una cerveza. Me incliné para coger el mando a distancia de la tele y encendí el aparato antes de meterme en la cocina. Mi pila de menús de comida a domicilio salió con facilidad de su lugar de privilegio, un clasificador de sobres de plástico que descansaba sobre la encimera. El contacto con los gastados menús me produjo una sensación familiar.

Aquello resultaba agradable, ¿no? Relajarse en el viaje y seguir relajándose en casa.

Hacía años que no me sentía tan relajado.

Varias horas más tarde, estaba metiendo mi última carga de ropa en la lavadora cuando sonó el timbre.

Abrí y me quedé paralizado.

No me esperaba aquello.

—¿Becky?

No dije nada más, porque a mi cerebro no se le ocurría ninguna frase que no empezara por «¿Qué coño estás haciendo en la puerta de mi casa?».

Ella levantó la mano en un incómodo gesto de saludo.

—Hola.

—¿Hola? —dije, confuso—. ¿Qué haces aquí?

—Hemos venido a visitar a mi familia —dijo.

—Lo que quiero saber es qué haces en mi casa.

—Pues... yo...

Carraspeó, y solo entonces me percaté de que llevaba una chaqueta muy fina y el vapor de su respiración se condensaba en el aire frío. La temperatura debía de ser gélida en la calle. Joder.

—Pasa —dije, y di un paso atrás para dejarle espacio.

Se detuvo nada más entrar y se tomó unos instantes para mirar a su alrededor. Seguramente reconoció algunos muebles. La mesita baja. La lámpara de la mesa del recibidor. Al marcharse, no se había llevado nada, salvo unas cuantas maletas llenas de ropa y un par de cuadros que nos había regalado su abuela.

Yo seguía comiendo en nuestra puta vajilla buena, regalo de mi hermano Niels; mi familia no me había permitido devolverla. Quizá hubiese llegado el momento de cambiar eso.

—Os marchasteis antes de que terminara el viaje —dijo, volviéndose a mirarme.

Asentí con la cabeza y me metí las manos en los bolsillos del pantalón de chándal.

—Sí, nos marchamos de forma un poco impulsiva.

—¿Fue porque Cam y yo estábamos allí?

Me encogí de hombros y dije:

—Solo en parte. Resultó que lo del viaje organizado no era lo nuestro.

Se hizo un silencio mientras recorría con la mirada las paredes, el salón, la cocina... Fue entonces cuando comprendí mi error.

—¿Dónde está Pippa? —preguntó.

Solté una risita. Estaba demasiado hecho polvo para aquello.

—Pippa está... —empecé a decir, y entonces comprendí que no tenía por qué dar ninguna explicación—. No vive aquí.

Becky parpadeó, confusa.

—No estamos casados —dije con sencillez.

—¿Qué? —preguntó, abriendo mucho los ojos.

—Solo estábamos... solo nos divertíamos un poco.

Me pasé una mano por el pelo y vi que volvía a pasear la vista por la habitación.

—¿Por qué ibais a inventaros eso? —inquirió, volviéndose de nuevo hacia mí—. Parecáis una pareja, os comportabais como...

—Estábamos juntos —dije, con una minúscula punzada de vergüenza.

—Pero ¿no estáis casados de verdad?

—Es que... —Me interrumpí al decidir que no valía la pena explicárselo—. Becky, perdona, pero ¿hay algún motivo para que estés aquí?

Abrió la boca para decir algo y luego volvió a cerrarla, sacudiendo la cabeza con una risita.

—Quería despedirme —dijo por fin.

—¿Has venido hasta aquí porque no te despediste como es debido?

Becky hizo una mueca. Era evidente que captaba la ironía.

—Bueno, y porque... no tuvimos tiempo de hablar. Los dos solos. Cam me anima mucho a tratar de comunicarme mejor. ¿Tienes unos veinte minutos? Es que... —Se volvió y dio unos pasos más dentro de la habitación, arreglándose el pelo. Me miró otra vez—. Hay muchas cosas que quiero decirte.

Estoy seguro de que el silencio intencionado que siguió no era lo que ella esperaba. Casi me entraron ganas de reír. Si alguien me hubiera preguntado cinco años atrás, puede que incluso solo dos, si tenía algo que decirle a mi ex mujer, habría podido escribir una disertación.

Y, en realidad, había tenido mucho que decir aquella noche en los viñedos con Pippa, gritándole al cielo mientras los aspersores nos empapaban por todas partes. Sin embargo, ahora me sentía extrañamente vacío. No enfadado, ni siquiera triste. Había dejado esas partes de mí en las bodegas, y ya solo Pippa sabía de ellas.

—Si quieres hablar... —Me interrumpí y luego rectifiqué para dejar las cosas claras—: O sea, si vas a sentirte mejor hablando...

Dio un paso más hacia mí.

—Sí, creo que puedo explicártelo ahora.

No pude reprimir la breve carcajada que salió de mi boca.

—Becks, no necesito que me expliques nada ahora.

Pareció conmocionada y sacudió la cabeza como si no me hubiese entendido.

—Creo que nunca lo hablamos de verdad —explicó—. Nunca he reconocido que dejarte como te dejé fue una putada.

Retrocedí un poco al darme cuenta, después de todo aquel tiempo, de lo egocéntrica que era.

—¿Y crees que ahora que han pasado seis años desde nuestra separación ha llegado el momento de comentarla en profundidad?

Farfulló unos cuantos sonidos de protesta.

Levanté los hombros en un gesto impotente.

—O sea... si quieres quitarte ese peso de encima, te escucharé. —Le sonreí con amabilidad—. No te lo digo porque esté amargado o porque quiera hacerte daño, sino porque es la verdad. No tienes que explicarme nada, Becks. Ya no me afecta.

Se sentó en el sofá sobre sus propios pies y se miró las manos. Se me hacía raro contemplar un perfil que una vez fue tan valioso para mí y que ahora solo me resultaba... familiar.

—Esto no está saliendo como esperaba —admitió.

Fui hasta el sofá y me senté junto a ella.

—No sé muy bien qué quieres que te diga —reconocí—. ¿Qué es lo que esperabas?

Se volvió hacia mí.

—Supongo que creía deberte una explicación y que te sentirías aliviado cuando te la diera —aclaró—. Me alegro de que no la necesites —se apresuró a añadir—, pero no me di cuenta de que yo necesitaba dártela hasta que te vi en el viaje.

Asentí con la cabeza y dije:

—Bueno, ¿qué es eso que necesitabas decirme?

—Quería decirte que lo siento —dijo, sosteniéndome la mirada unos instantes antes de volver a mirarse las manos, parpadeando—. La forma de marcharme fue terrible. Y quería que supieras que en realidad no lo hice por ti.

Me reí un poco, secamente.

—Creo que ese fue en parte el problema.

—No —dijo, alzando de nuevo la vista—. Quiero decir que no habías hecho nada malo. No dejé de quererte. Simplemente, tenía la sensación de que éramos demasiado jóvenes.

—Teníamos veintiocho años, Becks.

—Sí, pero yo no había vivido todavía.

La miré y sentí que decía la verdad. Se me aceleró la respiración al recordar que Pippa había dicho más o menos lo mismo hacía tan solo una semana, aunque ella lo dijo con mucha más soltura, con confianza en sí misma, con sensatez.

Becky había pasado de vivir en casa de sus padres a vivir en una residencia de estudiantes y luego conmigo. Como era algo tímida, nunca había buscado la aventura en sí. Nunca pensé que la anhelara.

—Entiendo todo esto con la perspectiva que da el tiempo, claro —dijo en voz baja—. Lo cierto es que esa vida que se extendía ante mí me parecía feliz y cómoda, pero no muy interesante. —Tiró de un hilo suelto de su manga y supongo que se deshizo un poco más de lo que ella esperaba, porque se lo llevó a la boca y lo cortó con los dientes—. Entonces pensé en ti, en esa persona con la que estaba casada y que estaba dispuesta a comerse el mundo, y supe que en algún momento uno de los dos perdería la cabeza por completo.

Me dio risa y ella me miró otra vez, un poco aliviada.

—No me refiero a una auténtica locura —añadió—, me refiero a ser infieles, a tener una crisis de los cuarenta o algo así.

—Yo no te habría sido infiel —dije de inmediato.

Su mirada se suavizó un poco.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cuánto tardaste en dejar de estar enamorado de mí?

No quise responder, pero mi silencio le dijo lo que necesitaba saber.

—¿Vas a decirme que no te va mejor sin mí?

—No estarás pidiendo que te dé las gracias, ¿no? —dije, incrédulo.

Se apresuró a negar con la cabeza.

—No, solo quiero decir que vi mi propia base inestable. Me vi a mí misma quebrándome en algún momento del futuro. O quizá me quebré entonces. En cualquier caso, supe que lo nuestro no era para siempre. Supe que nos queríamos lo suficiente para superar las habituales tensiones temporales, como los cambios profesionales o tener niños pequeños. Pero no nos queríamos lo suficiente para superar el aburrimiento, y me preocupaba que te aburrieras tremendamente conmigo.

Me pregunté si eso explicaría su matrimonio con Cam, si ella lo consideraría más simple que yo. No supe muy bien cómo tomármelo; no estaba seguro de si debía sentirme halagado al ver que me tenía en tan alta consideración o perturbado al ver lo poco que se valoraba a sí misma.

—¿Eres feliz con él? —pregunté.

—Sí. —Me sonrió con sinceridad—. Estamos hablando de tener críos. Desde que nos conocimos hemos viajado mucho: Inglaterra, Islandia, Brasil incluso... —Movié un poco la cabeza y añadió—: Tiene un buen trabajo. No necesita que trabaje yo. Solo quiere que sea feliz.

Becky nunca había llevado bien la presión.

Y eso hizo que me preguntase si yo daba la impresión de ser un hombre que necesitaba una esposa dispuesta a competir con mi profesión, si le había dado a Becky la sensación de que nunca podría ganar.

Lo cierto era que quizá fuese así. Y quizá no podría haber ganado. Pero ¿cómo iba a saberlo yo?

¿Acaso importaba ya? Yo había madurado. Quería a alguien cuya presencia exigiese más espacio en mis pensamientos y en mi corazón. Cuando recordé cómo había descrito a Becky ante Pippa, me di cuenta de lo genéricas que sonaban mis palabras.

«Fue simpática.

»Lo pasábamos bien.»

No intentaba quitarle hierro al asunto. Sencillamente, no recordaba gran cosa, salvo que la relación era agradable. Porque Becky estaba en lo cierto; no había vivido todavía. Ninguno de los dos lo había hecho.

—¿Te sientes mejor? —pregunté.

—Supongo. —Inspiró hondo y luego soltó el aire de golpe—. Aunque sigo sin entender por qué fingiste estar casado con Pippa.

—No es tan complicado. —Alcé la mano y me rasqué una ceja—. Al verte, me entró el pánico. —Me encogí de hombros y añadí—: Me salió así. Y enseguida me di cuenta de que no pasaba nada, de que no resultaba tan duro estar cerca de ti. Pero en ese momento la mentira pareció más fácil. No quería avergonzarte ni avergonzarme a mí mismo.

Asintió con la cabeza y siguió asintiendo durante unos instantes, como si acabase de comprender algo.

—Tengo que irme.

Me levanté después que ella y la seguí hasta la puerta.

Toda aquella conversación resultó al mismo tiempo extraña y totalmente banal.

Cuando le abrí la puerta, me percaté de que Cam había estado aparcado junto a la acera todo ese tiempo.

—Podría haber entrado contigo —dije, sin dar crédito—. Llevamos cuarenta y cinco minutos ahí sentados.

—Está bien en el coche. —Se puso de puntillas para darme un beso en la mejilla—. Cuidate, Jens.

Me derrumbé en el sofá. Me sentía como si acabara de correr una maratón.

Era temprano, demasiado temprano para acostarme, pero, de todos modos, apagué el televisor y las luces, y por fin saqué el móvil de la bolsa. Me dije a mí mismo que activaría la alarma pero no comprobaría los correos. Leería mi libro y me iría a dormir.

No pensaría en Becky, en Pippa ni en nada de aquello.

Había un mensaje en la pantalla. Era de Pippa.

«Mi abuelo es un lunático adorable y quiere que lo lleve a cenar mañana a las 3. A LAS TRES, Jensen. A las siete y media estaré muerta de hambre. ¿Quieres cenar conmigo a una hora normal y adulta, por favor?»

Me quedé mirando la pantalla.

La idea de cenar con Pippa sonaba bien. Me haría reír y quizá hasta podríamos volver juntos a mi casa. Sin embargo, después de lo de Becky y a sabiendas de la pesadilla que me esperaba en el trabajo al día siguiente, no estaba seguro de ser una compañía agradable.

Dicho sin rodeos, estaba cansado. En ese momento no podía afrontar nada.

Me sentí fatal incluso antes de responder.

«Esta semana va a ser de locos. ¿Qué te parece la que viene?», tecleé.

Dejé el móvil a un lado. Tenía náuseas.

Media hora después, al irme a la cama, comprobé el móvil por si había respuesta. No la había.

Pippa

Mi abuelo me pasó un cuenco de avena, y mi cerebro atónito tardó varios segundos en detectar que la cerámica que tenía en la mano estaba caliente.

Con un chillido, me apresuré a dejarlo a un lado, sobre la encimera, dándole las gracias con aire ausente.

—Vosotros los millennials, siempre mirando el móvil —refunfuñó.

Alcé la vista parpadeando y vi que caminaba sin prisa hasta la mesa de la cocina, donde se sentó para atacar con ganas su propio cuenco.

—Lo siento —dije, apagando la pantalla—. Supongo que estaba mirando esto con la boca abierta, como si fuese una serpiente que se ha descoyuntado toda la mandíbula para comerse a una criatura pequeña.

Dejé el teléfono sobre la encimera y me reuní con él en la mesa. Mirar el móvil desconcertada no cambiaría el mensaje que estaba allí desde la noche anterior:

«Esta semana va a ser de locos. ¿Qué te parece la que viene?»

«Sí, imbécil, pero la semana que viene no estaré aquí.»

—¿Soy una millennial? —pregunté, sonriéndole para dejar a un lado mi irritación y confusión—. Creía que estaba a medio camino entre todas esas generaciones. Que no era una X, ni una Y, ni una millennial.

Alzó la mirada y sonrió de oreja a oreja.

—Solo hace doce horas que has vuelto y ya me parece que todo estará demasiado silencioso cuando te marches.

«Ya está todo demasiado silencioso —pensé—. Una semana en una casa con seis personas y ya me he acostumbrado al jaleo.»

Me tragué la avena que tenía en la boca.

—¿Qué te parece si dejo mi móvil aquí y vemos una peli?

Mi abuelo asintió mientras se tomaba el café.

—Ya tenemos plan, niña.

La calzada pasaba por debajo de nosotros con un zumbido constante que invadía el interior del coche.

Tenía un padastro bastante feo en el dedo corazón de la mano izquierda.

Mi falda necesitaba pasar por la tintorería.

Mis zapatos se estaban rompiendo.

Supongo que tenía que haberlo pillado cuando pronunció la frase «Conocerte ha sido estupendo» al dejarme en casa, pero yo esperaba que solo fuesen los nervios o la incomodidad de sentir que Hanna nos estaba observando. No era así. Aquello no había sido un beso de «ya nos veremos», sino un adiós.

Jensen era un gilipollas.

Se me había olvidado lo mal que sentaba que te dejaran.

—Comprendo que ya no te conozco tanto como antes —dijo mi abuelo, con precaución—, pero has estado muy callada todo el día.

Lo miré y le sonreí de mala gana. No podía negarlo, y ni siquiera salir a ver un documental maravillosamente filmado y entretenido sobre los hábitos migratorios de las aves africanas me había hecho olvidar el desplante de Jensen de la noche anterior.

No se trataba de que esperase más, sino de que había llegado realmente a ser más. Sabía que no eran imaginaciones mías. Confiaba demasiado en mi criterio para creer eso.

—Lo siento —dije.

—Es la décima vez que te disculpas hoy —dijo él, con el ceño fruncido—. Y si hay algo que sé de ti, es que no sueles disculparte de forma compulsiva.

—Lo sien... —Me interrumpí, y esta vez se dibujó en mis labios una sonrisa verdadera—. Ups.

Clavé la mirada estoicamente en la calzada, delante de nosotros.

—Dicen que escuchar se me da fatal —bromeó mi abuelo—, pero me tienes atrapado en el coche. —Suavizando su tono, añadió—: Soy todo oídos, cariño.

—No, no es nada —comencé, volviéndome ligeramente en el asiento para mirarlo—. Pero ¿sabes esos teléfonos móviles que tanta rabia te dan? Yo tampoco los soporto.

Mi abuelo me lanzó una rápida ojeada y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Creo que me han dejado.

Mi abuelo abrió la boca para hablar, pero continué para aclarar mis palabras:

—No es que Jensen y yo estuviésemos juntos. Aunque, en cierto modo, sí lo estábamos, ¿sabes?

—¿Jensen?

—El tipo con el que hablé en el avión. Resulta que es hermano de Hanna.

Mi abuelo se echó a reír.

—¿Y Hanna es...?

—Lo siento —dije, y también yo me eché a reír—. Hanna es la mujer del socio del cuñado de Ruby.

Me dedicó una mirada inexpresiva antes de volverse otra vez hacia la carretera.

Agité la mano para darle a entender que no resultaba de vital importancia que entendiese la telaraña de relaciones.

—Es un grupo de amigos enorme, y me fui de viaje con varios: Ruby y Niall, Will y Hanna. Jensen es el hermano mayor de Hanna, y vino también.

—Así que iban dos matrimonios y tú, y también el hermano de Hanna, ¿no? —preguntó mi abuelo, frunciendo el ceño—. Creo que me hago una idea de lo que pasa.

—La verdad, no quiero explicar demasiado —dije—, y, como soy especialista en eso, puede que tenga que taparme la boca para no hacerlo. Sin embargo, te diré que me gustaba. Creo que me gustaba mucho. Y en estas vacaciones, durante dos semanas, me pareció que... que yo le gustaba también, ¿sabes? Pero ahora que me he puesto en contacto con él para verlo una vez más antes de irme, tiene... —Fruncí el ceño y murmuré—: Bueno, tiene trabajo.

—Trabajo —repitió mi abuelo.

—Al parecer, no tiene tiempo. Está demasiado ocupado para verme, aunque sea para una cena tardía.

Mi corazón pareció disolverse dolorosamente dentro de mi pecho.

—O sea —dijo él, para asegurarse de que lo entendía—, que te estuvo yendo detrás en ese viaje de dos semanas, pero al volver al mundo real no tiene tiempo.

«Arrghj. Vale ya.»

—Algo así. Los dos pensábamos igual, pero, de pronto... las cosas cambiaron.

Mi abuelo giró para meterse en la calle arbolada donde estaba la casa en la que había crecido Coco.

—Pues entonces, supongo que es hora de tomarse un whisky.

A las siete había tomado tanto whisky con mi abuelo en el porche que, cuando apareció el número de Hanna en la pantalla de mi móvil, no estuve muy segura de que fuese buena idea responder.

Sin embargo, se me hizo en el estómago un pequeño nudo de culpabilidad, porque tampoco quería ignorar su llamada. Al fin y al cabo, estaba haciendo lo que yo quería que hiciéramos: llamarnos mutuamente, mantener el contacto.

—¡Hanna! —dije, poniéndome de pie y echando a andar hacia el otro extremo del porche.

—¿Qué hay? ¡Cuánto me alegra oír tu voz! ¡Hoy debemos de estar todos con el mono!

Me eché a reír, pero mi sentido del humor se enfrió enseguida. Quizá no todos.

—Desde luego —dije con la máxima calma posible.

—¿Qué haces el miércoles por la noche? ¿Quieres venir a cenar? —Sin esperar una respuesta, añadió—: Estás aquí hasta el próximo lunes, ¿no?

—Me marcho el domingo. —Le eché un vistazo a mi abuelo, que estaba sentado dando sorbitos de whisky y contemplando sosegadamente el césped de color verde brillante. El hombre apreciaba mucho a su nieta, pero todavía apreciaba más su tranquilidad—. Pues... deja que compruebe mi agenda para el miércoles.

Hice como si abriera la aplicación de la agenda en mi móvil, a sabiendas de que, por supuesto, no tenía absolutamente nada programado en toda la semana, aparte de pasarme el día sentada en la inmensa casa de mi abuelo y vagar a solas por Boston. La idea de ir a cenar a casa de Hanna sonaba muy bien.

Pero la posibilidad de que pudiera aparecer Jensen, después de decirme que estaba ocupado toda la semana, me produjo unas vagas náuseas.

Por desgracia, no podía tratar de eludir esa posible incomodidad y preguntar si Jensen estaría allí, porque lo último que quería era iniciar una conversación con Hanna sobre su hermano, que se había acostado conmigo en casi todas las posturas posibles durante dos semanas y luego había pasado de mí con un mensaje de texto. Sin duda, Jensen no hablaría de mí con Hanna a no ser que ella lo sonsacase. También estaba segura de que, aunque seguía siendo un capullo por el mensaje pasota y eso no disculpaba su comportamiento, debía de estar ocupado de verdad. Después de pasar dos semanas fuera, seguramente no había muchas probabilidades de que tuviese tiempo para ir a casa de su hermana. Todo iría bien.

—Tengo el miércoles libre —dije—. Me encantaría ir.

Después de quedar esa tarde a partir de las siete y media, colgamos y regresé a mi butaca de madera, junto a mi abuelo.

—¿Cómo está Hanna? —preguntó, con una voz lenta y serena como la miel.

—Ha dicho en broma que todos tenemos el mono.

Noté que se volvía a mirarme.

—¿Lo tienes tú?

—Quizá por todo el vino que bebimos —bromeé, y me quedé mirando irónicamente mi vaso de whisky.

No pareció captar el sarcasmo de mis palabras.

—¿Te gusta de verdad ese tal Jensen?

Dejé que la pregunta se instalase entre nosotros, que echara raíces, que me mostrara de qué estaba hecha. Claro que me gustaba. No me habría acostado con él si no me hubiera gustado. Habíamos formado un equipo. Nos habíamos divertido mucho.

Pero, mierda, era más que eso. Lejos de él, me sentía un tanto vacía, como si hubiesen arrancado de mi interior una esfera de luz, y no era solo porque aquel viaje alucinante hubiese terminado. Era más bien un vacío doloroso, un vacío que tenía la forma de su sonrisa cautelosa, de las manos grandes y ávidas que desmentían su fachada llena de límites. Tenía la forma del arco de su labio superior y de la curva coqueta del inferior... «Oh, me cago en la puta.»

—Sí, me gusta de verdad.

—Viniste aquí por culpa de un novio desgraciado, y ya estás otra vez igual.

Me habría sido imposible no querer a mi abuelo. Era tan tremendamente directo...

—Tienes toda la razón —mascullé, con la boca dentro de mi vaso.

¿Resultaba peor esto? Era menos humillación y más sufrimiento. La humillación, por lo menos, contaba con una furia ardiente que la encauzaba. Sin embargo, el sufrimiento solo tenía... whisky y abuelos, y a mis madres esperándome en casa.

Y, Dios, cómo las echaba de menos en ese momento.

—Amar no es delito, ¿sabes? —dijo.

Eso despertó mi interés. Mi abuelo había trabajado toda su vida como supervisor en unos astilleros; había ganado un sueldo decente, pero era trabajo duro y la clase de ocupación que requería a alguien con una evidente ausencia de emociones turbulentas.

—Ya lo sé —dije con franqueza—, pero la verdad es que me siento fatal por lo de Jensen, aunque fuese breve. Porque, aunque solo duró un par de semanas, él se portó muy bien conmigo. Se mostró muy amable, muy atento. Algún día será muy bueno para alguien, y me entristece saber que ese alguien no seré yo.

—Nunca sabes cómo saldrán las cosas. Yo estuve con Peg cincuenta y siete años —dijo mi abuelo en voz baja—. Jamás habría esperado que me dejase, pero así fue.

Nadie me había explicado cómo se conocieron él y la madre de Coco, y el tono descarnado de su voz me cogió desprevenida.

—¿Dónde os conocisteis?

—Ella estaba en la heladería de su padre, trabajando detrás del mostrador. —Hizo girar el líquido ambarino en su vaso—. Pedí leche malteada con helado y me quedé mirando cómo levantaba la copa metálica, ponía el helado con la cuchara y añadía la leche malteada. Nunca me había pasado. Cada uno de los movimientos que hacía me fascinaba.

Permanecí absolutamente inmóvil. Me aterraba la posibilidad de interrumpir sus palabras, porque intuía que debía de haber una verdad muy profunda en ellas, algo que me indicaría qué era lo que yo sentía o no sentía. Algo que me sacaría del gancho de mi propio tormento.

—Ella me dio la copa y le pagué. Cuando me devolvió el cambio, se me ocurrió decirle: «Quiero que te peines así el día de nuestra boda». Era la primera vez que la veía, pero lo supe. No le habría dicho eso a ninguna otra chica. En cincuenta y siete años, ni siquiera volví a decirle la ropa que tenía que ponerse o lo que tenía que hacer. Pero ese día quise que tuviera exactamente el mismo aspecto cuando se convirtiera en mi mujer.

Dio un sorbo de whisky y dejó el vaso en el ancho reposabrazos de su butaca.

—No volví a verla en casi un año, ¿sabes?

Negué con la cabeza.

—Nadie me ha contado nada de esto.

—Pues así es —dijo, asintiendo con la cabeza—. Resulta que se marchó a la universidad muy poco después. De todos modos, volvió ese verano. Había un pijo que la seguía a todas partes como si fuese un perrito. No me extrañaba. Ella me vio y yo le miré el pelo con mucha intención. Llevaba el mismo peinado bonito que prefería en aquellos tiempos. Sonrió. Creo que ese fue el momento. Nos casamos el verano siguiente. Cuando murió, no pude dejar de pensar en aquel primer día. Como si algo me picara en el cerebro. No recordaba cómo llevaba el pelo los últimos días, pero recordaba cómo lo llevaba el primer día que la vi.

Nunca en mi vida había oído hablar tanto a mi abuelo. Si las palabras se repartiesen en una familia, yo habría recibido el grueso de la cuota. Pero ahora me quedé totalmente en silencio.

Me miró y dijo:

—Al principio, el amor es algo físico. Nunca tienes suficiente. Todo el mundo habla del enamoramiento como si fuese amor, pero todos sabemos que no lo es. Con el tiempo se convierte en algo distinto. Peg pasó a formar parte de mí mismo. La idea de crecer dentro de una persona parece tonta, pero no lo es. No puedo ir a un restaurante nuevo sin desear preguntarle si le gustarían los huevos benedict que preparan. No puedo coger una cerveza sin alargar la mano instintivamente en busca de la jarra de té frío para llevarle un vaso. —Inspiró hondo y se volvió de nuevo hacia la calle—. No puedo meterme en la cama por las noches sin quedarme esperando a que se hunda su lado del colchón.

Apoyé la mano sobre su áspero brazo.

—Estar sin ella es duro —continuó, bajando la voz—. Muy duro. Sin embargo, no cambiaría nada de nada. Cuando le dije aquellas palabras ese primer día en la heladería, sonrió de oreja a oreja. Ella también lo quiso en aquel instante, aunque dejara de quererlo durante un tiempo, cuando su vida se volvió demasiado ajetreada, demasiado distinta. Pero ese enamoramiento creció y creció hasta convertirse en algo mejor. —Me miró de nuevo—. Tu madre Colleen ha conseguido eso. Sé que no siempre entiendo sus decisiones, pero me doy cuenta de que quiere a Leslie como yo quería a tu abuela.

Noté el escozor de las lágrimas en los ojos y me pregunté qué daría Coco por oír al abuelo reconociendo eso.

—Y también lo deseo para ti, Pippa. Quiero un tipo que se fije en todos tus detalles el día que os conozcáis, pero que solo se fije en todo lo que falta cuando no estés.

Will me abrió la puerta el miércoles, poco después de las seis. Hanna apareció enseguida detrás de él, cruzando el recibidor a saltitos, seguida muy de cerca por un enorme perro amarillo.

—¡Pippa! —exclamó, estrechándome entre sus brazos.

Estuvimos a punto de caernos las dos cuando el perro dio un salto y alargó las patas contra la espalda de Hanna.

—¿Tenéis un perro? —pregunté, agachándome para rascarle las orejas cuando Hanna dio un paso atrás.

—¡Te presento a Penrose! Llevaba un par de semanas en casa de mis padres por lo de la fiesta de cumpleaños y el viaje. —Le indicó a la perra que se tumbara y, cuando Penrose obedeció, Hanna se sacó una golosina del bolsillo de la chaqueta—. Ya tiene un año, pero todavía estamos trabajando en algunas cosas —añadió, sonriéndole a Will con ironía por encima de mi hombro.

—Me imagino que la habréis llamado así por el famoso matemático, ¿no? —pregunté, risueña.

—¡Sí! ¡Por fin hay alguien que aprecia nuestras peculiaridades de empollones! —Se volvió y me acompañó por el pasillo en dirección a la cocina—. Vamos, estoy muerta de hambre.

Como había estado allí en dos ocasiones, ya conocía la distribución. Sin embargo, esta vez la casa me pareció más... acogedora, aunque no hubiese multitudes de niños chillando ni flotase en el aire la animada expectativa de unas largas vacaciones. Solo se veían las señales de la presencia de Will y Hanna, en su casa, al final de la jornada: la bolsa del portátil de Hanna colgada del pasamanos y el escritorio del estudio de Will, al otro lado del pasillo, cubierto de papeles, revistas médicas y posits. Junto a la

puerta de la calle había dos pares de zapatillas de correr, uno al lado del otro. Una pila de correo descansaba, sin abrir, sobre una mesita del vestíbulo. En la cocina, un aroma de salsa marinara y queso burbujeante salía del horno. Tras un estrecho abrazo, Will regresó a la isla central y a la ensalada que estaba preparando.

Y sin embargo, allí no había ningún otro invitado a cenar. Solo éramos cuatro en la cocina: Will, Hanna, yo y Penrose.

¿Me atrevería a preguntar?

—¿Cómo está tu abuelo? —se me adelantó Will, dejando caer un par de puñados de pepino en el oscuro cuenco de madera.

—Está bien —dije—. Y me alegro mucho de que hiciéramos ese viaje. Me encanta verlo, pero ya noto hasta qué punto he desestabilizado su vida cotidiana. Creo que solo puede soportar las visitas si se quedan pocos días. Está muy apegado a sus rutinas.

—Nosotros conocemos a alguien así —dijo Hanna con un bufido, mirándome con aire de complicidad.

«Bueno, ahora tengo que preguntar.»

Inspiré hondo para serenarme y lo solté:

—¿Cenará Jensen con nosotros?

Hanna negó con la cabeza.

—Ha dicho que tenía trabajo.

Sin embargo, junto a la isla, Will se había quedado quieto. Poco a poco, alzó la vista hasta mí.

«Mierda.»

—¿No habéis hablado? —preguntó en tono cauteloso.

—Pues... no.

Frunció el ceño.

—Después de lo de... la cabaña... yo esperaba que al menos...

Miró a Hanna, quien pareció asimilar que sí, era extraño que yo no supiera si Jensen estaría allí esa noche.

Yo no quería montar un drama. Hanna era muy capaz de darle la lata a Jensen con la mejor de las intenciones, y Will también parecía haberse hecho ilusiones creyendo que los dos nos convertiríamos en una pareja.

—El domingo, después de que volviéramos a casa, le pregunté si quería salir a cenar esta semana. Por desgracia, dijo que estaba desbordado. —Hice una pausa, y no pude evitar añadir con una sonrisa irónica—: Sugirió, por mensaje, que lo dejáramos para la semana que viene.

—Pero la semana que viene te habrás ido —dijo Hanna despacio, como si albergara la esperanza de que se le escapase algún detalle obvio que demostrara que su hermano no se estaba portando como un imbécil.

Asentí con la cabeza.

—¿Se va Jensen a Londres la semana que viene? —preguntó, esperanzada.

—No que yo sepa.

Dios, qué incómodo resultaba aquello. Para ser sincera, allí había algo más que pena. También había humillación. Me encantaba que Hanna me apreciase lo suficiente para ignorar todas las razones por las que Jensen y yo no podríamos estar juntos a largo plazo, como, por ejemplo, que viviésemos en distintos continentes. Sin embargo, me sentía un tanto herida al ver que Jensen no tenía ningún interés por verme mientras aún estaba en la ciudad, y ahora todos lo sabíamos. Además, Hanna y Will me caían muy bien; no quería que lo que sucedía o, mejor dicho, lo que no sucedía echase a perder nuestra amistad.

Hanna sacó tres vasos del armario y, por encima del hombro, me preguntó si quería vino o cerveza.

—¿Agua? —dije, riéndome—. Creo que he tomado alcohol suficiente para una década.

De camino hacia el enorme frigorífico, refunfuñó un poco.

—¡Estoy tan cabreada con él! Me lo temí cuando te dejamos en tu casa, pero confiaba en que...

—De verdad —dije—, no te enfades por mí.

Will sacudió un poco la cabeza.

—Nena, no es asunto nuestro.

—¿Acaso ha detenido eso a Jensen alguna vez? —preguntó ella, alzando la voz—. ¡Y me alegro de que se entrometiera cuando lo hizo, porque, si no, yo nunca te habría llamado!

—Ya lo sé —dijo Will con tono apaciguador—. Estoy de acuerdo. Y sé que te preocupa que esté solo. —Me miró con aire de disculpa y añadió—: Lo siento, Pippa.

—No me importa —dije, encogiéndome de hombros.

Y era cierto. Oír la frustración de Hanna hacía que me sintiera mejor, no peor.

—Pero es que... —empezó Hanna—. Quiero...

—Ya lo sé. —Tras acercarse a ella, Will le rodeó los hombros con los brazos y la atrajo hacia sí—. Pero venga —añadió, y le dio un beso en la coronilla—, vamos a cenar.

Will colocó un enorme trozo de lasaña en mi plato, puso un poco de ensalada a un lado y me lo dio.

—Creo que este plato pesa más que yo —dije, apoyándolo en el mantelito individual que tenía delante, decorado con temas otoñales—. Si me decís que no puedo levantarme de la mesa hasta que me lo haya terminado, perderé mi vuelo el domingo.

—La lasaña de Will es famosa —comentó Hanna, y a continuación se metió una porción en la boca—. Bueno —añadió después de tragar—, famosa en esta casa. Para mí.

Di un bocado y entendí por qué. Era el equilibrio perfecto entre queso, carne, salsa y pasta. Irreal.

—La verdad, no es justo que seas guapo y encima sepas cocinar —le dije a Will.

Exhibió una sonrisa radiante.

—Además, soy fantástico sacando la basura y barriendo la terraza.

—No te cortes, cielo —dijo Hanna, riéndose—. También limpias el váter de vicio.

—Mmm —dije, y me eché a reír—, por no mencionar que además eres un maestro de las inversiones con un doctorado, doctor Sumner.

Will y Hanna cambiaron una mirada.

—Muy cierto —dijo Hanna, levantando las cejas.

—Vale. He pasado dos semanas con vosotros. ¿Qué me he perdido?

—Anoche decidimos que seguramente dejaré la empresa en... —Miró a Hanna en busca de orientación y dijo en voz baja—... el año que viene o así.

—¿Cambias de trabajo o dejas de trabajar? —pregunté, conmocionada.

Sabía que Will trabajaba con Max; suponía que era la situación laboral perfecta para cualquiera.

Hanna asintió con la cabeza.

—No necesita ganar más dinero, y... —Sonrió—. Cuando yo consiga la titularidad, vamos a tratar de tener hijos. Will quiere ser un padre en casa.

Sacudí la cabeza, sonriéndoles.

—¿No es raro que empiecen a pasar estas cosas, que todos mis amigos se casen y tengan hijos? Es como si ocurriera de repente. Toda la gente que conozco se casa este verano. Luego vendrán los bebés.

—Es que ocurre de repente —dijo Will con una carcajada—. Me acuerdo de cuando Max y Sara tuvieron a Annabel, y los demás decíamos: «¿Cómo funciona?, ¿por qué llora?, ¿por qué huele?». Ahora Max y Sara van a tener nada menos que

cuatro hijos, y todos seríamos capaces de cambiar un pañal con una mano atada a la espalda.

Hanna asintió con la cabeza y añadió:

—Y Chloe y Bennett se han animado también. Para mí, esa fue la principal señal de que todos seguiríamos ese camino. Cuando Chloe nos dijo que estaba embarazada, fue... vale, es cuando todo cambia. De la mejor manera posible.

—Es alucinante —dije, dándole golpecitos a mi cena con el tenedor. Me sentía un tanto melancólica, pero no porque quisiera un hijo o un marido. Solo quería tener a una persona concreta allí, con nosotros, y el asiento situado junto al mío destacaba su ausencia—. Todo eso me resulta muy lejano, aunque no en mal sentido.

—Creo que Jensen también tiene esa sensación a veces —dijo Hanna, como si me adivinara los pensamientos, pinchando su ensalada con un tenedor—. Pero en su caso creo que es verdad que... —Paró de hablar cuando Will soltó un suspiro—. Lo siento —dijo, dejando caer los hombros—. Estoy haciéndolo de nuevo.

Will se echó a reír.

—Así es.

—Aunque puede que mejoren las cosas ahora que lo de Becky ha quedado atrás, ¿no? —pregunté—. Aunque él no dijo gran cosa, tengo la sensación de que darse cuenta de que no necesitaba nada de ella tuvo un efecto catártico para él.

—Estoy de acuerdo —dijo Hanna—. Me pareció que fue muy bueno para él. Yo estaba dispuesta a aplastarla como si fuera Hulk, pero él lo llevó mucho mejor. Estoy segura de que en gran parte tuvo que ver contigo.

—Coincido en eso —intervino Will.

—¿Es extraño que vea a Pippa y piense enseguida en Jensen? —Hanna miró a su marido y, cuando él negó con la cabeza, se volvió de nuevo hacia mí—. Hacíais muy buena pareja. Francamente, nunca lo he visto tan feliz.

Me limpié la boca con la servilleta antes de hablar:

—No creo que sea extraño, pero me parece que lo de «Jensen y Pippa» fue solo una aventura de vacaciones. Si él estaba feliz, se debía en gran medida al viaje.

Ella se me quedó mirando con incredulidad y vi que no estaba de acuerdo.

—Entonces ¿no te importa si se acaba?

Pensarlo me produjo una punzada de dolor.

—Claro que me importa. No quiero que se acabe. —Las palabras sonaron tan descarnadas que me hicieron daño en el pecho—. Pero ¿qué vamos a hacer? Yo vivo en Londres.

Will lanzó un gruñido compasivo.

—Lo siento, Pippa.

—Me gusta mucho —admití, deseando de pronto haber aceptado el vino que me ofrecía Hanna—. Yo... quería mantener el contacto. Pero, aparte de la distancia, no quiero que él necesite que lo convenzan de nada. No me sentiría bien si me llamase solo porque alguien le hubiese exigido a gritos que lo hiciera.

Hanna hizo una leve mueca al comprenderlo.

—¿Te plantearías trasladarte aquí?

Reflexioné unos instantes, aunque mi reacción inmediata fuese un «sí» entusiasta. Me encantaba la zona de Boston, me encantaba la idea de vivir en otra parte durante algún tiempo, aunque echase de menos a mis madres, a Ruby y a mis otros amigos de Londres. Sin embargo, anhelaba un cambio. Ya tenía amigos aquí, personas que antes aspiraba a conocer, cuyo aprecio me parecía un objetivo, y que ahora también parecían deseosas de estar conmigo.

Asentí despacio con la cabeza y dije:

—Me trasladaría aquí por un buen empleo, o incluso un empleo que me permitiera trasladarme y estar cómoda. —La miré a los ojos y vi el minúsculo destello que había en ellos—. No me trasladaría aquí por Jensen. Así no.

Sonrió con aire de culpabilidad.

—Pues tengo unos cuantos contactos que esperan recibir noticias tuyas cuando vuelvas a Londres. Un par de ellos están en Harvard, pero hay varios en empresas de la zona de Boston.

Se levantó, fue hasta el aparador que estaba cerca de las ventanas y cogió un papel doblado.

—Ten —dijo, regresando para dármelo—. Si te interesa alguna de estas oportunidades, aquí están.

Tras despedirme de Hanna y Will, permanecí sentada en el coche de mi abuelo unos instantes antes de salir de su propiedad. Habíamos hecho planes tímidos para vernos el sábado, pero Hanna estaba casi segura de que en algún momento debería acudir al laboratorio para ayudar a uno de sus estudiantes de posgrado, así que tuve la sensación de que acabábamos de despedirnos por tiempo indefinido. Ruby y Niall habían regresado a Londres un par de días antes y nos veríamos muy pronto, pero sentía algo más que la tristeza momentánea del final de unas vacaciones. Sentía un vínculo con el lugar y con la gente que vivía en él, y la idea de volver a la lluviosa ciudad de Londres, a un trabajo chungo y a un jefe más chungo todavía me volvía... gruñona.

Fui a sacar las llaves del bolso y encontré el papel que Hanna me había dado en la cena. Lo saqué y vi que en realidad eran dos páginas, a un solo espacio y repletas de nombres. Profesores universitarios en busca de alguien que dirigiera su laboratorio,

instituciones universitarias privadas, empresas de ingeniería que querían contratar a alguien para un puesto muy parecido al que ya ocupaba yo... Todos los empleos descritos parecían realistas, y Hanna había dedicado mucho tiempo y reflexión a confeccionar aquella lista. Si quería venir a Boston o a Nueva York, tenía al menos doce oportunidades de hacerlo.

Pero entonces vi el resto de la información que me facilitaba.

Estaba escrita a máquina, como todo lo demás, lo cual indicaba muy a las claras que Hanna pretendía incluirla desde el principio. Como si supiera que yo no tendría su dirección.

Me quedé mirando el papel. La simple visión de su nombre mecanografiado me produjo tensión e inquietud. Quise ir hasta él y sentir cómo me rodeaban sus brazos. Quise recibir un adiós que sonara a un «hasta pronto» y no al «hasta la vista» que había recibido el domingo y que, hasta el momento, no se había cumplido.

Sentí que invadía mis venas un impulso de tipo «ahora o nunca». Metí la llave en el contacto y salí de la propiedad, pero en lugar de girar a mano izquierda giré a mano derecha.

Jensen vivía en una imponente casa de piedra rojiza, situada en una calle ancha y arbolada. El estrecho edificio, de dos plantas, exhibía una impecable fachada de ladrillo y una puerta verde bien pintada. Una planta de hiedra recién podada ascendía por un lado, aferrando con sus dedos delicados la amplia ventana de marco blanco que daba a Matilda Court.

Había una luz encendida en la habitación delantera y otra en el interior de la vivienda; la cocina, quizá, o el estudio. En cualquier caso, conocía a Jensen lo suficiente para saber que no las habría dejado encendidas si no estuviera en casa. Una lámpara encendida en una casa vacía: preocupación por la seguridad. Dos lámparas encendidas en una casa vacía: derroche.

El viento gélido empujó las hojas secas calle abajo. Varias de ellas pasaron por encima de mis pies, atrayendo mi atención hacia el suelo. Estaba oscuro. Era tan tarde que no había nadie paseando ni circulaba ningún coche.

¿Qué puñetas estaba haciendo? ¿Buscar otra dosis de rechazo? No era cierto del todo que no tuviese nada que perder: todavía me quedaba mi orgullo. Mi presencia allí después de que Jensen pasara de mí con un mensaje de texto poseía cierta aura de desesperación. ¿Así había acabado todo? ¿No me habían enseñado nada Mark y sus vigorosas nalgas? Volví a alzar la vista hacia la ventana, gruñendo por dentro. ¿Salgo de Londres para olvidar a un hombre y abro enseguida mi corazón para que lo pisotee otro?

«Pippa Bay Cox, eres tonta del culo.»

Dios, menuda pesadilla. Hacía frío en la calle y calor dentro del coche. Quizá hiciera más calor todavía en la tienda de rosquillas de la esquina, donde podría comerme mis sentimientos con un poco de azúcar glas. Detrás de mí, un coche aparcó junto a la acera. Comprendí la pinta que debía de tener: parada delante de una casa, mirando fijamente a la ventana. Me enderecé cuando sonó el chasquido del cierre automático, me volví y me estampé contra un cuerpo duro.

—Lo siento mu... —empecé.

Se me cayó el bolso al suelo. Nerviosa, me agaché a cogerlo.

—¿Pippa?

Me quedé mirando los brillantes zapatos marrones que descansaban en el suelo, delante de mí, y analicé la voz melosa y dulce que había pronunciado mi nombre.

—Hola —dije, sin acabar de decidirme a levantarme.

—Hola.

Estoy segura de que, si alguien hubiese presenciado la escena, habría pensado que me estaba arrodillando a los pies de un hombre de negocios. Sin embargo, si hubiera existido algún código secreto que pudiera hacer sonar contra el asfalto para conseguir que la acera se abriera y me tragase, lo habría hecho sin dudarle un instante. Aquello era... espantoso. Muy despacio, volví a guardar el contenido del bolso, que se había desparramado por el suelo.

Él se agachó.

—¿Qué haces aquí?

«Oh, Dios.»

—Hanna... —dije, sacando las llaves del coche—. Bueno, me ha dado tu dirección. He pensado que... —Sacudí la cabeza—. Por favor, no te enfades con ella. Saber que no estarías con ninguna amante aficionada a la lencería me ha infundido valor para pasarme por aquí. Supongo que quería verte. —Al ver que no contestaba me entraron ganas de arder en llamas y añadí—: Lo siento. Ya me dijiste que estabas ocupado.

Una mano grande vino hacia mí, envolvió mi codo y me ayudó a incorporarme. Cuando lo miré a la cara, vi que sonreía levemente.

—No tienes que disculparte —dijo en voz baja—. Simplemente me ha sorprendido verte. Ha sido una sorpresa agradable.

Miré su traje y luego me volví hacia su coche.

—¿Llegas ahora?

Asintió con la cabeza y eché un vistazo a mi reloj. Eran más de las once.

—No hablabas en broma cuando decías que tenías trabajo —murmuré, y luego alcé la vista hasta su casa—. Tienes las luces encendidas.

Asintió con la cabeza.

—Funcionan con un temporizador.

«Por supuesto. Cómo no.»

Me eché a reír.

—Ya.

Sin decir nada más, se inclinó, me rodeó con los brazos y posó sus labios sobre los míos.

Qué alivio, qué calidez. No hubo vacilación en el beso, solo el roce familiar de sus labios contra los míos, el reflejo de abrir la boca al mismo tiempo, el contacto anhelante de su lengua. Sus besos se acortaron, se abreviaron hasta convertirse en minúsculos piquitos sobre mi boca, mis mejillas, mi mandíbula.

—Te he echado de menos —dijo, y me besó el cuello.

El agotamiento resultaba evidente en la curva de sus hombros, en la pesadez de sus párpados.

—Y yo a ti —dije, echándole los brazos al cuello—. Solo quería saludarte, pero ya veo que te caes de cansancio.

Jensen se echó atrás, me miró y luego se volvió hacia la puerta de su casa.

—Me caigo de cansancio, es verdad, pero no hace falta que te vayas. Pasa. Quédate aquí esta noche.

Cruzamos el piso de abajo sin hablar. Jensen me cogió de la mano y tiró de mí con determinación hasta el cuarto de baño de la habitación principal, donde me dio un cepillo de dientes sin estrenar. Tras cepillarnos los dientes en un silencio risueño, cruzamos las puertas dobles para entrar en el dormitorio.

Su habitación estaba decorada con colores suaves: cremas y azules, madera de un suntuoso marrón. En el suelo, mi falda roja y mi blusa de color zafiro parecían joyas dentro de un río.

Jensen no pareció percatarse. Dejó caer su ropa junto a la mía y se metió conmigo entre las sábanas. Su boca se movió cálida y algo húmeda sobre mi cuello, mis hombros; sus labios chuparon mis pechos.

Nunca habíamos hecho el amor así, sin aquella vigilancia que parecía intensificarlo todo en el viaje. Aquí solo estábamos nosotros en su cama, en su dormitorio oscuro. Nuestras manos tocaban una piel ahora familiar; nos reíamos entre besos. Se instaló en mi vientre un pesado anhelo que se irradió hasta mi entrepierna. Su cuerpo ansioso se endureció sobre el mío hasta estar allí, abriéndose paso, moviéndose en mi interior con el mismo gesto perfecto de las caderas, el mismo afianzamiento de sus brazos a mi alrededor, la misma presión de su boca en mi cuello.

Era el paraíso y era el infierno. El alivio era una droga; estar allí con él era como siempre: perfecto. Bajo su boca y sus manos posesivas, resultaba imposible no sentir que yo era la única persona en el mundo que importaba. Pero esta vigilancia suponía una tortura, la de aceptar por primera vez lo absolutamente temporal que era todo. La de saber ahora que, si yo no hubiese venido, él no habría hecho el esfuerzo.

—Es fantástico —dijo con voz entrecortada, contra mi cuello—. ¡Madre mía, siempre lo es!

Lo rodeé con los brazos, las piernas y el corazón, realmente, sintiendo una vez más lo que tuvimos en Vermont. Lo que reverberaba entre nosotros no era una respetuosa admiración, sino algo con fuego y profundidad, algo que sería difícil dejar a un lado. Mientras se movía sobre mí, colocándose justo donde yo lo necesitaba, sentí que la pregunta de si podría enamorarme de Jensen era irrelevante.

Lo había hecho.

Al comprenderlo, lancé un gritito ahogado. Él aminoró el ritmo sin parar del todo y cambió de postura para poder verme la cara.

—¿Estás bien? —preguntó, y me besó.

Encima, sus hombros subían y bajaban, subían y bajaban. Me quedé mirando la curva musculosa de su cuello, la definición de su pecho.

—¿Me llamarás cuando vengas a Londres? —pregunté, con la voz más absolutamente patética del mundo.

Al parecer, estaba dispuesta a conformarme con eso.

Su mano bajó por mi costado hasta llegar a la pierna, que levantó aún más sobre su cadera. Con el movimiento, me penetró más hondo. Ambos nos estremecimos de alivio, de enloquecedor anhelo. Intentó sonreírme, pero la sonrisa se convirtió en una mueca tensa.

—No volveré hasta marzo. Te llamaré, si es que no tienes un novio para entonces.

Creo que fue una broma.

O un recordatorio.

Cerré los ojos, estrechándolo contra mí. Él se movió a conciencia, activando ese cable en mi interior que convertía el placer en lo único importante.

Estuvo bien que la noción «un novio» se desvaneciera de mi mente sin permitir la entrada de aquella otra noción, «una novia», que solo pudiéramos movernos así, subir cada vez más y correr al unísono, temblorosos y jadeantes, y que no tuviéramos que arriesgar nuestros corazones intentando hacer de aquello algo más.

Jensen

Lo que ocurre con los viajes es que, cuando vuelves a casa, todo parece un poco raro.

Me dije a mí mismo que era simplemente el resultado de pasar unas vacaciones increíbles después de varios años sin atreverme a dejar el trabajo. Me dije a mí mismo que era el resultado de haber sido alguien menos rígido, de haber desconectado, y la novedad de estar rodeado a todas horas de buenos amigos en lugar del aislamiento de vivir solo. Quizá fuese también el efecto de volver a ver a Becky y asistir a la irrupción de nuestro pasado en mi presente, sin saber al principio qué hacer con él hasta darme cuenta de que no tenía que hacer nada en absoluto.

Sin embargo, esa sensación indefinida cuando llegué a casa parecía más que eso. Sí, estaba tan ocupado que abandoné mi rutina, saltándome sesiones de ejercicio y trabajando a la hora de comer para ponerme al día. Sí, estaba tan exhausto al final de la jornada que al regresar a casa cenaba, me duchaba y me iba a la cama. Me levantaba y volvía a empezar. Y no hacía falta ser un genio para saber que lo que me producía esa sensación rara era algo más que el simple peso del trabajo que me aplastaba.

Pippa y yo habíamos sido muy claros acerca de lo que queríamos: un poco de diversión, una aventura y un descanso de la vida real. Entonces ¿por qué me había permitido a mí mismo sentir más?

No podía dejar de pensar en ella, de fantasear con el tiempo que habíamos pasado juntos en la cabaña y de desear que hubiéramos podido seguir su sugerencia de quedarnos allí y fingir, durante la mitad de cada año, que la vida en Londres y Boston no existía. ¿Seis meses sin teléfonos ni correo electrónico, en compañía de las personas que más apreciaba? Parecía el paraíso.

Tener a Pippa una noche más fue sobre todo una tortura. Al bajar del coche y verla mirando mi casa, una surrealista avalancha de sensaciones me había dejado atónito. Tardé unos cinco segundos en comprender que no eran imaginaciones mías. Estaba agotado, dispuesto a renunciar a una ducha con tal de dormir diez minutos más, pero, de pronto, el sueño se convirtió en la idea más alejada de mi mente.

A la mañana siguiente se vistió, se despidió con un beso y se marchó sin decir nada.

«Una aventura», me recordé a mí mismo. Y eso fue todo.

Días más tarde, miraba fijamente la hoja de cálculo en mi pantalla; los números me parecían borrosos. Eran casi las siete y, después de repasar durante horas la misma lista de activos, estaba dispuesto a prenderle fuego al ordenador, a los archivos del proyecto y quizá hasta a mi despacho.

—Sabía que estarías aquí, así que te he traído unos regalitos —dijo Greg, observando con cautela mi escritorio y las pilas de archivos que lo cubrían.

Dejó un bocadillo sobre la mesa y luego se sacó una botella de cerveza del bolsillo de los pantalones.

—No, gracias —dije con una leve sonrisa, levantando la vista para mirarlo antes de volverme de nuevo hacia la pantalla—. He bajado hace un rato y me he comido un bagel o algo así.

—«Un bagel o algo así» —repitió y, en lugar de marcharse, se acomodó en la butaca situada frente a mi mesa—. ¿Sabes? Cuando la gente se marcha de vacaciones suele volver un poco menos... asilvestrada.

Me apreté los ojos con los dedos para protegerlos de la luz. La falta de sueño y el exceso de café me habían vuelto irritable y me habían dejado un dolor palpitante en las sienes.

—Mientras estuve fuera no se hizo todo lo que se debía hacer, y ahora esto es un desastre.

—¿Es que el personal no hizo las tareas que le dejaste, o...? —preguntó.

—Sí las hicieron. Simplemente... no sé. No actuaron tal como lo habría hecho yo. Por no mencionar que dejé el despacho de Londres con las declaraciones listas y tiempo de sobra para que hicieran su parte antes de la vista y se les pasó el plazo de presentación.

—¡Joder!

—Exacto.

—Sabes que tú no eres el responsable —dijo.

—Bueno —repliqué—, técnicamente soy el...

—Tu trabajo consistía en repasar las declaraciones —dijo, interrumpiéndome—, no en presentar la puta documentación. Y es normal que no hicieras tanto en vacaciones como te habría gustado. Por eso se las llama «vacaciones». —Pronunció cada sílaba y cogió un viejo diccionario de mi estantería para empezar a hojearlo—. Dame un momento y te lo busco. No puedo creerme que tengas un diccionario...

Alargué el brazo por encima de la mesa y se lo quité.

—Entiendo que, en un sentido estricto, no era tarea mía —dije, volviéndome de nuevo hacia el ordenador—, pero tengo que arreglar este desastre y las cosas que surgieron mientras estaba fuera, y... —Exhalé un suspiro y meneé los hombros antes de decir con calma—: Todo se solucionará. Tendré que ponerme al día, pero todo se solucionará.

Se levantó para marcharse.

—Vete a casa, cena algo, ponte a ver la tele, lo que sea. Y vuelve a empezar mañana, sí, pero márchate a una hora decente. De esta forma te quemarás, y eres demasiado bueno en lo que haces para permitirlo.

—Lo haré —rezongué mientras se volvía hacia la puerta.

—Eres un mentiroso —replicó, con una carcajada—. Buenas noches, Jens. —Y cuando estaba en mitad del pasillo, volvió a decirme—: ¡Vete a casa!

Sonreí y contemplé parpadeando mi hoja de cálculo.

Greg tenía razón. Las largas horas de trabajo y la ausencia de vida social se habían convertido en la norma. Había logrado ser el único asociado menor de cuarenta años; para mí, sin una esposa ni unos hijos que me esperasen en casa, hacer horas extras nunca había supuesto un problema. Tenía suerte de haber alcanzado mi posición. Recordaba los duros inicios, cuando me esforzaba por conseguir el número suficiente de horas facturables al año y confiaba en ser lo bastante bueno para que los socios me dejaran expedientes en la mesa.

Ahora el trabajo me ahogaba. Tenía más casos de los que podía asumir y no podía marcharme durante unos días sin que el mundo situado entre las paredes de mi despacho sufriera una implosión. Sí, yo mismo me había buscado ese problema, pero no sabía cuánto tiempo más podía durar. Me encantaba mi trabajo, me encantaba el equilibrio ordenado e innegociable de la ley. Siempre había sido más que suficiente, hasta que dejó de serlo.

La taza de café que llevaba una hora sobre mi escritorio se había enfriado. La aparté a un lado, abrí el cajón y conté el dinero suelto para la máquina distribuidora del pasillo.

Mi móvil estaba junto a una pila de monedas y, obedeciendo a un impulso, a sabiendas de que probablemente permanecería allí unas cuantas horas más, lo cogí. Había unas quince llamadas perdidas, muchas de ellas de Ziggy, y varios mensajes de texto. El más reciente era de Liv.

«Ziggs quiere que vayas a cenar a su casa.»

«Estoy en el trabajo —contesté—. ¿Por qué no me ha enviado un mensaje ella?»

«¿Estás en el trabajo? MENUDA SORPRESA —respondió Liv enseguida—. Dice que no coges el móvil.»

La culpabilidad y la irritación se enroscaron en mi interior. Ziggs era la última persona que podía quejarse ante Liv de lo mucho que trabajaba yo.

Recorrí la mesa con la mirada y clavé la vista en el reloj. Aparte del sonido lejano de una aspiradora, el edificio estaba en silencio. El agotamiento me golpeó como si fuese una ola cálida y pesada. Cenar en casa de Will y Ziggy sonaba estupendo. Estaba cansado de esa silla, de la infinidad de correos electrónicos, del café frío y de la comida preparada. Ziggy trabajaba casi hasta tan tarde como yo; debían de estar empezando. Le envié un mensaje diciéndole que iba hacia allí. Acto seguido, desconecté el ordenador y apagué el móvil.

La frívola ligereza que había sentido solo unos días atrás se había esfumado ya, y me encontraba justo como había empezado: cansado, un tanto solo y ansioso por sentir la calidez de una compañía verdadera.

Aparqué junto a la acera y me dirigí a la casa, observando cómo resplandecía en la calle a oscuras. Minúsculas luces salpicaban los macizos de flores y brillaban en los árboles; las lámparas se entreveían a través de las ligeras cortinas del segundo piso. Desde donde estaba, vi el interior del salón y el pasillo, al final del cual se hallaban Ziggy y Will, abrazados. Por la ventana abierta se colaba hasta la calle una canción de Guns N' Roses. Mi hermana y su marido bailaban en la cocina al ritmo de «Sweet Child O' Mine».

Putos románticos.

En el porche las calabazas habían desaparecido, pero ocupaba su lugar una jardinera de estaño forjado repleta de flores. En la puerta había una corona de tema otoñal.

—¡Hola! —saludé al entrar.

Penrose dobló la esquina, dando saltos y meneando el rabo.

Me agaché a acariciarla y le despeiné el pelo de las orejas.

—¿Por fin te han dejado volver a casa?

—¡Hola, tete! —exclamó Ziggy, desde la cocina.

Penrose se puso a girar en círculos. A continuación, se tumbó boca arriba, a mis pies, para que le frotase la barriga. Me quité los zapatos, los coloqué junto a la puerta y seguí a la perra por el pasillo.

—Has venido —dijo Ziggy, apartándose de Will.

Me incliné, la rodeé con mis brazos y le di un beso en el pelo.

—Claro que he venido. Quiero a Will.

Me dio un puñetazo en el brazo y se dirigió hacia las verduras que estaban sobre la encimera.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunté.

Ziggs negó con la cabeza.

—Estábamos bailando y acabando de preparar la ensalada. ¿Alguna preferencia para el aliño?

—Lo que toméis vosotros me estará bien.

Contemplé durante unos momentos cómo trabajaban en tándem. Entonces les conté que Becky se había presentado en mi casa.

Mi hermana se volvió boquiabierta.

—¿Cómo?

Will, que estaba buscando una lechuga en la nevera, asomó la cabeza por la puerta para mirarme.

—Lo dices en broma.

—Qué va.

—¿Cuánto tiempo se quedó? —preguntó Ziggs, incrédula.

—Unos tres cuartos de hora, creo. —Me rasqué la mandíbula—. Le dije más o menos que podía quitarse ese peso de encima si quería, pero que a mí me daba igual. Dijo que ahora entendía que en aquel momento se sintió demasiado joven y pensó que no había tenido experiencias.

Will soltó un silbido.

—Es un poco gili, ¿no?

—¡Desde luego! —farfulló Ziggy.

Se me hizo en el pecho un nudo de amor por la tontorrón de mi hermana y su perpetua necesidad de protegerme.

—Es buena tía —dije. Cogí una rodaja de zanahoria y me la comí—. No creo que sea mala; simplemente, nunca se le ha dado muy bien la comunicación.

—Que conste que creo que lo llevaste muy bien —dijo Will.

—Sí, claro. Pero... ¡arrgh! Estoy tan harta de ella... —Ziggy inspiró hondo y miró el cuchillo que tenía en la mano—. Cambiemos de tema o tendré que buscar algo que cortar.

Will la miró con una tierna sonrisa y le quitó el cuchillo suavemente.

—Buena idea. Jens, ¿te apetece ir a correr este fin de semana?

Cogí otra zanahoria.

—Puede. Siempre que salgamos lo bastante temprano para que pueda ir a trabajar.

Mi hermana se volvió y me miró conmocionada. Cerró la boca de golpe y cogió de nuevo el cuchillo, con los hombros tensos.

La observé durante unos instantes.

—¿Hay algún problema, Ziggs?

—No lo sé —dijo, cortando un pepino en rodajas con energía—. En fin, no es asunto mío, pero es interesante que puedas ir a correr con Will el fin de semana y estés libre esta noche, cuando la semana pasada le dijiste a Pippa que no parabas de trabajar.

—¿Qué dices que le dije a Pippa? —pregunté, con el pulso alterado.

—Bueno, no con esas palabras exactas —dijo, un tanto aplacada—. Y, por supuesto, me alegro mucho de que estés aquí. Pero estabas demasiado ocupado para ir a cenar con ella, y ahora —paseó la mirada por la cocina con gesto dramático—, aquí estamos los tres.

—¿Hay vino? —le pregunté a Will, que cogió una copa y una botella abierta y las dejó en la encimera, delante de mí.

Me serví una cantidad generosa, di un trago largo y dejé la copa.

—No sé a qué viene eso —dije—, ni cómo te has enterado de lo que le dije a Pippa, pero venir aquí para estar con vosotros no es trabajo para mí. Si no me apetece hablar, puedo clavar los ojos en el plato, cenar, daros las gracias y marcharme a casa. Y, por cierto, sí que tenía trabajo —añadí—. Aún estaba trabajando cuando Liv me ha enviado un mensaje diciéndome que no podías localizarme.

Ziggy se volvió a mirarme como si hubiese dicho algo absurdo.

—No entiendo por qué siempre...

—¡Dios! —exclamé, llevándome las manos a la cabeza—. ¿Podemos cenar antes de empezar con esto? ¿Puedo tomar otra copa de vino por lo menos? He tenido un día de mierda.

Mi hermana pareció desinflada y a punto de disculparse.

—No digas nada —me apresuré a añadir.

El sentimiento de culpa me infló el pecho como si fuese un globo. Ziggs solo trataba de ayudar. Lo sabía. Sus intenciones eran buenas, aunque sus métodos me desquiciaran.

—Mira, vamos a comer algo por lo menos, y luego podrás chillarme tanto como quieras —le pedí.

Will había preparado un asado con patatitas rojas y zanahorias caramelizadas con azúcar moreno. Allí sentado, mientras disfrutaba de la mejor comida que había tomado desde que estuvimos en Vermont, me sentí un poco engañado por no haber sabido de qué era capaz mi amigo cuando aún éramos compañeros de habitación en la universidad.

Como siempre, la cena fue relajada y agradable. Hablamos de mis padres y de su inminente viaje a Escocia. Hablamos del tradicional viaje familiar que solíamos hacer juntos entre Navidad y Año Nuevo. Como el nacimiento de los bebés estaba previsto en diciembre, ese año me habían dado un descanso, pero me preparé para la inevitable discusión acerca del destino escogido para el año siguiente, Bali, y, en caso de que yo no pudiera ir, para la típica conversación que solía empezar con la frase «Pero el pobre Jensen estará solo».

Para cuando acabé mi primer plato de asado, habíamos empezado a hablar de Max y Bennett, y de los jugosos mensajes llenos de anécdotas sobre «Chloe la Santa» y «Sara el Monstruo».

Después de confirmar que ambas mujeres seguían comportándose de forma sospechosa, Will se volvió hacia mí mientras pinchaba un trozo de asado.

—¿Qué tal la vuelta al trabajo?

—Esa fusión internacional que he estado supervisando es un desastre ahora mismo —les conté—. Y, aunque las cosas que han salido mal no tienen nada que ver con nuestro bufete, el equipo queda mal de todos modos. Habrá que hacer horas extras para solucionarlo.

—Parece un verdadero fastidio —dijo Will.

—Lo es, pero así es el trabajo. —Di otro sorbo de vino y noté que su calidez se abría paso por mis venas—. ¿Y los demás? ¿Volvieron bien?

Ziggy asintió con la cabeza.

—Niall y Ruby se marcharon al día siguiente de volver de Vermont. Pippa se fue el domingo pasado.

Me quedé paralizado. ¿Cómo no me había enterado de que Pippa se había marchado hacía cuatro días?

—¡Oh! —dije, poniéndome a cortar un trozo de carne—. No sabía que...

—Pues podrías haberte enterado de sus planes si te hubieras molestado en verla antes de que se fuese —dijo mi hermana en un tono de claro desaffo.

Cogí un panecillo caliente, lo partí y dejé que saliera el vapor. Di un bocado y lo mastiqué despacio antes de tragar. Cayó en mi estómago como una bola de harina y cola.

—La verdad es que sí la vi.

Ziggy se quedó inmóvil con el vaso de agua a punto de llegar a la boca.

—¿Cuándo?

Bajé la cabeza.

—El miércoles, cuando llegué a casa de trabajar, me estaba esperando. Creo que vino después de cenar con vosotros.

—¡Ah! —exclamó mi hermana, y luego sonrió despacio—. ¡Bueno, pues eso es fantástico! ¿Vais a tener una relación a larga distancia o...?

—No creo.

Tiré del plato de la mantequilla y unté el panecillo.

—¿Que no crees? —repitió.

—Cariño, ya te lo he dicho, tengo trabajo.

Mis palabras solo consiguieron enojarla aún más.

—Una semana tiene siete días, cariño. Veinticuatro...

—Vive en Inglaterra.

Mi hermana dejó el tenedor en el plato y apoyó los antebrazos sobre la mesa, dirigiéndome una mirada glacial.

—Te das cuenta de que ese es exactamente el motivo por el que no tienes pareja, ¿verdad?

—Supongo que es una pregunta retórica, ¿no?

Di otro bocado. Me sentó peor que el anterior. Sabía que la estaba provocando; ella no soportaba mi aparente calma y quería suscitar en mí alguna clase de reacción, pero me daba igual.

—¿Conoces a una mujer que te gusta y no encuentras el modo de sacar algo de tiempo para ella, de cultivar...?

—¿Cultivar qué? —dije, alzando la voz. Me sorprendí de mi propia rabia. ¿Cuántas veces tendría que explicar aquello?—. Vivimos en distintos países, queremos distintas cosas. ¿Por qué vamos a esforzarnos alguno de los dos por aplazar lo inevitable?

—¡Porque hacíais muy buena pareja! —chilló ella. Will apoyó una mano en el brazo de mi hermana para calmarla y ella se la quitó de encima con un gesto brusco—. Escucha, Jens, tu carrera profesional es una pasada, y estoy muy orgullosa de ti. Si eso es lo único que le pides a la vida, de acuerdo. Lo acepto. Sin embargo, después de observarte la semana pasada y ver cómo te reías y te animabas cada vez que Pippa entraba en la habitación, no me lo creo. Y no me digas que fue para engañar a Becky, porque ella no estuvo en la cabaña. Eras tan feliz...

—¿Y eso qué significa? —pregunté, encendido—. ¿Quieres decir que el resto del tiempo soy desgraciado?

Ella levantó la barbilla.

—Puede.

Will carraspeó mientras nos miraba alternativamente.

—¿Por qué no nos tomamos un respiro? —sugirió.

Pero yo no había terminado.

—No entiendo qué problema hay ni por qué le interesa de repente a todo el mundo mi vida amorosa.

Ziggy dio una palmada sobre la mesa y soltó una carcajada rabiosa.

—¡Qué fuerte me parece que tú precisamente digas eso!

Llegué a reírme.

—No puedes comparar de ningún modo las dos situaciones. Tú nunca habías salido con nadie. Yo he tenido relaciones. ¡Estoy divorciado, joder! No es lo mismo que no haber salido nunca de un rincón.

—¡Te divorciaste hace seis años!

—¿Por qué no puedes dejarlo? Fue un rollo, Ziggy. Lo que Pippa y yo tuvimos fue un simple rollo. La gente los tiene cada día. Pregúntale a tu marido, que tiene algo de experiencia en la materia.

—A mí no me pareció un simple rollo —dijo Will, lanzándome una mirada de advertencia.

—Y no es asunto vuestro —dije, dejando el tenedor en el plato—, pero esa decisión no fue solo mía. Los dos pensamos igual. Ninguno de nosotros estaba en situación de querer algo más.

—¿Cómo sabes siquiera lo que piensa ella? Nunca la has llamado.

—Pues...

—¡Le enviaste un puto mensaje de texto!

Will y yo nos quedamos sin aliento y retrocedimos instintivamente en el asiento. Mi hermana no decía tacos. Y si lo hacía, era porque algo estaba en llamas o había aparecido en la casa un nuevo ejemplar de *Science* antes de lo previsto. Nunca me los decía a mí.

—Pippa acababa de salir de una relación —le conté, tratando de suavizar mi tono. Ziggy solo quería lo mejor para mí, y yo lo sabía—. Estaba viviendo con alguien, Ziggs. Nunca pensamos que lo que teníamos fuese a ir a más.

—Eso no significa que no fuese posible.

—Sí, eso es exactamente lo que significa.

—¿Por qué? ¿Porque estaba despechada? ¿Porque eres un abogado que se abrocha las camisas hasta arriba y ella, a veces, lleva el pelo de color rosa? Cualquier persona con sangre en las venas se tiraría a Pippa. ¡Vaya, me la tiraría yo!

Will levantó la cabeza de golpe.

—¿Lo dices en serio?

—En mi imaginación, ¿por qué no? —Ziggy se encogió de hombros—. Y si Jensen dejara de ser tan...

—¡Ya vale! —grité, y un silencio invadió la habitación—. Esto no va contigo, Hanna.

—¿Acabas de llamarme Hanna? —preguntó, con las mejillas encendidas—. ¿Crees que es divertido verte así, saber que cada noche vuelves a tu casa vacía y que nunca jamás cambiarás porque tienes demasiado miedo o eres demasiado tozudo para dar el primer paso? Me preocupo por ti, Jensen. ¡Me preocupo todos los putos días!

—¡Ya se te pasará! ¡Yo no me preocupo!

—¡Pues deberías! ¡A este paso, nunca estarás con nadie! —Abrió unos ojos como platos y tomó aire por la boca—. No quería decir...

—Sí, ya lo sé. No querías decirlo en voz alta.

Me levanté de la mesa.

Ziggy parecía horrorizada y a punto de disculparse, pero yo estaba demasiado irritado para seguir escuchando.

—Gracias por la cena —dije.

Arrojé mi servilleta sobre la mesa y me fui por el pasillo.

A pesar del frío, volví a casa con las ventanillas abiertas, confiando en que el sonido del viento dentro del coche pudiera borrar el eco de las palabras de mi hermana.

Cuando aparqué delante de mi casa y apagué el motor, la calle estaba en silencio. No bajé del vehículo, y no porque me planteara la posibilidad de ir a ningún otro sitio, sino porque no quería entrar. Dentro, todo estaba ordenado y silencioso. Dentro, la alfombra del salón tenía marcas de la aspiradora que nunca borraba ninguna pisada. Dentro, había un montón de gastados menús de comida a domicilio y una extensa lista de programas en la categoría «Vistos recientemente» de Netflix.

De pronto, la idea de entrar me resultó insoportable.

¿Qué pasaba conmigo? Siempre me había encantado mi casa. Siempre había destacado en mi trabajo y disfrutado de mi rutina. Estaba dispuesto a reconocer que la mayor parte del tiempo no me sentía total y absolutamente eufórico, pero me conformaba de buena gana con estar satisfecho.

¿Por qué ya no me parecía suficiente?

Finalmente bajé del coche y caminé hasta el porche, sacándome despacio las llaves del bolsillo. Mis ventanas estaban a oscuras, salvo por las lámparas con temporizador,

y me negué a hacer una comparación más entre mi porche y el de Ziggy, mi vida y la de Ziggy.

«La de Hanna —pensé, sorprendiéndome a mí mismo por primera vez—. No quiero comparar mi vida y la de Hanna.»

Mi hermana había crecido.

Me había superado incluso en lo bien que lo hacía, en el entusiasmo que le ponía.

Abrí la puerta, entré y tiré las llaves en dirección a la mesa del recibidor. Sin molestarme en encender las luces o coger el mando a distancia, me senté delante del televisor apagado.

Hanna tenía razón, debía preocuparme. Tenía un trabajo por el que lo había sacrificado todo y una familia a la que adoraba, lo cual era muchísimo más de lo que tenía la mayoría de la gente. Sin embargo, no estaba haciendo nada para vivir con mayor plenitud.

Pippa

El vuelo de regreso al Reino Unido resultó menos accidentado que el de ida. Tal vez fuese mejor así. El señor un tanto desaliñado que se sentó a mi lado se durmió a los cinco minutos de abrocharse el cinturón de seguridad y se pasó todo el viaje roncando sonoramente. Por desgracia, no estaba Amelia, pero la azafata de servicio me ofreció unos taponés para los oídos y un cóctel.

Acepté los taponés, rechacé el cóctel.

Si lo pensaba, no sabía muy bien qué opinar de las vacaciones. Por supuesto, el viaje había sido como un sueño mientras duró, pero ¿de verdad estaba mejor que antes? Había olvidado las vigorosas nalgas de Mark, eso sí, pero, tras la última y alucinante noche con Jensen y su posterior desaparición para volver al trabajo, me sentía deprimida, como si mi mejor amiga se hubiera mudado a una ciudad situada en la otra punta del mundo. Y, lo que quizá fuese peor, mi listón para los tíos decentes se había elevado hasta alcanzar un nivel que, por desgracia, era improbable que me encontrara por las calles de Londres o en ningún otro sitio.

¿Era eso lo que se sentía al conocer al hombre de tu vida? ¿Elevaba tanto el listón que hasta dejabas de molestarte en intentarlo? Jensen estaba en forma, era alto e inteligente. Era sexy de forma secreta; distribuía su atractivo en pedacitos minúsculos, pero a puerta cerrada se convertía en el más hábil y atento de los amantes. Y... tenía la sensación de que encajábamos. Yo era charlatana, él era reflexivo. Yo era excéntrica, él era clásico. Sin embargo, cuando nos juntábamos, funcionábamos muy bien.

¡Arrgh!, no soportaba que mis pensamientos se convirtieran en tarjetas de felicitación sensibleras.

Me puse los taponés y traté de pensar en otra cosa.

Ropa nueva.

Tinte para el pelo.

Queso.

Estaba evitando los hechos. Tenía que afrontar de cara la realidad de mi vida. Tenía que decidir si quería seguir indefinidamente en Londres o... probar algo nuevo.

Cuando pensaba en el trabajo, cualquier sensación de temor se transformaba en la alegría que esperaba sentir al entrar en el despacho de Anthony y despedirme.

Y cuando pensaba en mis madres, no las veía retorciéndose las manos ante la perspectiva de mi marcha; imaginaba cuánto se alegrarían por mí si me iba a Boston para vivir allí unos años.

Y cuando pensaba en mi piso, lo que sentía era... nada. Ni sentimentalismo, ni tristeza ante la perspectiva de mudarme. Todo lo que había allí, desde la peluda alfombra azul del cuarto de estar hasta el edredón blanco de la cama, estaba asociado a los días alacados de mis veintipocos años o a Mark.

Mark, que era tan parecido a mí en tantos aspectos. Lo teníamos todo en común: el amor por el pub de la esquina, la tendencia a emborracharnos un poco y cantar alto, más de lo que aconsejaban nuestras voces desafinadas. Compartíamos el gusto por el color, el sonido y la espontaneidad. Pero la nuestra era una rutina fácil, casi frívola. Vivir así no exigía nada de mí; era una vida sin desafíos.

Cuando me alejé de todo, vi que mi vida en Londres era fácil, pero no satisfactoria, y que nunca iba a proporcionarme lo que yo quería.

Por desgracia, lo que yo quería en ese momento era que Jensen viniera a por mí y tener un piso en Boston, cerca de un círculo de amistades con golden retrievers de orejas caídas y niños que se disfrazaban de Superman y de duende. Mi vida en Londres consistía en pasar el día trabajando en un sitio que detestaba y la noche bebiendo pintas y quedándome traspuesta en el sofá. Quizá resultase irónico que las vacaciones que habían cambiado mi visión de la bebida consistieran en cuatro días seguidos de catas de vino y cerveza y otros nueve días en una cabaña plagada de desenfreno y juegos de mesa. Se me ocurrió que el motivo por el que a mis amigos les hacía ilusión lo que venía después del viaje era que ellos, a diferencia de mí, tenían una vida real a la que regresar.

Un ejemplo muy concreto: de los trescientos veintiséis correos que se agolpaban en mi bandeja de entrada a mi regreso, solo tres tenían remitentes que no fuesen grandes almacenes como House of Fraser, Debenhams o Harrods. Nadie me había telefonado en todo el tiempo que pasé fuera, aunque Mark se había pasado por allí y se había llevado de la despensa la mayor parte de la comida.

Vaya pedazo de capullo.

Me senté en el suelo de mi silencioso piso, con la maleta sin deshacer junto a la puerta, y me comí unos melocotones directamente de la lata.

¿Se podía caer más bajo? ¿Había algo peor que aquella imagen mía, desaliñada y sin duchar después del vuelo, con la falda torcida por razones totalmente respetables, cenando en el suelo? ¿Así me encontrarían las autoridades, despatarrada sobre la moqueta, mordisqueada despacito por un puñado de roedores?

¿Era peor aún lo ocurrido varias semanas atrás, cuando me encontré a Mark y a su amante en mi cama?

Debería haberme sentido deprimida al caer en la cuenta de que tenía muchas situaciones malas entre las que escoger, pero ya no me sentía triste ni enfadada. Me sentía ansiosa de algo... algo que no eran melocotones.

Los tiré a la basura y entré en mi dormitorio. Ni siquiera quería dormir allí.

La determinación es algo raro. En las películas, parece un sobresalto, la comprensión de una respuesta y, finalmente, una sonrisa dirigida hacia el cielo. Para mí, la determinación de arrancar de raíz mi realidad actual fue más bien un parpadeo prolongado, unos hombros caídos y un audible:

—¡Ay, coño!

Me despedí el martes por la tarde.

Tenía previsto despedirme el lunes, pero, cuando regresé al trabajo, comprendí que no podría pagar el alquiler de mi piso sin un empleo lucrativo y que me convenía asegurarme de que a mis madres les parecía bien que volviera a casa mientras resolvía mis asuntos. Por supuesto, se mostraron encantadas.

—¡Quieres mudarte a Boston! —exclamó Coco, aplaudiendo—. Cariño, no te arrepentirás. No te arrepentirás en absoluto.

—De todos modos, necesitaré un trabajo —farfullé, con un palito de zanahoria en la boca.

—Ya lo solucionarás —dijo Lele, pasándome un brazo por los hombros—. Eres nuestra única hija. Podemos ayudarte para que todo salga bien.

Anthony, mi jefe, reaccionó con menos cordialidad.

—¿Adónde te vas? —preguntó el martes por la mañana, cuando me armé de valor para entrar en su despacho y darle la noticia.

—Aún no estoy segura —dije, y vi que su expresión pasaba del descontento al desdén—. Estoy estudiando distintas opciones.

Y era cierto. Esa mañana había enviado una carta a todas las direcciones de la lista de Hanna. Bueno, a todas las direcciones de la lista salvo la de Jensen. No me había llamado ni me había enviado ningún mensaje de texto o correo desde que salí de su casa a la mañana siguiente. Había transcurrido casi una semana, y me pregunté si se habría enterado siquiera de que yo ya no estaba en Boston.

Anthony se inclinó hacia delante, un tanto irónico.

—¿No tienes otro trabajo esperándote?

Habían estado a punto de despedirlo dos años antes, cuando Ruby decidió marcharse y hubo rumores de demanda. Sin embargo, las cosas se calmaron cuando Richard Corbett le pagó a Ruby discretamente, bajo mano, una suma desconocida.

Desde entonces, Anthony se había mostrado muy Correcto, con C mayúscula, con sus empleados, pero, de vez en cuando, no podía evitar ser un Cabrón, también con C mayúscula. Estaba en su naturaleza.

Me esforcé por no hundirme en mi silla.

—Todavía no, pero no creo que me cueste encontrar algo.

—No seas tonta, Pippa. Quédate aquí hasta que lo encuentres.

Sabía que esa era la forma sensata de enfocar lo, pero el problema era que no podía. No podía quedarme ni un segundo más. Lo despreciaba a él, despreciaba el trabajo, las insulsas oficinas y lo desgraciada que me sentía al final de la jornada; tanto, que me iba directamente al pub.

Me encantaba la mujer que había sido en Boston.

Odiaba a la mujer en la que me había convertido aquí.

—Comprendo que no aviso con mucho tiempo, pero ¿me darás una buena recomendación cuando llame alguien, Tony?

Vacilé mientras hacía girar un bolígrafo sobre la mesa. Yo había sido su mano derecha desde que Ruby se marchó y Richard me ascendió de trabajadora en prácticas a ingeniera en plantilla. De allí pasé a ocupar un puesto de ingeniera asociada, y ni siquiera tenía un máster. Independientemente de lo que opinara Tony sobre mi marcha, no podía negar que había tenido una carrera espectacular bajo su supervisión.

—Te la daré —respondió por fin. Y en un insólito momento de amabilidad, añadió—: No me gusta nada que te vayas.

Sin saber qué decir, me agité un poco en mi silla como si experimentara los efectos de la electricidad estática.

—Pues... gracias.

Vací mi mesa, me lo llevé todo en una caja hasta el metro, regresé a mi piso.

Y empecé a hacer las maletas.

Sonó mi móvil sobre la mesa del comedor, arrancándome de la tarea mecánica consistente en escoger que números de la revista *Glamour* quería conservar. Gateé hasta la mesa y, con el corazón ya desbocado (en la semana que llevaba en casa, ya había recibido cuatro llamadas de empresas de Boston), alargué la mano hasta el teléfono y vi la cara de Mark iluminando la pantalla.

—¿Ahora me llamas? —respondí sin saludar.

Oí que tomaba aire de golpe.

—¿Es mal momento?

Me quedé mirando la pared.

—Te follaste a otra mujer en mi cama. Y encima te llevaste todo lo que pudiste.

—Hablas como una estadounidense.

—¡Vete a tomar por saco!

—Tienes razón en lo de la comida. Lo siento, Pippa. Estaba hasta arriba de trabajo y no tuve tiempo de ir a comprar.

Suspiré mientras volvía a sentarme en el suelo y me apoyaba contra el sofá.

—Ya puedes imaginarte que, cuando volví a medianoche después de pasar tres semanas en Estados Unidos, me encantó tener que salir a comprar comida.

Soltó un gruñido y luego murmuró:

—He llamado para disculparme, y parece que tengo una cosa más que añadir a la lista.

—Puede que más de una.

Lanzó un suspiro y dijo en voz baja:

—Lo siento mucho, Pippa. No soporto pensar en lo que he hecho.

Me quedé sin palabras.

No es que Mark nunca se disculpara. Lo que ocurría era que no solía parecer sincero.

Me puse en guardia de inmediato.

—¿Qué pretendes? —pregunté, suspicaz.

—Solo llamaba porque te echaba de menos y quería saber cómo te habían ido las vacaciones.

—No pienso volver a acostarme contigo nunca más —rezongué, adelantándome a lo que vendría.

Mark siempre tuvo la capacidad de disolver mi rabia a base de seducción. La simple idea hacía que me sintiera traicionera y desleal. Los besos de Jensen seguían en mis labios; su contacto, sobre mi piel. No sabía cuánto tardaría en poder despojarme de todo. Tampoco estaba segura de querer hacerlo todavía.

—No llamo por sexo —dijo en voz baja—. Aunque hace cinco semanas que no te veo y te echo muchísimo de menos... Me doy cuenta de que he sido tonto del culo.

—Con lo de «tonto del culo» te quedas muy corto —contesté.

Mis palabras le hicieron reír.

—¿Quieres que salgamos a cenar esta noche?

Negué con la cabeza.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Venga —insistió—. He pensado mucho en lo que hice y en lo mal que me sentí cuando Shannon me lo hizo a mí. La idea me corroe por dentro.

Ahora fui yo la que se rio.

—Mark, ¿tú te estás oyendo? ¿Pretendes que vaya contigo a cenar para sentirte mejor después de haberte tirado a otra mujer en mi cama?

—¿No te sentirás tú mejor si te ruego que me perdones?

Decir eso, disculparse de ese modo, era muy poco propio de él. Y a pesar de ello, supe que mi respuesta era no. En ese momento entendí muy bien a Jensen. No haría que me sintiera mejor; no haría que me sintiera peor. No me haría sentir nada.

Mark no era la persona que yo quería.

Entonces ¿por qué no ir? Si uno de los dos podía conseguir cierta tranquilidad de espíritu esa noche, ¿por qué no dejar que fuese él?

—A mí me da igual —respondí—. Por mí, puedes disculparte o hacerte el santurrón si te apetece. Yo tendré hambre a las siete y media y estaré en el Yard.

Acto seguido, colgué.

Cuando Mark y yo nos conocimos, aunque él seguía enamorado de Shannon, yo me pasaba una hora arreglándome cada vez que quedábamos en el bar. Él se presentaba sin afeitarse, con pantalones tipo cargo y una vieja camiseta de Joy Division, y yo acudía como si hubiese ido por ahí todo el día maquillada y peinada a la perfección, cómodamente vestida con esa falda de seda azul eléctrico y esa chaqueta de cachemir roja.

Descubrió la verdad tras la primera noche que se quedó a dormir; al despertar, me vio como realmente era: un pelo morado que parecía el nido perfecto para los pájaros y un rostro sin maquillar. Ese fue el momento estelar de Mark. Me observó con atención y dijo en voz baja:

—Aquí estás.

Puede que Mark hiciera muchas cosas mal, pero siempre conseguía que me sintiera preciosa tal como era. Y mientras me preparaba para la cena, poniéndome un par de pantalones, unas zapatillas viejas y un jersey azul, se me ocurrió que Jensen me fallaba en ese aspecto. Siempre aguantaba las referencias de Ruby a los distintos colores con que me teñía el pelo con una sonrisa paciente o una risita nerviosa. No daba la impresión de que le encantara el volumen de mi ropa. Ni el mío, por cierto.

La verdad es que me dolía sentir esa primera mella en mi adoración hacia él. Me dolía no tener noticias tuyas, preguntarme si las tendría Becky, no recibir ni un solo

mensaje, correo electrónico ni llamada después de todo lo que habíamos compartido. Sin embargo, todavía no estaba preparada para renunciar a Jensen por completo, quizá porque intuía que en mis sentimientos hacia él se escondía también mi amor por una versión idealizada de mí misma que quería conocer. Una versión capaz de encontrar algo que le gustase hacer durante el día y de conocer personas con las que le encantara estar por la noche, una versión que perseguía la ambición y la aventura.

Pero ahora, al mirarme, quise recordar también a esta Pippa, la que se ponía la ropa que le daba la gana, la que cada mañana se vestía para sí misma, y no para un hombre, una amiga ni ninguna otra persona.

Eché un vistazo al reloj de la pared. Tenía tiempo para telefonar a Tami y llegar antes de la cena.

Fue lo primero que vio, y su expresión se ensombreció un poco. La nostalgia se reflejó claramente en su rostro.

—Te has teñido el pelo —dijo Mark.

Me acerqué y dejé que me abrazara.

—Ya me tocaba.

Deslizó los dedos por mi pelo y me cogió un mechón.

—Hace que te eche de menos.

—Pues a mí me da ganas de bailar —repliqué, y di un paso atrás.

—Podríamos haber ido a Rooney's —sugirió, pensando que hablaba en sentido literal.

Pero no lo entendía. Yo quería decir que teñirme el pelo me hacía feliz, me recordaba quién era. Cuando la recepcionista preguntó si éramos dos para cenar, asentí con la cabeza. La seguimos hasta una pequeña mesa del fondo, contra la pared.

—No quiero ir a Rooney's, ni al Squeaky Wheel, ni a ninguno de esos sitios de antes.

—Estás muy enfadada conmigo, ¿no? —dijo en voz baja, dándole la vuelta a la carta para leer la lista de cócteles.

—Ya no estoy enfadada —le aseguré—, pero tampoco quiero dar un paseo por nuestro pasado esta noche.

Se me quedó mirando y luego asintió levemente.

—Estás distinta.

—No.

Sacudió la cabeza y se inclinó hacia mí.

—Sí. Londres ya no te gusta.

Mark siempre había sido muy perspicaz cuando le interesaba.

—Ocupé el puesto de Trinity cuando se marchó de la empresa, y tú te metiste en mi cama en cuanto Shannon te abandonó. —Haciendo caso omiso de su mueca de dolor, añadí—: Y se me ha ocurrido pensar que los dos aspectos más importantes de mi vida han dependido hasta el momento de lo que otras personas dejaron.

—Lo nuestro no fue así, Pippa —insistió Mark.

Meneé la cabeza.

—Cuando éramos simples amigos, estoy segura de que te resultaba agradable ver cómo me esforzaba por recibir algo de ti. Tú necesitabas atención, y yo solo te quería a ti. Pero cuando traicionas a alguien que te daría cualquier cosa, acabas con su generosidad. Y tú deberías saberlo mejor que nadie, así que creo que en realidad querías dejar nuestra relación, pero eras demasiado cobarde para decirlo.

Por una vez, no se puso a discutir conmigo. Se quedó mirando su vaso de agua, siguiendo el rastro de una gota de condensación que descendía desde el borde.

—La cosa no fue tan organizada. La conocí en...

—No quiero saber nada de ella —le recordé, interrumpiéndolo bruscamente—. No me importa una mierda.

Mark me miró sorprendido.

—Ella no fue el problema —le expliqué—. Lo fuiste tú. No necesito echarle la culpa a nadie más por lo que hiciste, y tú tampoco conseguirás que lo haga.

Me sonrió.

—Aquí estás.

—No digas eso —rezongué, y su sonrisa desapareció—. Esto no es un viaje sentimental por la calle del recuerdo. Me hiciste daño. Trajiste a otra mujer a mi piso, la metiste en nuestra cama.

Tragó saliva, sacudiendo la cabeza.

—Lo siento.

Estaba claro que Mike tenía que reflexionar antes de seguir hablando, porque, a pesar de haber estado allí en más de una ocasión, cogió su carta y la repasó antes de quedarse mirando el mismo punto durante un minuto entero.

Miré mi propia carta, decidí pedir el filete con patatas y volví a dejarla sobre la mesa. Vino la camarera a nuestra mesa, anotó nuestro pedido y nos dejó con nuestro silencio.

Por la tensión de su mandíbula, supuse que Mark iba a decirme que estaba equivocada, que no había saboteado nuestra relación intencionadamente y que era un

amante entregado que simplemente cometió un inocente error. Sin embargo, cuando habló, no dijo en absoluto lo que yo esperaba:

—Puede que tengas razón. No lo sé.

Solté una seca carcajada.

—Eso es terrible. De verdad.

—Lo sé —dijo en tono afligido—. Pero la cuestión es esta: fuiste tú la que me apoyó cuando Shannon se marchó. Me escuchabas, me hacías reír, me emborrachabas y cantabas conmigo, y... eras mi mejor amiga. Quería con todas mis fuerzas que fuese amor.

Me apoyé en el respaldo de la silla y apreté las manos una contra otra debajo de la mesa para no darle una bofetada.

—Yo también quería que fuese amor. Pensé que lo era, la verdad. Pero no; solo era un enamoramiento pasajero. Eres guapísimo y encantador, y no tardaste mucho en saber cómo hacerme disfrutar en la cama. Hoy en día, encontrar esa combinación es tan difícil como ver un unicornio. —Sonrió, y yo también me permití una ligera sonrisa—. Pero te prometo que no estoy destrozada.

Se quedó callado.

—No lo estoy —repetí—. Me sentí enfadada, humillada. Me entraron ganas de cortarte los huevos y darles un baño de bronce, pero luego me fui y conocí a alguien, y... quizá empecé a conocerme a mí misma.

—¿Conociste a alguien? —preguntó.

Corté aquello de raíz.

—No tienes derecho a preguntarme por eso.

Se rio y dijo:

—Vale. ¿Aunque me vuelva loco?

Hice caso omiso de sus palabras y apoyé los codos sobre la mesa.

—Estuvo casado con una mujer que conoció en la universidad y con la que salió varios años. Cuatro meses después de la boda, ella se fue. Le dijo que la cosa no funcionaba, que no quería estar casada con él.

Mark soltó un silbido.

—No te hagas el sorprendido. Podría habernos pasado a nosotros. —Me aparté de la mesa y me apoyé en el respaldo—. ¿Por qué es tan cobarde la gente? ¿Por qué tarda tanto en averiguar lo que siente?

—Tú y yo estuvimos juntos un año, y acabas de reconocer que tampoco me querías —me recordó Mark.

Lo miré.

—Eso es verdad, pero nunca te habría hecho daño mientras trataba de averiguarlo. Lo habría hablado contigo.

Alzó la vista para darle las gracias a la camarera, que acababa de traerle el whisky con soda que había pedido.

Mark percató un sorbo y se percató de que yo no había pedido otro.

—¿Tú no tomas nada? —preguntó, inclinando el vaso hacia mí.

Era nuestra rutina: sentarnos, pedir una copa, pedir comida, pedir otra copa. Quizá otra más. No tenía nada contra el alcohol de alta graduación, pero quería el cálido rubor del vino, la brisa fresca en el exterior y el largo brazo de Jensen sobre mis hombros mientras contemplábamos la puesta de sol sobre unos viñedos.

O, la verdad, en cualquier parte.

Si bebía esa noche, no me tomaría una sola copa. Volvería a casa mustia y deprimida, con muchas probabilidades de llamarlo y decirle que lo echaba de menos.

¿Y luego qué?

Era posible que mi acto impulsivo ni siquiera le sorprendiese.

Siendo el hombre franco que era, me recordaría que lo nuestro solo había sido un rollo.

Pero también, siendo la persona amable que era, prometería llamarme la próxima vez que viniera a la ciudad.

Y yo me reiría con una frivolidad forzada y le aseguraría que había bebido demasiado, que me sentía nostálgica y que en realidad tenía muchas opciones aquí, que todo iba bien, bien, bien.

—Esta noche no —dije, sonriéndole a Mark—. Siento la necesidad de acabar con las malas costumbres.

De vuelta en casa, a pesar de no haber bebido, tenía la sensación de que el teléfono de la cocina intentaba ligar conmigo.

Aumentaba y disminuía de volumen, como un faro azul celeste colgado de la pared.

«Llámallo», decía.

«Hazlo. Sabes que quieres hacerlo.»

«Y sería agradable oír su voz, ¿no es así?»

Lo habría sido, pero salí de la cocina y entré en mi dormitorio, donde podía meter el móvil en un cajón, ponerme el pijama y fingir que no había en mi interior un

persistente anhelo que deseaba oír su voz, que deseaba percibir en ella una pizca de ilusión por tener noticias mías.

¿Verdad que había parecido contento de verme en la acera, frente a su casa? Mientras yo balbuceaba y agitaba los brazos, él escuchaba con calma. Luego se inclinó y apoyó su boca contra la mía.

El simple recuerdo de lo que vino después, esa misma noche, me llevó a levantar la mano y tocarme los labios.

En algunos aspectos, me entraban ganas de darme un puñetazo a mí misma por no haberme fijado en más detalles. Pequeñas cosas, como su forma de coger el tenedor o si había tenido ocasión de ver su letra en algún momento del viaje. Sabía que tomaba el café sin leche, pero ¿cogía la taza por el asa o por la parte curvada, para calentarse la mano?

—¡Joder, Pippa! —rezongué mientras echaba mi jersey en el cubo de la ropa sucia—. ¡Para de una vez!

Habría sido muy fácil de haber sabido que esos pensamientos sobre Jensen eran una especie de charla estimulante, un modo de convencerme de que debía marcharme de Londres y de mantener mi coraje bien alto. Pero no se trataba de eso. No me daba miedo irme de Londres y, en realidad, tampoco me entusiasmaba la idea de que Jensen se enterara de que me mudaba a Boston si no estábamos en contacto de otra manera. Se trataba de que... bueno, me gustaba de verdad.

Quería gustarle a él.

Quería que me telefonara.

Por supuesto, en ese instante el teléfono fijo sonó, estridente, sobre mi mesita de noche. Me acojoné. Por esa línea solo me llamaban irritantes teleoperadores y también mis madres. Lo cogí. Le aseguré a Lele que la cena con Mark había sido tan insulsa como cabía esperar y que no, no estaba tumbada en la cama con él en ese momento.

Pero entonces el teléfono estaba allí, en mi mano, mirándome otra vez con aire seductor.

Saqué del bolso los papeles de Hanna, los desplegué y pasé un dedo por el nombre de Jensen mientras me sentaba en el borde de la cama.

Un millón de veces en la historia del mundo, una chica había telefonado a un chico. Un millón de veces, también, la chica se había puesto así de nerviosa, como si fuera a vomitar, y se había planteado durante diez minutos si sería buena idea.

Eran poco más de las once aquí, lo cual significaba que quizá estuviera en casa, o al menos que el bufete estaría vacío... Era posible que viera la llamada de un número de Londres, que confiara en que fuera yo y que respondiera.

¿Verdad?

Marqué con cuidado, apretando cada número con dedo firme. En el móvil, solo tenía que pulsar su foto para llamarlo. Pan comido. Pero no quería, porque esa fotografía era un selfi que nos hicimos con sombrero de paja en mitad de unos viñedos, estando un poco achispados. Ver la foto me traería una avalancha de recuerdos. Esto, en cambio, solo era una serie de números pulsados en un orden determinado. Impersonal. Lógico. Yo era matemática; trataba con números todos los días. Me tomé mi tiempo, dejé que mis dedos pulsaran cada tecla sin pensar conscientemente en una secuencia o patrón; no quedaría ni rastro del número en mi memoria. Así no podría llamarlo de forma accidental a cualquier hora, ni los números se desplegarían en mi mente sin haberlos invitado.

Introduje el último dígito y me llevé el auricular a la oreja con mano temblorosa.

Una pausa.

Un toque.

El corazón me palpitaba tan fuerte que me costaba respirar.

Otro toque, que se cortó a medias.

«Joder, ha cortado», como si él hubiese mirado el móvil, hubiese visto el número del Reino Unido y hubiese rechazado la llamada.

Tenía que haber otra explicación, pero a mi cerebro no se le ocurría ninguna.

Había visto que lo llamaba. Había rechazado la llamada.

Me puse a caminar por el piso. Quizá hubiese configurado el móvil durante el horario laboral para que saltase el buzón de voz después de un solo toque. Quizá estuviera en mitad de una cena y hubiese rechazado la llamada automáticamente.

Me puse una película, pensé demasiado, me dormí en el sofá. Cuando desperté, aún era de noche y el reloj de la chimenea indicaba las 3.07. Mi primer pensamiento fue para Jensen.

En Boston serían poco más de las diez de la noche.

Fui hasta el teléfono del dormitorio antes de despejarme y volví a marcar el número de la hoja, con menos cuidado que antes. Escuché cómo sonaba una vez. Dos. Y luego, a medio camino del tercer toque, volvió a saltar el buzón de voz.

Realmente había rechazado la llamada.

Me dije que debía colgar y noté que se me tensaban los músculos del brazo para apartarme el teléfono de la oreja. Sin embargo, no pude hacerlo. Me odié a mí misma al escuchar el saludo, con la mandíbula apretada y los ojos muy abiertos.

—Ha llamado al buzón de voz de Jensen Bergstrom. Estoy conduciendo o lejos de mi teléfono móvil. Por favor, deje su nombre, su número y toda la información necesaria, y le devolveré la llamada.

Bip.

Noté un escozor inexplicable en los ojos, respiré agitadamente en la línea y estampé el auricular del teléfono con fuerza.

Volví a casa de mis madres dos semanas después de regresar de Boston. Coco despejó su cuarto de costura, que había sido mi dormitorio. Con Lele trabajando a jornada completa en el bufete de abogados y Coco pintando en el desván, tenía la sensación de que mi infancia se reiniciaba.

Tuve entrevistas laborales por teléfono con seis personas distintas y llamadas de seguimiento de otras tres empresas. Salí dos veces. Una fue con un tío de las oficinas de R-C con el que llevaba siglos hablando, aunque solo como amigo, y ahora que estaba sola... La otra fue con un hombre trajeado de zapatos brillantes que conocí en el metro y que me recordó a Jensen. Las dos citas estuvieron bien y hasta fueron agradables. Sin embargo, en ambos casos rechacé un beso de buenas noches y me fui sola a casa.

Siempre había oído que la ausencia aviva el cariño. La idea me hacía reír. La ausencia de cualquiera de mis novietes anteriores solo servía para que me fijara en otros. Sin embargo, en este caso, aunque solo habían pasado unas pocas semanas desde la última vez que lo vi y una parte de mí tenía ganas de darle un puñetazo en el estómago por rechazar mi llamada, era como si no pudiera pensar en nadie que no fuera Jensen.

Sus dos naturalezas se enfrentaban en mi mente: el hombre que sabía ser tierno, divertido y atento, y el hombre capaz de olvidar cuándo me marchaba de la ciudad, rechazar mi llamada y hacerme el amor solo si estaba delante de él y le resultaba cómodo.

—Estás tremendamente distraída —dijo Coco, sentándose junto a mí en el banco del piano.

—Estoy esperando noticias de Turner, en Boston. Me dijeron que les gustaría que fuera allí para hacer una entrevista cara a cara.

Pulsé con el índice la tecla del do central. Aunque lo que acababa de decir era cierto, no era el motivo por el que llevaba diez minutos mirando fijamente el piano. Pero no pensaba mencionar el nombre de Jensen en voz alta. ¡Y una mierda!

Levantó las cejas.

—Desde Londres. ¡Uau, cielo, eso lo dice todo!

Cogió mi mano entre las suyas y la frotó con suavidad.

—¿No vas a buscar un puesto aquí, como segunda opción?

Encogiéndome de hombros, contesté:

—No quiero segundas opciones.

Jensen

Había empezado a llover; caía una llovizna menuda que amenazaba con convertirse en nieve. Sin embargo, intentando mantener el optimismo, me había llevado la ropa de deporte y las zapatillas por si se despejaba el cielo y hallaba un hueco en mi apretada agenda para salir a correr.

Siempre lograba pensar con mayor claridad después de correr un rato y, tras varios días de sueño mediocre y cero concentración, la ocasión de disfrutar de claridad mental sonaba de puta madre.

¿Podía congestionarse el cerebro? Me planteé la posibilidad de preguntárselo a Hanna la próxima vez que nos viéramos, sabiendo que, o bien a) pondría los ojos en blanco y sugeriría que yo no era capaz de distinguir mi cerebro de mi culo, o bien b) se lanzaría a darme una respuesta científica innecesariamente detallada. Y aunque ninguna de esas opciones parecía demasiado útil en ese momento, ambas resultaban preferibles a la situación en la que nos encontrábamos: llevábamos más de dos semanas sin hablarnos.

En resumen, me las había arreglado para mosquear a todo el mundo.

El viernes por la mañana decidí ir en coche al trabajo para poder escuchar música, darle vueltas y más vueltas a la cabeza y disponer de cierto espacio para mí solo. Un fin de semana sin hablar con mi hermana no tenía importancia. Dos me parecían tremendos. No estaba seguro de poder aguantar un tercero, y tampoco estaba seguro de tener que hacerlo. No quería disculparme exactamente, pero tampoco quería echarle a ella la culpa de todo. Aquella situación era una auténtica putada.

El interior del coche estaba en silencio, salvo por el sonido de las gotas de lluvia contra el capó y el zumbido casi inaudible del motor. Y como la hora punta era una puta pesadilla, disponía de mucho tiempo sin distracciones para pensar en todo lo que me había dicho, en todo lo que le había dicho yo y en que, la verdad, ella tenía toda la razón y yo era un estúpido total.

¿Por qué, por qué, por qué se me ocurrió conducir?

Recordé que uno de los primeros días de nuestro viaje nos había pillado un embotellamiento de tráfico. Yo sonreía con el colocón de las vacaciones mientras Pippa inventaba una historia acerca de cada una de las personas que ocupaban los coches a nuestro alrededor. El hombre de nuestra derecha había estado tramando el

atraco a un banco; era evidente. «¡Mirad las ojeras que tiene y sus hombros hundidos por la culpa!» Una madre agotada con varios niños en el asiento de atrás regresaba a casa después de asistir a una fiesta de cumpleaños, dijo Pippa, y la leve sonrisa que presenciábamos se relacionaba con que acababa de acordarse de la botella de vino que había comprado la víspera.

Ahora una mujer que conducía el monovolumen negro de mi izquierda bailaba en su asiento y cantaba la canción que emitían por la radio. A mi derecha, un hombre más o menos de mi edad tenía los ojos en el retrovisor y las manos alzadas en el aire mientras gesticulaba alocadamente y hablaba con los niños del asiento de atrás. Seguro que sus vidas eran fascinantes... Pero a mí no se me daba tan bien como a Pippa inventar historias sobre ellas.

Aun así, parecía que su costumbre de soñar despierta se me había contagiado un poco, porque, cuando su imagen entró en mi mente, se quedó allí, apartando a un lado la preocupación por la pelea con mi hermana. Me sorprendí preguntándome por la vida de Pippa en Londres, igual que ella se había preguntado por la mía en Boston. ¿Cogía el metro para ir a trabajar? ¿Iba a pie? ¿Tenía coche?

Durante las vacaciones que pasaba en casa en los años de la universidad, solía robarle las llaves a mi padre para ir por ahí con el coche a altas horas de la noche, colarme en el campo de fútbol americano con Will y beber cerveza hasta que nos dormíamos. A la mañana siguiente, nos despertábamos cubiertos de rocío y hormigas, y debía volver a casa antes de que alguien se percatara de la desaparición del coche. Quizá la Pippa adolescente acostumbrase a birlar las llaves del coche de sus madres y llevar de paseo a sus amigas por las calles de Londres. Quizá lo utilizase para enrollarse con chicos en el asiento de atrás y cantar a voz en cuello con las ventanillas bajadas y el viento soplando dentro del coche.

Sonó un claxon a un lado y parpadeé, sobresaltado. Había pasado más tiempo del que esperaba pensando en lo que Pippa podría estar haciendo en un momento dado. Sobre todo, teniendo en cuenta que se suponía que la nuestra era una relación sin compromisos.

¿Verdad?

A pesar de haber salido temprano, cuando por fin llegué al bufete, llevaba media hora de retraso para asistir a una reunión de personal. Tenía la jornada completamente ocupada desde las ocho y media hasta las seis y media, con un almuerzo de trabajo en la sala de reuniones.

No tenía tiempo para hacer aquello (ya eran más de las nueve), pero no importaba; quería telefonar a Hanna.

Cerré la puerta de mi despacho y regresé a mi mesa. Cogí el teléfono y marqué el número de Hanna. Cuando saltó el buzón de voz, fruncí el ceño. Claro, joder. Estaba dando clase.

—Zig... Hanna, soy yo. Estoy en el bufete. Cuando puedas, llámame al móvil. Tengo un día muy liado, pero quizá podamos quedar para cenar o hacer algo este fin de semana. Te quiero.

Tras colgar, cogí el móvil y eché a andar por el pasillo hacia la sala de reuniones, revisando los correos por el camino. Vi una dirección desconocida, ox.ac.uk, y tardé unos instantes en comprender que el correo era de Ruby.

¡Hola, amigo!

¡Quería pasarte unas fotos de nuestro viaje! Espero que todo vaya bien y que podamos volver a vernos pronto.

Besos,

RUBY

Había adjuntado varias fotografías tomadas en distintas escalas de nuestras vacaciones. Vacilé un poco antes de abrirlas, preguntándome si me encontraba en las mejores condiciones mentales para dar un paseo por la calle del recuerdo.

Me arriesgué.

La primera se había hecho el día que llegamos a casa de Will y Ziggy y nos subimos sonrientes al monovolumen. Había instantáneas del grupo en las distintas catas y cenas, durante las excursiones, y también fotos robadas mientras nos reíamos de algo que había dicho alguno de los otros. Era interesante observar la evolución de mis interacciones con Pippa a través de las fotos. Habíamos empezado con mucha educación: espalda erguida, sonrisa amable, mucho espacio personal... Sin embargo, para cuando llegamos a Vermont, aquello había quedado muy atrás. Ya no se veía la distancia de seguridad propia de los extraños; en su lugar se hallaba la familiaridad de los amigos convertidos en amantes, de los brazos rodeando cuerpos y de los dedos entrelazados. Casi resultaba doloroso ver cómo la miraba yo, y cuando abrí una foto en la que Ruby nos había pillado saliendo del bosque, con los ojos brillantes y las mejillas encendidas, el pelo y la ropa de cualquier manera, cerré la aplicación de correo. Ya era bastante duro tener esos recuerdos; no quería revivirlos también en la pantalla.

Sobre la una recogí mis cosas y me dirigí hacia la gran sala de reuniones de la segunda planta. Mi estómago lanzó un gruñido al percibir el aroma de café que invadía el vestíbulo. Entonces caí en la cuenta de que no había comido nada desde el desayuno.

Me disponía a coger un plátano del bufet cuando noté una mano en el brazo. Era el asistente de mi jefe, John.

—Señor Bergstrom, el señor Avery quisiera hablar con usted un momento en su despacho antes de la reunión.

Enderecé la espalda. Me brindó una sonrisa cortés, se volvió y echó a andar en la dirección que yo debía seguir. Empezó a sudarme la nuca. Había muy pocos motivos buenos para que Malcolm Avery quisiera verme antes de la reunión, sobre todo cuando ambos teníamos que asistir a ella y todo el mundo estaba entrando ya en la sala.

—Jensen —dijo Malcolm, y cerró el expediente en el que estaba trabajando—. Pasa. Confiaba en poder charlar contigo unos minutos antes de incorporarnos a la reunión.

—Desde luego —dije, entrando en su despacho.

Indicó la puerta con un gesto de la cabeza.

—Cierra, si no te importa.

La incipiente transpiración nerviosa se convirtió en una auténtica marea de sudor.

Pasaron por mi mente un millón de cosas, todos y cada uno de los detalles que había podido gestionar mal en los últimos meses, y finalmente me decidí por el desastre de Londres. Mierda.

—Siéntate —dijo Malcolm, colocando bien unos papeles antes de volver a sentarse en su silla—. ¿Qué tal van las cosas?

—Bien —dije, y repasé mentalmente los casos en los que había trabajado, buscando las novedades que más le gustaría oír—. Lo del Grupo Walton debería cerrarse este mes; lo de Petersen Pharma, a finales de año.

—¿Y lo de Londres? —preguntó.

—Han surgido algunos escollos con el bufete de Londres —dije. Él asintió con la cabeza y yo tragué saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta—. Nada que no podamos manejar; simplemente, habrá más seguimiento de lo espe...

—Sé que has estado pendiente de eso —dijo—. Conozco la situación.

Malcolm juntó las manos sobre la mesa, delante de sí, y me observó durante unos momentos.

—Jensen, ya sabes cómo funcionan las cosas aquí. Hoy en día no basta trabajar bien; casi todo el mundo con un título de Derecho puede hacer eso. Lo que necesitamos son colaboradores y socios que ganen mucho dinero para la firma. Que inspiren confianza y generen clientes. Que los mantengan. ¿Sabes? Cuando yo empecé, hacía un cálculo aproximado de mi rentabilidad cada mes.

Abrí unos ojos como platos y sonrió.

—Es cierto. Calculaba las horas que les facturaba a los clientes y las comparaba con los gastos que le generaba a mi jefe, desde el sueldo que se le pagaba a mi secretaria hasta el coste de tener las luces encendidas en mi despacho. Como entonces no había ordenadores, lo apuntaba todo en un bloc de notas que llevaba en el bolsillo de la americana. Si invitaba a almorzar a un cliente, añadía el gasto. Si necesitaba una caja de clips, añadía el gasto. Controlaba todas esas cifras porque así sabía cuándo estaba siendo rentable y cuándo no. Cuando me sentaba con mi jefe, lo tenía todo anotado allí: mi responsabilidad y mis aportaciones a la empresa. Un día me miró y dijo: «Una persona tan obsesionada con el rendimiento tiene que estar en mi lado de la mesa». Poco después de eso, me convertí en socio.

Asentí con la cabeza. No sabía muy bien adónde quería ir a parar.

—Parece un sistema fantástico.

—Veo en ti el mismo empuje, la misma dedicación —dijo—. Uno no logra ser socio solo a base de horas extras, aunque me han asegurado que haces más de las que te tocan, ¿no es así?

Volví a asentir con la cabeza.

—Eso creo.

—Hace falta alguien capaz de llevar los casos importantes con profesionalidad y eficiencia. Hace falta alguien que dirija el proceso, que gestione con habilidad las interacciones a todos los niveles, que ofrezca la mejor imagen en nombre de la firma y atraiga nuevos clientes gracias al boca a boca. Claro que puede haber algún escollo aquí y allá, como ha pasado con el bufete de Londres, pero la gente que permanece en el negocio es la que reconoce esos escollos y se esfuerza por salvarlos. Tú desarrollas vínculos y gestionas la mayor parte de las fusiones, y además cuentas con el respeto de tu equipo. —Hizo una pausa y se inclinó hacia delante—. Seguro que, si te lo preguntase, resultaría que tú también tienes alguna clase de bloc de notas, ¿verdad?

Así era. Conservaba una hoja de cálculo para cada cliente que había tenido desde el día en que me contrataron como colaborador. En ella anotaba las tareas que hacía y las sumas que facturábamos.

—Es verdad —dije.

Se echó a reír y dio una palmada contra la mesa.

—¡Lo sabía! Por eso voy a recomendarte como socio en esa reunión a la que tenemos que incorporarnos... —echó un vistazo al reloj— hace cinco minutos. Enhorabuena, Jensen.

Me dejé caer en el sofá y alcé la vista al techo. Si mi vida consistiera en una lista de tareas, cosa que, seamos lúcidos, venía a ser la realidad, el punto que ocupaba el

primer puesto tendría a su lado una marca de color rojo vivo. Tras la reunión, obtuve una oferta oficial para ser socio. Por fin lo había conseguido.

Entonces ¿dónde demonios estaba el problema? En lugar de salir a celebrarlo con el resto de mi equipo o de llamar a todos mis conocidos, estaba sentado a solas en el salón de mi casa, mirando fijamente una pared vacía.

Estiré las piernas y las apoyé sobre la mesita baja. Di otro sorbo de cerveza. Aunque había alcanzado el objetivo que llevaba persiguiendo toda mi vida de adulto, en lugar de sentirme satisfecho, me sentía intranquilo. Después de tanta tensión, no sabía como afrontar aquello. En definitiva, había ascendido para recibir más trabajo, más responsabilidad, más obligaciones con las que lidiar.

El segundero de mi reloj de pulsera rompía el silencio con su tictac. Me apetecía hablar de aquello con alguien, porque, sin duda alguna, todas las personas de mi vida se entusiasmarían por mí y harían estallar esa burbuja de insensibilidad. Podía volver a llamar a Hanna; como ella también era una adicta al trabajo, sabía lo que significaba que te reconocieran y distinguieran por tu buen hacer. Sin embargo, aún no me había devuelto la llamada, y no quería insistir si estaba verdaderamente cabreada conmigo.

También mis padres se mostrarían encantados. Después de estar casado con mamá durante casi cuarenta años, mi padre conocía mejor que nadie la importancia de equilibrar el trabajo con la vida en el hogar.

Vida. Hogar.

La sobriedad de mis paredes desnudas siempre me había producido tranquilidad; representaba un contraste intencionado con el desorden de mi despacho y el constante ruido de teléfonos sonando, voces gritando por el pasillo y zapatos taconeando contra el mármol. Mi casa había sido mi espacio aséptico y apacible. Sin embargo, de pronto me parecía completamente apagada.

Y, cuanto más lo pensaba, más cuenta me daba de que lo que faltaba en mi casa faltaba también en toda mi vida: energía, espontaneidad, sonido y música, risas y sexo, errores y triunfos.

Con esa claridad llegó la misma impresión que tenía cuando me despertaba y veía a Pippa dormida sobre la almohada, junto a mí, o bajaba las escaleras de la casa de Vermont y veía sus largas piernas estiradas sobre el sofá mientras leía. La sensación era esa tensión atolondrada, ese puñetazo casi doloroso que te da el corazón cuando quiere decirte algo.

La echaba de menos. La necesitaba. Necesitaba tenerla allí, conmigo, y necesitaba encontrar esa alegría de las pequeñas cosas que ella parecía dominar.

Echaba de menos el sonido alocado y emocionado de su risa y su forma de arrugar la nariz cuando alguien utilizaba la palabra «húmedo». Echaba de menos su forma de dibujar despacio en mi espalda letras, nubes y espirales cuando descansaba sobre ella, recuperando el aliento. Echaba de menos cómo me sentía dentro de ella, pero, más que

eso, echaba de menos cómo me sentía con ella. Sin hacer nada en particular, simplemente... estando juntos.

Me levanté, subí corriendo al piso de arriba, saqué del armario la primera bolsa de viaje que encontré y empecé a arrojar cosas dentro: camisas, pantalones, bóxers... Metí todo el contenido del armario del baño en el neceser y lo cerré con un chasquido.

No sabía qué le diría cuando llegase allí, ni qué contestaría ella, así que me puse a repetir mentalmente las mismas palabras una y otra vez: «Te quiero. Sé que se suponía que la nuestra era una relación sin compromisos, pero no lo es. Quiero averiguar el resto».

Al incorporarme a la I-90 se me ocurrió que ni siquiera había reservado un vuelo a Londres. Di instrucciones a mi móvil para que llamase a la línea de reservas de Delta. Los coches pasaban a toda velocidad a ambos lados. Al cabo de pocos minutos respondieron a mi llamada.

—Hola —dijo la mujer, alegre y servicial—. Le hemos identificado a partir de su número de teléfono. ¿Puede confirmarnos su dirección?

Se la solté de un tirón, percibiendo la urgencia en mi propia voz.

Inquirió qué necesitaba, adónde iba, cuándo quería salir. Si mi interés de última hora por cruzar el Atlántico era poco común, no me lo hizo notar.

—¿Y la fecha de su regreso?

Hice una pausa; no lo había pensado. Si no tenía en cuenta el trabajo ni ninguna otra clase de responsabilidad, el mejor resultado al que podía aspirar sería quedarme allí una semana, quizá dos, antes de volver a casa. Con un poco de suerte, regresaríamos juntos o, como mínimo, con algún acuerdo entre nosotros y un plan para seguir adelante. Yo sabría esperar. Sabría ser paciente.

Lo que no llevaba muy bien era conformarme con aquello de «Llámame cuando vengas a Londres».

—Me gustaría dejarlo abierto.

—No hay problema —replicó ella, y luego, como si intuyera mi inquietud, añadió—: Mucha gente lo hace. ¿Qué clase prefiere, señor Bergstrom?

—Da igual —contesté—, siempre que pueda coger el vuelo.

—De acuerdo. —Más chasquido de teclas—. ¿Y le...?

Hizo una pausa y me sorprendí mirando el altavoz, preocupado por la posibilidad de que se hubiera cortado la llamada.

—¿Hola?

—Sí, perdone —dijo, volviendo—. ¿Le interesaría utilizar sus millas?

—¿Mis millas?

—Sí, tiene usted, mmm, bastantes —dijo, y luego se echó a reír—. De hecho, casi ochocientas mil.

Al iniciar el descenso, Londres se nos presentó tan gris como siempre. Sin embargo, cuando las nubes quedaron por encima del aparato, pudimos ver el puente de la Torre, el London Eye y el río Támesis, que serpenteaba entre las calles. Mis nervios, que se habían calmado bastante durante el largo vuelo, volvieron a la vida mientras se hacía visible la ciudad entera.

El rascacielos The Shard me recordó una anécdota que nos contó Pippa sobre su visita de la plataforma de observación, en la planta setenta y dos, y la gracia que le hizo que hubiese una página en Yelp donde la gente pudiera «expresar su desaprobación de las vistas».

Al ver el estadio de Wembley, recordé que Pippa describió un concierto al que había asistido allí, diciendo que encontrarse en el estadio con los ojos cerrados, rodeada de noventa mil personas mientras la música resonaba a través de cada hueso de su cuerpo, había sido lo más parecido a la dicha absoluta que había experimentado.

Quería ser el que estuviera a su lado cuando viviera su próximo momento especial.

Bajé del avión y crucé la terminal y la aduana, de camino hacia la zona de recogida de equipajes. Me sentía revitalizado. La rutina resultaba tan natural, tan normal, que mi cerebro era libre de imaginar cien veces qué sensación me causaría ir a su piso, reunirme con ella en el pub de su esquina o simplemente encontrármela en la acera. Había estado practicando mi pequeño discurso, pero empezaba a comprender que en realidad daba igual lo que dijera cuando la viese. Si ella quería estar conmigo, nos ocuparíamos del resto.

Me sentía como el tipo de la película que participa en una misión y espera no llegar demasiado tarde.

El caos organizado de Heathrow zumbaba a mi alrededor. Encontré un rincón tranquilo nada más salir de la sala de recogida de equipaje, junto a unas puertas automáticas. Hacía frío y humedad. Dejé la bolsa en el suelo y me saqué el móvil del bolsillo.

Abrí la información de contacto de Pippa y me reí al ver la imagen en miniatura que aparecía junto a su nombre. Era una foto que se había hecho al principio del viaje, en el Jedediah Hawkins Inn. En ella, salía haciendo una mueca, con los labios hacia fuera y los ojos bizcos. Ruby había dicho que teníamos que añadirnos mutuamente a nuestros contactos, y Pippa había cogido el peor selfi y nos lo había enviado en cuanto tuvo nuestros números.

Justo debajo de la foto aparecía su dirección. Eran las primeras horas de la tarde del sábado; no sabía si estaría en casa o si habría salido con sus amigos, pero tenía que intentarlo. Salí del aeropuerto y paré un taxi.

Las calles se hicieron más estrechas a medida que el taxi salía de la autopista M4 y entraba en la ciudad. Desde el asiento trasero, contemplé las hileras de casas y edificios minúsculos, construidos en ángulos extraños. Dada la época del año, la mayoría de los árboles estaban sin hojas, y los troncos nudosos ascendían desde las aceras adoquinadas, contrastando contra el ladrillo gris.

En la puerta de los pubs había gente con pintas de cerveza en la mano, charlando o viendo algún partido en televisión. Pasamos junto a más gente sentada en los cafés de las aceras, o entrando al trote en las cafeterías para lograr el chute de cafeína del sábado. Imaginé la vida que Pippa y yo podíamos llevar allí, si era eso lo que ella quería, quedando con amigos en el pub de la esquina o yendo al mercado del barrio a comprar comestibles para la cena.

Sabía que era peligroso adentrarse por el camino de la fantasía, pero no podía evitarlo. Llevaba casi un mes sin verla, y tampoco había hablado con ella en todo ese tiempo. Si aquello ya era una putada, no quería ni imaginarme lo que sería no volver a hablar con ella nunca más.

Justo cuando me asaltaban las náuseas, el taxi se detuvo delante de un estrecho edificio de ladrillo. Le pagué al taxista, cogí mi bolsa y bajé del coche. Mientras miraba fijamente las ventanas del tercer piso, se me ocurrió que, si todo salía bien, podría dormir con ella en mis brazos esa noche.

Volví a comprobar la dirección y verifiqué el número de piso antes de empezar a subir las escaleras.

«Puede que no esté.»

Y no pasaría nada.

Esperaría en el café de la esquina, o cogería el metro hasta Hyde Park y daría un paseo de varias horas.

Llamé a la puerta de su piso, y el corazón se me subió hasta la garganta al oír unos pasos pesados.

Pensé que estaba preparado para cualquier cosa. Me equivocaba.

El hombre que apareció en la puerta de Pippa me miró con grandes ojos azules. Un pelo oscuro y rizado colgaba en trenzas sobre sus hombros, y una voluta de humo ascendía en espiral desde el cigarrillo que tenía en la mano.

Abrí la boca, desconcertado.

—¿Mark? —pregunté.

Exhaló una larga columna de humo denso y se quitó del labio una brizna de tabaco.

—¿Quién?

—¿Eres... Mark? —volví a decir, esta vez en voz más baja—. O... ¿está Pippa? ¿Está aquí? Creo que este es su piso.

Miré el papel que tenía en la mano para comprobarlo una vez más.

—No, tío —dijo—. No conozco a Pippa ni a Mark. Acabo de mudarme. El pajarito que vivía aquí se marchó hace una semana.

Asentí atontado, le di las gracias y me di la vuelta.

¿Pippa se había marchado?

Bajé los escalones poco a poco, de uno en uno.

No sé por qué me sorprendía no saber aquello. No habíamos estado en contacto. Pero solo habían pasado unas semanas desde su vuelta. Debía de haberse ido... inmediatamente.

Cogí el móvil, volví a encontrarme con la foto de su contacto y la pulsé.

Se me hizo un nudo en el estómago mientras sonaba una vez, y luego otra más. Descolgaron por fin y oí una serie de golpes y sonidos ahogados, como si a alguien se le hubiera caído el teléfono al otro lado. Una música machacona sonó a través de la línea y me entró en el oído.

—¡Qué hay! —gritó alguien en el aparato, y entorné los ojos, tratando de identificar su voz en un mar de voces.

—¿Pippa?

—¿Eh? No te oigo. Habla más alto, ¿vale?

—Pippa, soy Jensen. ¿Estás en casa? Acabo de...

—¡Jensen! ¡Cuánto tiempo, tío! ¿En casa? No, llegaré más tarde. ¿Cómo estás?

—Pues estoy... Te llamo porque...

—Escucha, intentaré llamarte mañana. ¡No oigo nada!

Hice una pausa, mirando la calle sin ver nada mientras se cortaba la llamada.

—Claro, cómo no.

Como si la situación no pudiera ir a peor, enseguida caí en la cuenta de que confiaba tanto en ver a Pippa y en que las cosas salieran bien que no se me había ocurrido reservar ninguna clase de hotel por si eso no ocurría.

Encontré un taxi en la calle, delante de su edificio, y el taxista esperó mientras yo reservaba una habitación por el móvil. Cuando me dejó allí, cené solo en un pequeño pub de la esquina, negándome todo el tiempo a admitir la posibilidad de haber cometido un tremendo y presuntuoso error.

«Me llamará por la mañana», me dije a mí mismo.

Pero no me llamó por la mañana, aunque yo no paré de comprobar el teléfono mientras fingía trabajar en el bufete de Londres, donde me presenté con la excusa de resolver el problema. Tampoco me llamó por la tarde y, cuando volví a llamarla esa noche, me saltó directamente el buzón de voz con un saludo genérico. Le dejé un mensaje y dejé el móvil encendido, cerca de la cama, por si me llamaba.

Lo intenté a la mañana siguiente. Volvió a saltarme el buzón de voz y le dejé otro mensaje. No tenía su dirección de correo electrónico, y Ruby aún no había contestado el correo en el que le pedía que me ayudara a ponerme en contacto con Pippa. Para cuando llegué mi tercera noche allí, pensé que ya era hora de reconocer la derrota.

Rehíce el equipaje, salí del hotel y cogí un taxi hasta el aeropuerto.

Me resultó fácil reservar el vuelo. A sabiendas de que seguramente tomaría tanto whisky como pudiera tragar y luego dormiría el resto del trayecto hasta casa, utilicé tantas millas como hizo falta y reservé un billete de vuelta de primera clase, directo hasta Boston.

Encontré un asiento aislado en un rincón de la sala de espera. Procuré mantener la vista baja y los taponos para los oídos puestos; no quería hablar con nadie. Hanna me envió un mensaje durante mi segundo whisky con soda, pero hice caso omiso. No estaba dispuesto a reconocer ante ella que había dado un salto al vacío y me había estrellado de forma espectacular.

Sabía que mi hermana se sentiría orgullosa de mí por haberlo intentado y que haría todo lo posible para animarme. Sin embargo, de momento quería regodearme en mi desgracia. O Pippa nunca había querido más, o sí había querido, pero yo había sido demasiado obtuso para verlo en su momento.

Anunciaron mi vuelo por el altavoz de la sala de espera, vacié mi vaso y cogí mi bolsa de lona para ir a la puerta de embarque.

Como siempre, la gente había empezado a reunirse en torno a la tarima mientras aguardaba su turno. Me puse en la fila, le devolví al agente su sonrisa, de mala gana, pasé mi billete por el escáner y eché a andar por la pasarela.

Los demás pasajeros caminaban arrastrando los pies mientras yo funcionaba en piloto automático. Subí al avión y me puse a recorrer el pasillo hasta detenerme en mi fila.

Cuando alcé la vista, sentí que se abría la tierra.

Inspiré hondo y abrí la boca. Del torrente de palabras y discursos que daban vueltas por mi cabeza, solo uno logró salir:

—Hola.

Pippa

Un día, cuando tenía dieciséis años, al volver de la escuela, cogía unos comestibles en el supermercado de la esquina, quejándome por dentro de «mis madres, y cuántos deberes tengo que hacer, ¿y no se dan cuenta de lo ocupada que estoy y lo importante que soy? ¡Cómo se atreven a pedirme que haga la compra!», cuando alcé la vista desde el cartón de huevos que llevaba en la mano y me encontré con la cara de Justin Timberlake, que alargaba el brazo para coger... vete a saber qué.

Al parecer, según me indicó más tarde Google, se hallaba en la ciudad para dar un concierto. A día de hoy, sigo sin saber qué estaría cogiendo en nuestra minúscula tienda de la esquina.

En aquel momento, mi cerebro se quedó atascado y todo se apagó. Alguna vez le ha pasado a mi ordenador: el monitor hace un ruidito parecido a una pequeña explosión justo antes de que todo se ponga negro, y he de reiniciarlo. Siempre que le pasa al antediluviano equipo de sobremesa que tengo en el dormitorio, lo llamo «hacer de Justin Timberlake», porque así me sentí exactamente en ese instante.

Pop.

Pantalla negra.

Justin me había sonreído y luego había bajado la cabeza para mirarme a los ojos, cada vez más preocupado.

—¿Estás bien? —había preguntado.

Negué con la cabeza. Él cogió el cartón de huevos que llevaba en la mano y lo depositó en la cesta que me colgaba del brazo, sonriendo de nuevo.

—No quiero que se te caigan los huevos.

Por cierto, nunca dejaré de reírme de aquello, porque, cuando Justin Timberlake me dijo que no dejara caer los huevos, la minúscula parte de mi cerebro que todavía palpitaba empezó a troncharse de risa ante la multitud de posibles chistes.

Aunque no habría tenido el valor necesario para hacer ninguno.

Así pues, siempre llevaré esa cruz: al ver a la celebridad más importante de las que pueda ver en toda mi vida, me quedé muda del todo, hasta el punto de que la

celebridad en cuestión dudó sinceramente de si yo sobreviviría al encuentro sin dejar caer una docena de huevos.

Y así fue exactamente como me sentí al mirar a Jensen Bergstrom, de pie delante de mí, en el avión.

Pop.

Pantalla negra.

En el tiempo que tardó mi sistema en reiniciarse, Jensen se había apartado a un lado, le había pedido al hombre que caminaba detrás de él y que miraba mi fila con atención si no le importaba cambiarle el sitio y se había acomodado en el asiento situado junto al mío.

Gracias a Dios, en esta ocasión estaba sentada. Y no sostenía ningún huevo.

—¿Qué...?

Mi pregunta quedó interrumpida por una sensación de asfixia en mi garganta.

Él soltó otro jadeante «hola».

Cuando tragó saliva, mis ojos se posaron en su garganta. Llevaba una camisa de vestir con el botón superior desabrochado. Ni americana, ni corbata. Y cuando mis ojos estuvieron pegados a su cuello, vi su pulso. De pronto, me sentí achicharrada por el sol, demasiado acalorada.

Volví a mirarle la cara, y fue como repasar todos mis recuerdos preferidos. Recordé la minúscula cicatriz debajo del ojo izquierdo, la peca solitaria en el pómulos derecho. Recordé que uno de los incisivos se le montaba un poco sobre el otro, volviendo un poquito más fácil de asimilar lo que habría sido una sonrisa impecable. Esos leves defectos habían hecho a Jensen menos perfecto a mis ojos, pero verlos ahora hizo que su rostro se convirtiese en mi favorito del mundo entero.

Nuestros ojos se encontraron, y allí estaba: esa increíble reacción química.

La teníamos, ¿no?

Pero entonces supuse, quizá demasiado tarde, que toda mujer tendría una reacción química con un hombre como Jensen. Joder, ¿cómo no iba a tenerla? Solo había que mirarlo.

Y lo miré. Tampoco llevaba pantalones de vestir. Unos vaqueros oscuros que ceñían sus muslos musculosos, unas zapatillas Adidas de color verde... y mi cerebro tropezó un instante con su indumentaria informal antes de pasar a otra cosa, tratando de responder a la pregunta más importante: por qué estaba allí.

—¿Hola? —contesté, sacudiendo la cabeza antes de soltarle absurdamente—: No te devolví la llamada. —Mis palabras sonaron entrecortadas, como trocitos de papel rasgado—. ¡Oh, Dios! ¿Y estabas aquí? ¿En Londres?

—Sí —dijo, frunciendo un poco el ceño—. Y no, no me llamaste. ¿Por qué?

En lugar de una respuesta, otra pregunta salió de mis labios:

—¿De verdad vuelves en el mismo vuelo en el que voy yo a Boston? ¿Cómo puede ser?

No sabía qué pensar.

Bueno, eso no era exactamente cierto. Tenía sensaciones contrapuestas y no sabía cuál ganaría la batalla por el dominio.

Primera: entusiasmo. Era un reflejo, como la sacudida de mi rodilla. Jensen tenía buen aspecto, se le veía contento, y había en sus ojos una energía frenética semejante a un salvavidas que me hubiesen arrojado por la borda solo a mí. Pasara lo que pasase, me había encantado el tiempo que había pasado con él. Había empezado a quererlo.

Pero también: desconfianza. Por razones obvias.

Y rabia. También por razones obvias.

Y, quizá, una pizca de esperanza.

—Desde luego, cómo puede ser —dijo en voz baja, y una sonrisa fue descendiendo en cascada por su rostro: de los ojos a los pómulos, hasta llegar por fin a sus labios perfectos—. ¿Vienes a Boston?

Traté de interpretar el gesto esperanzado de su frente, su forma de mirarme a los ojos.

—Tengo tres entrevistas —dije, asintiendo con la cabeza.

La felicidad pareció desaparecer de su rostro.

—¡Ah!

Vaya.

Asentí, volví la cara hacia otro lado y contuve las palabras «No te preocupes, no te haré llamadas indeseadas», que me formaban un nudo en la garganta.

—¿Y te han comprado un billete de primera clase? —murmuró—. ¡Qué pasada!

No quería seguir con aquella conversación. ¿Eso era lo que le resultaba interesante? ¿Que yo mereciese un billete de avión caro? Volví la cara hacia la ventanilla y me reí para mis adentros sin ganas.

Me había pasado las tres últimas semanas esforzándome por dejar de pensar en él. Me estaba costando más superar un rollo de dos semanas de lo que me había costado olvidar al capullo que vivía conmigo. Pero allí estaba, otra vez al lado de Jensen, y resultaba doloroso.

—Pippa —dijo en voz baja, apoyando con prudencia una mano sobre la mía, en mi regazo—. ¿Estás enfadada conmigo por algo?

Aparté la mano con suavidad. Las palabras ascendieron burbujeando y las reprimí, porque lo nuestro había sido un simple rollo.

«Fue un simple rollo.

»Joder, Pippa, fue un simple rollo.»

Me volví a mirarlo, incapaz de contarme a mí misma esa mentira.

—La cuestión es, Jensen, ¿qué pasó entre nosotros en octubre? Para mí no fue un simple rollo.

Abrió unos ojos como platos.

—Pues...

—Y tú pasaste completamente de mí.

Jensen abrió la boca para volver a hablar, pero yo me adelanté:

—Mira, ya sé que tenía que ser una relación sin compromisos, pero, al parecer, mi corazón tenía otros planes. Así que, si no te estoy mirando, es porque me importas... y también, un poco, porque tengo ganas de partirte la cara.

Tras sacudir la cabeza como si no supiera muy bien por dónde empezar, Jensen dijo:

—El sábado por la noche, antes de llamarte, fui a tu antiguo piso. El domingo le mandé un correo a Ruby tratando de encontrarte. Llevo tres días llamándote cada cuatro horas.

El corazón empezó a martillearme el pecho.

—El sábado, cuando llamaste, había salido con unos amigos a celebrar mis entrevistas de trabajo. El domingo di de baja mi contrato del móvil porque no me lo podía permitir. Hace solo una semana, me marché de ese viejo piso y volví a casa con mis madres. Te llamé poco después de volver a Londres desde Boston. Dos veces. En cada ocasión hiciste que me saltara el buzón. Puede que el sábado fuese demasiado tarde para devolverme la llamada.

Sus ojos verdes se abrieron como platos.

—Entonces ¿por qué puñetas no dejaste un mensaje de voz? Ignoraba por completo que me hubieses llamado. Te tengo en mis contactos, pero no tenía una llamada perdida tuya.

—Era un número británico, Jensen, el de mi teléfono fijo, llamando cuando en Londres era de noche. ¿Quién más iba a ser?

Se echó a reír.

—¿Quizá una de las cincuenta personas con las que trabajo aquí, en el bufete del Reino Unido? —Su voz se suavizó cuando añadió—: ¿Crees que alguien para de trabajar en esta empresa?

Hice caso omiso de su tierna sonrisa porque una ola de ardiente humillación se extendía a toda prisa por mis mejillas.

—No hagas que me sienta como una idiota. Hasta yo sé que tú nunca enviarías una llamada de trabajo directamente al buzón de voz.

—Pippa —dijo, acercándose y cogiendo mi mano. La suya era cálida, firme—. Londres empieza a trabajar cuando en Boston es de noche, y el bufete de la costa Oeste no cierra hasta las nueve de la noche. Eso significa que desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche más o menos estoy reunido, o contestando a los correos electrónicos y mensajes de voz que me envía la gente mientras estoy durmiendo o reunido. Casi nunca contesto al teléfono, y menos cuando por fin llego a casa.

Una vez más, entendía las cosas demasiado tarde.

Yo había dado por supuesto inmediatamente que pasaba de mí cuando, de hecho, solo estaba haciendo lo que hacía con todas las llamadas; no era de los que disfrutaban hablando por teléfono.

—¿Y para qué tienes móvil? —pregunté, entornando los ojos.

Sonrió.

—Para empezar, por el trabajo. No puedo pasar de la llamada cuando quien llama es mi jefe. Tampoco puedo pasar de mi madre.

Sacudí la cabeza, susurrando:

—No te hagas el gracioso.

Se quedó desconcertado.

—No me estoy haciendo el gracioso. Estoy siendo sincero. No sabía que hubieras llamado. Ojalá lo hubiera sabido. Te echaba de menos.

Sus palabras despertaron algo en mi interior, una reacción agrídulce a la que no supe poner nombre. Era agradable oír eso, pero no significaba gran cosa. Al final de mis vacaciones, había estado varios días viviendo en su barrio, y él no me había telefonado después de la noche que pasamos en su casa ni había mostrado ningún interés por volver a verme. Y, a pesar de lo que tan a la ligera habíamos dicho en una ocasión, la verdad era que a mí no me interesaba demasiado que Jensen me llamara solo porque estuviese en Londres.

—Aunque es agradable oírlo —dije—, al final me parece que prefiero que no me llames cuando pases por Londres. He descubierto que lo mío no son los rollos. —Aspiré por la nariz, tratando de mantener la compostura—. Ya no. Creo que no quiero volver a pasar por eso.

Jensen me miró unos instantes, parpadeando, antes de hablar:

—Lo mío nunca han sido los rollos.

—Si no recuerdo mal, creo que se te daban muy bien.

Esbozó una sonrisa ladeada.

—Pippa, pregúntame por qué estoy aquí.

—Creo que ya había quedado claro que estabas aquí por trabajo. El bufete de Londres, ¿recuerdas?

Inclinó la cabeza, entornando los ojos.

—¿De verdad ha quedado claro eso?

Fruncí el ceño. ¿No era así? Aquello se estaba volviendo bastante confuso; habíamos hablado de husos horarios, horas de trabajo y...

—Está bien —dije, rindiéndome—. ¿Por qué estás aquí?

—Vine hasta aquí para verte.

Pop.

Pantalla negra.

Mientras mi mente trataba de dar sentido a esas palabras, él se limitaba a mirarme con una sonrisilla que, de pronto, se volvió levemente insegura.

—¿Qué has dicho?

Su sonrisa se ensanchó y asintió con la cabeza.

—Vine hasta aquí para verte. Me di cuenta de que quería más. Vine a ver si podía ser que tú... quisieras más conmigo. Estoy enamorado de ti.

Mis piernas se estiraron por voluntad propia y me obligaron a levantarme. Antes de que me diera cuenta, estaba pasando torpemente por encima de sus rodillas y recorriendo a trompicones el pasillo en dirección al lavabo.

A mi espalda, la azafata me llamó con amabilidad:

—No tardaremos en despegar...

Pero los pasajeros aún estaban embarcando. Y yo tenía que...

moverme

caminar

respirar

lo que fuera.

Me deslicé en el lavabo, y empezaba a cerrar la puerta cuando una mano me detuvo.

Jensen me miró suplicante.

—Aquí dentro casi no hay sitio ni para mí —susurré, apoyándole una mano en el pecho.

Dio un paso adelante de todos modos y, con un gesto hábil, me situó de espaldas a la puerta.

—Denos... un momento —le dije a la desconcertada azafata.

Jensen cerró la puerta con cuidado detrás de mí, bajó la tapa del retrete, se sentó y me miró.

—¿Qué puñetas estamos haciendo aquí? —pregunté.

Me cogió las manos y se quedó mirándolas.

—No deseo que te alejes de mí después de decirte que te quiero.

—Me pasaré todo el vuelo sentada a tu lado —repliqué sin mucha convicción.

Hizo una mueca, sacudiendo un poco la cabeza.

—Pippa...

—Regresé de Boston sintiéndome muy desgraciada —le conté—. Me despedí del trabajo, volví a casa y me puse a hacer de mi vida algo a lo que quisiera volver después de unas vacaciones.

Jensen me escuchaba con paciencia, sin dejar de observarme.

—No sabía si me habías amargado la vida o... me habías ayudado a encontrarme a mí misma. Salí con un par de tíos y no lo pasé nada bien.

—Yo no he salido con nadie después de ti —dijo él, con otra mueca.

—¿Ni siquiera con Emily, la del softball?

Soltó una carcajada.

—Ni siquiera con ella. No fue ningún sacrificio. —Levantó el brazo, me cogió la barbilla y me miró directamente a los ojos—. Y aunque Hanna y Will puedan decir lo contrario, sí salí con mujeres antes. Todavía no te conocía. Eres la mujer más preciosa que he conocido en mi vida.

Pronunció esas palabras mirándome a la cara. Y no había hecho ningún comentario sobre mi pelo.

Si se había percatado de que lo llevaba teñido de violeta, no había dado señales de ello. Ni siquiera había repasado con la mirada, como quien no quiere la cosa, las pulseras que me cubrían el brazo, el collar grueso y pesado o las botas militares rojas.

Y creo que fue entonces cuando supe que estaba perdida. Esos ojos verdes de espesas pestañas; las lisas mejillas encendidas; el pelo que se había dejado crecer lo suficiente para que le cayera sobre la frente; y ahora, su forma de verme tal como era, no como una serie de partes excéntricas y colores chillones...

Mi cerebro intentó un último argumento:

—Has hecho el gesto teatral de venir hasta Londres porque te sientes solo.

Jensen me observó, levantando la mano para rascarse la mandíbula con aire reflexivo.

—Es verdad.

Las dos breves palabras flotaron pesadas entre nosotros y, cuanto más persistían, más cuenta me daba de que él podía encontrar a otra persona sin ningún problema si lo único que quería era compañía.

—¿Es demasiado tarde? —preguntó, mirándome fijamente mientras sus labios esbozaban despacio una sonrisa escéptica—. Tengo la sensación de que aún no hemos tenido una oportunidad. La última vez, los dos intentábamos tener una relación sin compromisos.

—No sé qué pensar de todo esto —reconocí—. Tú no eres un tío impulsivo.

Se echó a reír y me cogió las manos.

—Puede que quiera cambiar un poco.

—Antes... —empecé en tono suave— solo querías estar conmigo cuando te resultaba cómodo.

Jensen recorrió con la mirada el minúsculo aseo en el que estábamos apiñados. De nada le habría servido llevarme la contraria, y ambos lo sabíamos, así que me miró de nuevo y sonrió. Pícaro. Relajado. Exactamente como el hombre que conocí en nuestro viaje.

—Bueno, pues aquí estamos. No es que esto sea muy cómodo —añadió con una sonrisa traviesa—. Y te sigo queriendo.

Las palabras salieron de mi boca sin que pudiera evitarlo:

—Me he acostado con un montón de tíos.

—¿Qué? —Se echó a reír—. ¿Y bien?

—Se me da fatal controlar el dinero.

—Pues a mí se me da genial.

Sentí que mi corazón trataba de salirse del pecho.

—¿Y si no encuentro trabajo en Boston?

—Me trasladaré al bufete de Londres.

—¿Así de fácil? —pregunté, mientras mi corazón formaba una masa de alas agitadas en mi pecho.

—No es exactamente «así de fácil» —dijo, sacudiendo la cabeza—. Me he pasado un mes sintiéndome desgraciado y sopesando todas las razones para no hacerlo. El problema es que ya no quedan más razones de peso. —Arqueó las cejas y se pasó el índice por una de ellas—. No me importa la distancia. No me preocupa que me dejes sin ninguna explicación. No me importa que seamos personas tan distintas, ni tampoco me preocupa que mi trabajo sea un estorbo. No lo permitiré. Ya no.

Tras una pausa, añadió:

—El viernes me convertí en socio.

Sentí que el aire se inmovilizaba a nuestro alrededor, y el minúsculo espacio pareció encogerse aún más.

—¿Qué?

Su sonrisa fue vacilante y dulce.

—Aún no se lo he contado a nadie. Quería... quería decírtelo a ti primero.

Lo agarré de los hombros y grité:

—¿Te estás quedando conmigo?

Se echó a reír.

—No. Es increíble, ya lo sé.

Estar tan cerca de él y sentir esa esperanza abrumadora resultaba aterrador.

—Pippa —dijo, mirándome—, ¿crees que podrías quererme también?

—¿Y si no pudiera? —susurré.

Se me quedó mirando sin decir nada. Lo que había en sus ojos no era chulería, ni tampoco derrota. Era una certeza, en su fuero interno, que le decía que no se equivocaba sobre nosotros.

Yo sabía cuánto se había esforzado por confiar en su brújula emocional, y no pensaba apagar esa confianza de ningún modo.

—Si dijera eso, estaría mintiendo —dije.

Exhaló, inseguro, y su pecho se hundió un poco.

—¿Mintiendo?

Me mordí el labio antes de aclarar:

—Porque sabes que ya te quiero.

Su rostro entero se transformó con una sonrisa.

—Perdona —dijo—, estás un poco lejos, no he acabado de...

Me agaché, pronuncié otra vez las palabras contra su boca y lo besé.

Lo más raro de todo fue que el beso me resultó familiar, como si lo hubiéramos hecho mil veces antes. Y supongo que así había sido. Esperaba que fuese una revelación, que de algún modo diera la sensación de ser un beso comprometido.

Decir las palabras en voz alta no había cambiado nada; solo había confirmado lo que ya estaba allí.

Epílogo

Jensen

El avión aterrizó y desperté a Pippa sacudiéndola con suavidad. Se sobresaltó. Se incorporó de golpe, tomó aire bruscamente y miró a su alrededor.

Observé cómo iba recordándolo todo: la subida al avión, el momento de verme, nuestra conversación en el minúsculo aseo, las declaraciones, nuestra salida forzada del aseo para el despegue y luego los abrazos en nuestros asientos, sin apenas hablar. Se había dormido más o menos una hora después de despegar, dándome la oportunidad de reflexionar.

Me gustaba estar preparado.

Si Pippa no encontraba trabajo en Boston, podíamos mudarnos a Inglaterra.

También podía mudarse a mi casa y buscarse alguna ocupación con tiempo, sin ninguna prisa. Sin embargo, Pippa era muy independiente y enérgica; no sabía muy bien cómo reaccionaría si le sugería que me dejara ganar el dinero mientras ella se ocupaba de infundir interés a nuestra vida.

Aunque, claro, una parte de mí sospechaba que el trabajo con el que soñaba Pippa era precisamente ese: Aventura Integrada.

—¿Se me ha caído la baba? —preguntó con voz soñolienta.

—Solo un poco.

Sonrió.

—Mejoro con cada vuelo que compartimos.

Le cogí la barbilla, me incliné y le di un piquito.

—Este ha sido fantástico.

Bajamos del avión y recorrimos los sinuosos corredores hasta llegar a la zona de recogida de equipajes.

—Cuéntame tus planes —le dije.

Puse mi bolsa de lona encima de su maleta con ruedas y la guie hasta el aparcamiento.

—¿A qué día estamos? —preguntó, frotándose los ojos—. ¿A martes?

—Sí. —Eché un vistazo a mi reloj—. Martes, las 16.49 hora local.

—Tengo una entrevista mañana a las diez, y otras dos el jueves. O eso creo. — Sacó el móvil del bolso y miró la pantalla—. Exacto.

Miré su teléfono con aire inquisitivo, recordando que había dicho que había dado de baja su contrato de telefonía móvil. Me entendió y dijo entre bostezos:

—Mis madres. Antes de enviarme aquí, me han comprado un móvil nuevo y me han dado dinero para el almuerzo.

Estaba deseando conocerlas.

—¿Te han buscado hotel? Me refiero a los entrevistadores, no a tus madres.

Asintió con la cabeza.

—El Omni.

Fuimos hacia el coche en silencio. Por un lado, quería ir sin prisas. Por otro, había viajado a Londres para declararme, y antes de eso habíamos hecho el amor en todas las posturas concebibles. Parecía un poco tarde para preocuparme por las prisas.

—¿Quieres quedarte en mi casa?

Me miró mientras cargaba nuestro equipaje en mi coche.

—O eso, o duermes tú en mi hotel —contestó, risueña—. ¿No eres mío ahora?

Solo había un cuarto de hora sin tráfico desde el aeropuerto internacional Logan hasta su hotel, pero había media hora hasta mi casa.

La ventaja del hotel: velocidad.

Las ventajas de mi casa: mi cama, más opciones de reparto de comida y más superficies planas para la actividad sexual.

Mi móvil sonó en el bluetooth mientras circulábamos por las calles de Boston con la mano de Pippa sobre mi pierna. Eché un vistazo a la pantalla y vi el rostro de Hanna.

Pippa sonrió, ilusionada, pero me llevé un dedo a los labios para indicarle que, de momento, debíamos mantener la sorpresa. También me temía que, si Hanna sabía que Pippa estaba conmigo, nos convenciera para que fuéramos a su casa, y... no.

—Hola, Ziggs.

—Mira —dijo, con voz asustada y entrecortada—. Siento no haber visto tu llamada el viernes, pero luego no lo cogías, y me siento muy culpable por una cosa, y...

—Cariño, no pasa nada —dije, riéndome—. Te llamé cuando salía de la ciudad y he estado... un poco ocupado desde entonces.

—¡Ah! ¿Estás fuera de la ciudad? —preguntó, confusa.

La única persona que conocía mi agenda mejor que Hanna era mi secretaria.

—Ya estoy aquí. Quería decirte...

—No, espera. Deja que hable primero. Hay una cosa que no te he contado, y ahora me siento mal.

Fruncí el ceño, confuso.

—¿Que hay una cosa que no me has contado?

—Pippa va a venir a Boston —dijo Hanna—, si no es que ya está aquí. Tiene entrevistas de trabajo.

Inspiró de golpe tras pronunciar la última palabra, y luego se hizo un silencio. Como si hubiese lanzado una granada y retrocediese de un salto con la esperanza de librarse de la explosión. Pippa se tapaba la boca con la mano.

Yo quería sorprender a Hanna llevando a Pippa a su casa, quizá al día siguiente, pero ahora no sabía cómo manejar la situación.

—No te enfades —añadió Hanna, y se oyó un pitido—. No sabía cómo reaccionarías. Sé que no querías que siguiera entrometiéndome.

Le sonreí a Pippa, que se mordisqueaba el labio inferior en silencio.

—No me enfado.

—Tenía tantas ganas de que os fuera bien... Espero verla mientras esté aquí, porque la quiero mucho.

—Seguro que la verás.

—Pero te prometo que no lo haré si se te hace raro —continuó.

—No se me hace raro —reconocí—. Yo también la quiero.

A mi lado, Pippa sonrió de oreja a oreja. Hanna se quedó muy callada antes de susurrar:

—¿Qué?

—Ziggs, he de ir a casa, pero ¿te va bien que me pase a cenar dentro de un par de horas? Tengo una sorpresa.

Subir los peldaños hasta mi casa me resultó un poco surrealista. ¿Acabaríamos viviendo juntos? ¿Viviríamos allí? No me planteaba una pregunta tras otra; todas ellas daban vueltas por mi cabeza al mismo tiempo: ¿cuándo viviríamos cerca?, ¿cuándo viviríamos juntos?, ¿era para siempre?, ¿qué trabajo encontraría ella?, ¿necesitaría un trabajo?... Sin embargo, cuando la puerta se cerró a nuestra espalda, todo quedó en silencio.

Pippa paseó la vista por el salón.

—La última vez que estuve aquí, no me fijé mucho.

Podía ver el pulso en su cuello, bajo la piel lisa de lo que era al tiempo una garganta delicada y fuerte.

—Puede que ahora tampoco sea el momento.

Se volvió a mirarme con una sonrisa.

—¿No?

—No.

Me acerqué a ella. Pippa me agarró de los bajos de la camisa para atraerme hacia sí.

—Entonces, vamos directos al sexo, ¿no?

Asentí con la cabeza y dije:

—Directos al sexo.

—¿Dormitorio?

—O sofá —sugerí—. O encimera de la cocina.

Se puso de puntillas y me besó despacio.

—O ducha.

Aquello de la ducha sonaba muy bien.

Eché a andar hacia atrás, en dirección a las escaleras. La cogí de la mano y la guie hasta el baño principal.

—Te queda muy bien el pelo.

Noté su risita como una vibración en la garganta, contra mi boca.

—Pensaba que nunca dirías nada. He dado por supuesto que no te gustaba.

—Me he fijado —respondí—, pero no lo he asimilado del todo hasta que te has dormido. Creo que me hacía tanta ilusión verte y estaba tan nervioso que no acababa de darme cuenta. Me gusta.

Me quitó la camisa sacándomela por la cabeza y la dejó caer al suelo, cerca de la ducha.

—Esa es una buena respuesta.

—¿Sí?

Mis manos se apoyaron en sus hombros y apartaron la tela que los cubría.

El vestido cayó hasta sus pies, y Pippa salió del círculo que formaba en el suelo.

—Sí. A mi abuelo le caerías bien.

Me aparté y la miré, inexpresivo.

—¿A tu abuelo? —Miré sus manos, que me bajaban los vaqueros, arrastrando de paso los bóxers—. ¿Estamos hablando de tu abuelo ahora mismo?

Me miró con una sonrisa de superioridad.

—Ya te contaré la historia en otro momento.

—Mientras disfrutamos de unos bocadillos y unos refrescos —dije, riéndome—. No cuando estamos...

Estaba desnuda, de espaldas a mí, abriendo el grifo. Y, joder, fue como si todo encajase en su sitio.

Íbamos a hacer el amor en la ducha. Y no sería la última vez antes de que nos despidiéramos, ni lo haríamos con el acuerdo implícito de que aquello era temporal, sino con la certeza de que no lo era. En absoluto.

Pippa se acurrucó más cerca de mí en el sofá; su pelo húmedo me hizo cosquillas en el cuello cuando me quitó de las manos el mando a distancia.

—No pienso ver *Juego de tronos*.

La miré haciendo un puchero. Había grabado toda la temporada anterior y estaba dispuesto a darme un atracón.

—Pensaba que te dormirías.

—Ya no estoy cansada.

—Pero.

—Estoy segura de que esa serie es una pasada —dijo—, pero tiene demasiada sangre y violaciones, para mi gusto.

—Supongo que eso significa que también vetarás *The Walking Dead*, ¿no? Porque esa también la tengo grabada.

Riéndose, me robó la cerveza para dar un sorbo antes de volver a ponérmela en la mano.

—¡Claro! —Miró a su alrededor, canturreando suavemente—. Aquí dentro hace falta más color.

—Has caído en la trampa. —Me incliné para darle un beso en la sien mientras ella escogía *Y de repente tú* en iTunes—. La verdad es que he vuelto a traerte aquí para que me cambies la decoración.

—¿Hay algo a lo que tengas un apego especial?

Seguí su mirada y vi que observaba una lámpara vieja pero muy chula que ocupaba un rincón.

Negué con la cabeza y di un sorbo de cerveza.

—No.

—¿Me das rienda suelta?

—Puedes hacer lo que te dé la gana conmigo, y también con mi casa.

Volvió a robarme la cerveza con la vista clavada en el televisor y los créditos iniciales.

—Pero no con mi cerveza —añadí, y fui a quitársela con una sonrisa.

Riéndose, movió el brazo para poner la botella fuera de mi alcance.

—Vendré aquí y seguramente lo pondré todo patas arriba.

—Eso espero.

—Cuando trabajes demasiado, me quejaré.

—Más te vale.

Levantó la cabeza hacia mí.

—Espero encontrar un trabajo aquí. Quiero que todo salga bien.

—Yo también.

Puso morritos.

—Me gusta tu ducha; hay toneladas de espacio para mi millón de botes de champú. Y tu cama es tan cómoda... Hanna está aquí, y quiero a todos los amigos de Nueva York. Y esto, estar acurrucados así... Ahora me da miedo no poder tenerlo. Sobre todo a ti.

La vulnerabilidad que se traslucía en sus palabras me encogió el corazón.

—Pase lo que pase con las entrevistas, encontraremos un modo de solucionarlo.

Su mirada se iluminó. Pareció ocurrírsele algo, y se incorporó un poco.

—¿No teníamos que ir a casa de Hanna?

Me erguí de pronto.

—¡Mierda!

Con manos torpes, fui a coger el móvil de la mesita baja y estuve a punto de tirárselo a Pippa en el regazo. En cuanto encendí la pantalla, vi una notificación: un mensaje de mi hermana.

«Esta noche no hay cena. Nos vamos a Nueva York. Todo el mundo se junta allí. Ven con nosotros en cuanto puedas.»

Y después de eso venía un emoticono de bebé.

—¿Cómo? —Y entonces caí en la cuenta—. Oh. Ohhh...

—¿Qué pasa? —quiso saber Pippa.

—Esta noche no hay cena en casa de Will y Hanna. Pero antes de decirte lo que pasa quiero estar seguro de que estás conmigo y con todo lo que tenga que ver con mi familia y mis amigos.

Se acercó más.

—Ostras, sí, lo quiero todo.

Le mostré el móvil para que pudiera leer el mensaje. Primero pareció confusa, pero enseguida entendió de qué se trataba.

—¿Quieres ir? —pregunté.

—¡Joder, claro! —exclamó, sonriéndome. Se volvió y se inclinó para sacar el móvil del bolso, que había dejado en el suelo—. Hanna me ha enviado un mensaje también a mí. —Lo leyó—. Se disculpa porque seguramente no podremos vernos estos días.

Le sonreí.

—O a lo mejor te presentas y le das una sorpresa.

Pippa volvió a mirar su móvil y se le saltaron las lágrimas.

—Ruby también me ha enviado un mensaje. No quiere perderse. ¿Todo el mundo va a ir allí a celebrarlo?

—Seguramente. Y en condiciones normales yo me quedaría aquí, enfrascado en mi trabajo. Pero si tú quieres ir, yo también —dije—. Están chiflados y son unos mandones, pero... creo que encajarás a la perfección.

Se echó atrás, haciéndose la ofendida.

—¿Crees que estoy chiflada y que soy una mandona?

—No. Creo que eres divertida, inteligente y traviesa. —Me incliné hacia delante y le di un beso en la nariz—. Creo que eres preciosa.

Epílogo

Will

Hanna colgó el teléfono y se quedó mirándolo unos instantes, confusa.

—Iba en el coche. Parecía superliado.

—¿Jensen? ¿Liado? —pregunté, impregnando mis palabras de una confusión intencionadamente sarcástica.

Jensen siempre parecía ocupado.

—No —aclaró ella—. No me refiero a que pareciese ocupado con el trabajo, con esa voz que pone y esos monosílabos con que contesta, si es que llega a contestar. Me refiero a que estaba poco atento. —Se mordisqueó el labio y añadió—: Parecía sospechosamente despreocupado y hasta feliz. Ha dicho algo de que quería... —Sacudió la cabeza—. No tengo ni idea.

Se encogió de hombros y rodeó la encimera de la cocina para estrecharme entre sus brazos y apoyar su barbilla en mi hombro.

—No tengo ganas de ir a trabajar mañana.

—Yo tampoco —admití—. Ni siquiera tengo ganas de trabajar esta tarde. Pero me llamarán de Biollex dentro de una hora.

Levanté el brazo detrás de su espalda para echarle un vistazo al reloj.

—¿Will?

Su voz sonó un poco apagada, como cuando intentaba preguntarme qué regalo quería por Navidad, o si le preparaba un pastel de cerezas solo porque le apetecía. Para cenar.

La miré y le di un beso en la punta de la nariz.

—¿Sí?

—¿De verdad quieres esperar dos años?

Tardé un instante en entender a qué se refería.

Era ella la que no estaba preparada para tener críos. A mis treinta y cuatro años, yo ya me sentía preparado, pero, por supuesto, estaba dispuesto a esperar hasta que estuviéramos en la misma onda.

Comprendí que era la manera de Hanna de decir «creo que quizá esté preparada».

—¿Quieres decir que...?

Asintió con la cabeza y dijo:

—Puede que no lo consigamos enseguida. ¿Te acuerdas de cuánto les costó a Chloe y Bennett? Quizá estaría bien probar... a ver lo que pasa.

Mi móvil sonó en la isla de la cocina, pero no le hice caso.

—¿Sí? —pregunté, escrutando su expresión.

A Chloe le había costado mucho quedarse embarazada. Bennett y ella lo habían intentado durante más de dos años. Bromas aparte, yo creía que por eso era tan feliz. No habían dejado que la búsqueda del bebé se apoderase de su vida entera, pero, cuando nos dijeron que por fin estaban embarazados, en los ojos de ambos había un alivio y una sensación de victoria innegables.

Hanna asintió con la cabeza, mordiéndose el labio inferior, pero la sonrisa iluminó sus ojos.

—Eso creo.

—Deberías estar convencida —susurré, y luego volví a besarla—. No es algo que se pueda tomar a la ligera.

—He mantenido viva durante siete meses la violeta africana que está en la ventana de la cocina —dijo, y luego me sonrió—. Y creo que para Penrose soy una madre perruna bastante buena.

—Eres una fantástica madre perruna —contesté, mientras la precaución mantenía mi ilusión a raya—. Pero también eres una adicta al trabajo.

Se me quedó mirando y comprendí que decía en silencio: «Son las siete y cuarto de la tarde y, ¡hola!, estoy en pijama, y no en el laboratorio, desde hace dos horas».

—Una golondrina no hace primavera —dije con voz tensa—. La mayoría de las mañanas te vas antes de las siete, y no vuelves a casa hasta la noche. Ya sé que dijimos que yo me quedaría en casa, pero al principio tú también querrás quedarte. Es un gran cambio, ¿no?

—Estoy preparada, Will. —Se puso de puntillas para darme un beso en la barbilla—. Quiero tener un bebé.

Joder.

Miré otra vez mi reloj. Me llamarían en cuarenta y cinco minutos. Y antes quería revisar los documentos de debida diligencia, pero ahora había algo más importante para mí.

En concreto, la cálida cintura de Hanna bajo las palmas de mis manos y el grito ahogado que soltó cuando la senté sobre la isla de la cocina. Quería sentir sus uñas

clavándose en mi espalda y su presión a mi alrededor. No era, ni mucho menos, la primera vez que hacíamos el amor en esa habitación, pero esta vez parecía diferente.

—Esto sí que es sexo de casados —comentó, quitándome la frase de la boca, mientras me sacaba los bajos de la camisa de la cintura de los vaqueros con gesto malicioso—. ¡Es nuestro primer sexo productivo y reproductivo! ¡Esto es sexo con un fin específico! ¡Sexo con una misión! —Me miró a la cara, beatífica—. ¡Misionero!

La besé para hacerla callar, riéndome contra su boca y empezando a bajarle los pantalones del pijama.

—Espera, espera. —Me aparté y la miré—. De todas formas, sigues tomando la píldora... ¿no?

Mi mujercita se encogió de hombros con aire de culpabilidad.

—¿Qué? —Me aparté un poco más y la miré boquiabierto—. ¿Cuándo la dejaste?

Un poco intimidada, reconoció:

—Hace una semana, más o menos.

—Pero en la última semana lo hemos hecho. —Parpadeé, haciendo memoria—. Varias veces.

—Ya lo sé, pero no creo que vaya a ser, no sé, inmediatamente fértil o algo así.

A pesar de su ilógica confianza, me invadió una sensación de calidez. Sé que debería haber estado un poco cabreado. Al fin y al cabo, Hanna había tomado aquella decisión por su cuenta, sin hablarlo antes conmigo. Sin embargo, no lo estaba. De repente, la posibilidad parecía verdaderamente real. Íbamos a tener críos algún día. Quizá incluso muy pronto.

La hostia.

Todo se volvió borroso entre risas, choques de dientes y extremidades atrapadas por la ropa. Sin embargo, cuando la tuve lo bastante libre para situarme entre sus rodillas y penetrarla, el resto del mundo quedó muy lejos. Después de todo, en realidad no era sexo con un fin específico; era simplemente... estar con Hanna. Igual que había estado mil veces, con un leve eco de expectación y emoción que nada tenía que ver con los sonidos que hacía ni con la sensación que me producía notarla a mi alrededor. Cuando me incliné para besarla en el cuello, su pelo me rozó la cara. Sus manos descendieron por mi espalda, suaves y seguras, hasta agarrarme el culo. Había asistido a la transformación de Hanna, que había pasado de ser una joven entusiasta e inocente a convertirse en toda una fuerza motriz, enérgica y segura de sí. Y, conmigo, seguía siendo la criatura dulce, abierta y sonriente de la que me había enamorado hacía más de tres años.

Hanna se dejó caer de espaldas sobre la isla y se me quedó mirando, borracha de sexo.

—Bien hecho, William.

Le besé el pecho y farfullé alguna incoherencia.

Ella alargó el brazo hacia atrás, a ciegas, cuando mi móvil volvió a sonar.

—¿Qué puñetas pasa con tu móvil? ¿Tenían que llamarte antes de lo que tú creías?

Lo cogió y se lo acercó a la cara para mirar la pantalla, manteniendo una mano enterrada en mi pelo.

Noté que se inmovilizaba debajo de mí y contenía el aliento.

—Will.

La besé sobre el corazón palpitante.

—¿Mmm?

—Tienes unos... cuantos mensajes de Bennett, y otro de Max.

Me eché a reír.

—Léemelos.

Hanna rechazó mi sugerencia con un leve sonido y me puso el móvil en la mano.

—Me parece que estos querrás leerlos tú mismo.

Epílogo

Max

—¿Cómo puede ser que haya tenido tres bebés antes de este y no me quede bien ninguna de mis prendas de premamá?

Con expresión desdichada, Sara tiró de los bajos de la camiseta mientras miraba mi cara en el espejo. La camiseta le quedaba bastante bien en las mangas y el pecho. Sin embargo, no era lo bastante larga: la tela apenas alcanzaba a cubrirle el enorme vientre de embarazada.

—Porque el pequeño Graham se niega a dejarse controlar —contesté, y le di un beso en la coronilla—. Temo por tu capacidad para estornudar sin hacerte pipí encima.

—Eso me pasa desde que tuve a Annabel. —Se volvió y se apoyó de espaldas contra la encimera del cuarto de baño. Su ceño fruncido se convirtió en una sonrisa tensa—. Te quiero.

Me eché a reír. Esa era su cantinela de las últimas semanas: cada vez que deseaba en secreto darme un puñetazo, me decía que me quería.

No necesitaba preguntárselo para saber que era verdad; me había dicho «te quiero» muchas veces.

Que los muy cabezones bebés que yo le había hecho la llevaban a mearse encima cuando estornudaba: «Te quiero, Max».

Que teníamos que pedir una mesa en lugar de un cubículo en su bareto preferido para desayunar porque mi gigantesco retoño ocupaba demasiado espacio: «Te quiero, Max».

Que nuestra segunda hija, Iris, que apenas contaba dos años, se había roto ya el brazo en una ocasión tratando de «jugar al rugby» en el parque: «Te quiero, Max».

Nuestra vida era un barullo de críos, zumo derramado, llamadas de trabajo atendidas en el váter y manchas de mermelada que había que limpiar de los muebles. Sin embargo, no me daba miedo que nuestro futuro se volviera todavía más caótico. A Sara le gustaba tener bebés más que nada en el mundo, y a ambos se nos daba bastante bien sobrellevar toda aquella locura. Le dije que tres ya me estaban bien. Ella quería cinco, y no había cambiado de opinión ni estando tan embarazada como estaba.

Aunque, después de ese niño, le propondría que nos plantásemos; durante ese embarazo, Sara se había mostrado... enérgica.

En la habitación contigua, Ezra le chilló a Iris. Tras el arrebató, se oyó un fuerte estrépito. Hice ademán de ir hacia la puerta, pero Sara me detuvo poniéndome la mano en el antebrazo.

—No —dijo—. Solo es el tocadiscos de Fisher-Price. Ese cacharro no se rompe.

—¿Cómo puñetas has sabido qué juguete era?

Me sonrió y, por un instante, tuve un atisbo de mi despreocupada mujercita. Tiró de los bajos de mi camisa.

—Ven aquí.

—¿Por qué no están los críos en la cama? —pregunté, mirando por encima del hombro.

—Ya averiguarás eso después de venir aquí.

Me acerqué a ella y me incliné para besarla, dejando que me indicase qué clase de beso quería en realidad. Al parecer, lo quería profundo y persistente, porque sus manos se deslizaron bajo mi camisa y ascendieron por mi estómago hasta llegarme al pecho.

—Estás muy bien.

Le cogí los pechos.

—Tú también.

Ella gimió feliz.

—¡Dios, eres mejor que cualquier sujetador! ¿No podrías caminar detrás de mí, sujetándomelas todo el día?

—Ya me has asignado el trabajo de frotarte los pies. —La besé una vez más y luego añadí en tono reflexivo—: Aunque supongo que una tarea es para estar sentado y la otra para moverme.

Sara se puso de puntillas y me rodeó el cuello con los brazos.

—¡Qué bueno eres conmigo!

Bajé las manos hasta su vientre tenso y sentí un pie que hacía presión debajo de mi palma.

—Porque te quiero.

Sus grandes ojos castaños se encontraron con los míos.

—¿Te acuerdas de hace cuatro años? —preguntó—. ¿Quién iba a decirnos que nos quedaríamos embarazados pocos meses después de hacer el amor en un bar y que, cuando fuéramos a tener nuestro cuarto hijo, aún podríamos besarnos y sentirnos así?

—Sospecho que me sentiré así toda la vida.

—¿Lo echas de menos? —preguntó, y supe a qué se refería.

—Claro, pero ya tenemos fijada la fecha de regreso.

Después de que naciera Annabel, tardamos varios meses en regresar a nuestra habitación en el club de Johnny. Después de tener a Iris, la habitación ya no acababa de convencernos. En un par de ocasiones habíamos intentado volver a ese lugar liberador, erótico y tan nuestro. Pero, por el motivo que fuese, hacer el amor en la habitación del enorme espejo era distinto. Casi resultaba demasiado íntimo, demasiado expuesto. Dicho en pocas palabras, ya no funcionaba.

A cambio, teníamos un nuevo arreglo: durante la hora del almuerzo, mientras Red Moon estaba cerrado al público, un excelente fotógrafo, cuyo nombre nunca supimos y al que nunca conocimos, se situaba al otro lado del espejo y tomaba unas fotos preciosas mientras hacíamos el amor. Johnny las utilizaba como sofisticada decoración en el pasillo de los mirones. Acudíamos una o dos veces al mes para hacer una sesión. Más si lo necesitábamos, menos si se nos complicaban las tareas diarias.

A los habituales les gustaba saber que seguíamos al pie del cañón.

A Sara le gustaba poder elegir las imágenes que se utilizarían.

Y yo tenía la tranquilidad de saber que siempre encontraríamos un modo de satisfacer esa necesidad suya: tendríamos ese placer privado entre nosotros mientras viviéramos.

—¿Eres feliz? —preguntó, metiéndome las manos debajo de la camisa para apoyar las palmas en mi ombligo.

—Superfeliz.

Se puso de puntillas y volvió a besarme.

—Creo que deberíamos plantarnos.

Me reí contra su boca.

—Creo que tienes razón.

—Me gusta tener canguro. No quiero que se despida.

Sus palabras me hicieron reír todavía más.

—Creo que George también está encantado de que tengas canguro.

Mi móvil vibró en el bolsillo de mis pantalones. Lo saqué y miré la pantalla.

Se me paró el corazón.

—¿Y si nos compramos una casa en Connecticut? —preguntó, reflexiva, y me dio un beso en la clavícula—. No vamos a aguantar mucho más en Manhattan.

Continué mirando la pantalla, sin parpadear.

—Quizá podríamos ir mañana. Como no tienes mucho trabajo...

Leí el mensaje otra vez, y otra más.

«Bueno, allá vamos.» Solté una carcajada. Ese cabroncete no tenía ni idea de la que se le venía encima.

—¿Max?

La miré sobresaltado.

—¿Sí?

—Quizá podríamos ir a Connecticut mañana por la tarde, ¿no?

Con una sonrisa, di la vuelta al móvil para que pudiera leer el mensaje.

—Todavía no, guapa. Ahora mismo tenemos que hacer un viaje más importante.

Epílogo

George

Will sacó la cabeza de debajo de las sábanas, con una sonrisa orgullosa. Tenía el pelo perfectamente despeinado y, la verdad, si yo no fuese el caballero que soy, tal vez habría sentido la tentación de hacerle una foto y compartirla con unos cuantos centenares de seguidores en Snapchat.

Por suerte para él, yo era un caballero.

—¿Estás vivo? —preguntó, y me dio un beso en el pecho.

Me aparté el brazo de la frente.

—No.

—Me alegro. —Se arrastró un poco más hacia arriba y me dio un beso en la barbilla—. Misión cumplida.

Lo miré y lo estreché contra mí. Sin espacio alguno entre nuestros cuerpos, noté el pesado palpitar de su corazón. En los momentos así, me entran ganas de ponerme de pie en la cama y empezar a cantar.

Mmm, tal vez después.

—¿Puedo contarte una cosa? —preguntó.

Me besó y me sacudió un poco el hombro para que lo mirase.

Abrí los ojos. Parecía nervioso, como cuando yo salía del dormitorio vestido con algo molón y me percataba de que le entran ganas de prestarme un par de vaqueros viejos y una de sus camisetas. Sus ojos castaños con motas amarillas brillaron mientras me observaba.

—Te he traído una cosa.

Así que sus nervios se debían a algo muy distinto.

Desde luego, logró atraer mi atención.

—¿Un regalo?

Soltó una carcajada y se apartó para sacar algo del cajón de su mesilla de noche. Las sábanas se deslizaron hacia un lado y le pasé la palma de la mano por la espalda.

—No solo tienes el nombre perfecto y la espalda perfecta, haces pasteles y toleras mi amor por las *boy bands*. Encima, me traes regalos. Pero ¡qué suerte tengo!

Cada día doy las gracias al universo por que el metro pasó tarde e hizo que:

1. Will Perkins llegara tarde a su entrevista para el puesto de canguro en casa de Sara y Max Stella.
2. Estuviera aún allí cuando llegué pidiendo una muda de ropa porque había quedado empapado de agua sucia a dos manzanas de allí y estaba más cerca de la casa de Sara que de la mía.
3. Nos presentaran.
4. Me riera y coqueteara simplemente porque se llamaba Will.
5. Él se quedase mirando mi camisa, pegada a mi pecho, como si acabara de descubrir su vocación.

Siempre supe que mi destino era terminar con un Will. Simplemente, la primera vez había elegido al que no era.

Y si alguna vez hubiera creído en el amor a primera vista, me habría reído de mí mismo hasta hartarme. Pero que me follen con un tacón de aguja si no existe de verdad.

Pero no se lo digáis a Chloe. Sacaría una regla para comparar su polla con la mía.

Will volvió junto a mí y me puso un pequeño estuche en la mano. El mundo basculó a mi alrededor.

Esperaba una fantástica piruleta de una de sus salidas con Iris y Annabel, o quizá un vale de regalo para poner nuevas suelas a mis zapatos favoritos, porque últimamente había estado llorando su muerte inminente, y Will Perkins era así de considerado. Pero este regalo me cabía en la palma de la mano. Tenía peso. Era negro y suave, y... parecía un estuche valioso.

Parecía un estuche que Will Perkins pudiera entregarle a su novio George Mercer en su primer aniversario antes de decir algo tremendo que les cambiara la vida.

—Son unos gemelos, ¿verdad?

Sonrió, y el pelo rubio le cayó sobre la frente mientras volvía a inclinarse sobre mí.

—Tú no llevas gemelos.

—Porque no sé cómo van, no porque no sea lo bastante elegante.

Will se echó a reír y me dio un beso en la nariz.

—No cabe duda de que eres lo bastante elegante. Pero no tendrías que preocuparte nunca por cosas como los gemelos, sacar la basura o arreglar el triturador.

Abrí mucho los ojos, ilusionado.

—¿Has arreglado el triturador?

—No le echés más pieles de zanahoria. Por eso se estropeó.

Levanté el brazo y lo agarré del pelo con suavidad. ¿Quién iba a decirme que algún día me encantaría hablar de reparaciones domésticas?

—Te quiero.

—Yo también te quiero a ti. —Se me quedó mirando con el ceño fruncido—. ¿Quieres que abra yo el estuche?

Lo miré. En la parte superior, en delicadas letras doradas, había una sola palabra: «Cartier».

—¿Pendientes? —susurré.

Negó con la cabeza.

—No tienes agujeros en las orejas.

—¿Auriculares elegantes?

—¿De Cartier?

Me volví a mirarlo y noté el escozor de la emoción en la superficie de los ojos, la pesadez en la garganta. Madre mía.

—¿Estás seguro? —pregunté—. Soy ruidoso y desorganizado, y echo pieles de zanahoria por el desagüe.

Sacudió la cabeza y me pasó un dedo por el labio inferior.

—No puedo pedírtelo si no lo abres, George.

El estuche se abrió con un ruidito. Dentro había un pesado anillo de titanio.

—George —dijo en voz baja.

Me besó y noté que temblaba. Vi que mi mano temblaba también.

—¿Sí?

—¿Quieres casarte conmigo?

Tuve que tragar saliva tres veces para que la palabra saliera de mis labios de forma audible.

Pero mi áspero «sí» dio paso a su exultante «¿de verdad?», que, a su vez, dio paso a cien besos pequeños y uno largo que duró todo el tiempo que estuvo moviéndose sobre mí, echándome su cálido aliento en el cuello.

Podría haberme pasado toda la vida así.

Habría dado mi nueva bandolera de Gucci por quedarme en la cama al menos una hora más.

Pero Sara, el Monstruo Embarazado, me llamó cinco veces mientras mi novio, ¡mi prometido!, se me follaba como un loco, y las cinco llamadas perdidas significaban que tenía que comentarme algo urgente.

Con la cara de Will descansando adormilada sobre mi pecho, me llevé el móvil a la oreja y escuché su mensaje de voz más reciente.

—Will.

—¿Mmm? —dijo, tras besarme justo encima del corazón.

—Tenemos que ir a un sitio, nene.

Epílogo

Chloe

Hace aproximadamente nueve meses

Bennett apareció detrás de mí y me agarró las caderas con firmeza.

—Voy a la barra. ¿Quieres algo?

Me volví hacia él y sonreí mientras sus labios recorrían mi mandíbula y bajaban por mi cuello.

—No, gracias.

Se echó hacia atrás y observó mi expresión.

—¿Estás segura? ¿Aún te duele la cabeza?

Parpadeé y miré hacia otro lado. No quería que viese la mentira en mis ojos.

—Un poco.

Me dio la vuelta y se inclinó. Tuve que levantar la cara y mirarlo a los ojos.

—¿Te apetece un vaso de agua o alguna otra cosa? —insistió.

—Sí, agua. Gracias, cariño.

Diez minutos después me encontró cerca de la pista de baile, fascinada por la pareja de recién casados. No los conocía demasiado; trabajaban en una empresa asociada con la mía. Sin embargo, su expresión ilusionada y el aspecto de quien se dispone a iniciar una aventura resonaban en mi sangre como un zumbido suave y persistente.

Apareció detrás de mí y me besó en el cuello.

—¿Estás bien?

Asentí con la cabeza, cogí el vaso de agua que me ofrecía y levanté la barbilla en dirección a la pareja que bailaba en mitad de la pista de baile al aire libre.

—Los estoy mirando.

—Una buena boda.

Me apoyé contra él y noté que mi cuerpo se calmaba ante la cálida y sólida presencia que estaba a mi lado. Bennett dio un sorbo de su bebida y me pasó un brazo por la cintura.

—Está imponente —dije, mirando fijamente a la novia con su precioso vestido color perla.

—Es evidente que él está de acuerdo —comentó Bennett, señalando al novio con la barbilla—. Cuando se han besado, casi la devora.

Me volví hacia él y retrocedí un poco al notar el fuerte olor a whisky.

—Deja eso —dije—. Baila conmigo.

Bennett hizo un puchero.

—Acabo de pedírmelo.

—¿Preferirías llevarlo por sombrero?

Dejó su vaso en una mesa cercana, entrelazó sus dedos con los míos y me guio hasta la pista de baile.

Apoyó las manos en la parte baja de mi espalda, me estrechó contra su cuerpo y, que Dios me ayudase, vi que algún instinto lo impulsaba a hacerlo con cuidado, sin esa autoridad habitual tan propia de Bennett Ryan.

—Esta noche estás muy callada —dijo, inclinándose para besar mi hombro desnudo—. ¿Seguro que estás bien?

Asentí con la cabeza y apoyé la mejilla contra su clavícula.

—Lo estoy asimilando todo. Me siento tan feliz que creo que voy a estallar.

—¿Te sientes feliz? Esta noche no nos hemos peleado ni un sola vez. Nunca lo habría imaginado.

Me eché a reír y levanté la cara para mirarlo.

—¿Bennett?

—¿Sí?

Noté que el estómago se me montaba en el pecho y que el corazón se me subía a la garganta. Quería darle la noticia más tarde, pero no podía esperar más. Las palabras no querían quedarse donde estaban.

—Vas a ser papá.

Entre mis brazos, Bennett se quedó paralizado. Los pies dejaron de dibujar su lento círculo. Se echó a temblar y dio un paso atrás. La emoción que vi en los ojos de mi marido era completamente nueva.

Nunca lo había visto tan impresionado.

—¿Qué acabas de decir?

Las palabras salieron de sus labios demasiado altas, demasiado tensas, como un mazo que golpease un tambor.

—He dicho que vas a ser papá.

Levantó una mano estremecida y se la llevó a la boca.

—¿Estás segura? —dijo desde detrás de sus dedos, con unos ojos que empezaban a brillar.

Asentí con la cabeza, sintiendo que también a mí me escocían los ojos. Su reacción, su alivio, ilusión y ternura, hizo que me flojearan las rodillas.

—Estoy segura.

Tras dos años de intentarlo, no me había quedado embarazada ni una sola vez. Meses de planificar y elaborar gráficos. Dos rondas fracasadas de fecundación in vitro. Y allí estábamos, un mes después de nuestra mutua decisión de dejarlo correr por el momento, y yo estaba embarazada.

Bennett se pasó la palma de la mano por la cara, me cogió del brazo, me sacó de la pista de baile y me llevó bajo la sombra de la carpa.

—¿Cómo has...? ¿Cuándo?

—Esta mañana me he hecho la prueba —contesté; me mordisqueé el labio inferior—. Vale, la verdad es que esta mañana me he hecho unas diecisiete pruebas. Acabo de quedarme embarazada. Solo tenía unos días de retraso.

—Chlo. —Se me quedó mirando y sonrió de oreja a oreja—. Vamos a ser unos padres espantosos.

Me mostré de acuerdo con una carcajada.

—Los peores.

—No conocemos el fracaso —dijo, mientras sus ojos buscaban obsesivamente los míos—. Seguramente seremos los más estrictos...

—Severos...

—Autoritarios...

—Neuróticos...

—No —dijo Bennett, sacudiendo la cabeza; volvía a tener los ojos brillantes—. Vas a ser perfecta. Vas a volverme loco.

Su boca cubrió la mía, abierta y exigente. Su lengua se deslizó sobre mis labios, mis dientes y más hondo. Lo agarré del pelo abundante y perfectamente despeinado y lo sujeté mientras me estrechaba contra sí, casi con desesperación.

«Madre mía.

»Estoy embarazada.

»Voy a tener el bebé de este cabrón.»

Epílogo

Bennett

Esta noche

El chófer me miró a los ojos por el espejo retrovisor, disculpándose en silencio por estar encontrando

cada

puñetero

semáforo

rojo

de

Manhattan.

—Eehh, eehh, eehh —le apunté a Chloe, recordándole que debía respirar tal como nos habían enseñado.

Chloe tenía los ojos muy abiertos y los clavaba en los míos con aire suplicante mientras asentía frenética, como si yo fuese el salvavidas que le habían arrojado sobre la borda en esta puñetera farsa biológica llamada «Mi mujer va a parir un melón a través de una pajita».

—¿Has avisado a Max? —gritó, apretando los ojos con fuerza.

Una gota de sudor le resbaló por la sien.

—Sí.

«Tengo un montón de putas preguntas, por ejemplo: ¿cómo demonios va a ir todo bien?»

Enfrentado a la realidad de ese crío gigantesco que iba a salir de mi mujer, de repente había perdido la confianza en las conclusiones estadísticas que ofrece la historia sobre mujeres que dan a luz sin problemas.

—¿Y a Will? ¿Y a Hanna?

—Sí.

Se dobló por la mitad y soltó un gruñido que se convirtió en grito. Acto seguido, cogió mucho aire y chilló:

—¿Y a George y Will P.?

—Sara ha llamado a George —contesté—. Respira, Chlo. Piensa en eso, no en los demás.

«He visto su cuerpo de cerca y he visto a ese crío en la ecografía 4D. No soy ningún experto en física, pero no veo cómo puede ocurrir esto tal como nos dijeron que ocurriría.»

—¿Seguro que no quieres la epidural en cuanto lleguemos?

El coche pasó por encima de un bache y Chloe lanzó un grito de dolor. Negó con la cabeza rápidamente, sin dejar de respirar, con las mejillas hinchadas y apretando mi mano con la fuerza de un torno.

—No. No. No. No.

Aquello se convirtió en una letanía, y pensé en la planificación testamentaria que habíamos hecho, los testamentos vitales y los poderes que habíamos firmado. ¿Había alguna cláusula que me permitiera tomar todas las decisiones sobre su salud en caso de parto repentino y aterrador? ¿Podía decidir que le hicieran una cesárea en cuanto llegásemos al hospital para ahorrarle el dolor que estaba a punto de sufrir?

—Buena respiración, Chlo. Eres perfecta.

—¿Cómo es que estás tan tranquilo? —preguntó, jadeante y con la frente sudorosa—. Me pones de los nervios.

Esbocé una sonrisa tensa.

—Estoy tranquilo porque lo tienes controlado.

«No tengo ni puta idea de qué cojones tengo que hacer.»

—Te quiero —dijo con voz entrecortada.

«Tiene cara de estar muriéndose.»

—Yo también te quiero a ti.

«¿Esto será normal?»

Mi mano ardía en deseos de sacar el móvil del bolsillo y llamar a Max.

«¿Qué significa que grite cada minuto? Hace solo media hora, tenía las contracciones cada diez minutos. ¿Es posible que me rompa la mano? Ha dicho que tenía hambre, pero el médico le aconsejó que no comiera nada... y, sin embargo, me da un poco de miedo. Sonríe, pero tiene un aspecto aterrador.»

Experimentó otra contracción y volvió a apretarme la mano dolorosamente. Si eso era lo que necesitaba, habría dejado que me rompiera todos los huesos de la mano, pero me resultó difícil contar cuánto duraba.

Chloe susurró con voz entrecortada:

—No pasa nada, no pasa nada. No pasa nada, no pasa nada. No pasa nada, no pasa nada.

Vi cómo resistía. A continuación, su rostro se relajó y volvió a dejarse caer contra el asiento, agarrándose el vientre.

Instintivamente, tenía la sensación de que debería estar fulminándome con la mirada, buscando pelea para distraerse o haciendo cualquier otra bordelería. Sin embargo, seguía tratándome con amabilidad.

Lo agradecía, pero no estaba muy seguro de que me gustase.

Me gustaban los cantos ásperos.

Me había enamorado de esa espina de acero.

Por enésima vez, me pregunté si algo habría cambiado irrevocablemente en ella. Y si era así, ¿cómo me sentiría yo?

Su respiración se aceleró con la llegada de otra contracción.

—Ya casi estamos, Chlo. Ya casi estamos.

Con la mandíbula apretada, logró articular un tenso:

—Gracias, cielo.

Inspiré hondo, esforzándome por mantener la calma ante el firme deseo de Chloe de mostrarse cariñosa, amable y razonable.

Pasamos por encima de otro bache y golpeó la puerta con el puño.

Oí que tomaba aire.

Y entonces oí salir de su garganta unas palabras rabiosas:

—¿PUEDES LLEVARNOS AL PUTO HOSPITAL DE UNA PUTA VEZ, KYLE? ¡ES PARA HOY! ¡ME CAGO EN LA PUTA!

Esa última palabra se convirtió en un prolongado y fuerte gemido. Delante, el chófer contuvo una carcajada y volvió a mirarme a los ojos con aire de complicidad. Fue como pinchar un globo; toda la tensión pareció abandonarme.

—Eso mismo, Chlo —dije, riéndome—. ¡Qué cojones, Kyle!

Pisó el acelerador, maniobró para esquivar un coche y subió dos ruedas a la acera para eludir a un mensajero en bicicleta que se había parado a trastear con el móvil. Tocando el claxon, Kyle se asomó por la ventanilla y vociferó:

—¡Aquí dentro llevo una mujer de parto! ¡Moved el culo, gilipollas!

Chloe bajó la ventanilla y se asomó también.

—¡Quitaos del puto medio, joder!

A nuestro alrededor, los coches empezaron a tocar el claxon. Unos cuantos se apartaron para dejarnos pasar, y aprovechamos la zona despejada para avanzar por Madison Avenue.

Kyle sonrió al dejar atrás el tráfico y pisó el acelerador con entusiasmo.

Apoyé la mano en el brazo de Chloe.

—Solo faltan cinco...

—No me toques —gruñó, en la mejor imitación que había oído en mi vida del demonio de *El exorcista*. Alargó el brazo con una velocidad pasmosa, me agarró por el cuello de la camisa y cerró el puño—. Tú eres el culpable.

Sonreí de oreja a oreja, mareado de alivio.

—Puedes jugarte el culo a que sí.

—¿Te crees gracioso? —preguntó en un siseo—. ¿Crees que esto fue buena idea, joder?

Me invadió la euforia.

—Sí, sí que lo creo.

—Esta cosa va a partirme por la mitad —gimoteó—. Y tú vas a tener que empujar por ahí en una silla de ruedas a tu mujer hecha polvo durante el resto de su vida porque no le funcionarán las piernas, porque... ¡ESTE PUÑETERO BEBÉ LE HABRÁ DESTROZADO LA PUTA ESPINA DORSAL AL SALIR DE SU VAGINA EN UN PUTO COCHE, BENNETT! ¡CÓMO SE SUPONE QUE VOY A TRABAJAR ASÍ! —Soltó mi camisa—. ¡KYLE! —Chloe se inclinó hacia delante y dio una palmada en el respaldo del asiento del chófer—. ¿ME ESTÁS OYENDO?

—Sí, señora Ryan.

—¡DE AHORA EN ADELANTE VUELVO A LLAMARME MILLS! ¡Y EL ACELERADOR ES EL PEDAL CANIJO QUE TIENES A LA DERECHA! ¿NOS ESTÁS LLEVANDO AL HOSPITAL EN EL PUTO COCHE DE LOS PICAPIEDRA?

Kyle soltó una carcajada y adelantó a una furgoneta de reparto. Chloe me cogió la mano entre las suyas y me machacó los huesos.

—No quiero hacerte daño —gimió.

—No pasa nada.

Se volvió y me miró con los dientes apretados.

—Pero ahora mismo tengo ganas de arrancarte la cabeza.

—Ya lo sé, nena, ya lo sé.

—¡No me llames «nena», joder! No sabes lo mal que lo estoy pasando. La próxima vez, tienes tú al niño y yo me quedé ahí sentada, riéndome al ver cómo te partes por la mitad.

Me incliné y besé su frente sudorosa.

—No me río de ti. Es que te he echado mucho de menos. Ya casi hemos llegado.

El plan de Chloe para el parto era muy específico: nada de epidural, nada de ayuno, habitación con posibilidad de parir en el agua... Había por lo menos tres páginas de notas que llevaba varias semanas preparando meticulosamente. Había hecho y deshecho varias veces la bolsa para el hospital.

Resultó que nuestro hijo tenía un cordón nuczal doble, lo que significaba que el cordón umbilical daba dos vueltas alrededor del cuello. Nos dijeron que no era insólito. Sin embargo, en nuestra situación, no era una buena noticia.

—Después de cada contracción —nos explicó la doctora Bryant, con la mano sobre el hombro de Chloe y el bip-bip-bip constante de los monitores a nuestro alrededor—, la frecuencia cardíaca del bebé no se acelera. —Me miró con una sonrisa serena—. Si ya estuviera empujando, sacaríamos al bebé enseguida. Sin embargo, en este caso, aún está demasiado arriba. —Volvió a mirar a Chloe—. Y tú solo estás a cinco centímetros.

—¿Puedes volver a comprobarlo? —gimió Chloe—. Porque a mí me parece que estoy a veinte, en serio.

—Lo sé —dijo la doctora Bryant, riéndose—. Y también sé que estás decidida a tener un parto natural, pero, chicos, esta es una de esas situaciones en las que tengo que utilizar mi derecho de veto.

Chloe ni siquiera llegó a empujar antes de que la llevaran al quirófano.

Ligeramente sedada y muy disgustada al ver frustrado su plan perfecto, se me quedó mirando. Tenía el pelo recogido en un gorro estéril amarillo; la cara, con manchas y sin maquillaje.

Sinceramente, nunca había estado más guapa.

—No importa cómo suceda —le recordé—. Al final, tendremos un bebé.

Asintió con la cabeza.

—Lo sé.

Me quedé mirándola, sorprendido.

—¿Estás bien?

—Estoy decepcionada —dijo, y tragó saliva para dominar una evidente oleada de emoción—, pero quiero que todo salga bien.

—Y saldrá bien —dijo la doctora Bryant, con las manos esterilizadas y enguantadas, sonriendo detrás de la mascarilla—. ¿Lista?

La enfermera levantó la cortina, ocultando de la vista la parte inferior del cuerpo de Chloe. Me quedé junto a su cabeza, vestido con mi bata, mi gorro y mis guantes quirúrgicos.

Sabía que la doctora Bryant se ponía inmediatamente manos a la obra. Sabía, al menos en teoría, lo que estaba ocurriendo al otro lado de la barrera amarilla. Había antiséptico, un bisturí y toda clase de instrumentos quirúrgicos. Sabía que habían empezado, sabía que se estaban dando prisa.

Sin embargo, el rostro de Chloe no mostraba dolor alguno. Simplemente me miraba.

—Te quiero.

Con una sonrisa, contesté:

—Y yo a ti.

—¿Y tú? ¿Estás decepcionado? —preguntó.

—Para nada.

—¿Se te hace raro? —susurró.

Solté una risita y le di un beso en la nariz.

—¿Todo este... momento?

Asintió con la cabeza, dedicándome una sonrisa vacilante.

—Un poco.

—Allá vamos —dijo la doctora Bryant, y luego le dijo en un murmullo a la enfermera—. Pásamelo. No, el separador.

A Chloe se le llenaron los ojos de lágrimas. Se mordió el labio, expectante.

—Felicidades, Chloe y Bennett —dijo la doctora Bryant, y un grito agudo resonó en la sala—. Tenéis una hija.

De pronto, había un bulto cálido y lloroso entre mis brazos. Con manos temblorosas, coloqué a la niña sobre el pecho de Chloe.

Tenía una naricilla minúscula, una boquita muy dulce y unos ojos abiertos y sobresaltados.

Era lo más precioso que había visto en mi vida.

—Hola —susurró Chloe, contemplándola. Las lágrimas cayeron por fin de sus ojos—. Te hemos esperado mucho tiempo.

En un instante, mi mundo se derrumbó y se reconstruyó en forma de fortaleza en torno a mis dos chicas.

—Oh, jo... lines —gimió Chloe, entre risas—. ¿No se supone que esto es instintivo?

Cogí la cabeza de nuestra hija y traté de situarla en el ángulo adecuado.

—Eso creía, pero...

—Es como si yo fuera la vaca; tú, el granjero; y ella, el cubo —dijo.

Entró la enfermera, comprobó la incisión de Chloe, comprobó su gráfico y nos ayudó a colocar al bebé.

—¿Tienen decidido el nombre?

—No —dijimos al unísono.

La enfermera volvió a dejar el gráfico en el estante de la pared.

—Ahí fuera tienen a todo un ejército. ¿Quieren que los deje pasar?

Chloe asintió con la cabeza y se arregló el camisón.

Los oí venir por el pasillo. La risa de George, la voz profunda de Will Sumner, el acento ondulante de Max y los chillidos de emoción de los tres críos de los Stella. De pronto, allí estaban, irrumpiendo en la habitación como un revoltijo de cuerpos, regalos y palabras. Once rostros sonrientes. Al menos ocho pares de ojos llorosos.

Max se acercó enseguida, como si el dulce y minúsculo bulto fuese un imán. Se inclinó sobre el bebé y preguntó:

—¿Puedo?

Chloe se la pasó con los ojos brillantes.

—¿Habéis elegido el nombre? —preguntó Sara, contemplando al bebé que su marido tenía en brazos.

—Maisie —dijo Chloe.

—Lillian —dije yo al mismo tiempo.

—Eso suena muy bien —dijo George, haciendo monerías a mi hija.

Miré a Annabel e Iris, quietas y calladas junto a Will P., que llevaba a Ezra en brazos. Sonreí a Hanna y a su Will, que observaban la escena de la habitación con silenciosa admiración.

Un momento.

Once rostros.

Will, Hanna, Max, Sara, Annabel, Iris, Ezra, Will, George...

Levanté la barbilla hacia Jensen, que se hallaba junto a la pared, rodeando a Pippa con el brazo.

—¡Felicidades, chicos! —dijo, paseando la mirada por la habitación con una gran sonrisa—. Todo el mundo ha traído mantas de bebé o flores. Nosotros... esto...

—Nosotros hemos traído privá —acabó Pippa con un saludo, poniéndome en las manos una botella de tequila Patrón.

—Gracias —dije, riéndome. Crucé la habitación para estrechar la mano de Jensen y luego me incliné y le di a Pippa un beso en la mejilla—. Me vendrá muy bien. Entonces, esto —meneé un dedo entre ellos— significa que estáis juntos.

Él asintió con la cabeza.

—Desde luego que sí.

Hanna le dio una palmada en el brazo.

—No me han dicho que estaban juntos.

—Iba a hacerlo —dijo su hermano entre risas—, pero te viniste a Nueva York, ¡así que te seguimos hasta aquí!

—Me parece que os debo una disculpa —dijo Chloe desde el otro lado de la habitación.

El grupo se la quedó mirando con el ceño fruncido, en medio de un silencio resonante y confuso.

—¡Ajo y agua, panda de gilipueñas! —gruñó—. Me parece que os la debo, pero no os la voy a dar.

—¡Gracias a Dios! —dijo Max con un suspiro.

—¡La borde ha vuelto! —graznó George.

—Estás despedido —dijo Chloe rápidamente.

—Trabaja para mí, cariño —le recordó Sara, con esa amable cantinela que todos habíamos oído cien veces.

—Y pórtate bien —le dijo George a Chloe, alargando la mano izquierda y dejando caer los dedos para mostrarnos un reluciente anillo plateado—, o no serás mi borde de honor.

—¿Me dejas, porfi? —preguntó ella en un respetuoso susurro.

—Estarás justo a mi lado —dijo George—, recordándome que no le merezco.

Al parecer, mi mujer no estaba completamente recuperada de su delicado estado emocional, porque se echó a llorar y le indicó con un gesto a George que se acercara para poder darle un abrazo.

—Tú también, Will Perkins —insistió, alargando el brazo libre.

En broma, Will Sumner se apoyó contra la pared como para protegerse del estruendo que haría el mundo al abrirse bajo nuestros pies y devorarnos a todos. Sin embargo, en la habitación se hizo un silencio absoluto. Chloe abrazaba a George, George abrazaba a Chloe, y, para sorpresa y alivio de todos, el apocalipsis no llegó a precipitarse sobre nuestras cabezas.

Contemplé a mi mujer, sentada en la cama, sonriendo de oreja a oreja y hablando con los dos hombres sobre su inminente boda y la aventura de la llegada de nuestra hija. Sara miraba con codicia al bebé que Max tenía en brazos, y me pregunté cuántas ganas tendría de terminar con el que, sin duda alguna, era su embarazo más difícil. Will y Hanna se agacharon para escuchar a Annabel, que les contaba un complicado cuento acerca de una mariposa que vivía en las flores que habían traído. Sonó el móvil de Pippa, y ella y Jensen se acercaron a Max y Sara para dejar que Ruby y Niall conocieran a mi bebé a través de FaceTime.

Mis padres irrumpieron en la habitación, seguidos de Henry y su familia, y hasta la espaciosa habitación privada se volvió demasiado pequeña para acoger a tanta gente. Cruzaron la habitación en medio de un mar de abrazos hasta llegar a la recién nacida y se pusieron a cogerla por turnos, a olerla y a proclamar que era el bebé más precioso que habían visto en su vida.

Los dos hijos de mi hermano se sentaron en el suelo con los críos de Max y Sara y se pusieron a jugar en las cestas de flores. En condiciones normales, les habría pedido que no tiraran los pétalos al suelo ni los aplastaran contra el linóleo, pero... curiosamente, esa rigidez obsesiva había desaparecido. Eso del orden era una batalla menor que no merecía mi tiempo. Las batallas que valía la pena librar eran las que servían para proteger a mi familia, la enorme lucha diaria de trabajar para hacer de nuestro mundo un lugar mejor para todos. Las batallas que valía la pena librar eran las que descansaban sobre mis hombros como padre de una hija: criarla fuerte y segura de sí misma, impedir que le pasara nada malo.

«Armad un puto desastre con esas flores, niños.»

—Basta de acapararla —dije, abriéndome camino entre la multitud y cogiendo a mi hija en brazos.

Era una extraña paradoja de pequeñez y fuerza, con sus puñitos apretados y sus ojos grandes y observadores. Me senté en la cama junto a Chloe, me apoyé contra las almohadas y sentí que su cabeza descansaba sobre mi hombro. Contemplamos a la niña enamorados.

—Maisie —susurró ella.

—Lillian.

Chloe se volvió hacia mí y sacudió la cabeza con la mandíbula apretada.

—Maisie.

La besé. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Para conseguir a la mejor mujer del mundo —susurré—, hay que empezar por lo básico: amarla tal como es, no como uno quisiera que fuera. Volverse imprescindible para ella. Ser su mano derecha. Averiguar lo que necesita. Entonces no renunciará a ti por nada del mundo.

Me había convertido en imprescindible para ella. Me había convertido en su mano derecha... y en el padre de su hija. Y así conseguí, día a día, ser el cabrón más afortunado del mundo.

Agradecimientos

Con esta novela, la última de la saga *Beautiful*, se nos ocurrió la idea de encargar toda una serie de chapas para llevarlas a las firmas de ejemplares, con un diseño para cada personaje. Las lectoras podrían escoger el personaje femenino y masculino con que se sintieran identificadas. Pensamos que sería fácil: ¡un pequeño botín divertido que llevarse a casa! Por desgracia, estábamos muy equivocadas.

Para empezar, eso son muchas chapas. Y, lo que es más importante, nuestra previsión de que las lectoras llegaran, escogieran sus dos personajes favoritos mientras charlábamos y firmábamos su libro, y luego siguieran con su jornada resultó maravillosa y sorprendentemente inexacta.

No esperábamos que a las lectoras les costara tanto elegir las chapas. No pensábamos que todas las personas que llegaran hasta nuestra mesa viesan un poco de sí mismas en cada uno de los personajes. Quizá anhelaban la pasión de Chloe, pero se identificaban más con la fuerza serena de Sara. Quizá les gustaba la idea de un Bennett, pero estaban felizmente casadas con un Niall. Fue la más maravillosa de las revelaciones: haber inventado un grupo de personajes con los que se identificaba tanta gente. ¿Hicimos lo que pretendíamos? ¿Creamos a unas mujeres tan variadas como las mujeres fuertes y llenas de vida que las leen? Eso esperamos. Pero sabemos que podemos hacerlo mejor. Podemos abarcar mejor la diversidad. Podemos reflejar mejor el mundo en el que vivimos. Todas vosotras sois preciosas y, cuando nos decís lo que os encanta y lo que esperáis de nosotras, hacéis que cada instante de las partes difíciles valga la pena.

No dejéis nunca de ser tan francas, sinceras y ávidas como sois. También nosotras somos así como lectoras. Precisamente por eso os queremos.

Y nada de eso habría podido ocurrir sin algunas personas muy importantes. Estaríamos perdidas sin nuestra agente, Holly Root, que nos fichó por un libro que no compró ninguna editorial, pero vio en nosotras algo que le gustó lo suficiente para no soltarnos. Eso demuestra que nunca se sabe qué libro cuajará, así que a todos los escritores que hay por ahí os decimos: seguid escribiendo, empezad el siguiente, no os rindáis.

Nuestro increíble editor, Adam Wilson, tiene el pelo más largo, brillante y bonito del sector, y nos quiere aunque le preguntemos si podemos hacerle trenzas. Ya hemos publicado catorce libros juntos, y cada uno de sus comentarios nos ayuda a mejorar. Gracias por tu paciencia y por todo lo que haces.

Kristin Dwyer es la mejor publicista del mundo. Punto y aparte. Gracias por ser nuestro Tesoro y ayudar a nuestros libros a salir al mundo. Siempre lo haces genial, chica.

Nuestro amor hacia la familia de Simon & Schuster/Gallery: Jen Bergstrom, Louise Burke, Carolyn Reidy, Paul O'Halloran, Liz Psaltis, Diana Velasquez, Melanie Mitzman, Theresa Dooley, el incansable departamento de ventas que trabaja para llevar nuestros libros a las estanterías (os queremos a todos) y cada persona que pone el punto sobre una i, transporta una caja de libros o teclea las palabras «Christina Lauren». Por cierto, esperamos que pongáis un punto en forma de corazón sobre las dos íes. Somos muy afortunadas de teneros a todos.

Aunque escribir libros es difícil, puede que revisarlos lo sea más todavía. Gracias a las lectoras de las distintas versiones del manuscrito, Erin Service, Tonya Irving y Sarah J. Maas. A Lauren Drew Suero, que está ahí desde el principio y alimenta nuestra locomotora de redes sociales. Heather Carrier, cuando te pedimos algo brillante y bonito para mañana, ni siquiera pestañeas (o quizá lo hagas, pero, gracias al correo electrónico, nunca lo sabremos; ja, ja, ja). Gracias a todas las blogueras que reseñáis, tuiteáis, publicáis, comentáis en Instagram, dejáis mensajes de humo en el aire o simplemente habláis de nuestros libros a una amiga. Dedicáis a nuestros libros vuestro corazón y vuestro valioso tiempo para ayudarlos a encontrar nuevos hogares y, sin vosotras, solo somos dos chicas con un ordenador.

A nuestra familia, que nos ha animado desde la barrera y nos ha seguido queriendo a pesar de la obsesión por los plazos, los viajes y las cenas a base de palitos de pescado y guisantes congelados. Siempre tenéis los «te quiero» perfectos justo cuando los necesitamos. No habríamos podido hacer esto sin vosotros.

Y a las lectoras más divertidas y generosas del mundo, incluso a aquellas de vosotras que no conocemos o nunca vemos en Twitter o Facebook. Gracias por dejarnos entrar en vuestros hogares y corazones. Gracias por seguirnos en este viaje y por amar a nuestros personajes tanto como los amamos nosotras. Nos quedan muchas más historias en el tintero y estamos deseando compartirlas con vosotras.

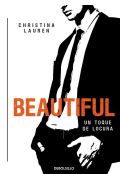
P.D.: Bennett os sigue esperando en su despacho.

Lo, eres la mejor amiga que he tenido jamás. Hemos viajado por todo el mundo y sigues aguantando mis ronquidos; han estado a punto de detenernos juntas, nos hemos hecho tatuajes a juego y nos hemos fotografiado en un probador de La Perla para ver si de verdad era posible. Estoy deseando ver cuál es nuestra siguiente tontería. PQ

PQ, miro los libros de la estantería y sigo sin creerme que hagamos esto juntas a diario. Soy la Lolo más afortunada. ¿Quedamos en el aeropuerto? Lo

**En la última entrega de la exitosa serie romántica
«Beautiful»...**

**Una joven con el corazón roto que busca su lugar en el mundo.
Un abogado obsesionado con su carrera profesional. Y un viaje
entre amigos pensado para desconectar y relajarse..., el
escenario perfecto para que salte la chispa y se entreguen a la
locura.**



no está pasando por una buena racha: su mejor amiga, Ruby, se ha
do, y encima ha pillado a su novio en la cama con otra mujer. Por eso
or unas cuantas bodegas con un grupo de amigos le parece la solución
Tal vez así se le aclaren las ideas y sepa qué hacer con su vida.

Jensen es un adicto al trabajo. Su objetivo es convertirse en socio del bufete para el que trabaja y no escatima las horas que le dedica. Lo tiene asumido. Pero no puede decir lo mismo de su familia, sobre todo de su hermana Hanna, que quiere que siga el consejo que él mismo le dio tiempo atrás.

Decidido a demostrarles a todos que sí disfruta de la vida, accede a acompañar a su hermana y a varios amigos a un viaje por carretera. ¿Quién podría haber imaginado que aquella extraña chica del avión iba a acompañarles? Pippa es demasiado para él... Quizá ha llegado la hora de dejarse llevar por la locura.

«Hot, divertida y romántica.»

Booklish

«Nadie escribe como Christina Lauren.»

Bookalicious

Christina Hobbs y **Lauren Billings** son un dúo de escritoras apasionadas desde siempre por las novelas románticas. Separadas por el estado de Nevada, se conocieron en 2009, cuando ambas escribían fanfiction bajo los respectivos nombres de tby789 (The Office) y LolaShoes (My Yes, My No). Tras aunar sus esfuerzos para escribir la popular *A Little Crazy*, revisaron y reescribieron la famosa fanfiction *The Office*, que arrasó en la red y posteriormente se convirtió en la novela *Beautiful Bastard*, cuyos derechos cinematográficos han sido adquiridos por una importante productora estadounidense. Sus obras, que han gozado de un gran éxito entre las lectoras, han sido traducidas a más de veinte idiomas. Además, en 2013 fueron galardonadas con el Premio Rosa RománTica'S a la mejor autora revelación internacional.

Para más información, visita la página web de las autoras: christinalaurenbooks.com. También puedes seguir a Christina Hobbs y a Lauren Billings en sus cuentas de Twitter:

[@seeCwrite](https://twitter.com/seeCwrite) y [@lolashoes](https://twitter.com/lolashoes).

Título original: *Beautiful*

Edición en formato digital: junio de 2017

© 2016, Lauren Billings Luhrs y Christina Hobbs Venstra

Todos los derechos reservados. Publicado mediante acuerdo con Gallery Books, una división de Simon & Schuster, Inc.

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Nieves Nueno Cobas, por la traducción

Adaptación de la portada original de Simon & Schuster: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: © Volodymyr Leshchenko / Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-4179-0

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[Beautiful](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo. Jensen](#)

[Epílogo. Will](#)

[Epílogo. Max](#)

[Epílogo. George](#)

[Epílogo. Chloe](#)

[Epílogo. Bennett](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Christina Lauren](#)

[Créditos](#)